



**F  
L  
O  
R  
E  
S**  
del  
**Aire**

POESIAS DE ———  
ADAN QUIROGA

IMPRESA REGINATO  
————— CATAMARCA









FLORES DEL AIRE







*Wm. H. H. H.*

# PÁRRAFOS DE CARTAS



## PÁRRAFOS DE CARTAS

---

Buenos Aires, Junio 23 de 1901

Bartolomé Mitre saluda al distinguido escritor argentino, Dr. Adán Quiroga, y le agradece el envío de sus dos inspirados cantos « A la Independencia de América » y « El Ejército de Los Andes », merecidamente laureados, y le es grato con este motivo felicitarlo cordialmente por sus triunfos literarios y desearle toda felicidad, suscribiéndose su afmo. compatriota y S. S.

BARTOLOMÉ MITRE

---

.....  
¡Qué triunfo para el laureado poeta! Con razón llama á su musa montañesa, pues, se mantiene vigorosa en la altura, desde la cual le inspirara tan bellos cantos á las glorias de la patria, que le escucha aplaudiéndole.

Reciba el bardo argentino de la lira vibrante, con expresiones de contraternidad literarias, los plácemes sinceros de su afectísimo compatriota y amigo.

CARLOS GUIDO Y SPANO

Buenos Aires, 14 de Julio de 1901

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

La Real Academia Española acordó á una voz, en su junta de anoche, (la primera que después de vacaciones ha celebrado), dar á V. S. cordialísimas gracias por el testimonio de consideración y aprecio con que se ha servido favorecer á este Cuerpo literario regalándole un ejemplar de su canto laureado y oda premiada titulados «El Ejército de los Andes» y «A la Independencia de América».

Lo que tengo la honra de comunicar á V. S., cuya vida guarde Dios muchos años.

El Secretario

M. CATALINA

Madrid, 7 de Octubre de 1904

«FLORES DEL AIRE»

---

ENRIQUE E. RIVAROLA

*Al Dr. Adán Quiroga*

Poeta:

Frecioso fué para mí el obsequio. Sus *Flores del aire* no se marchitarán en mi biblioteca. Tendré buen cuidado de ponerlas á buena distancia de indigestos autores, y harán compañía á los poetas en mi estante, poco visible para el *cliente*, y de mi predilección en las horas en que doy tregua á mis tareas profesionales, á mis preocupaciones políticas, para volver á mis diez y ocho años y evocar la «musa del Idilio». No he terminado aún la lectura de su hermoso libro, pero no quiero retardar la expresión del sincero placer con que lo he recibido. Leo y saboreo el verso cuando cae en mis manos un buen libro; pero no lo *engullo*: este procedimiento lo tengo reservado para las novelas, cuando



el deseo de conocerlas ó la necesidad de distraer horas de viaje, me impone su lectura. Por otra parte, así como un azahar contiene toda la hermosura y la fragancia de los demás, y se puede conocer la planta por una sola de sus flores, basta una página para encontrar un poeta.

El canto que sirve de portada á su libro revela el vuelo de su inspiración, la facilidad con que el verso fluye, rico en imágenes, armonioso, fecundo; sin embargo, prefiero sus verdaderas *flores del aire*, aquellas cuartetas *En la aldea*, que por poco que el lector esfuerce su imaginación, producen en el alma un bienestar tranquilo, una placidez encantadora. Le he visto á Ud., al través de esos versos, llegar á la aldea, á la hora en que el labrador regresa de la faena y vá el pastor arreando el rebaño, y bala el ternero, y la campana vocea quejumbrosamente. Y le he envidiado su casita, su torre, su molino, su río.

Casi me atrevería á asegurar, — sin conocer á Ud. sino por haberle visto una vez y por su nombre justamente apreciado, — que Ud. mismo siente preferencia por su cuadrito, como lo debe sentir el padre por el hijo que más se le asemeja. Para mí, la poesía está en la belleza de las cosas sencillas, pequeñas si se quiere, pero tiernas, que se infiltran en el corazón, que lo mueven fácilmente, sin frases sonoras, sin reimbombos, con una palabra habilmente expresada, espontáneamente nacida á raíz de una impresión sincera. Para Ud., que dá á sus versos el nombre de la flor que nace en las montañas de su tierra, de la flor que ha de ser « el lauro del poeta, que no ha nacido aún para cantarla », la poesía ha de ofrecer mirajes semejantes á los que ofrece para mí. Y me causa, por eso, una impresión poco agradable encontrar entre sus *Flores del aire* la *Intima*, que no es ciertamente « flor labrada por las brisas del verano » como la flor del aire, sino la impura flor del pantano.

Se puede disculpar que Ud. pensara su *intima* « mientras de rabia el corazón chispea »; pero, después, á sangre fría, colocarla entre sus puras flores del aire, me parece tan impropio como presentar una cortesana en una reunión de señoritas honestas.

¿Por qué esa gota amarga? ¿Por qué ese grito de desaliento y de ira? A la región serena en que el poeta canta, no deben llegar las pequeñas miserias mundanales: sienta mal, en los labios de una Musa soñadora, el despecho, la ira rencorosa. Y ¿para quién? — para una mujer caída, más digna de compasión que de enojo.

Después del reproche, si quiere llamarlo así, permítame que me sienta atraído por la más viva simpatía hacia sus «*Noches de sombra*». ¿Quién no recordará con Ud. á la madre querida?

.....

« Mudo quedé, frío, inerte,  
al ver sus yertos despojos....  
¡ Ay ! para llorar su muerte  
tuvo el alma tantos ojos !

Un sentimiento verdadero y santo, sin afectación, grande en el pesar y en el afecto, anima el verso en todas estrofas. El lector encuentra *algo* que lo conmueve: encuentra la poesía del dolor.

Me propongo pasar momentos agradables en la lectura de su libro. Ud. me recuerda, al enviármelo, mis «*entusiasmos literarios de otro tiempo*». Aquí, para entre nosotros, le confieso que no han muerto.

Basta un soplo de la montaña, como el que de Tucumán me llega en sus *flores del aire*, para que la llama se anime y caliente el corazón.

Quedo muy agradecido, y soy su afmo.

E. E. RIVAROLA

DEL MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA  
ESPAÑOLA DEL ECUADOR, DR. CARLOS R. TOBAR

Petrópolis, Agosto 30 1904

Estimado Señor y distinguido amigo mío:

Con notable atraso, debido á que primero fueron á Chile, me han llegado los dos folletos, — que contienen una hermosa oda y un notable canto patrióticos, — que

Vd. se sirvió enviarme, pidiéndome al mismo tiempo le manifestase mi opinión acerca de ellos.

A pesar, de que, como no soy poeta, no entiendo mucho de versos, me parece que no es preciso serlo para poder saborear los suyos, que poseen nitidez en la forma y tal mérito intrínseco, que sería menester no gustar de lo bello, para no apreciarlos como se merecen.

Justísimos son, pues, los premios obtenidos por Vd. en los dos concursos literarios, — premios por los cuales le felicito cordialmente; aunque no tanto como por ser autor de las hermosas composiciones, que obligaron á la justicia del tribunal literario de los concursos á laurear al distinguido literato, de quien me suscribo seguro y atento servidor.

CARLOS R. TOBAR

---

Uruguay, Febrero 10 1899

Mi querido y simpático amigo:

Eran las 10 a. m. de un hermoso día de Abril ppdo. y el Aguila y el Hotel de Londres estaban desiertos; á pesar de la cita, el poeta, el etnografo infatigable había *volado!*

Se había marchado Vd. para Tucumán, y la gran Capital había quedado para mi desierta.

Ya en el Uruguay me llegó un folleto: *Tucumán*, firmado por Adán Quiroga; hermoso, muy hermoso, bello, muy bello, de un estro épico inimitable. Sí, amigo mío, inimitable, no conozco nada mejor de los poetas argentinos.

.....

Usted brilla por su talento en la ciencia y en las letras, mucho más que otros escritores argentinos de la Capital Federal, nacidos, amamantados y desarrollados á fuerza de *bombo*.

El defecto capital de Vd. es este: *modestia en demasía*. Conozco, porque *los he leído, todos sus trabajos* y no hablo jamás por referencias.

.....  
 Desgraciadamente no ha nacido Vd. en Buenos Aires ó no se ha desarrollado y vivido en ella. El criterio de algunos es que hay que pasar por el Jordan Rio-Platense para figurar en primera línea.

Son resabios biológicos de la sociabilidad argentina.

Adelante, mi amigo, adelante, luche usted como yo luché veinte años, sin que haya logrado ser humano ponerse á la altura de mi desdén.

Soy de Vd. amigo de corazón.

BENIGNO T. MARTÍNEZ

### *Dr. Adán Quiroga*

En medio de la despreocupación por la poesía que caracteriza al progreso de la República en estos últimos años, y entre las pocas voces que se han sentido resonar en el derruido templo de las Musas, Adán Quiroga se distinguió por la dulzura, el entusiasmo, el buen gusto y el intenso colorido nacional, de sus canciones.

Fué para nosotros una revelación, como jurado que éramos del Certamen Literario Hispano-Americano que se celebró el 30 de Octubre de 1903 en la Academia Literaria del Plata, al leer su composición «El Ejército de los Andes», á la cual se le adjudicó el premio acordado á ese tema por el entonces Ministro de la Guerra general D. Pablo Richeri.

Aquella poesía, presentada al concurso sin más adorno que el encanto de la verdad de los sentimientos y la belleza y naturalidad del colorido, era para nosotros como un rayo de sol de un nuevo día, que atravesara las nieblas del ambiente decadentista de la época y entibiara con el calor del terruño el soplo de las ráfagas de exotismo extravagante que venían helando la floración del Parnaso argentino. Volvía el canto á surgir del fondo de las almas como explosión de los

entusiasmos del espíritu; volvía el acento á tener la intensidad del *os magna sonatorum* Horaciano; volvía el metro á buscar en el ritmo la armonía de las notas musicales; la fantasía á levantar sobre sus alas la belleza del color y el encanto de la vida; y el Credo á resplandecer sobre las ideas. Resonando en nuestros oídos los cantos de Luca y de Varela, de Mármol y de Andrade, volvíamos á escuchar los clarines de Maipo y Chacabuco, velando esta vez el regocijo de sus notas, por no llamar la atención del enemigo; llamando á los patriotas:

A laborar á prisa y sin sociego,  
En el callado invierno sin alarmas;  
Al fúsil hierro someter al fuego,  
Y convertirlo en vengadoras armas:  
A no dar tregua en la ciudad patricia,  
Ni en el parque y taller del Plumerillo,  
A la fragua, al batán, al yunque, al molde,  
A la aguja, á la lezna y al martillo.

Se han hecho muchas descripciones del ejército de los Andes, en lenguaje poético, y se han ideado muchos cuadros grandiosos de sus batallas; pero en todos ellos hemos visto siempre, que la grandeza del pensamiento ostentaba las galas de la fantasía, mostrándonos á los soldados bien puestos y equipados, paseando las huestes por el ciclopeo sendero de la gloria.

La grandeza de la verdad no se nos había mostrado nunca.

La musa de Adán Quiroga ha tenido el buen gusto de presentar el ejército de San Martín tal como debió ser: pobre en su equipo, sencillo y abigarrado en sus trajes, vario en sus armas, y fuerte y uniforme solamente en su valor y en su entusiasmo:

Es un gran campamento; vivaquean  
Cambujos y libertos en sus calles:  
Los cholos de rebeldes alardean,  
Cantan contra su rey, y de las viñas  
En odres beben los cuadrienios jugos,  
Y en las dulces miradas de las niñas  
Uncen de nuevo los odiados yugos.  
—; Todo el mundo á caballo, y en campaña! —  
Truena un clamor de la argentina tierra,  
Y todo el mundo se alza contra España

Con el dilema : — ¡ *Independencia ó guerra !* —  
 El bravo montañés, el heredero  
 De los dolores de la extinta raza,  
 en atizar los odios contra el godo,  
 En franca rebelión es el primero.  
 Su varonil espíritu rechaza  
 Dominaciones, servidumbres,... — ¡ todo  
 O nada ! — quiere en el natal refugio  
 De sus bohíos, que el rencor le abruma...  
 — ¡ Y á borrar el baldón de Vilcapugio,  
 Y á vengar la vergüenza de Ayohuma ! —  
 De valle en valle la noticia cunde  
 Que el Salvador apareció en Mendoza,  
 Y por llanos y sierras se difunde ;  
 Y entre el continuo circular del mate,  
 Junto al fogón de la ignorada choza,  
 Las mentas hablan de un triunfal combate.  
 .....  
 En ciudades y villas y campañas,  
 Con un ir y venir de gratas nuevas,  
 Mozos, viejos, paquetes y paisanos  
 Se emplezan á alistar para las levás  
 Jurando no amainar en la batida  
 De obligado desquite á los hispanos.

El cuadro tiene detalles de un verismo impresionante y solemne, presentando abrazadas junto á la cuna de la libertad á la religión y á la patria :

Con voz tonante, en el villorio, el cura,  
 A la sombra del tala centenario  
 A la patria proclama ;

Y apenas menciona el hecho, pasa á buscar el momento más álgido de sus efectos, para admirar en ese instante su belleza ; y con verdadero espíritu de artista, para realizar la idea, talla en el bloque de la masa popular la hermosa y simpática figura de un jóven exaltado por la prédica, que arrebatando al sacerdote el manifiesto de la insurrección.

El viril documento en que palpita  
 El alma joven de una raza nueva

corre en alas del entusiasmo á enseñarlo á sus paisanos :

Y entrando á la cereana pulpería,  
 Vuélvese el pueblo una hermandad de amigos,  
 Una constante vidalita, el día,  
 La noche, un largo retrucar de *obligos*.

Tres pinceladas le han bastado para pintar la explosión del entusiasmo por el anuncio de la guerra de la libertad.

Ya hemos dicho que nos gusta muchísimo y que nos parece que es verdaderamente bella la presentación de los héroes de la patria en pintoresco desfile de tipos provincianos. Al final, el estilo toma un poquito la forma declamatoria, pero la desviación no es mucha y el poeta vuelve en seguida á tomar el sendero que traía.

Otra cosa más muy buena y encomiable tiene la poesía de que venimos hablando, y es que, al volver el poeta los ojos al pasado para admirar los cuadros de la guerra de la Independencia, su musa lo acompaña en actitud siempre alegre y sonriente, mostrándole toda la belleza de aquellos grandes hechos sin que la descomponga la presencia del adversario ni la altere el recuerdo del contraste que llora.

Es que su Musa era lo ideal:

• Mi musa es lo ideal. Cuando la llamo  
 Acude á mi reclamo,  
 Junta mis ayes de dolor, dispersos,  
 Y les hace callar y les inspira,  
 Les entrega la lira  
 Y vuelven hasta mí soñando versos •

.....

JUAN DE LA C. PUIG







## HAN ESCRITO

SOBRE LAS OBRAS POÉTICAS Y ARQUEOLÓGICAS DEL  
DR. ADÁN QUIROGA :

Paulino Alfonso  
Angel de Estrada ( hijo )  
Carlos R. Tobar  
Emilio Castelar  
Samuel Lafone Quevedo  
Real Academia Española  
Félix F. Outes  
Junta de Historia y Numismática Americana  
Ricardo Palma  
Rafael Obligado  
Pablo Richeri  
Enrique E. Rivarola  
Benigno T. Martínez  
Julio A. Roca  
Bartolomé Mitre  
Carlos Guido y Spano  
J. J. García Velloso  
Joaquín V. González  
Barón Erland de Nordenskiöld  
Juan M. Espora  
O Presidente do Estado do Rio de Janeiro, G. Bocayuva  
Estanislao S. Zeballos  
Ministerio Dell Istruzione ( Roma, 1902 )  
Ch. Wiener  
Jirard de Rialle  
J. Toscano  
Juan B. Ambrosetti  
Juan de la C. Puig  
Eurico Boman



FLORES DEL AIRE



# FLORES DEL AIRE

---

## MI MUSA

Mi musa es lo ideal. Cuando la llamo  
acude á mi reclamo,  
junta mis ayes de dolor, dispersos,  
y les hace callar, y les inspira,  
les entrega la lira  
y vuelven hasta mí soñando versos.

Ella, si siento, me acaricia tanto  
que diluye mi llanto,  
sin que suspiros del amor le esfumen ;  
que al ay! no deja, si del labio brota,  
ser no más que una nota  
de un dolor que las lágrimas consumen.

Es manojo de vívido destello  
su profuso cabello,  
parásito de oro de su espalda ;  
hay en sus ojos, tristes y rasgados,  
dos cielos inundados  
por el verde color de la esmeralda.

En el marmol de estatua de su frente  
la inspiración ardiente  
con pletórica vida centellea ;  
y en la sien, que la música concibe,  
se siente y se percibe  
la ebullición perenne de la idea.

Sus oídos atentos algo escuchan  
cuando en la tarde luchan  
luz de sol y crepúsculo de luna;  
el ósculo en sus labios vive preso,  
como niño travieso  
á quien la madre recostó en la cuna.

Es en mis sueños al pensar, sencilla;  
y van por su mejilla  
las curvas del reir á su semblante;  
cobra aire regio y actitud de diosa  
si medita afanosa,  
en lo noble, lo inmenso y lo distante.

Y no sólo deidad ó diosa es ella,  
sino agreste doncella  
que corona su sien con el idilio,  
y en la guitarra nacional se inspira,  
y canta con la lira  
rival de la zampona de Virgilio.

Mora en las sierras de la patria mía,  
en la floresta umbría,  
adorada del sol, llena de verde;  
en el valle de trébol matizado,  
donde el raudal cansado  
ya brota á flor de tierra ó ya se pierde;

En la choza de rústicos pastores,  
donde hacen los amores  
dilatarse en el labio el universo;  
donde al vivir la vida nos parece  
que el otoño florece,  
que la luz canta y que ilumina el verso.

Es nota, y flor, y mies en primavera,  
y cuanto en la pradera  
es búcaro de amor, de luz ó canto;  
ama la aurora, que matices luce,  
el astro la seduce,  
de la puesta de sol hace su encanto.

De la grey pastoril y su inocencia  
me habla con frecuencia,  
con voz que tiene aliento de claveles;  
y me dice unas cosas tan extrañas  
de mis verdes montañas,  
que sueño con sus *molles* y laureles.

A veces descuidado me sorprende,  
pues súbita desprende  
tal lluvia sobre mí de flores y hojas,  
que de temor á las espinas, salto,  
y huyo de ese asalto  
de ánforas blancas y corolas rojas.

Son las flores de traje campesino  
que cortó en el camino  
y que me trae, como recuerdo grato:  
la pasionaria, de labor prolija,  
cámbulos de Aconquija,  
flores del aire, con que viste Ambato.

Otras veces, haciendo de aldeana,  
con un traje de lana  
vestido el cuerpo, que la forma envidia,  
llega á mi alcoba en el instante triste  
en que el alma se viste  
con esas horas negras con que lidia.

Es entonces de verla con qué anhelo  
las nubes de mi cielo  
diluye entre las ráfagas terrestres,  
en frases relatándome, sencillas,  
los lances de las trillas,  
del anador las églogas campestres;

O entonando esos *tristes*, que parecen  
acordes que florecen  
al soplo de las noches argentinas;  
ó esos cantos en décimas aladas,  
que semejan cascadas  
de un amor, despeñado en las colinas.

¡ Musa de las entrañas de mi tierra,  
    perfume de la sierra,  
eco lejano de los grandes ríos:  
cuántas veces, en ósculo abrazado,  
    tu voz, no se ha mezclado  
á la tristeza de los versos míos!

Otras veces, olímpica y airosa,  
    con el desdén de diosa  
y el regio porte de la musa helena,  
sin la guirnalda de campestres flores,  
    sin idilios de amores,  
sin el cantar nervioso de la pena;

Con el alma en su ser arrodillada,  
    con la mente arrastrada  
como por un imán á lo infinito,  
ofreciendo á los mártires la historia,  
    estatuas á la gloria  
y al héroe el bronce, que amasó el granito,

La musa del idilio, transformada,  
    me refiere inspirada  
lo que caber no puede ni en el arte:  
el abrazo del cántico y la hazaña  
    en la adusta montaña,  
del bardo y el guerrero, Apolo y Marte!

Me cuenta de la edad de las edades  
    en que cien tempestades  
en el monte rugían y en el llano;  
mientras la patria con la mente esclava,  
    Cual Titán en su clava,  
era carne del buitre castellano!

¡ Con qué sagrada inspiración refiere  
    cómo el soldado muere,  
cobra alma el bronce y resucita el muerto!  
¡ cómo la libertad es madre un día,  
    doncella que vivía  
abrazada á la Cruz en el desierto!



¡ Si me parece, oyendo su relato,  
que el toque de rebato  
en el cuartel del castellano escucho,  
mientras de Tucumán suenan las dianas  
y llenan las mañanas  
los clarines de Maipo y Ayacucho !

¡ Si me parece al escucharla atento  
que truena el pensamiento  
dentro del cráneo, con su fuerza toda ;  
que es hoja de laurel la hoja del suelo,  
y que en lo azul del cielo  
cada estrella que tiembla es una oda !

Entonces, como el cóndor, sube y sube,  
aleteando, á la nube  
el verso de mi musa, en dulce calma,  
y, domador de lo infinito, truena  
si cruje una cadena ;  
brilla si es libre el corazón ó el alma !

Y mientras soy de aquella musa dueño,  
me fascina ó desdeño  
cuanto la vida universal encierra :  
por soñador y por demente, el hombre,  
lo eterno por su nombre,  
por grande el mar, y por ruín la tierra !



## EL POETA

Triste es la vida cuando el alma siente  
y murmura, inconsciente,  
que lejos de la noche está la aurora ;  
cuando sumido en ansiedad secreta,  
semeja en sus tristezas el poeta  
al prisionero pájaro que llora.

Tristes las horas pasan, una á una,  
y en la frente se aduna  
la idea del placer y del fastidio.  
Triste es la vida cuando el alma llora,  
y allá en sus horizontes se colora  
la sombría silueta del suicidio.

Al bardo contemplad que entonces calla,  
ó al grito de batalla  
con un canto responde, como grito ;  
y en franca lid con su dolor eterno  
baja de las alturas al infierno,  
porque no encuentra un rayo en lo infinito.

No digais al poeta que la vida  
es corriente impelida  
por el soplo fugaz de la fortuna,  
ni que el eclipse de su sueño loco  
dura en el mundo de su ser tan poco  
cual duran los eclipses de la luna.

No digais al poeta que sus notas  
no son las puras gotas  
que el pecho vierte en insaciable llanto,  
ni que al vibrar de su candente estrofa  
los dolores del alma no apostrofa  
con el grito de lucha de su canto.

Dejadle abandonado á sus pesares !  
dejad que entre los mares  
el cisne llene de dolor las olas ;  
dejadle que se ahogue en sus gemidos,  
que mida su pesar por sus latidos  
y que beba sus lágrimas á solas !

Dejadle abandonado á su lamento  
ó que en viril intento  
clave el puñal al asesino aleve ;  
y si quiere, dejadle solitario,  
que como Cristo trepe á su Calvario  
y las espinas en su frente lleve !

Dejadle sollozar ! sueña en la gloria  
y sabe que la historia  
es catillo de luz que se derrumba !  
Dejadle sollozar ! sueña en la vida  
y sabe que es la eterna despedida  
ese adiós sin respuesta de la tumba !

Dejadle sollozar ! sueña en el mundo  
y luego moribundo  
mira un sudario y una blanca piedra.  
Dejadle sollozar ! sueña en el cielo  
y luego mira con doliente anhelo  
que el alma es la semilla de la yedra !

Él sabe que el dolor pulsa su lira,  
y sabe que es mentira  
la verdad engañosa de los hombres ;  
sabe que la virtud es espejismo ;  
sabe que la existencia es un abismo  
que devora las cosas con sus nombres.

Él sabe, cuando llora, por qué llora ;  
sabe que es viajadora  
golondrina del cielo desterrada ;  
y sabe que hay cenizas en su nido,  
y sabe que cenizas son olvido,  
que olvido es tumba... Y que la tumba es nada !



## NOCHES DE SOMBRA

Estaba la noche en calma,  
enlutado y triste el cielo,  
como el cielo estaba el alma,  
presa de angustioso anhelo ;

Y la luna mortecina  
derramaba con misterio  
esa luz con que ilumina  
las tumbas del cementerio.

Callada, enferma la mente,  
insomne pasé en mi lecho ;  
velaba, niño inocente,  
con la inquietud en el pecho.

Y contemplaba despierto,  
cien fantasmas y visiones,  
que conducían un muerto  
con pausadas oraciones.

Y de entre la sombra espesa  
ví surgir, rígido, inerte,  
del fondo de obscura huesa  
el espectro de la muerte.

Con pavor en mi conciencia,  
alcé, mudo, el *padre - nuestro*,  
plegaria de la inocencia  
en el instante siniestro ;

Y cuando dejé contrito  
de rezar, é iba durmiendo,  
oí un rumor ... luego un grito...  
¡La madre se está muriendo!...

Era tu acento postrero,  
madre del alma querida;  
era ese adiós lastimero  
que da á la muerte la vida;

Era ese lúgubre canto  
del cisne ya moribundo,  
mitad himno, mitad llanto,  
mezcla de cielo y de mundo;

Era el dolor concentrado  
del alma que desespera:  
ay! por no haberlo escuchado,  
madre! madre! qué no diera!

Yo no lo sé, Dios lo sabe;  
Él no pide cuando quiere...  
¡Qué puede ofrecer el ave  
al destino que la hiere!

Aún mi ser su grito escucha,  
cuando más y más se inquieta:  
él es mi santo en la lucha,  
él, mi dolor de poeta.

Yo jamás como esa noche  
sentí dolor tan sin calma;  
recién abrieron su broche  
flores de sangre en mi alma.

Corrí, volé desde el lecho,  
como el ave de su nido  
cuando el sigiloso acecho  
del cazador ha sentido.

Una luz medio indecisa  
iluminaba la escena....



Yo me detuve de prisa,  
partida el alma de pena.

Ví en la mesa un libro abierto,  
cerca una cruz....grité: -- madre! --  
— Hijo!....ya no existe! ha muerto! —  
dijo, llorando, mi padre.

Mudo quedé, frío, inerte,  
al ver sus yertos despojos....  
¡Ay! para llorar su muerte  
tuvo el alma tantos ojos!

Mi alma, la mártir triste,  
que, embriagada con su llanto,  
yo no sé cómo resiste  
tanto negro desencanto.

Y es que embotada la frente,  
sin la madre en nuestra vida,  
ni el hondo pesar se siente,  
ni duele la cruel herida.

.....

Cuando en mis noches de sombra  
mi pensamiento se inflama,  
oigo una voz que me nombra,  
siento un eco que me llama;

Y en mi dolor infinito,  
dentro del alma desierta,  
escucho algo como un grito,  
y lloro á la madre muerta!



## FLORES DEL AIRE

En las montañas de mi tierra nace,  
parásita del tronco centenario,  
una flor que se llama *flor del aire*,  
porque lábranla brisas del verano.

No le arrulla al nacer bullente aurora  
ni es amiga del aire de la noche;  
no vive del carmín que pinta rosas,  
ni del violeta de las otras flores.

No hay en su cáliz un dorado estambre  
ni en su seno una gota de rocío,  
ni filetes de luz bordan su traje,  
ni tiene manchas, como el crespo *brinco*.

El blanco de la luz del pleno día,  
del sol diluido en el caliente rayo,  
de sus pétalos suaves es la tinta,  
color de beso de los lirios pálidos.

¡Cómo contrasta su blancura extrema  
con las hojas, teñidas de esmeralda!  
¡Si parece un recuerdo de inocencia  
que dejara el amor á la esperanza!

No nace en el jardín, donde los lirios  
y las magnolias se abren; brota sólo  
en el *latar*, el bosque de los *timbos*  
y el suelo en que serpea el *kiscaloro*.

Nace plebeya y en humilde cuna;  
se bautiza en arrullos de la tórtola;  
vive ansiando encontrar su sepultura  
en el seno gentil de una pastora.

Cada una flor es urna de perfume,  
como cada ilusión del nubil seno;  
naturaleza abrupta de las cumbres  
parece en ella transformada en beso.

Los mirtos y laureles de la selva  
se volverán coronas y guirnaldas;  
ella ha de ser el lauro del poeta,  
que no ha nacido aún para cantarla.

De entonces abrirase para el bardo  
y no para el pastor; para el Virgilio  
que entone con acentos ignorados  
penas y goces del agreste Titiro;

Para el poeta de cimbreos de águila,  
émulo de las cumbres argentinas,  
esclavo del dolor, de libres alas,  
cóndor del arte que anidó en las cimas!

¡Ah! si venciendo al corazón, pudiera  
volver idea á tanto sentimiento!  
¡Si lo que late en mí no fuese arteria,  
ó el corazón latiera en el cerebro!

¡Ah! ¡Si fuera el cantor de mis montañas  
¡Si mis versos tuvieran su lenguaje!  
¡Si al rumor de los himnos de la patria,  
Coronaran mi sien *flores del aire!*

## LA AUTOPSIA

Con el rubio cabello desflocado,  
en aurea confusión, sobre la piedra;  
el silencio pendiente de su boca  
y el rastro de un adiós en su tristeza,

Yace la niña de celestes ojos  
y dulce sonreír; por siempre muerta,  
como beso caído en el sepulcro,  
como amor, que olvidado se perdiera.

La mano de la muerte aún no ha borrado  
sus perfiles de Venus Citerea,  
su cincelada perfección de estatua,  
las líneas de su seno de Lucrecia.

Todo en ella está igual; sus formas todas  
la vida, resistiéndose conserva,  
cual si el arte inmortal latiese dentro  
del corazón que para amar naciera.

Un cerco amoratado, una penumbra  
azul, sus ojos, sin color, rodea;  
lo blanco del cadáver sustituye  
al carmín que en sus pómulos ardiera.

La rosa - fuego de colores vivos  
en una noche se volvió camelia;  
á la mujer sustituyó la estatua,  
y al ángel de los cielos, la materia.

En su costado el bisturí punzante  
clava el galeno, en aras de la ciencia;  
la cuchilla en su seno se ejercita,  
despedazando músculos y arterias.

Y comienza la autopsia del cadáver,  
y el profesor atónito contempla  
los miembros dispersados sobre el mármol,  
ese brazo, ese cuello, esa cabeza.

La muerte no ha dejado un solo rastro  
en esos miembros que no dan respuesta...  
y el cadáver pregunta: — ¡cómo existo! —  
¡como el cadáver, muda está la ciencia!

En la expresión de la materia indaga  
el profesor, que lo imposible encuentra:  
para él nada dicen esos ojos,  
ni el sonreír que helaran las tristezas.

— ¿De qué murió? — se interrogaba á solas.  
El discípulo calla. La respuesta  
no escuchan de esos ojos y esos labios,  
que hablan más que el mutismo de la ciencia.

— *Murió de amor la desdichada Elvira,*—  
en ese instante, de ansiedad suprema,  
pasó leyendo por los viejos claustros  
en un libro de versos, el poeta.

Discípulo y maestro se miraron  
atónitos los dos...

Sobre la mesa  
no están los miembros del cadáver frío...  
¡Alguien llevó los restos de la muerta!

.....  
.....

Yo conozco una tumba solitaria  
y he visto verter lágrimas sobre ella...

## CELOS SALVAJES

### I

Amira hermosa del león cuidaba,  
y la indomable fiera  
atenta la escuchaba,  
agitando la ondeada cabellera  
y revolviendo los hundidos ojos,  
ó doblando la indómita rodilla,  
cual si cayera ante sus piés de hinojos.

Era en el circo, Amira, la zagala  
de eburneas formas y oriental origen,  
quien con débil cadena,  
de su audacia y valor haciendo gala,  
al palmotear del público anhelante  
aparecía en la espaciosa arena  
con el león selvático, jadeante.

La música festiva  
estallaba al concluir el palmoteo  
del público entusiasta,  
á quien la dulce acróbata cautiva;  
y el león, obediente á su desco,  
con viva inteligencia,  
dando saltos, danzaba,  
sin perder un compás ni una cadencia.

Un movimiento altivo de cabeza,  
un gesto rudo, un signo, una palabra,  
de los labios de Amira,  
domaban la altiveza

del león africano,  
sin que estallara en su rugir la ira,  
ni la potente garra  
ensañara contra ella su fiereza.

Al revés: parecía  
amante y dócil niño,  
que á la orden materna respondía  
con muestras inefables de cariño,  
ora viéndola audaz, pero anhelante,  
ora bajando los inquietos ojos  
como novel amante  
que ante su amor se llena de sonrojos,  
ó lamiendo la tierra que pisaba  
su breve pié, tan ágil en la danza,  
cuando en los brazos del león volteaba  
en accidente rápido y variado,  
haciéndose acreedora á la alabanza.

El público entusiasta  
aplaudía sin freno á la pareja,  
hasta un momento en que afanoso deja  
el aplauso febril, gritando: — ¡basta! —  
porque el león jadeante,  
á veces á la acróbata veía  
torvo y amenazante,  
cual si anhelara en su ansiedad de fiera  
hacer de ella la víctima inocente,  
desgarrándola el seno,  
incitante al placer de quien lo viera  
á los deleites del amor ajeno.

A una estudiada seña  
el león saltaba de ansiedad perdido,  
y al contemplar el ceño de su dueña,  
agitando la cola,  
dócil, como quien oye al que reclama,  
cuitoso se acercaba, mudo, inquieto,  
con los ojos chispeantes como llama  
y el deleite callado del secreto;  
y seguía con ella,



tras estruendoso vocerío, lento,  
sin apartarse un punto de su huella,  
indiferente al público  
y á los caprichos de su dueña, atento.

Recién entonces, y con tardo paso,  
haciendo muecas y brindando risas,  
asomaba el payaso.

Al concluir, el león era encerrado  
en un sótano obscuro;  
é inquieto, arrebatado  
cuando Amira salía,  
temblar hacía el carcomido muro,  
ó agitaba encrespado,  
de la ventana los macizos hierros  
que prevenían la rapaz sorpresa,  
cual si quisiera, en su soberbia loca,  
hacer de Amira la incitante presa  
del hambre inextinguible de su boca.

Era entonces tan grande su bravura  
y enojoso su ceño,  
mezcla de ira y de amarga desventura,  
que ni su bravo dueño,  
acertaba á retar al león cautivo,  
en su dolor tan triste como altivo...

El corazón ausente,  
no de otro modo, de ansiedad desecho,  
el ostracismo de la amada llora  
si el aguijón de los recuerdos siente  
en el fondo sombrío de su pecho.

Para calmar las ansias de su fiebre,  
en la explosión tremenda de su ira,  
era preciso que otra vez volviera  
el grato acento á percibir de Amira  
y los encantos de su rostro viera.

¿Por qué lloraba el alma,  
sin vida, sin aliento,

como perdida en el letal mutismo  
de un triste pensamiento  
con los vértigos todos del abismo?  
¿Por qué lloraba la insaciable fiera,  
que bebe en el festín de carne viva  
la roja sangre que la herida vierte,  
cuando bajo la garra  
los fríos miembros con afán desgarran  
de la víctima inerte?...  
¿Qué secreto penar la consumía,  
que sólo viendo á la gallarda acróbata  
vibraba en su mirada la alegría?...  
¿Por qué en las horas del insomnio triste,  
de la apacible luna á los reflejos,  
á dormir su pupila se resiste?...

De aquel león á veces se creería  
que de humano tuviera,  
en sus momentos de angustiosa calma,  
ese fuego que aviva ó desespera  
al corazón ó al alma!...  
Tanto puede el dolor en su acechanza  
que hasta al pecho insensible de una fiera  
toda la hiel de su rigor alcanza!  
¡O eres, tal vez, amor! ¡Amor del hombre!  
que hasta en el bruto enciendes la esperanza,  
para borrar después hasta su nombre?...

## II

Muchos días pasaron: llegó un día  
en que á la dulce joven,  
por voluntad de Dios ó del demonio,  
sucedió lo que á todas las mujeres:  
á un galán dió su mano en matrimonio,  
seducida por lúbricos placeres.  
Era de tarde: la gentil pareja

con el buen cura del agreste pueblo,  
por estrecha calleja,  
entre la *turba multa*,  
hacia el templo su paso dirigía,  
la novia siempre á su mirada, oculta.

Con blancos tules que arrastraba airosa,  
y la gallarda sien ciñendo flores,  
Amira, parecía  
la encarnación humana y voluptuosa  
del sueño embriagador de sus amores.

Como cruzaran á la opuesta acera  
que del circo á la puerta conducía,  
con ansia viva suplicó la novia  
dar el ¡adiós! al circo y á la fiera.  
Hacía breve rato  
que llegar la sentía el león cautivo,  
por instintivo olfato,  
y sin cesar lloraba el duro hierro  
que su salvaje libertad coartaba  
en el suplicio atroz de su destierro;  
cuando, por fin, se levantó anhelante,  
y moviendo la indómita cabeza,  
llegóse á la ventana  
á contemplar á la pareja amante.  
Sus ojos se velaron de tristeza,  
de vergüenza su rostro amenazante,  
y algo del siniestro de un demente  
en sus horas de rabia  
se dibujó en su frente!

Amira penetró con ligereza,  
dejando al novio, hasta el recinto obscuro  
más afable que nunca  
con apuesta y gallarda gentileza.  
El león la miró como suspenso,  
ante su dulce encanto fascinado,  
cuando cayó á sus plantas, prosternado,  
como el amante con dolor intenso  
pide tregua al desdén del ser amado.

Algo, no obstante, como negra duda,  
traducida en enojos,  
se notó de la fiera enamorada  
en el ardiente foco de sus ojos.

¡Adiós! le dijo, ¡adiós! al irse, Amira;  
y, agitando el león su cabellera,  
separose un instante; é irguióse altivo,  
con soberbio ademán, despecho é ira  
el misero cautivo,  
cual si en su corazón, ebrio de anhelos,  
estallara terrible, amenazante,  
la tempestad terrible de los celos!

Helada quedó Amira, y en su frente  
las huellas del pavor se dibujaron,  
y, muda en su sorpresa,  
miró al audaz león que acariciaba,  
ebrio de sangre, en su festín, la presa.

Todo lo vió el doncel enamorado,  
y en aquel duro trance de la suerte,  
en su cerebro helado,  
sintió como una ráfaga de muerte.  
— ¡Amira! murmuró desde la reja,  
con voz entrecortada, el labio inerte,  
tras mezcla de pavor y amarga queja,  
cuando estalló con explosión de rabia  
el bramido del hijo del desierto,  
airado, retumbante,  
como suena en los cóncavos vacíos  
la tempestad tonante!

Hubo un momento de ansiedad sombría,  
hasta que un grito femenino se escucha  
y el eco del dolor y la agonía  
tras el clamor confuso de una lucha.

El joven, sin aliento,  
bajó de nuevo la mirada ansiosa,  
y tendida en el tosco pavimento  
miró á su Amira, como nunca hermosa,

ensangrentada y yerta  
entre las garras del león hambriento,  
que rasgaba su blanca vestidura  
los azahares quitando á su cabeza,  
símbolos de candor y de pureza;  
y cuando ya todo su amor apura  
al amante infeliz, sin esperanza,  
á recoger siquiera aquel cadáver,  
el león le provoca á la venganza  
con un rugido que retaba á duelo,  
mientras ardían en sus huecas órbitas  
los fieros ojos del salvaje Otelo !!



## CANTAR

Me siento triste, muy triste,  
y me entrego á la armonía;  
ya mi voz no se resiste:  
¡que venga la lira mía!

Que venga y con sus rumores  
dé expansión á mi quebranto;  
que naufraguen mis dolores  
en las ondas de algún canto;

Que con sus ritmos de fuego  
me levante á otras regiones,  
que ponga alas á mi ruego,  
dé horizonte á mis canciones.

Quiero cantar con voz suave  
mis penas, jamás en calma;  
quiero exhalar, como el ave,  
en mis estrofas, el alma.

¡Cantar! ¡cantar! ¿quién no canta  
en la estación de las flores,  
si cantando se levanta  
la ilusión de entre dolores?

Canta en el bosque la rama,  
el aire canta en las hojas,  
y en sus murmurios derrama  
cada ola sus congojas.

Canta, sonriendo, la aurora,  
canta, vibrando, la lira,  
canta el ave cuando llora,  
canta el cisne cuando expira.

— ¡Cantar! ¡cantar! — es el lema  
del pecho ahogado en llanto:  
el amor es un poema  
y cada beso es un canto.

Cantar es alzar el vuelo  
del abismo hacia la altura;  
cantar es trepar al cielo,  
rasgando la noche oscura. .

Por eso canto al sonoro  
raudal de mis expansiones;  
por eso canto, si lloro  
mis perdidas ilusiones.

— ¡Ven! y juntos levantemos  
nuestra cántiga amorosa,  
y sobre ella nos alcemos  
con alas de mariposa.

Cantemos en dulce calma  
á los ritmos de la lira:  
tengamos por tema, el alma,  
por estrofas, lo que inspira.

Y si algún día la suerte  
nos dice ¡adiós! al oído,  
hagamos oda á la muerte  
en el arpa del olvido!



## EL INDIO

### I

Por la tarde está sentado  
junto al río, siempre á solas,  
viendo cual pasan sus olas  
con algo que murmurar,  
el indio triste y enfermo,  
esclavo de su destino,  
á quien venció el argentino  
en los toldos de su hogar.

Esta patria no es su patria ;  
ni la ama ni la comprende,  
ni la escucha, ni la entiende  
en su destierro sin fin.  
Cuanto se le llega es sombra,  
cuanto respira, veneno :  
¡ él creció estrujando el seno  
de la Pampa sin confín !

El ansía cielo libre,  
mundo abierto al horizonte,  
llano sin árbol ni monte,  
amplitud de corazón.  
Al dar límites al mundo  
las cumbres llenas de hielo,  
ve en los pedazos de cielo  
mendrugos á su ambición.

Miedo le causa la sierra  
con el bramar de sus vientos,  
y escucha como lamentos  
en los ayes del *chircal*.  
Tímido y supersticioso,  
cuanto es del bosque le pasma,  
y hasta cree que es un fantasma  
la sombra del *biscotal*.

Es que en su pampa sin bosques  
menudo trebol florece,  
y un arbol tan sólo crece  
de trecho en trecho, el ombú;  
y es que entregado al mutismo,  
no hay más acentos allá  
que los gritos del *chajá*  
y el silbido del *ñandú*.

Si absorto al cóndor contempla  
es que envidia su destino:  
libre es el cóndor andino,  
como el indio en su corcel;  
ó es que al verle volar tanto,  
imagina el prisionero  
que el cóndor es mensajero  
de algún recuerdo para él.

Tan sólo de tarde en tarde  
doma el indio su tristeza,  
hiergue altivo la cabeza,  
sacude su laxitud:  
y es cuando escucha á lo lejos  
bramar la nube irritada  
y ver que llega arrastrada  
por torbellinos del sud.

¡Cómo se crispan sus nervios  
si el huracán llega y pasa,  
troncha los *molles*, arrasa  
cuanto encuentra, de raiz,

y tala, y siega, y destruye,  
y cual muertos por hileras  
en la batalla, en las eras  
deja tendido al maiz!

Es lo único que le habla,  
en su salvaje alarido,  
del hogar donde ha nacido,  
de la pampa en donde amó.  
Es lo único que llega,  
de la patria al extranjero,  
el plumaje del *pampero*,  
que en la cuna le arrulló.

¡ Ah! por eso vive triste  
el indio enfermo y sombrío,  
el que á la orilla del rio  
siente impulsos de llorar;  
el que en la tarde se sienta,  
meditabundo y á solas,  
á ver cual pasan las olas  
con algo que murmurar.

## II

Hace ya más de dos años  
que arrastra esa vida triste  
aquella alma, que se viste  
con el luto del pesar.  
Hace mucho, mucho tiempo  
que se siente desgraciado  
aquel cóndor enjaulado,  
que aún no ha aprendido á llorar.

Pero el indio sufre y odia...  
el indio sufre y se calla;  
es la flecha en la batalla  
que muerde mu'ca y cruel.

No! no! que no escape un eco:  
el indio se avergonzara  
si con su llanto mojara  
una tierra que no es de él!

Es un volcán aplastado,  
nieve mezclada con fuego,  
grito de rabia, sin ruego,  
cadáver sin ataúd.  
Es el viento encadenado,  
la pampa sin horizontes,  
llano convertido en montes,  
extensión sin plenitud.

El silencio concentrado  
es su copa de amargura;  
por eso el indio la apura  
hora á hora, sin cesar.  
Muda, su patria ha caído,  
sus hijos, mudos, han muerto;  
ni un ¡ay! exhaló el desierto:  
¡el indio no ha de llorar!

¿No es esclavo?... pues entonces  
que le atormente su pena,  
que pese más su cadena  
en el pie, ó el corazón;  
que cada hora que pase  
hierro sea, y cada día  
á esa su cadena impía  
añada un nuevo eslabón.

Y que sólo su destino  
la cruel cadena desate,  
y del mundo le arrebate  
para olvidar y morir.  
Si su pie, sujeto al yugo,  
en el desierto no estampa  
el venado de la pampa,  
¿para qué quiere vivir?

¡Ah! si fuera dado al indio  
concentrar sus desengaños,  
hacer horas de los años  
que le faltan que llorar,  
y decir ¡adiós! al río,  
y no volver más á solas  
á ver cual pasan sus olas  
con algo que murmurar!

## III

Hace mucho, mucho tiempo  
que el indio triste y sombrío  
rinde su vida al hastío,  
hunde en sombras su razón.  
No bebe el aire del cielo,  
no entra sol á su alma inerte,  
y los dedos de la muerte  
le estrujan el corazón.

Suena lo negro en su cráneo,  
la sombra en su oído zumba,  
voces extrañas de tumba  
salpican su soledad.  
Ya no le llama el desierto ;  
¡adiós! la pampa le dice,  
y hasta, á veces, le maldice  
en sueños, su libertad.

Tronco enfermo, ya se quiebra...  
En el árbol carcomido  
no hay ave que teja nido,  
ni cante, siquiera, en él.  
Peña en que duerme, el abismo,  
ni el cóndor se posa en ella,  
y sólo estampa su huella  
la muerte fiera y cruel.

— Indio, murmuré yo un día,  
ven y dime lo que sientes.  
Abrió el labio, y por sus dientes  
una frase rastreó.  
Indio, mírame, que te hablo,  
le dije en acerbo tono,  
y el salvaje, sin encono,  
de soslayo me miró.

Y luego no más sus ojos  
en la tierra se clavarón  
y en sus órbitas brillaron  
con siniestro resplandor.  
— Indio, qué sientes, responde;  
dime qué mal te hemos hecho.  
Quiso hablar, pero en su pecho  
ahogó la frase el dolor.

— ¿Te acobarda la faena?  
pues tarea más sencilla  
tendrás desde hoy en la trilla. —  
Su silencio fué tenaz.  
— ¿Estás enfermo?.. tu amigo  
yo soy, indio. En su semblante  
mostró el alma agonizante  
la descolorida faz.

Sordo siempre á mi reclamo,  
guardó su letal mutismo;  
y si algo dijo, á sí mismo,  
sin decir, se contestó.  
De su angustia comprimida,  
que vencer á su alma pudo,  
testigo franco, aunque mudo,  
fué un suspiro que exhaló.

Comprendo el origen, indio,  
de tu negra pesadumbre:  
quieres sol, espacio, lumbre  
y una pampa en derredor.

¡ Ah! sé bien que es lo que ansía,  
esa masa de tormenta...  
trueno ahogado, ya revienta  
en mil rayos de dolor.

— Indio, ven, quiero que vuelvas  
á ser hijo del desierto ;  
vete, aunque tu raza ha muerto,  
á vivir como el *nandú*.  
Eso quería ... lo dijo  
su semblante macilento,  
tan triste como el lamento  
que al cantar lanza el *urú*.

— Vete, vete, cruza el monte, —  
dije, y al indio enseñando  
un caballo, fué volando,  
y de un salto lo trepó.  
Lanzó luego un alarido  
feroz, salvaje, imponente,  
voz de la pampa inconsciente  
que en las sierras se estrelló!

Dió vuelta el corcel alípedo,  
y un relincho agudo oyese  
luego que al ginete viose  
sobre su grupa trepar.  
En el caballo montado,  
sin bridas, partió ligero,  
cual si un soplo de pampero  
lo forzara á galopar.

Sólo oí, cuando partía  
á la carrera lanzado,  
que me dijo, consternado,  
— ¡ *Cristiano amigo, eres tú!* —  
Y al cruzar la enhiesta cumbre,  
de su expansión infinita,  
la alegre, indómita grita  
repitiendo : ¡ *Ahú!* ¡ *ahú!*

Ave errante del desierto,  
va á buscar lejos su nido,  
donde un *ombú* se alza erguido  
entre un verde y amplio mar,  
mientras corre, y siempre corre,  
el río que deja á solas,  
y cuyas parleras olas  
tienen mucho que contar.



## PRIMAVERA Y AMOR

Agitando el ramaje  
de los jardines  
sollozaban las brisas  
entre jazmines,  
y de la loma  
lloraba entre los sauces  
una paloma.

Dijo el ave á la brisa :  
— ¿quién esas flores,  
aura sutil, te ha dado  
para que llores?  
y ¿quién de esencias  
llenó tus blandas ondas  
y de cadencias?

Y contestó la brisa  
de la pradera :  
— la reina de las flores,  
la Primavera.  
— Y á tí, avecilla,  
¿quién dió á tu lira de oro  
nota sencilla?  
¿Quién puso en tu garganta  
suave gorgéo,  
más dulce que los cantos  
del Himeneo?  
¿Quién te dió nido,  
con gajos de laureles  
entretejido?

Y al desplegar la noche  
su leve tul,  
y al morir el postrero  
rayo de luz,  
con tierna voz  
dijo, al volar, el ave:  
— ¡Brisa, el Amor!

## PRO ISCHIA <sup>1</sup>

### I

Como deidad sonámbula  
en la noche tranquila y misteriosa,  
cuando duerme el ruido en la pradera,  
la luna resbalaba, silenciosa,  
derramando su oleaje  
en la azulada esfera;  
y del amplio y tupido cortinaje,  
como colgadas lámparas, los astros  
iluminaban la creación entera.

El golfo turbulento,  
que de Nápoles besa las riberas,  
al compás de canciones plañideras,  
callado, soñoliento,  
al fulgor de radiantes aureolas  
reposaba en su lecho de corales,  
semejando, rizado por el viento,  
sonoro mar de luminosas olas.

Y en la tierra, el gigante de granito  
que vela el continente  
y abrió á su pié la tumba de Herculano,  
airado siempre, y con salvaje grito,  
lanzaba el fuego de su seno hirviente,  
donde, al compás del golpeado yunque,  
grita y brama la estirpe de Vulcano.

<sup>1</sup> Composición leída en una Velada literaria (1881).

## II

Escuchando la nota peregrina  
del harpa del poeta,  
se extasiaba la Ondina  
del soñoliento mar napolitano,  
sin escuchar, al arte abandonada,  
ni el rumor del océano  
ni el temblar de la tierra encabritada.

¡Siempre el misterio! siempre,  
cuando fermenta el negro cataclismo  
que sorbe mares y devora mundos  
revolviendo el abismo;  
y siempre la quietud, siempre la calma  
al corazón y al pensamiento inundan  
en las luchas del alma con el alma!

Por fin bate sus alas la tormenta,  
revienta despeñado el trueno horrísono,  
y en la espantosa confusión, la tumba  
abre su fauce hambrienta  
para tragar los últimos escombros  
del mundo que á su borde se derrumba!

## III

Fué la hora: y el piélago profundo,  
al salvaje alarido del Vesubio,  
contestó revolcándose,  
herido, furibundo,  
con un grito de guerra,  
y se lanzó con el fragor del caos  
á luchar brazo á brazo con la tierra!

¡Tremenda fué la lid! Hondo rugido  
brotó del pecho del abismo hirviente.  
El mar, el mar erguido

y el volcán, agitando su melena  
de iras de fuego en el callado ambiente,  
sacudieron las fibras  
del yerto corazón del continente!

En medio de la lucha soberana,  
como ebrio vacilante,  
Ischia, la dulce náyade italiana,  
ya se alzaba y caía,  
hasta rodar, sangrienta, agonizante,  
á los senos del mar, que enfurecía.

La pirámide, el mármol de la historia,  
las torres, el palacio, el monumento,  
testigo inerte de pasada gloria,  
la rústica morada, vacilaron  
de pie sobre el rasgado pavimento,  
y al trueno del volcán se desplomaron.

Todo rodó, vertiginoso ó lento,  
todo rodó al abismo....  
Surgió la muerte, y su pendón sangriento  
desplegó entre el horrendo cataclismo.  
Rebosante de júbilo,  
tendió la nada funerales velos  
sobre la abierta tumba;  
mientras arriba, los azules cielos,  
reflejando su manto,  
de sus pupilas de oro  
vertían triste y abundoso llanto.

Y huyó la noche, y descendió la aurora,  
que con tintas de estrellas  
los horizontes dora:  
y al desplegar sus galas,  
vislumbró á los inciertos resplandores,  
que las magnolias que en la tierra esparce  
fueron por esa vez como las flores  
que derrama el amante en el sepulcro,  
que arrebató por siempre  
la visión celestial de sus amores!

## IV

¡Qué fué de tí! gentil, gallarda ondina,  
que en las noches serenas,  
mientras soñaba el mundo  
reclinado en su lecho de neblina,  
cantabas en la lira de los mares  
al compás de tus coros de sirenas!

¡Ay de los muertos, que en silencio duermen!  
Sólo se oye á la puerta de la tumba  
un grito de estupor, que al cielo avanza,  
el rumor de plegarias por besarse,  
el eco del amor, que se derrumba,  
y el ruido de unas olas, que se alejan  
con la ilusión que engendra la esperanza!

¡Qué fué de tí! gentil, gallarda ondina....  
Caiste al eco de infernal trompeta,  
como cayeron los profanos muros  
á la voz estridente del profeta!

En hombros del atleta del progreso,  
del porvenir al sonoro beso,  
de nuevo te alzarás, hija de Apolo  
y Venus Citerea,  
que es un dón de los pueblos varoniles  
renacer con el soplo de la idea!

.....

¡Italia! ¡madre de la luz y el genio!  
al rodar, turbulenta,  
la mole colosal del mar Atlante  
y besar las riberas argentinas,  
arena de las luchas del progreso,  
remeda de Ischia el eco sollozante;  
y hermanas en el luto y en la gloria,  
te llevará el acento adolorido  
que sellará en los siglos ese lazo  
que hace eternos los pueblos en la historia!

## EN LA ALDEA

Ya torno á tu seno, aldea,  
en el rigor del estío;  
ya contemplo tus casitas,  
la torre, el molino, el río.

Miro allí verdes sembrados,  
huertos de frutos opímos,  
y los viñedos, que crujen  
al peso de los racimos.

Todo está igual, no ha cambiado;  
siempre el mismo panorama:  
el nido cuelga del árbol,  
el ave al ave reclama.

Allí una aldeana veo,  
que va por agreste ruta  
conduciendo en la cabeza  
la cesta llena de fruta.

Más allá, dos labradores  
que tornan de la faena,  
siempre alegres y cantando  
sin rigor, afán ó pena.

Y por la falda del cerro  
el pastor va tras la oveja,  
y la trepadora cabra,  
y los bueyes con su reja.

Aquella casita blanca  
es mi albergue veraniego:  
ella el contento me brinda,  
y la calma y el sosiego.

Y más allá veo un grupo,  
que hacia mí su paso apura:  
uno, dos y tres paisanos  
y mi buen amigo, el cura.

A tiempo, á tiempo he llegado,  
cuando llora la *chicharra*,  
y mezcla su agudo silbo  
con el ay! de la guitarra;

O se mezcla á los balidos  
del ternero, en la montaña,  
el eco lejano y triste  
de suave flauta de caña.

Suena la señal...silencio!  
descubramos la cabeza...  
y á la vez los corazones:  
¡es la oración, y se reza!  
.....

Ya estoy en tu suelo, aldea,  
en el rigor del estío,  
ya contemplo tus casitas,  
la torre, el molino, el río.



## EN LA SOLEDAD

Mejor se vive así! Solo y aislado  
en mi desierta alcoba paso el día,  
exhumando en la tumba del pasado  
sueños extintos de la mente mía.

Mejor se vive así! lejos de todo,  
sumergido en glacial indiferencia,  
ajeno á las pasiones y su lodo,  
limpio de corazón y de conciencia.

Lejos del hombre que me causa hastío  
con su ansiedad perpetua de fortuna,  
abrazo mi razón á mi albedrío,  
como á gemelos en la misma cuna.

A la ambición mi espíritu se cierra;  
ningún afán empaña mi memoria;  
soy un pobre mendigo de la tierra  
que busca los harapos de la gloria.

En esta soledad en que me encuentro  
no tengo ni siquiera un solo amigo;  
en mi ser me confundo y reconcentro,  
y ni odio, ni pasión, ni amor abrigo.

Hombres! ya me cansó vuestra miseria;  
el sayal que vestís es de mendigo;  
y en el sagrado templo y en la feria  
enseñais, como el réprobo, el castigo.

Si llegais hasta mí con vano intento,  
como Alejandro, con laurel y palma,  
yo os demando mi sol, el pensamiento,  
y me convierto en Diógenes del alma!

Dejadme solitario!... Yo no busco  
la azarosa inquietud de vuestra gloria;  
con vuestro fatuo brillo no me ofusco,  
porque es fosforecencia de la escoria!

Yo quiero el ideal, que mi alma adora;  
quiero la luz que al corazón no alcanza;  
un rayo sólo de la eterna aurora,  
y un reflejo del sol de la esperanza.

Ansío levantar mi pensamiento  
con las alas del águila altanera...  
algo hay dentro de mí que infunde aliento,  
pero hay algo, también, que desespera!

Busco en los libros de los grandes sabios  
algo con qué aplacar mi sed ardiente;  
siquiera inspiración para mis labios  
y ondas de luz para bañar mi frente.

Dante, ciego, me lleva hasta su *Infierno*;  
Byron me dá á beber su copa, mudo;  
y mientras Calderón me alza á lo eterno,  
me enseña Shakespeare á dudar, y dudo!...

Milton, con fé profunda á Dios bendice,  
Hugo, al monte inmortal del sacrificio,  
mientras Voltaire, sarcástico maldice,  
y Alfredo de Musset me arrastra al vicio!

Me dicen los filósofos: — adora! —  
y los sabios: — no existe la conciencia! —  
uno me grita: — rie! — el otro: — llora! —  
¡Heráclito y Demócrito es la ciencia!

— Hay un Dios! hay un Dios! — aquel arguye  
que lleva al hombre por celeste ruta; —

y Darwin, con sus huesos, reconstruye  
el esqueleto de la bestia hirsuta!

¿Dónde está la verdad? Es loco empeño  
buscar astros de arriba en el abismo;  
saber, siquiera, que existir no es sueño,  
si hasta duda la duda de sí mismo.

Hombres! sois el juguete de la suerte,  
que deja al ideal del alma exhausto:  
Hamlet oye á un espectro de la muerte,  
y al mismo Satanás invoca Fausto!

Y yo te invoco á ti! profana ciencia;  
y en vez de hacer Goliat al pensamiento,  
vuelves pigmeo vil á la conciencia,  
y toda mi esperanza das al viento.

Lejos de mí el veneno de tus hojas,  
libro que niegas lo ideal, lo eterno;  
libro de fé, que abismas y acongojas,  
añadiendo un infierno á tanto infierno!

La Inquisición reviva! sí, reviva!  
de Torquemada cruel; y á sus fulgores  
la verdad salve de la llama viva,  
y en carbón se conviertan los errores!

Yo, en tanto, abjuraré de toda creencia,  
purgaré mis delitos uno á uno,  
si es delito aspirar la humana ciencia,  
si delincuente fué Jordano Bruno!

Más ¿qué digo?... ¡Te nombro en mis enojos  
institución del crimen, sin castigo!...  
¡La sombra de Guzmán ante mis ojos!...  
¡Santo, vuelve á tu altar!... yo te maldigo!...



## NOCTURNO

Yo soy un eco que hora tras hora  
nace en las ruinas de la pasión;  
yo soy un ave que triste llora,  
cuando en la aurora,  
sonríe el sol.

Hay otras aves que tienen nido,  
que tienen ramas, donde cantar;  
yo sólo lloro mi bien perdido  
con el gemido  
de la orfandad.

Vago en el mundo, como el *Errante*,  
sin saber cómo ni adónde voy;  
marcho al impulso del pecho amante,  
voy, como Dante,  
de un alma en pos.

Busco el infierno, después el cielo,  
las rojas llamas, la suave luz;  
de mundo en mundo, de vuelo en vuelo,  
vaga mi anhelo  
donde vas tú.

Te llama el eco de mis canciones,  
te invoca el himno de mi dolor;  
y tú agigantas mis decepciones,  
y haces girones  
de mi ilusión.

Yo ya no tengo fuerza ni aliento,  
ya dejo al alma desfallecer;  
y en mis insomnios llorando siento  
mi pensamiento  
como al ciprés.

Mis esperanzas se han vuelto escorias,  
humo de tardes nuestra pasión;  
no quiero triunfos, no quiero glorias .  
dulces memorias:  
adiós! adiós!

Sombra y tristeza, tiende tu manto;  
madre del sueño, guarda tu luz;  
genio del arpa, dame tu canto,  
mezclado al llanto  
de mi laud.

En el misterio me reconcentro,  
ya canta un ave, suena un rumor....  
De nuevo el día!...salgo á tu encuentro,  
la noche dentro  
y fuera el sol!

## IDILIO

Revolviendo, curioso, una mañana  
unos viejos y ajados pergaminos,  
que servían de pasto á la polilla,  
me dí con estos versos, y adueñéme  
de ellos al punto, porque sí, lectores,  
al ver que en viejas páginas aún vive  
un amor de otro tiempo y otros años,  
cuando se amaba con pasión profunda,  
y se creía en Pablo y en Virginia,  
y en Julieta y Romeo, novelescas  
creaciones hoy de bardos importunos,  
engendros de raquíticas pasiones,  
que ilumina un instante la neurosis,  
colora la demencia y nunca el genio  
los labra, los cincela ó los retoca.

Al entregarlos á una vida nueva,  
no trates de indagar, lector curioso,  
de qué labio escaparan estos ayes,  
ni qué laud esta íntima elegía  
al aire diese, como el cisne el canto.  
Sea un misterio del autor el nombre,  
y que otro lo revele; pero calle  
el labio mío ante el dolor ajeno.  
No quiero que por mí comprenda el mundo  
lo que nació, tal vez, para el olvido:  
cenizas de un amor que ya no existe,  
lágrimas secas de algún pobre bardo,  
idilio de las grietas de su tumba.

## I

Como la tinta de la aurora vive  
en el rojo capullo de las flores,  
la armonía en el pico nervioso,  
el idilio en las yerbas de los campos  
y el rumor en el alma de la ola;  
cual la gloria en la oliva del poeta,  
la esperanza en el verde; en lo celeste  
lo vago, indefinido, incomprensible;  
la pasión en el ánfora del pecho,  
la ilusión en las sienes de las niñas  
y el ósculo en la boca de quince años,  
vive en el fondo de mi ser, oculto,  
ese primer amor, amor de abismo,  
con la atracción del vértigo en su fondo,  
enredado á la martir de mi alma,  
como la yedra á la columna rota,  
como el *corpus* al gajo de los molles.

## II

Ni el hielo de los años; ni el ardiente  
soplo de la pasión de otras caricias;  
ni el raudal torrentoso de mis penas,  
que al inundar mi corazón llevose,  
en los tumbos de espuma de su oleaje  
sus quiméricos sueños de otras horas:  
ni el olvido, que borra lo pasado  
hasta con ambas manos del recuerdo,  
de mi ser han podido arrebatarte  
¡oh mi amor, ya finado! ¡oh mi reliquia  
de la virgen que amé! dulce preludio  
de mis dichas de ayer, que de ultratumba  
vibrando llegas hasta mí en las ondas  
del río sin rumor de la distancia  
Aún te siento arder; aún te veo,



fruto colgado de la rama endeble  
que el cierzo del dolor no ha desprendido;  
te miro aún en actitud llorosa,  
inclinada la frente, donde el labio  
arrebataado se posara y loco,  
las manos juntas en el seno impuro,  
donde amor se embriagara tantas veces;  
aún te veo, insomnio de la carne,  
de pie, sobre el sepulcro de mis dichas,  
como al ángel de mármol de las tumbas,  
inmóvil, triste, misterioso, mudo!

## III

Mujer ó virgen, ángel ó demonio...  
eterna soledad de mi pecado,  
carne de mis memorias y recuerdos:  
¡cuándo podré arrancarte de mi alma,  
y ahogarte en el torrente de mis noches,  
y arrastrarte, cadáver insepulto,  
amortajado en sábanas de espuma,  
hasta la playa del eterno olvido!

## IV

Contaba yo veinte años y ella quince;  
yo en la ciudad vivía, ella en el campo;  
estudiante era yo, y ella pastora.  
Nos conocimos, ni sé cómo, un día:  
ella vióme al pasar, y yo los ojos  
hacia ella, volví...

Quiso el destino  
que las miradas de los dos, se uniesen,  
cual dos rayos dispersos, en un rayo,  
cual dos sonidos en un solo acorde,  
cual dos torrentes en un solo río,  
cual dos besos de amor en uno, ardiente,

cual nuestras almas, luego, en una sola.  
¡Ay! vale más que nunca contemplara  
su faz de artista, irradiación de un himno!...  
La conocí para llorar, tan sólo!  
Y aunque con arte seductor, el bardo  
nos diga, iluso, que « la vida es sueño »,  
yo, al recordar de esa mirada hiriente  
como la hoja del puñal, me digo:  
— sueño las dichas podrán ser, y humo,  
pero el dolor jamás!...

## V

La primavera  
de túnicas de oro y esmeralda,  
vestía al árbol de capullos rojos,  
azules flores ó botones blancos.  
Aguardaban la hoz las rubias mieses;  
Ceres hinchaba del maiz el grano  
que el *choclo* da; la abeja en los capullos  
alzaba el polen y la miel bebía;  
la lujuriente vid frescos retoños  
daba en la noche al tornasol racimo;  
la brisa matinal entre los sauces,  
cubiertos de verdor, tejía estrofas;  
á la oveja seguía el corderillo,  
y el trebol se reía de su gula;  
la vaina amarilleaba, y el *collullo*,  
en el añoso algarrobal posado,  
de fermentada *alhoja* el nuncio era;  
horadaba el *cardón* el *carpintero*;  
implume la calandria, aún, medía  
el verso pastoril de su garganta;  
alzaban los zorzales en su pico  
los gajos secos del coposo *molle*;  
el monte sacudiéndose de pronto,  
arrojaba la nieve de sus cumbres  
y de su espalda el ribombante trueno;  
el cielo, ya sin nieblas, limpio y puro,

cargaba el tinte de su azul-violeta,  
y la luz derramábase á torrentes,  
en cascadas de pristinos diamantes,  
de las jícaras de oro de los astros.  
Como engarzada al ritmo, vive el alma;  
el idilio, en el seno y en el nido,  
junta frases de amor y de poesía;  
la nota se hace luz, y la luz nota,  
y luz y beso forman un acorde  
que ilumina y que suena, al mismo tiempo.

## VI.

¡Ay! quiso Dios, para mi mal y el suyo,  
que en la dulce estación de los amores  
la conociera yo, sin saber cómo,  
y que sus ojos y los ojos míos,  
como intérpretes mudos de un lenguaje  
que habla el alma, sin labios, se dijeran  
lo que no puede repetir la frase:  
voz sin sonido, que al sonar se escucha,  
idioma nada más que el alma entiende  
por instinto, quizá ...

Yo no comprendo  
cómo nació este amor.

## VII

Era una noche,  
de aquellas noches en que se abre el alma  
como una *pasionaria* de los campos.  
Las diez serían, y la humilde aldea  
del rústico pastor al pié del cerro,  
dormía, como el hombre y como el bruto.  
El fogón en el rancho está extinguido;  
la escasa luz de la bujía muere;  
el rumiar de la oveja en los corrales

percíbese en las sendas. El collullo  
y el grillo y la *chicharra*, con sus largos  
y nocturnales ecos de tiniebla,  
espesar parecían más la sombra.  
Pero allá, á la distancia, puede oirse  
de unas seis cuerdas el agreste acento,  
y hasta una voz humana que se une  
al rasguído melódico que se oye.  
Esos acentos sírvanme de guía,  
que su rumor, más que un llamado, es orden,  
imperativo son, que al alma enferma  
como un imán atrae, y así la adhiere.  
¡Es la guitarra nacional, el dulce,  
melódico laud de nuestros campos,  
en cuyas cuerdas vibra, temblorosa,  
el alma del cantor de la montaña,  
suave, como las mieles del Himeto,  
y blando cual las ondas de Aretusa,  
á cuyos sonos el laud del Tibre  
y del Celiso callan, ruborosos!  
La senda sombreada me condujo  
al rancho del cantor, hogar sencillo  
de la gentil pastora. En él estaba  
la niña de quince años, cuya imagen  
pendía de mi alma, cual la hoja  
de endeble gajo, ó de la rama el fruto.  
Al llegar la miré: de sus pupilas  
un torrente de rayos desprendióse,  
que me bañó con singular ternura.  
Mi Graciella sencilla, mi aldeana,  
de agreste *cueca* terminó los aires.  
El aguardiente de las patrias vides,  
zumo de la uva tornasol, en jarros  
de roja greda, circulaba al punto.  
El serrano cantor las cuerdas pulsa  
del nativo y melódico instrumento,  
y al vibrar la bordona, vierte en ayes,  
con voz trémula, al par que adolorida,  
esa poesía del sentir, que canta  
llorando desengaños, si recuerda  
que sembró una esperanza y un olvido  
brotó de esa esperanza ... ¡Cómo mueren

los cantares sencillos de la patria,  
cuando la voz del trovador amante  
viste de traje campesino al verso!  
Los más puros afectos encontrados;  
el amor y el olvido; lo que inspira  
y hace doler el alma; la ternura  
ligada á la pasión; el quejumbroso  
y blando murmurar de oculta pena;  
el sollozo de una íntima congoja;  
el roedor recuerdo; la esperanza  
muerta de desengaños; el acerbo  
y agrio tono de un amor perdido;  
el ¡ay! desgarrador de un imposible,  
arrullos de la tórtola mezclados  
al lamento de fiera que está herida:  
todo en la voz del trovador agreste  
se vuelve llanto, imprecación ó queja!  
Al rancho penetré; la ví, me atrajo  
con mágico secreto. Yo no olvido  
lo que pasó en mi alma aquella noche,  
lo que en mi ser latió, arteria ó fibra.  
Cuando la ví, esquivá y ruborosa,  
responderme con voz entrecortada  
y decirme — ¡te amo! — con los ojos,  
y callar con los labios; cuando al lado  
suyo, cerca, muy cerca, juntos casi,  
sentí su aliento fatigoso y débil;  
cuando el licor chispeante surgir hizo  
lascivos pensamientos al cerebro,  
y volvió niño al corazón prudente  
y dió voz al silencio de la boca,  
muchas cosas la dije ... muchas, muchas,  
con la ingénua franqueza del beodo!  
Y ¿quién no la diría, si la viese?...  
Verdes eran sus ojos y espresivos  
como un eterno afán, tristes, rasgados,  
voluptuosos; su boca de los cámbulos  
tomó el vivo carmín, suave y limpio,  
y sus dientes en ella contrastaban  
como el marfil en terciopelo lacre;  
urna de fe, de castidad, de ideas  
era su frente blanca; sus abriles

cincelaban las pomas de su seno.  
Era color de flores de retamo  
su traje de percal, sin una cinta,  
sin un pliegue, sencillo, sin adornos.  
La noche aquélla en que la ví en el baile,  
una hermosura pastoril tenía,  
sin esa vanidad de las mujeres:  
era un verso de Teócrito sencillo  
entre una serenata de pastores. .

### VIII

Cuanto la dije yo y ella me dijo,  
vedado está saber...

### IX

De aquella noche,  
más misteriosa que el misterio, guardo  
un poema de amor, cuyas estrofas  
escucho aún, por boca de mis penas;  
cuyos dulces acentos no se pierden,  
aunque lleguen confusos al oído,  
como el rezo infantil balbuceado.

### X

Hizo cauce el amor en nuestros pechos,  
tan ancho, tan profundo, cual si oleajes  
de la febril pasión, en muchos años,  
calado hubieran sus estrechos bordes.  
Sólo el que amó una vez con alma entera  
comprender puede que un instante sobra  
para llenar un corazón y otro,

y desbordarlo en nuestro ser, cual líquido  
añejo y espumante que del vaso  
alzándose, rebosa y se derrama.  
Nos amamos los dos al conocernos,  
al mirarnos apenas. No parece  
sino que nuestras almas, entendidas,  
más que amigas, gemelas de infortunio,  
nacieran á la luz de alguna noche,  
y que al sentir amor y hallarse juntas  
besáranse las dos, con beso loco,  
haciéndose atributo una de otra,  
cual la forma, del cuerpo; del sonido,  
la vibración; del tiempo, la existencia;  
el ritmo, de la voz; del cisne, el ala;  
del cariño, la cosa que se quiere;  
del recuerdo, el objeto recordado;  
del olvido, ni el rastro de un recuerdo.

## XI

Un verso nuestro amor fué al principio  
una estrofa después y luego un canto.  
De la pasión el sentimiento loco  
crecía en nuestras almas, mutuamente,  
cobrando á un tiempo inmateriales formas  
en el gesto, en la risa, en la mirada,  
en la frase de amor... hasta en la súplica.  
Tímida y recelosa, me veía  
apenas de soslayo; los colores  
encendían su rostro, compitiendo  
el carmín de la *achicra* con la nieve,  
si sorprendía su mirar esquivo,  
á hurtadillas siempre, y nunca franco;  
y si algo la decía, algo muy triste,  
balbuceaba frases, semejantes  
á las del ave que recién modula  
el gorgceo de amor en su garganta.  
De cantos para mí estaban llenos  
los agrestes caminos de la aldea...

Si acertaba á pasar frente á su rancho,  
por la entornada puerta me veía,  
cuidándose de mí. Aquellos ojos,  
luciérnagas del alma palpitante,  
con ansiedad seguíanme, suspensos,  
hasta que yo torcía, paso á paso,  
el callejón cercado de *espinillos*.  
Luego, arrastrada por secreto impulso,  
cuando el recelo cede, poco á poco,  
y empieza esa miopez de la materia  
que al sentimiento del honor se impone,  
ya solía mirarme sin embajes,  
desde el alero del pajizo rancho,  
ó ya la frase, á veces, escapaba  
trémula de su labio, pero abierta,  
poco discreta aún, pero amorosa;  
y yo, que la atisbaba día y noche  
desde el huerto vecino, la infundía  
al par que más amor, menos recelo.  
¡Cuántas veces oculto entre los verdes  
y floridos granados, ó parrales,  
espiando la ocasión de hallarla sola,  
pasé las tardes, sin quitar los ojos  
un solo instante de su rancho humilde!  
y ¡cuántas, desde el cerco de los talas  
en vano no aguardara, hasta esa tarde  
en que la ví llegar con una cesta  
de flores del remanso, margaritas  
y *albahacas*, y sola y sin testigos,  
al rancho penetrar, tornando, absorta,  
las pupilas de un lado á otro lado,  
como si me dijera con sus ojos:  
—ven, que no hay importunos que nos miren,  
que te amo mucho, y mi ansiedad es grande!—  
Y ¡cuál en ese instante no sería  
su confusión y su sorpresa, al verme  
llegar hasta ella y escuchar mi acento  
en demanda de flores!...

Eran todas  
cogidas para mí: ella lo dijo,  
cuando, con suma turbación, un ramo  
alargome, brindándome sonriente,



mientras que yo apretaba con mis dedos  
los de su mano blanca, que instintiva  
ella apartó con rapidez, mirándome  
con esa rigidez de las estatuas.

## XII

Más hermosa que aquella, pocas tardes...  
en esa tarde hermosa, pocas almas  
tan ardientes de fiebre cual la mía!...  
Debió cederlo todo á mi reclamo...  
no lo recuerdo bien... creo que todo!  
Siento como que un beso de su boca  
aún palpita sobre el labio mío,  
como un ascua de amores... Es lo cierto  
que no pude saber qué seducciones  
tenía para mí la aldea aquella,  
verde, como esperanzas que han brotado,  
rústica, como un verso de pastores,  
alegre, como un nido de calandria,  
y sencilla como ella, la pastora.  
Cobré mucho cariño á las colinas;  
á la alta cumbre donde el sol se pone  
y á la montaña amé, de donde nace.  
¡Son tan grandes, tan verdes, tan poéticas  
las sierras y montañas de la patria;  
hablan tanto por boca del idilio;  
tantas cosas murmuran en sus brisas;  
de sus árboles pende tanta estrofa;  
tantas odas arrastran sus arroyos;  
bríndannos tanto amor, murmullos, ecos  
en la alba copa de la flor del aire!...  
¡Y aún no tienen un cantor!... ¡No tienen  
quien recoja los versos y los himnos,  
tejidos con sus brisas de áureos tonos;  
quien module los sálicos que suenan  
en la copa del molle verdi-oscuro,  
en el nido espinoso de la *tusca*,  
en el pico cantor de la *calandria*,

ó ya en el vuelo elíptico y nervioso  
del coqueto, irisado *tumuiñucu* ;  
quien cambie cuerdas al laud, ya usado,  
por las de sus zampoñas, nunca oídas  
del bardo cortesano, que no sabe  
pulsar una guitarra, cantar *letras*,  
beber *alhoja* indijena, en fermento,  
ó alzar la piedra de la *huaca* muda ;  
quien sepa de esos ruidos, como silbos,  
de las alas del cóndor de los Andes,  
cuando corta los aires, ó posado  
en la roca saliente del *mogote*,  
el ala rasga con su corvo pico,  
como el cantor las estiradas cuerdas  
del único laud de nuestras cumbres !

### XIII

Fué creciendo mi amor á las montañas,  
tanto, que en la ciudad ni un solo instante  
pensé, desde una tarde. ¿Qué sentía ?  
¿Es que ansiaba estar lejos de la tierra,  
ó quería estar cerca de los cielos ?  
¿Buscaba la grandeza en lo infinito,  
ó ansiaba ver la pequeñez del mundo ?  
¿lo de arriba tocar, ó ver lo hondo ?  
Ni una ni otra cosa : aquella tarde  
el bosque de *arrayanes*, era el bosque  
frondoso lo que amaba, eran los llanos.  
¿Qué hay en ese bosque, á más de brisas ? ...  
¿es que busco el silencio ó el ruido ?  
¿qué me importan sus aves, sus arroyos,  
sus flores, sus perfumes, sus murmullos ?  
Todas las brisas, para mí, no tienen  
más rumor que su nombre, sí lo dicen  
al hablar con las hojas y las aves.  
¿O busco soledad, y quiero ausencia ? ...  
Ella en el bosque está ! ... Vamos al bosque,  
al bosque de *arrayanes*, que me aguarda.

En la tarde anterior nos dimos cita,  
y la hora se acerca, y vuela el tiempo,  
que abre la flor y que marchita amores.  
Es grande la ansiedad que el alma siente;  
todo le sirve de aguijón, le lleva  
más allá, más allá. La dulce imagen  
de mi amor se aparece á mis sentidos,  
llena mi ser de vivas claridades,  
y con la luz de sus pupilas verdes  
ofusca mi razón, encegueciendo  
de la conciencia los despiertos ojos.  
La fiebre se apodera de mi cráneo;  
besos quieren mis labios, á torrentes;  
sueñan mis brazos con su esbelto talle;  
¡es lujuria el latido de mi pecho!  
Siento en las fibras todas de mi alma  
la sensación nerviosa de la carne!...  
Vamos, vamos, me aguarda hace ya mucho  
en el frondoso bosque... ¡y aún es virgen!...  
Es ella todo para mí, lo es todo!  
luz de la sombra que cegó mi vida,  
remedó de ilusión que canta y llora,  
plegaria de un amor que se hace crimen,  
irresistible vértigo...

Repito

que ella me está aguardando ha mucho tiempo.

#### XIV

Cuando llegué y la ví, la ví medrosa,  
temblar como el racimo de la acacia  
movido por la brisa de la tarde;  
discurrir, divagando con los ojos  
y enrular en el índice los rizos.  
De arrimo la servía el tronco viejo  
de erguido molle; y con el pie descalzo  
apartaba las hojas, y en la arena  
trazaba líneas curvas. ¡Cuán hermosa  
y llena de candor, la entonces virgen,

mi Margarita, apareció á su Fausto!  
Vestía el mismo traje que esa noche  
en que por vez primera pude hablarle,  
amarillo, color de desventura.  
Al verla, parecía una plegaria,  
una oración alzada por las hojas,  
que en forma de mujer hablaba al cielo.  
Vióme llegar, sin verme, y nada supo  
de todo cuanto oyera, y virginales  
lágrimas contestaron á mi risa,  
y carmines de fuego á mis palabras...  
No pude más!... no pude más!... ¡qué quieres!...  
¿Por qué llegaste, incauta, hasta ese bosque  
á inmolar en mis brazos tu inocencia?...  
¡Angel: por qué buscaste luz de sombra  
para teñir tus alas de crepúsculo!...  
¡Vuélvete estatua, carne de mi carne!  
¡hágase piedra tu dolor de virgen,  
y que todos los ayes de tu alma  
aumenten el silencio de tu boca!!

## XV

Todo cuanto pasó lo sabe el bosque...  
las aves, cuando cantan, lo repiten,  
y se han enrojecido, al escucharlas,  
más de una vez, las florecillas blancas...  
Del raudal de sus lágrimas nacieron  
lirios y pasionarias...

Yo he llorado  
al mirar la inocencia de esas flores,  
hijas de su dolor y de mi crimen!

## XVI

Ya no se ve á la niña de quince años  
hilar, bajo el alero de su casa,  
el vellón de la rústica *vicuña*,  
ni escarmenar la lana de la oveja

ó el algodón coposo del *borracho* ;  
salir como antes, y volver con flores,  
ni asomar á la puerta á medio abrirse  
cuando vuelvo á pasar. Ha mucho tiempo  
que llora, amargamente, día y noche.  
No canta *letras* yá, como otras veces,  
al compás de melódica guitarra,  
ni busca á sus amigas, ni á los niños,  
con quienes jugueteaba en su inocencia.  
Ya no me quiere ver, ni oír mi nombre  
cuando la *hacen idea* sus amigas.  
Yo no sé si me odia ; pero si oye  
mi voz distante, lleva á los oídos  
sus manos, que cortaron tantas flores  
para su seductor... ¡ Pobre pastora !  
Apenas la oración tiñe el crepúsculo,  
y rumea la oveja en los caminos,  
á su rancho penetra, la cabeza  
reclinada en su pecho, antes tan casto,  
y se sienta á llorar, desconsolada,  
de la *Virgen del Valle*, ante la imagen.  
¡ Qué sensación no la causara, triste,  
el tono del cantor enamorado,  
la agreste serenata de pastores,  
el palmoteo de la fiesta rústica,  
trayéndola al recuerdo aquella noche  
en que mi voz oyó por vez primera  
y en que pudo decir, al decir : — te amo !  
madre del deshonor, yo soy tu hija ! —

## XVII

Sólo cuando los niños la dijeron  
que á caballo pasaba por su casa,  
de vuelta á la ciudad, salió á mirarme.  
Quise decirla adiós... y me detuve ;  
me detuve temblando, emocionado,  
maltrecho el corazón, muda la boca,  
nublada la pupila y las arterias

latiendo aceleradas. Tuvo miedo,  
mucho miedo; cubrióse con las manos,  
por no mirarme más, el terso rostro.  
Pero alcanzó á oír lo que la dije,  
una palabra sola... y como herida  
por saeta mortal, cayó la aldeana,  
muda, como dolor que no tiene ayes...  
No pude más; volé, volé al galope,  
como culpa que teme á la conciencia,  
como crimen que huye de su infierno.  
Para ocultarme, ansiaba mucha sombra;  
tinieblas, por no verme ni á mí mismo.  
La luz me delataba ante mis ojos,  
y el sol iluminaba mi pecado.  
Sólo cuando la tarde se extinguía  
volví los ojos hácia atrás; un nido  
encajado en las rocas, semejaba  
la aldea del pastor. Ni el campanario  
se distinguía ya. Recién entonces  
la conciencia cerró sus ojos negros  
y se durmió, arropada en los crepúsculos.  
Seguí luego la marcha interrumpida,  
y el *ataja-camino*, de improviso,  
revolaba sin ruido, y en desorden  
por delante de mí, á cada instante.  
La tiniebla cubrió los horizontes,  
los bosques de algarrobos y quebrachos,  
y la pampa sin luz surgió á mis ojos,  
negra, como el desierto de mi alma,  
sola, como la sombra de mi culpa!

## XVIII

No la pude olvidar, aun sin verla...  
No la pude arrancar de la memoria  
ni después de pasados muchos días,  
muchos años. Su imagen vive siempre  
dentro del corazón, y le habla triste,  
con la indómita lengua del delirio.

¡Quizá no existe ya!... tal vez ha muerto...  
pero, viva, su alma vagabunda,  
melancólica suena en mis oídos  
con vibración de lira. Aún escucho  
sus palabras, sus ruegos, sus clamores,  
y el último ¡ay! con que llenó los aires  
de mística tristeza. En vano, en vano  
llamé al olvido, que, á mis ruegos sordos,  
al dársela no quiso recibirla,  
y echó á reír de mi doliente súplica!  
El cruel remordimiento la ha estampado  
con caracteres vivos en mi alma,  
y el suspicaz recuerdo, aún dormido,  
se encarga de avivarla en mi memoria,  
de darla forma y convertirla en vida,  
de hacerla luz y de volverla acento.  
A veces imagino que del fondo  
me llama del sepulcro, y que sus grietas  
se transforman en labios, para hablarme!...  
No la pude olvidar!...

## XIX

Llegué á ser hombre;  
perdíme entre el estrépito del mundo;  
bebí la hiel, mezclada á la cicuta;  
estrujé el seno del dolor más vivo;  
luché con tempestades, y en mi cráneo  
el abismo sonó, con ruido sordo.  
Muchas veces sufrí de las pasiones  
el incendio voraz, y entre sus llamas  
sentí el chirrido de mi ser, que ardía.  
Busqué en la charca mundanal, olvido;  
atome el lazo del estéril beso  
de prostituta vil; en la taberna  
al mundo concentré, perdido el juicio,  
y al compás de ruidosas bacanales  
medí el tiempo, sus horas y sus años.  
Después, como el soldado ya rendido  
que recoge su tienda de campaña

y al hogar torna, á descansar por siempre,  
dejé la charca, abandoné la lucha,  
y fué la soledad mi hogar paterno;  
y, Jocelyn de mi dolor constante,  
á mis recuerdos consagré la vida,  
llorando el deshonor de mi Laurencia!  
No la pude olvidar!... Me fué imposible!...

## .XX

Mucho tiempo ha pasado desde el día  
en que la dije adiós. Mucho he sufrido  
desde ese día, mucho: ¡Dios lo sabe!  
Quiero volverla á ver!... Vamos al punto  
á la rústica aldea de mis sueños.  
Quince años van corridos desde entonces...  
quince cosechas de maiz pasaron;  
muchas veces sus huevos la calandria  
en el nido empolló...

Ya se divisa  
á lo lejos la aldea, en los faldeos;  
ya se ven sus molinos; de la torre  
se miran los contornos esfumados  
en el pardusco cerro destacarse;  
manchas parecen, verdes y amarillas,  
los sembrados de trigo en los *rastrojos*.  
Hay nieve en la montaña, mucha nieve,  
precursora del frío. Están desnudos  
los árboles del bosque, y la hojarasca  
arremolina en alas de los vientos,  
un algo murmurando, algo muy triste,  
que sólo entiende el alma del poeta  
al hablar al silencio de los campos.  
¿Qué murmuran las hojas que se arrastran,  
llorando del invierno la atonía?  
¿qué dice el viento, que desnuda al molle,  
y devuelve un gemido por cada hoja?  
¿qué dice esa ave, oculta en el ramaje?  
¿por qué me muerden, al doblar las sendas,  
las ramas espinosas de la *tusca*?



Como á encontrarme, viene, desde lejos,  
un ave negra, el cóndor de los Andes,  
á quien ha mucho tiempo que no he visto.  
Si á saludarme llegas, ¡salve oh cóndor!  
señor de la montaña, rey del aire,  
domador del espacio, donde tiñes  
tu plumage en la hoguera de los rayos!

## XXI

¡Brotad lágrimas mías, á torrentes!  
corred por las arrugas de mi rostro,  
y calientes aún, caed veloces  
sobre mi corazón, que viste luto,  
y en sus húmedas llamas abrazadle!  
Serpiente del dolor! dentro del pecho  
bébeme el alma, de pesar transida!  
Noche del caos, nebulosa espesa,  
abanica el plumaje de tus sombras  
y golpea mi frente con tus alas!...  
¡El ave de la sierra ya no existe!  
¡ha muerto al ensayar su último canto!  
Ni la rama ha quedado, donde el nido  
labrara un día: ¡la tronchó el invierno!

## XXII

Me lo dijeron al llegar: — ha muerto  
trece años ha, por una oculta pena  
su corazón, sensible, traspasado.  
Recordó vuestro nombre muchas veces;  
besó la frente de su tierno infante;  
oró un momento; comprimió un sollozo,  
y una lágrima pura y temblorosa  
suspendida quedó de sus pestañas  
al exhalar el último suspiro  
y volar con los ángeles al cielo...  
Era buena, señor, era muy buena... —  
— Todos la hemos llorado, desde el día

en que llenó la soledad callada  
 el doble de campanas, y en su tumba  
 clavamos una cruz y derramamos  
 flores del aire... ¡Nos dejó tan solos!...  
 Era buena, señor, era muy buena...  
 Yo doblé la cabeza, tristemente;  
 sentí en el corazón glaciales besos;  
 quise llorar...y no asomó una lágrima;  
 boca se hizo el dolor, y habló en mi oído  
 en extranjero idioma...dijo tanto,  
 dijo tanto esa vez!... Negros crespones  
 enlutaron mi ser, como á las tumbas!  
 Cuando miré su hogar, todo caído,  
 dentro de mí doblaron las campanas!...  
 En el desierto de mi vida triste  
 veo, á veces, el bosque de arrayanes  
 donde su tumba está, sin una piedra!...  
 ¿Quién llora por los muertos? ¿quién al borde  
 siniestro del sepulcro se ha llegado?  
 ¡Sólo las madres! ... y tal vez el hijo,  
 en cuya frente se estampara el beso  
 último de los besos de su boca,  
 y en cuyos rizos sueltos se enredara  
 el adiós! de la eterna despedida!

### XVIII

¡ Mis brazos, sí, mis brazos, carne suya!  
 ¡hijo del deshonor: yo soy tu padre!...  
 ¿Tú conoces la tumba en que descansa  
 la que tu madre fué, niño infelice?  
 Se encuentra allá, en el bosque de arrayanes...  
 No la dejemos sola con los muertos:  
 vamos, y de su cruz, que abre los brazos,  
 colguemos nuestras almas, hijo mío!...  
 .....  
 Asiendo de la mano al pobre huérfano  
 me place contemplar su sepultura,  
 hasta la hora lúgubre en que el día  
 se vuelve soledad y noche obscura...

## LA PARÁSITA

Siempre blanca y siempre pura,  
y triste, como un suspiro,  
oh flor del aire! te miro  
parásita en la espesura.

En verde rama brotada,  
modesta, triste y sencilla,  
sólo espärce en tu mejilla  
besos de luz la alborada.

Admiro, al nacer la aurora,  
á la estrella que suspira;  
al corazón que se inspira  
y al alma triste que llora;

Pero admiro con anhelo  
á la ninfa de la loma,  
nido de perlas y aroma  
de algún pájaro del cielo.

Ninguna flor tu blancura  
tiene en los regios jardines;  
los lirios y los jazmines  
lloran al ver tu hermosura.

No te iguala en gentileza  
el nardo y la rosa altiva,  
y la humilde sensitiva  
tiene envidia á tu pureza.

Y es que tú pasas la vida  
como nube sobre el suelo :  
eres lágrima del cielo  
sobre una rama caída.

Eres hija del estío  
y de las brisas, hermana :  
te acaricia la mañana  
y te bendice el rocío.

Sólo ¡ oh reina de las flores !  
otra flor tiene tu esencia,  
tu hermosura, tu inocencia :  
es la flor de mis amores !

Y es ¡ alma mía ! por eso  
que *flor del aire* te llamo,  
si esparces á mi reclamo,  
el aroma de algún beso !

## EL CIPRÉS

Yo te miro con íntima tristeza  
¡oh árbol misterioso!  
que levantas altivo la cabeza  
al lado del sepulcro silencioso.

Te miro con el alma entristecida! ...  
te miro, y en mi afán por comprenderte,  
pienso en la nada que engendró la vida,  
pienso en la vida que engendró la muerte!

Tu triste somnolencia,  
tu esbelta forma, tu robusto tallo,  
tu mística apariencia,  
la yerta rigidez con que te elevas,  
lo magestuoso de tu copa airosa,  
tus duras hojas que jamás renuevas,  
tu desnudez en flores,  
tu rama silenciosa,  
ese aletear de buhos graznadores,  
y esa tristeza que á tu sér se aduna,  
todo dice que era ese tu destino,  
siniestro morador de las ruínas  
que al clarear de la luna,  
esparces en los túmulos vacíos  
tus raudales de sombras mortecinas!

Todo dice que era ese tu destino...  
y más, cuando la noche deposita,  
en cada gajo que sustenta la hoja,  
el polvo del camino;

cuando cerca del alba se despoja  
de su manto finísimo de sombra  
y suelta sobre el hueco pavimento  
los hilos de la luna, que tejidos  
con la indecisa proyección del árbol,  
dan al suelo el aspecto  
de una movable alfombra;  
cuando sumido el panteón en calma  
el esqueleto se alza de su tumba  
á dialogar con su alma!

Todo dice ¡oh ciprés! que tú naciste  
para morar en medio de la muerte,  
y llorar las mentiras de la suerte  
viendo el trágico fin de lo que existe;  
para ser en las tumbas solitarias  
el triste nuncio del olvido ingrato;  
para pedir al corazón plegarias;  
para decir al hombre  
que la tumba es el fin de la jornada,  
que es sueño, nada más, su desvarío,  
y que es polvo amasado por la nada!

Tú traes á la memoria  
los efímeros sueños de la vida;  
sus triunfos, á que ufano, llama gloria,  
fátuos como la luz que á veces brota  
de entre las grietas de la tumba rota!  
En tu mutismo eterno  
le dices que tú sabes  
que se abrasa en la hoguera de su infierno;  
que es un errante pária de la vida;  
que es águila perdida  
que cae fatigada de la altura,  
ebria de tanto remontarse al cielo,  
á ese nido común, la sepultura,  
envuelta en la mortaja de su anhelo!

Todo lo sabes, todo!  
porque horadando de la tierra el seno  
te diriges al cieno  
y te alimentas con humano lodo!

y si aún no estás harto ni repleto,  
guías hasta la tumba tus raíces;  
y después de enredarte al esqueleto,  
por las órbitas huertas  
penetras del cerebro en las esferas  
en busca de alimento,  
y en la materia gris el alma absorbes  
y absorbes con el alma, el pensamiento!

¡Misterioso ciprés! yo te saludo  
desde la puerta del panteón desierto,  
al verte siempre erguido,  
al contemplarte yerto,  
sin una flor jamás, medio dormido  
entre el acento del dolor que zumba,  
como si meditaras en la suerte  
al lado de la Cruz y de la tumba!

Con las ramas caídas  
y la actitud de la orfandad, llorosa,  
está el sauce á tu lado, siempre inquieto,  
como el amor que vive  
más allá de la fosa,  
depositando un beso en los sepulcros  
y arrullando con frases incoherentes  
el eterno dormir del esqueleto.  
Qué triste es el contraste,  
perpétuamente visto y no entendido,  
que con el sauce formas! Siempre quieto  
sin mover una hoja,  
tú, en el dolor de la viudez sumido,  
pareces el espectro de la muerte  
caído en honda y en letal congoja  
que, al ver al móvil sauce,  
pensaras en lo inquieto de la suerte  
corriendo por la tumba, que es su cauce!

De nuestros sueños el vaivén semeja  
el sauce melancólico y movable;  
tú, el destino inflexible  
al llanto, á la plegaria y á la queja!  
Tú, lees en cada lápida un poema;

y el sauce cual filósofo repite  
de nuestras ilusiones el dilema!  
Fija siempre en las tumbas la mirada,  
tú ves en la inscripción de cada piedra  
la perpetua leyenda de la nada;  
y el sauce, mientras tanto,  
apartando al moverse  
las hojas de la yedra,  
borra las inscripciones de la suerte,  
el *aquí yace*, que á llorar convida,  
y al borrar las verdades de la muerte  
nos deja las mentiras de la vida!...

Adiós, ciprés! remedo  
de mi amor, tanto tiempo acariciado,  
y en tantas noches de dolor llorado!  
Con fraternal cariño  
de tí me alejo, hermano de mis penas,  
espectro de mis dichas de otras horas  
que un día me engañaron como á niño,  
del corazón, para llorar, apenas  
dejándome las cuerdas gemidoras!

¡Ah! cuando more en la desierta huesa  
abrazado á mi lira,  
cubre mi tumba con tu sombra espesa  
y en su callada soledad suspira;  
que yo, al clarear de la dormida luna,  
te contaré de mis dolores, libre,  
las penas de las almas, una á una,  
para que formes de tu copa un harpa,  
y en cada gajo de tus ramas vibre  
el poema que escriben las pasiones  
en las ocultas páginas del libro  
de todos los desiertos corazones!



## TRISTEZAS DEL HOGAR

Hará como dos meses  
que se murió la aldeana,  
Dejando á su partida  
tristeza en el hogar.  
Su madre llora siempre...  
de noche ó de mañana  
La llaman los chicuelos  
para pedirla pan.

Se siente olor de lágrimas  
en torno de la casa,  
Y el eco de las penas,  
y el ¡ay! del corazón.  
Mueve tristeza el luto  
del hogar, si se pasa  
Por frente de la puerta  
que la tumba entreabrió.

Y mueve más tristeza  
oir que canta un ave,  
Bajo el pajizo alero,  
desde estrecha prisión.  
Y aún es mucho más triste  
aquello, si se sabe  
Que la aldeana muerta  
sus cantos le enseñó.

Adiós, hogar campestre!  
te dejo con tus llantos,

Y, triste como nunca,  
para siempre me voy.  
Donde hay tristeza hay lágrimas...  
Donde hay aves hay cantos,  
Hay cantos y se llora...  
¡adiós, hogar, adiós!

Yo no quisiera verte  
ser hoy nido de abrojos,  
Hogar, ayer de flores,  
ayer nido de amor.  
Esa ave me da pena,  
y enternece mis ojos...  
Esa ave canta siempre...  
y llorarte oigo yo!

## OLVÍDAME

Ya no conservo de tu amor ni el rastro,  
ya se agotó de mi pasión la llama;  
cenizas del recuerdo lleva el aire  
y memorias de ayer, como hojarasca.

Ya me encuentro feliz! ya no te siento  
como aleve cuchilla que desgarrar;  
ya ni los ecos de tu voz percibo  
en esta dulce soledad del alma.

Si tu memoria al corazón golpea,  
como por pan golpea la desgracia,  
— vuelve otra vez, te digo, no hay ahora, —  
é intacto queda el oro de sus arcas.

Mejor era dejarte para siempre,  
sin recordar de nuestras mutuas lágrimas;  
mejor era borrarle de mi vida,  
y no manchar con el dolor sus páginas.

Era mejor, mujer, yo te lo juro...  
había entre los dos tanta distancia...  
sufríamos los dos tan duras penas,  
al ver que se nos iba la esperanza!

Olvidame por siempre!..yo te olvido!  
arráncame, aunque duela, de tu alma,  
y maldice mi nombre, si tu quieres,  
pero dime al oído que no me amas!...



## ÍNTIMA

Es verdad que lloré ! lloré con ira .  
el amor deshojado de mi alma ;  
es verdad que arrojé, lejos, la lira ;  
es verdad que lloré ! lloré con ira  
en horas negras mi dolor sin calma.

El amor nos ató con dulces lazos ;  
éramos las dos alas de la gloria ;  
éramos los dos brazos en los brazos :  
el amor nos ató con dulces lazos,  
y reimos, los dos, de la victoria.

Yo te cantaba porque fui poeta,  
perdido, como el ebrio en los excesos,  
en esa orgía del amor, que inquieta...  
yo te cantaba porque fui poeta,  
embriagado en la copa de tus besos.

No fuiste el ángel que bajé del cielo,  
mujer infame, que negó mi nombre  
y al oro se rindió con torpe anhelo :  
no fuiste el ángel que bajé del cielo,  
sino la hembra que se vende al hombre !

No con amor, mujer : es con desprecio  
cómo mi yerto corazón evoca  
á la Judas, que vive de su precio :  
no con amor, mujer : es con desprecio  
cómo te arroja el alma por la boca !

Has triunfado, mujer!... el alma mía,  
que desdeña el amor de otras mujeres,  
del vicio en el festín la copa ansía:  
has triunfado mujer!...el alma mía  
en la carne es mendiga de placeres!

Deja que lllore la virtud del cielo,  
Deja que el vicio mi bandera sea,  
déjame el goce del amor del suelo,  
deja que lllore la virtud del cielo,  
mientras de rabia el corazón chispea!

Que me desprecie el mundo que se vende,  
viéndome andar en enlodada ruta,  
sin esa fe que el sentimiento enciende:  
que me desprecie el mundo que se vende,  
si amo con amor de prostituta!

Al cadáver del alma sólo inspira  
el báquico cantar; ya sólo queda  
del pobre bardo un huérfano sin lira:  
al cadáver del alma sólo inspira  
el laud de Musset y de Espronceda!

## ¡CALLA POETA!

*Que faire ? A ce vent de la tombe  
Joignez les mains, baissez les yeux...*

(VICTOR HUGO).

¡No me digais que cante!  
No me digais que eleve el pensamiento  
y que mi frente al ideal levante...  
Ya estoy cansado de soñar; ya siento  
que muere el corazón, hecho pedazos,  
del negro escepticismo entre los brazos!

No me digais que cante,  
ni que alce un himno á la pasión secreta,  
ni que cante, con numen soberano,  
los sueños de mi alma delirante!...  
Yo ya no soy poeta!...  
la inspiración no corre  
cual circulante fuego de mis venas...  
ya sólo soy esclavo,  
y esclavo del dolor, con sus cadenas!  
¡No me digais que cante! ved mi lira,  
muda ya, sin laureles, á mi planta...  
¡Ay! si está herido el corazón, se llora,  
se llora y no se canta!

Ayer cuando soñaba y no creía  
en la maldad del mundo y sus rigores;  
cuando mi joven corazón pedía,  
en su loco entusiasmo,  
coronas de laureles y de flores;

ayer cuando miraba  
al mundo como al cielo,  
y al cielo como al Diós que lo habitaba;  
cuando creía en la virtud, y el vicio  
no ostentaba á mis ojos  
el purpurino manto  
con que cubre sus míseros despojos;  
cuando miraba en la pupila el llanto  
del pecho fraternal, y el sacro nombre  
escuchaba, de hermano,  
en los labios del hombre;  
cuando todo veía con el lente  
de la virtud sencilla,  
que ama al inocente  
y en nobles corazones se encastilla:  
¡entónces yo cantaba!...  
cuando cantaba me sentía atleta!  
¡entonces yo soñaba!  
mientras soñaba me sentí poeta!

A mi ansiedad abriose la existencia,  
brotó en mi corazón el sentimiento,  
en el fòndo de mi alma, la conciencia,  
y en mi frente la luz del pensamiento.  
La dulce claridad de los albores,  
los efluvios del astro soñoliento,  
el canto de las aves en sus nidos,  
el murmullo del céfiro en las flores,  
los besos, los latidos,  
en la playa, de la ola cristalina,  
los ruidos que llegan por la tarde  
de la gentil colina...  
hirvió en mi fantasía todo eso,  
y sintió el alma, presa de emociones,  
como el vibrar de interminable beso,  
como el chispear de espumas de pasiones!

Mas se fueron, se fueron mis veinte años,  
y en los eriales de mi triste vida,  
cada ilusión trocose en desengaño,  
cada desilusión abrió su herida,



y brotó sangre de ella;  
y en la escarpada huella  
de mi mundo, cubierto de ruinas,  
las penas me mordieron,  
insensatas, crueles,  
cual muerden al viajero las espinas  
en eriales ó sendas de laureles!

Vaguemos por la tierra,  
entre el fragor mundano,  
proscritos de la patria de mi anhelo,  
que en vano lucha quien espera en vano,  
y alas le faltan para alzar el vuelo!  
Vaguemos, si, vaguemos por la tierra...  
el porvenir incierto  
nos señala en las sendas sin aurora  
el eterno mutismo del desierto.  
Crucémosle, aunque truene,  
de la tarde á los pálidos desmayos,  
la tempestad sañuda  
golpeando nuestras frentes  
con el ala encendida de sus rayos!  
Que no tenga eco el grito de la duda,  
entre el ronco fragor de la batalla,  
ni el dolor inmortal de las heridas:  
el porvenir tan sólo se avasalla  
por las frentes erguidas!

¡Poetas! ha concluido  
vuestra misión augusta!  
por siempre condenados al destierro  
estais ya, y al olvido!  
Como una espada de Damocles, pende  
sobre la frente maldición de hierro!  
Entre innúmeras ruinas del estrago,  
Atenas para siempre halló su tumba,  
la Roma de los Césares despierta,  
el viejo Coliseo se derrumba,  
y resucita, como el sol, Cartagó!  
¡Oh! no canteis, poetas,  
con himno lastimero,

en los escombros de la patria mía,  
do tuvieran un día  
su altar Apolo; su nación Homero;  
belleza, Venus; Ceres, heredades;  
anchos mares, Neptuno;  
Minerva ciencia; Eolo, tempestades;  
corazones, Amor; Céfito, brisas;  
rios, de ninfas el liviano coro;  
versos las Musas y las gracias risas!

¡Oh! no cantes, poeta,  
en los escombros de la patria hermosa,  
que fué de tus mayores  
la cuna esplendorosa!  
El espectro de Homero,  
la sombra de Virgilio,  
el fantasma de Dante,  
despertarán llorando, á tus conciertos,  
de entre el horrible y criminal exilio,  
á ceñir las coronas de esos muertos  
que hoy tienen por estatua una Bacante!

¡Calla, poeta!..encierra,  
dentro del alma, tu dolor profundo,  
que ya no tiene corazón la tierra,  
que ya no tiene lágrimas el mundo...  
Tu lira es el emblema  
de un sarcasmo ruin y sin ejemplo;  
la fúnebre alegría, tu poema,  
de un culto moribundo  
en los rotos altares de su templo.

Calla poeta, y baja  
la frente soñadora,  
aunque la gloria con su voz te aclame:  
ya la austera virtud no se atesora,  
ya no existe más ley que el vicio infame.  
¡Calla poeta de sentido canto!...  
apura sólo, en tu dolor, el llanto  
y da al mundo la risa de los labios!...  
¡Byron! ¡bebe en la copa el desencanto!  
¡Hamlet! ¡tú fuiste el sabio entre los sabios!

## AL CAER LAS HOJAS

Ya ves... hasta las hojas  
del árbol han caído,  
y corren esparcidas,  
y al gemir tienen voz.  
Escucha cómo lloran  
las aves en su nido;  
escucha cómo cantan,  
diciéndonos ¡adiós!

Las brisas, cuando soplan  
en raudó torbellino,  
besando la hoja seca  
la arrancan del juncal:  
parece que el aliento  
de hielo del destino  
no quiere dejar nada,  
llevándolo al «¡jamás!»

La rama también cruge  
al soplo de los vientos;  
en la copa hay memorias  
de lo que un día fué:  
hay nidos, do vibraron  
melódicos acentos,  
y muchas flores secas,  
rojas urnas de miel.

Hay gajos en el suelo  
sin picos que los alcen;  
las yerbas de los campos  
son polvo y nada más.

Hay muerte hasta en las alas,  
y seres, hay, que lancen  
saetas, que nos hieren  
el alma, sin cesar.

Ya ves...todo es tristeza;  
el aire dice: — olvido, —  
las hojas, — desencanto, —  
los pájaros — ¡adiós! —  
y al alma repercute  
tanto triste gemido,  
que vuélvese plegaria  
en nuestro corazón.

Dejemos estos sitios,  
que ya la muerte avanza,  
que ya la sombra tiende  
su lóbrego capuz:  
partamos en un beso  
en pós de la esperanza  
y al son de un himno ardiente  
brotado del laud.

¡ Dos veces ya el graznido!...  
yo tengo miedo: — ¡ vamos! —  
no se lo que suceda  
hallándonos aquí!...  
¡ Sus alas! sí, ¡ sus alas!  
¡ El ave negra! — ¡ huyamos! —  
¡ María! este es el Cauca...  
y estás con Efraim!

## ADELANTE!

No me abate, pigmeos, vuestro insulto  
ni me lastima el diente de la envidia:  
por un camino voy, y no me espanta  
el fantasma ruín de la perfidia.

Y voy tranquilo, desafiando todo;  
y si más torpe la calumnia arrecia  
toma bríos mi fe: ¡sigo á la gloria!  
La calumnia no mancha al que desprecia!

Reptiles ponzoñosos, vuestro encuentro  
no me infunde pavor, sí repugnancia;  
y si os lanzáis sobre mí Gorgonas,  
venzo vuestro furor con mi arrogancia.

—Es un loco! es un loco!—decis siempre,  
y compadece el odio repugnante:  
¡se pudiera cambiar vuestra cordura  
por la demencia de Shakespeare y Dante!

Oh! dejadme marchar! oigo su acento!...  
Me llama el porvenir! sigo al destino!...  
Que sonrían los labios de Tartufo  
y rechinen los dientes de Ugolino!



## VUELVE Á TU ALDEA

• ; Lejos, Dorila, lejos ! Torna cauta,  
• torna al gemir de tu paloma implume. •

( J. E. CARO ).

¡ Qué mal has hecho en olvidar tu aldea,  
el hogar de los rústicos pastores,  
donde el alma, con júbilo, aletea,  
como el ave en los árboles con flores !

Donde llega hasta lo íntimo el lamento  
de la brisa que llora pura esencia ;  
donde cuaja la flor del sentimiento  
en la dulce estación de la inocencia.

¡ Qué mal has hecho en olvidar tus lares,  
el hogar de tu madre y tus hermanos,  
la colina, el maizal, los colmenares,  
la huerta de las uvas y manzanos !

¡ Y entre los hombres á vivir te vienes,  
paloma de las faldas de la sierra,  
olvidando que dejas en rehenes  
la paz de tu virtud en esta tierra !

¿ Qué buscas, dime, en la ciudad, qué quieres ?  
El bullicio, y la lucha y las pasiones,  
con su deshecha tempestad, ¿ prefieres  
al arrullar de blandas emociones ?

¿Te traen acaso, de lucir, las ansias,  
mirando que lo bello da fortuna?  
¿Dejas por fatuo brillo las estancias,  
el bosque, la cascada, y la laguna?

Eres bella, en verdad; pero en tu cielo  
lucir sólo te es dado tu donaire:  
¿ó piensas que no muere en este suelo,  
sin aura matinal, la flor del aire?

Aquí, no crecen *margaritas* rojas,  
ni variadas y azules *campanillas*;  
no verás el granizo de las hojas,  
ni la mies en las parvas de las trillas.

Aquí, no oirás de la calandria el *triste*  
ni del zorzal el eco prolongado;  
aquí, nunca verás, lo que allá viste  
y no podrás amar cuanto has amado.

¿Dónde hay un nido de *crispín*, siquiera,  
una calandria, un eco de paloma,  
un canto de pastor, una cordera,  
un enjambre de abejas de la loma?

¡Y abandonas tus vegas, dulce niña!...  
Ave del campo, entretejiste el nido  
en el verde cercado de la viña,  
y un árbol quieres en el prado erguido!

¡Ah! tú no sabes, cándida paloma,  
que ha de seguirte cerca el vil acecho,  
y que en vez de las faldas de la loma  
una jaula te espera bajo un techo.

Que volarás por siempre entre sus rejas  
con la angustia tenaz del prisionero,  
y que al llorar tu libertad, tus quejas  
el ocio endulzarán del carcelero.

Flor de la selva, en la ciudad cortada  
al abrirte serás el primer día,



y quizá por la noche, deshojada,  
adornarás los lechos en la orgía;

O á lo menos, sacada de tus valles,  
sin el rocío de las noches calmas,  
rodará tu corola por las calles  
manchada con el cieno de las almas.

Y triste será ver que despiadado  
te devore el reptil de la desgracia,  
si al asno es triste contemplar cebado  
con los frescos racimos de la acacia.

Aquí, el doncel, sin alma y sin conciencia,  
tus alas de ángel cortará á tijera,  
y al beber gota á gota tu inocencia  
te llamará mujer... luego ramera!

Hoy sonríes y cantas... ¿hasta cuándo?...  
Hasta que la pasión con sus excesos,  
los harapos de tu honra mendigando,  
cobre á tu labio lo que falta, en besos;

Hasta que el deshonor, torpe, inhumano,  
deshoje el cáliz de lo que era rosa,  
te saque del capullo por gusano  
sin saber que la larva es mariposa.

Torna, torna á tus vegas pastorcilla,  
si quieres conservarte pura y buena:  
las mieses te reclaman en la trilla  
y de miel ya rebosa la colmena.

¡Incauta! torna á los paternos lares,  
al lado del arroyo cristalino,  
á buscar tu corona de azahares  
perdida entre las yerbas del camino.

Las agrestes florestas con sus nidos  
son más bellas que el prado y su laguna;  
más que la luz de eléctricos flúidos  
los haces mortecinos de la luna.

Es más grato que el trino del canario  
el eco triste del zorzal implume;  
que el acre olor de incienso en el santuario  
de una azucena el matinal perfume.

Es más dulce que el ruido de la orquesta  
de la guitarra el trémulo rasgido:  
aquél, es el estruendo de la fiesta  
y el ¡ay! es éste del amor perdido.

Torna á tus lares, al pajizo rancho,  
prolija á desherbar las sementeras  
y espantar de las mieses al *carancho*  
que te roba el balar de tus corderas;

A cuidar los rebaños á toda hora,  
ó que incauto el ternero se despeche,  
á traer las vacas al rayar la aurora,  
las ubres llenas de espumante leche.

A hilar con el huso por la tarde  
los copos de algodón escarmenado,  
y á orar por la noche, mientras arde  
el jugo chirriando, del asado.

Torna á la sencillez de la avecilla,  
al arrullo del nido en los albores;  
torna al candor y á la oración sencilla,  
que al árbol frutos da y al alma flores.

Torna á los besos de la madre amada,  
del campesino hogar vuelve al cariño:  
te llama la inocencia á su morada  
con alma de mujer y voz de niño.

Flor del aire, consérvate en la rama,  
anida en los aleros, golondrina,  
salta en las peñas de la cumbre, gama,  
torna pastora á tu gentil colina.

## LA CARIDAD

### I

Genio de las tristezas, dulce diosa,  
hermana del consuelo,  
que en lecho de jazmín, y nardo, y rosa,  
naciste, sonriente,  
cubierta con las túnicas del cielo  
y el ósculo de Dios sobre la frente.  
Madre del infeliz, sencilla esposa,  
que en el dintel sagrado de la vida,  
en santa unión con la virtud austera,  
labras el paño con que enjuga el llanto  
el pobre corazón, que nada espera;  
señora del dolor, madre del alma,  
esencia de las lágrimas del hombre:  
yo te bendigo en mi ardoroso canto,  
tejiéndote coronas con mis versos  
al saludar tu nombre!  
Cuántas veces surgir yo no te he visto  
en el mar do abregó mi fantasía;  
el ruido de tus alas, cuántas veces  
no ha resonado en la conciencia mía!  
Cuando en mis sueños como numen vagas,  
haciendo palpar la sombra muerta,  
mi joven corazón cómo se inspira!  
cuánta nota de fuego no despierta,  
como grito de luz, sonante y dulce,  
en las vibrantes cuerdas de mi lira!

Como el ángel del mundo se presenta  
la caridad sublime,  
ante mi vista, y su esplendor ostenta.  
No lleva el atavío vaporoso  
que las formas encubre, el seno oprime,  
y oculta la belleza que el divino  
cincel, con arte á la materia imprime:  
desnudo, como el astro, es la inocencia,  
y la sencilla caridad no viste  
otro sayal que el ondulante velo  
que al impúdico amor tiene y resiste.  
En su frente, serena como el cielo,  
brilla la luz del ardoroso anhelo;  
ciñen sus sienes bellas  
guirnaldas de esas flores que reciben  
en la noche al nacer, polvo de estrellas;  
al aire suelta la madeja de oro  
del cabello ondulado,  
y en el labio de guinda, palpitante,  
el beso con la risa juguetea  
como gemelos en la cuna amante.  
Tiene algo de los himnos de la aurora,  
la morbidez de Venus Citerea  
y el candor de la Eva soñadora.

Dios la manda á la tierra  
en medio del rumor que alza la turba  
humana, al grito de perpétua guerra;  
y entre el hervor de la pasión que mata,  
y el batallar, que la razón perturba,  
aparece, ofreciendo con su mano,  
la copa del consuelo  
al ardoroso corazón humano;  
y con su voz, sentida,  
levanta, como á Lázaro del polvo,  
al que cae en la lucha de la vida,  
ó si la llama el labio moribundo,  
que á Dios invoca, al olvidar el mundo,  
al eco vuela de la voz del ruego,  
abre los ojos que no ven, da fuego  
á la idea ardorosa de la mente;  
y el hombre cobra aliento vigoroso

y hervir la sangre de sus venas siente,  
y hasta en la triste noche sin aurora  
de la esperanza el clarear presente.

## II

El hombre recibió desde la cuna  
una herencia maldita,  
al beso engañador de la fortuna,  
en cada pliego de su vida, escrita.  
El rey de la creación, sólo un momento  
sintió las ansias de vivir, mirando  
el destello de Dios entre los soles,  
la grandeza sin fin del firmamento,  
cuajado de lucientes arreboles.  
La tierra, suspendida en el espacio,  
palpitante de vida y de hermosura,  
fué de su imperio el colosal palacio.  
Todo era un sueño para el hombre; en ella  
todo armonía, y música, y ternura:  
en el monte soltaba cada estrella  
sus cabellos de lumbre adormecida;  
el arroyo gemía en la espesura,  
y á los ritmos del céfiro suave,  
el ave conversaba con las flores,  
las flores entreabiertas, con el ave.  
Todo era dicha para el hombre, entonces  
el cielo sonreía por do quiera,  
el sueño acariciaba nuevos sueños,  
hasta que al despertar halló de pronto,  
latiendo junto al suyo  
al corazón de la mujer primera!

Luego el dolor... la miserable herencia!  
y por un beso de la boca amante  
la maldición de siglos,  
pesando como el mundo en la conciencia!

Y más tarde, llorar fué su destino;  
llorar como el proscrito de sus lares,

con la mirada en el azul del cielo  
y en el pecho la hiel de los pesares;  
llorar, como los pájaros sin nido,  
que al pasar, aleteando, alzan del suelo  
las secas ramas del hogar perdido;  
llorar como los huérfanos del alma  
que contemplan do quier tumbas abiertas,  
é insepultos cadáveres  
en los escombros de sus dichas muertas!

No reniego, ¡Señor! yo no reniego  
de tu sagrado intento,  
ni el pobre y fatigado pensamiento  
intenta penetrar en los arcanos  
de tus grandes designios, cuando hiciste  
náufrago del dolor al pecho humano.  
Ante tu voz de trueno el labio mío  
como el de Job se calla, porque siente  
la ráfaga de hielo del vacío;  
tu grandeza infinita,  
que sólo tiene por rival gigante  
la eterna majestad de los desiertos,  
se siente por do quier, do quier palpita,  
en las creaciones de los mundos vivos,  
y en las cenizas de los mundos muertos!

¡Nó! no todo es dolor, no todo es llanto  
en la pupila triste,  
ni todo es sombra y trueno  
del cielo azul bajo el tendido manto!  
La tiniebla del alma,  
cuando el afán de la pasión se calma,  
se desgarrá también y se evapora;  
y las noches sin sueño se diluyen  
al toque de batalla de la aurora.

Para calmar la fiebre de las penas,  
también naciste, ¡Amor! celeste palma,  
cándido lirio del erial sin vida,  
fecundado con lágrimas del alma  
en una tarde de ilusión perdida!  
Y tú, ¡esperanza! el ave mensajera

del arca de Noé, que traes el gajo  
del árbol de la eterna primavera!

¡ Amor! todo lo fuiste;  
gérmen eres de todo cuanto existe;  
y en el alma, en la ola y en el nido  
se ve chispear el fuego de tu llama  
y brotar el magnífico fluido  
que el aire enciende y que la mente inflama.  
Tú, en el fondo del cerebro prendes  
el raudal luminoso de la idea,  
que con su luz de gloria,  
como el audaz relámpago serpea,  
dejando claridades por memoria.  
Por tí, la madre en los teñidos labios  
del niño deja de su afán la huella,  
y junto al ataúd, medio entreabierto,  
el labio amante al moribundo sella.  
Con tu mirada enciendes  
esas ansias supremas del deseo:  
Pablo vive en los ojos de Virginia,  
Julieta muere en brazos de Romeo;  
y, en forma de ángel, al hogar descienes  
á velar con tus besos palpitantes  
el sueño arrobador de los amantes  
en el regazo del placer dormidos,  
al arrullo gentil de las caricias  
y al murmullo sin fin de los latidos!

### III

¡ Caridad! ¡ caridad! tu nombre santo,  
como la esencia del amor, invoco,  
cuando pulso la lira, cuando canto,  
cuando los sueños de la mente evoco,  
cuando recuerdo que he llorado tanto  
viendo en el alma, de la herida abierta,  
correr la sangre, huérfano del mundo,;  
sin las caricias de la madre muerta!

Y tú me acorres, caridad bendita;  
y en nombre de mi madre, que reposa,  
con la virtud por lápida, en la fosa,  
del lodazal inmundo,  
me alejas siempre, y á mi joven alma  
fuerza le dás para vencer al mundo!

Y es que el hombre en el hombre haya consuelo,  
el alma en una otra alma,  
el corazón en el amor del mundo  
y el amor en el cielo!

• Si el amor no es la ley que nos vincula;  
si, sólo, el corazón sufre su pena,  
no hay mano ya que rompa  
del eterno dolor nuestra cadena.  
Entonces todo es triste; todo es duelo,  
sombra en el mundo, y sombras en el cielo!  
La mente pensativa y soñadora,  
sin fuerzas para nada, se sumerge  
en una negra noche sin aurora;  
el porvenir, sombrío, se presenta,  
y el hombre, mudo, y pensativo, y solo,  
las tristes horas de su vida cuenta.  
Desilusión en torno...  
la palidez del mundo nos asombra;  
el cerebro sin luz, y el pensamiento,  
como espectro, paseándose en la sombra.  
Noche glacial invade la existencia,  
y en medio de su frío,  
como la debil flor que no ha cuajado  
se hiela la conciencia!

¡Ay! del ser que ha perdido la esperanza,  
cuando agitado la pasión devora,  
y da á la soledad su mano inerte  
y tras ella se lanza  
por las sendas tortuosas de la suerte!  
¡Ay! del hombre lanzado,  
por el inmenso río de la vida  
en el bajel de su dolor, sin prora,



en busca de lo obscuro y lo ignorado,  
por ocultar su pena  
al ángel de la luz y de la aurora!  
Cuando no encuentre playas,  
perdido el rumbo á la razón serena,  
en vano ha de luchar con el oleaje;  
en vano ha de gritar, desesperado,  
ó con ira salvaje:  
—¡salvación! ¡salvación! — para ese náufrago  
no queda más que el batallar á solas,  
hasta que caiga moribundo, y sirva  
de juguete á las olas!

Esclavos del dolor que hundís la frente  
en el espeso polvo del destino,  
sin fé, sin rumbo, en la tiniebla obscura,  
escuchando el fragor del torbellino;  
proscritos de la vida,  
que del pesar con la profunda herida,  
arrastrais la cadena,  
sin patria, sin hogar, sin pan, sin agua,  
del infortunio en la tostada arena;  
Lázaros de la suerte  
y mendigos del alma,  
sin otros horizontes que la muerte:  
no maldigais el fin de la existencia  
si al llegar al abismo de la duda,  
os sale algún hermano,  
ó alguna voz, con mística elocuencia,  
cariñosa os saluda;  
si caridad es esa voz de cielo  
y si cada un acento es una mano!

El pecho humano tiene  
muchas fibras sensibles,  
que como cuerdas de la lira tiemblan,  
cuando en la noche viene  
con manos intangibles,  
el dolor, y las pulsa sollozante,  
uniendo á las cadencias  
la blanda voz del corazón amante.

Cuando llora el hermano;  
cuando su pobre corazón se anega  
con sangre de la herida  
y acerbo llanto sus mejillas riega,  
el hombre que le mira indiferente  
no es hermano del hombre,  
sino un ser egoísta que no siente.  
Para el santuario del dolor existe  
un culto sacrosanto:  
el abrazo del alma con el alma,  
el llanto para el llanto!

Sólo blasfema del dolor quien tiene  
por sola aspiración la sed del oro,  
y acaudala en sus arcas, ya repletas,  
avaro, su tesoro;  
ó el que en la ostentación su gloria labra,  
y los labios hipócritas  
que llevan, aunque callen,  
el ruido del metal en la palabra.  
Del dolor sólo ríe  
el que vive sumido  
en el lodo y el cieno:  
para la risa, el llanto no es insulto,  
para el llanto la risa es un veneno!  
Ante el dolor, ni una palabra impía;  
ante el altar, el culto;  
Que el hombre calle cuando siente el hombre!  
Que ría Mefistófeles, que ría,  
en la pasión desenfrenada y loca,  
cuando Fausto, vendido á los placeres,  
con el báquico beso de su boca  
en brazos del amor deja marchita  
la flor de la inocencia, Margarita!

El acento postrero  
del que muere en silencio, resignado,  
del hombre abandonado,  
no se pierde en el mundo,  
sino surca ó escala lo profundo,  
corta la densa nube,  
y sube y siempre sube

hasta llegar á Dios, á quien arranca  
imprecación de trueno,  
que llena de pavor el pecho humano,  
cuando escucha el oído que le dice!  
— ¡ Caín ! ¡ Caín ! qué has hecho de tu hermano ! —

## IV

Yo te saludo, Caridad sublime,  
en nombre del dolor santo y bendito,  
que suspira, y solloza, y reza, y gime.  
Yo te saludo, virgen de la vida,  
con todo el fuego de la mente inquieta,  
porque amo la esperanza que és la gloria,  
porque me siento que nací poeta,  
con alma grande para amar lo grande,  
y elevarle un santuario en la memoria.

Yo tu nombre bendigo  
cuando bendigo la virtud del alma,  
que hace inútil la afrenta del castigo  
y trae al pecho su perdida calma.  
Tú eres la ley del código cristiano,  
la santa prescripción del Evangelio  
en la contienda del linaje humano ;  
tú eres el beso azul de la esperanza,  
la sonrisa de Dios sobre la tierra,  
el iris de la paz, santa y bendita,  
que rompe las espadas de la guerra  
y los lauros efímeros marchita ;  
tú eres la luz que inunda el santuario  
de la sublime religión nacida  
sobre el peñón sombrío del Calvario.  
Tú, de la dulce fé me haces creyente,  
y en la noche siniestra del olvido,  
trás el insomnio del cerebro airado,  
presentas á mi mente  
la figura del Cristo ensangrentado  
con el perdón para la plebe impía,

y abrazada á la cruz del moribundo  
la caridad del mundo,  
encarnada en las formas de María!

El que sufre, se oculta,  
si ama la soledad, que es el desierto,  
avergonzado, cual si fuera crimen  
enseñar á los hombres, insepulta,  
la muerta dicha que soñó despierto.  
La noche, por do quier, miran sus ojos,  
y danzando en revuelta muchedumbre,  
espectros, y fantasmas, y despojos.  
Escéptico se vuelve, y el fastidio  
de la existencia vana  
á su conciencia hermana  
la idea del suicidio;  
ó si tiembla ante el crimen y vacila  
en un destello de esperanza piensa,  
y con el alma, al parecer tranquila,  
despierta á la razón, como olvidando  
hasta el recuerdo de su fiebre intensa:  
— ¿qué es la vida? — se dice,  
— ¿es sueño, es realidad? — y el insensato  
calla de pronto, y al callar maldice...  
Calderón es un loco,  
Shakespeare un mentecato!..  
Tinieblas por do quier, siempre tinieblas;  
ni un solo instante resplandor de aurora,  
y el rumor de la sombra gemidora,  
y la voz del silencio, lastimera,  
— ¡llora! ¡llora! — le dicen, — siempre llora! —  
y no hay acento que murmure: — ¡espera! —

Sacude la cabeza,  
hombre sin fe, sin ilusión, sin gloria,  
que al morir la esperanza de la vida  
la caridad, nueva esperanza, empieza!  
¡Hombre, no llores más! abre los brazos  
y estrecha á tus hermanos  
con efusivos lazos,  
con palabras de fe tu labio anega,  
que Dios bendito á bendecir te incita:

es Vicente de Paul quien á tí llega,  
Mamerto Esquiú, el inmortal prelado . . .  
¡ Bendita seas, Caridad, bendita !..  
Náufrago del dolor, ya te has salvado !

Y también os acorre,  
con el perfume de su amor sin llama,  
la mujer, el ludibrio tantas veces  
del hombre vil, que su destino infama.  
La mujer viene al escuchar gemidos  
que desdeña el dolor; con sus acentos  
llamando á los espíritus heridos ;  
la mujer viene, esa mitad del alma,  
por quien siente el cerebro, pensamientos,  
y el corazón, latidos!

¡ Ah ! la mujer, tan noble y generosa,  
que guarda los encantos de la vida  
de su labio en los pétalos de rosa,  
también á veces el destino incierto  
abre en su pecho la profunda herida  
y en su sér la tristeza del desierto ;  
y en silencio, en la noche funeraria,  
entrega, con su llanto, sus pesares  
al ángel salvador de una plegaria.  
Más ¡ ay ! que á veces, al sentirle sola,  
como á la errante nave de los mares,  
la tempestad de la pasión la mueve,  
y la arrastra, en su vértigo de ruinas,  
como una hoja imperceptible y leve !  
y sin la ayuda de algún brazo amante,  
ante el silencio criminal del mundo,  
que lleva el egoísmo por delante,  
y ante el mutismo sepulcral del cielo  
al llamado del pecho moribundo,  
la mujer, como mísero cautivo,  
cae en los brazos de la hueste impía,  
por mendrugos de pan vende su honra,  
y brinda el beso del amor lascivo  
en la báquica noche de la orgía !

## V

¡Salve, de nuevo, Caridad bendita!  
Señora del dolor, madre del llanto,  
por quien las cuerdas de la lira de oro  
vierten al aire el armonioso canto  
y las estrofas, en raudal sonoro.

No más llanto, ni lágrimas, ni duelo;  
no más dolor en la existencia ingrata,  
dice el murmullo de tu voz de cielo  
que el aire vago por do quier dilata!  
Y, con la fe de tu bendita ayuda,  
todo en el mundo del dolor se alcanza:  
la ilusión tras el negro desengaño,  
la dulce paz, tras la batalla ruda!

Allá va, sin aliento y sin ventura,  
un sér infortunado  
que pide pan para aplacar el hambre,  
agua para la sed, y vestidura,  
porque el invierno hiela al desdichado,  
y no conoce del hogar la lumbre,  
y sólo tiene por hogar la tierra,  
bajo el amparo de la azul techumbre.  
Luego se ve, con el semblante esquivo,  
el labio mudo, la mirada triste  
y la pena profunda del cautivo,  
que por amor de patria sólo existe,  
á esas madres, que en su afán prolijo,  
lamentan silenciosas  
la pérdida de un hijo,  
aunque la pena al corazón taladre,  
y á esos hijos, los huérfanos,  
¡ay! ¡pobres hijos que no tienen madre!

Y después, sin saber por qué nacieron  
del amor paternal para el olvido;  
por qué, como los otros, no crecieron

bajo los techos del hogar querido,  
los expósitos vagan,  
cual los polluelos, que, por fin, resuelven,  
dejar el nido y descender al llano,  
y que caen, por la tarde cuando vuelven,  
bajo las garras del audaz milano.  
¡Pobres seres nacidos en el mundo  
con el destino de llorar á solas,  
sin las dulces caricias de la cuna,  
sirviendo de juguete de las olas  
en el incierto mar de la fortuna! ...  
—¡Madre!—murmuran,—madre!—quién te esconde  
al ardor infinito de los besos! ...  
y la madre, al oírle, no responde! ...  
Y ¿cómo responder si nada escucha;  
sí, criminal, se entrega,  
Mesalina que encubre la deshonra,  
al Dios de los placeres, con fe ciega,  
en el labio fingiendo que no siente,  
en la risa enseñando que no miente,  
aunque le mate la conciencia, airada,  
con el fantasma horrendo del castigo,  
y aunque repita á la mujer malvada:  
— en el nombre de Dios: ¡yo te maldigo!

¡Caridad! ¡caridad! madre amorosa:  
tus hijos ved ahí: tú los amparas  
con el amor de fuego de una diosa,  
de la virtud en las eternas aras!  
El mundo, vano y necio,  
en la ebriedad de sus pasiones locas,  
con desdén los contempla y con desprecio!  
Tú, con amor los miras,  
y si sonrien de placer, sonríes,  
y si suspiran de dolor, suspiras!  
Es para ellos la herencia de tus dones:  
el amor, con sus besos  
y su sol, que ilumina corazones;  
la esperanza, gemelo de sus risas,  
que brotan al chispear de tus sonrisas,  
en lluvia de celestes bendiciones!

¡ Caridad ! ¡ caridad ! bajo tu amparo  
muchas veces brilló la inteligencia,  
y convirtiéndose en faro  
la sombra que vendaba la conciencia !  
Por tí, tuvieron lápida los buenos,  
estatuas la virtud, lauros la ciencia,  
la noble libertad paternos lares,  
la república libre, corazones,  
templos la religión y Cristo altares !  
Sin tu sublime protección, la idea  
no encerrara el vapor en los calderos,  
ni el hilo misterioso que los mares  
y llanos cruza, hasta el confín remoto  
llevara con eléctrica vorágine  
la voz de los celestes mensajeros !  
Ni siquiera la tierra que habitamos  
conociéndose hubiera,  
sino del genio en la abrasada mente :  
sin las tres naves, de inmortal memoria,  
Colon no hubiera completado el mundo,  
ni juntado el oriente al occidente,  
ni ensanchado la historia !!



## EL CANTOR DE LAS MONTANAS

• Cantó *tristes* nunca oídos,  
• cantó *cielos* no escuchado. •  
(R. OBLIGADO).

### I

En la hora en que descende  
la tarde sobre la tierra  
y en el rancho de la sierra  
la luz del fogón se enciende;  
cuando se oye y no se entiende  
tanto adiós, tanto gemido  
del ave que vuelve al nido,  
de una guitarra argentina,  
cual paloma de una ruína,  
vuela un *triste* dolorido.

Luego á una nota precisa,  
al comenzar el rasgueo,  
con doliente clamoreo,  
se une la voz indecisa.  
Y luego lleva la brisa,  
como perfume, sus cantos,  
versos mojados con llantos,  
que en la noche solitaria  
se elevan como plegaria  
al alma del viejo Santos.

Es que el pobre ciego empieza  
á cantar en su guitarra

la pena que le desgarrá,  
el ¡ay! que le dá tristeza;  
cuanto llena su cabeza  
de recuerdos de otros días:  
sueños y melancolías  
que pasaron y le siguen,  
que muertos ya, le persiguen,  
como las almas impías.

Nadie como él ha cantado  
endecha tan dolorida,  
como la triste partida  
de algún corazón amado.  
Ninguna vez ha temblado  
la voz con más acritud,  
ni jamás sabio laud  
más dulce estrofa ha vertido,  
ni al cantar el bien perdido,  
ni al llorar la esclavitud.

Nació, y una voz secreta  
— cantal — le dijo al oído,  
y sintió su pecho herido  
por una pasión inquieta;  
y fué *cantor*, fué poeta,  
eco del ave en el cerro,  
nota triste en el destierro,  
león que ruge, ave que ruega,  
como el noble Santos Vega,  
como el *gaucho* Martín Fierro.

Inundó su pensamiento  
con el eco del raudal,  
con el canto del zorzal,  
con la música del viento,  
con el agreste lamento  
del aura murmuradora.  
Lo que otros saben, ignora:  
fué la montaña su escuela,  
su maestro la *vihuela*  
y su alfabeto, la aurora.

Nació y creció en la pradera  
ondulada de la cumbre,  
y al espacio bebió lumbre  
y vida á la primavera.  
Vaquero del *pago* era  
franco, sencillo y abierto ;  
valiente, sagaz, despierto,  
el hijo de la montaña  
vivió libre en su cabaña,  
como el aire en el desierto.

Jamás sintió esos anhelos  
que en la abierta pampa crecen,  
y un día se desvanecen  
muriendo con sed de cielos.  
Sólo envidiaba los vuelos  
de los cóndores andinos,  
esos negros peregrinos  
que buscan la libertad  
en la azul inmensidad  
de los cielos argentinos.

Asediaba en el boscaje  
al potro de undosas crines,  
que atronaba los confines  
con su relincho salvaje.  
Con el *chiripá* por traje,  
y *boleador* al *recado*,  
iba de la cumbre al prado  
apacentando la oveja,  
la cabra, el buey, que la reja  
hunde en el suelo rasgado.

Así vivió; pero un día  
en que tornó de la aldea,  
aletear sintió una idea  
de ansiedad, en su alegría.  
Luego la duda sombría  
en su alma forjó un anhelo,  
y miró con desconsuelo,  
lo que más antes amara,

como si su mente ansiara  
dejar las cumbres de un vuelo.

Para él callaron los sonos  
del arroyo en la espesura,  
y el aura ya no murmura  
en la flor de los *cardones*.  
No le causan emociones  
las tórtolas del *chañar*...  
ya quiere á veces llorar  
porque comienza á sentir:  
¡ay! cómo no ha de sufrir  
corazón que aprende á amar!

Su labio la nombra: Rosa,  
la más gallarda morena,  
que al amarla causa pena  
de que sea tan hermosa;  
la de la voz armoniosa,  
la de los ojos de *achira*;  
aquella por quien suspira  
la décima en la vihuela,  
la que al corazón desvela  
cuando habla, sonríe ó mira.

La conoció en la faena  
de las trillas, en verano;  
estrechó su blanda mano,  
fué su amigo... aunque con pena,  
pues en su alma, antes serena,  
el amor labró su hogar;  
y tanto empezóla á amar  
que no olvidó las mañanas  
en que las verdes manzanas  
comenzaban á pintar...

## II

Hondamente impresionado  
por pasión tan repentina,  
tornó á su verde colina,

como zorzal apenado.  
Bajo el alero inclinado  
de su rancho, la oración  
le encuentra con tal unción,  
tan triste y meditabundo,  
como si el peso del mundo  
le aplastara el corazón.

¡ Ah! ¡ qué de extraño que implores,  
ave húrfana de nido,  
si el cierzo lo ha desprendido,  
desdeñando tus clamores.  
Qué de extraño, alma, que llores  
si ocultas penas te hieren,  
si poco á poco se mueren  
tus alegrías de ayer...  
si has aprendido á querer  
sin saber que á tí te quieren!

Todo es un toque de duelo  
para esa alma solitaria,  
pobre agreste pasionaria  
nacida en estéril suelo.  
¿ Qué hacer en su desconsuelo?  
¿ á quién confiar su quebranto?...  
¡ A unas seis cuerdas, que el llanto  
del huérfano humedeció!  
¡ A su guitarra que amó  
en otro tiempo su canto!

Ya descuelga el instrumento  
de los *tristes* argentinos,  
y en los árboles vecinos  
llora sus penas el viento.  
Ya pulsa con sentimiento  
sus cuerdas, antes dormidas,  
que sollozan como heridas  
por el pico de las aves,  
pues tienen los ecos suaves  
de las calandrias perdidas...

¿A qué con tan loco empeño  
llorar, con el rostro enjuto,  
si arroja el alma su luto  
al pié del dolor, su dueño?

¿A qué sentirse pequeño  
si el corazón se engrandece;  
si aunque el pesar no fenece,  
de la guitarra á los sonos  
el alma con sus pasiones,  
como el ceibo florece?

¿A qué llorar con los ojos  
si el alma se vuelve nota;  
si cuando en raudales brota,  
sus tristezas caen de hinojos!  
¿Si de sus mismos despojos  
nueva ilusión se levanta;  
si al surgir de su garganta  
la noche, se vuelve aurora?...  
Al fiel amante que llora  
sucede el gaucho que canta!

Que venga un otro cantor  
que al vibrar del instrumento  
le arrebate el sentimiento  
de la prenda de su amor!  
¡Ha de exhalar su dolor  
de blando triste á los sonos  
el que busque corazones  
en mis montañas amadas:  
que ilusiones deshojadas  
reverdecen con canciones!

¡Le amarán!... Su inspiración  
la esperanza ha despertado;  
su canto ha cicatrizado  
la herida del corazón.  
Un oriente de ilusión  
y un ocaso de pesar  
le incitan de nuevo á amar,

como en aquellas mañanas  
en que las verdes manzanas  
comenzaban á pintar.

### III

Era una noche de Enero  
llena de sombra medrosa,  
como el alma de la esposa  
que pierde su amor primero.  
En los sauces del otero  
lloraba estrofas el viento,  
con ese lírico acento  
que nos trae á la memoria,  
como en idilio, la historia  
de algún triste sentimiento.

¡Noche! ¡noche! confidente  
de las flores y las almas,  
que al pecho espinado calmas,  
cariñosa y diligente.  
En tu inmensidad silente  
consuelo dás, é iluminas  
con tus lunas peregrinas  
el corazón de los tristes,  
y con luz de estrellas vistes  
la obscuridad de sus ruinas.

Es por eso, que amparado  
á tu sombra y tu mutismo,  
va un alma, que es un abismo  
donde el amor ha rodado;  
va el cantor enamorado,  
donde va, con su vihuela,  
clavando al potro la espuela  
si se detiene medroso  
al percibir el sollozo  
de algún espíritu en vela.

No quiere que la luz suave  
de la aurora le sorprenda,  
de temor que le comprenda  
al estar cantando, el ave,  
y halle en sus notas la clave  
de un amor que no resiste;  
que de tristezas se viste  
en su silencio de fosa:  
él quiere que sólo Rosa,  
sepa la historia de un triste.

En puntas de pié camina  
y al rancho de Rosa llega;  
profunda noche le ciega,  
pero su amor le ilumina.  
Apenas llega, se inclina,  
y quedo, muy quedo, toca  
las cuerdas, que de su boca  
para gemir eco esperan,  
como si esas cuerdas fueran  
arterias de su alma loca.

A media voz, y en la sombra,  
convulso de sentimiento,  
une á los *tristes* su acento  
y á Rosa dos veces nombra.  
Luego, con *letra* que asombra  
por su ardiente inspiración,  
en décimas su canción  
vertió con tan loco empeño,  
que abrió los labios el sueño  
para hablar al corazón.

Empezó por un rasgueo  
con la prima y la bordona,  
y dulces versos entona,  
pobres hijos de un deseo  
que en suavísimo aleteo  
iban un seno buscando;  
y al dar con el puro y blando  
seno de Rosa, dormidos



quedaban como en los nidos  
las tórtolas arrullando.

Luego en suave melodía  
confió á la brisa las quejas  
del dolor que entre las rejas  
de su corazón gemía.  
A cada rato subía  
el tono con que cantaba,  
y á cada pié que espiraba  
aire daba de quebranto,  
y más gemido que canto  
cada estrofa semejaba.

Y fué tal esa canción,  
que no sobró, en queja tanta,  
ni un sólo eco á su garganta,  
ni un ¡ay! á su corazón.  
Voló al mundo su pasión  
con las alas de su anhelo  
á los toques de su duelo,  
como al doble de campanas  
vuelan las almas hermanas  
con alas de angel al cielo.

Gimió el viento con sus notas,  
lloró la noche esa noche,  
y en cada entreabierto broche  
cayó su llanto, hecho gotas.  
Quedaron las cuerdas rotas  
de la guitarra á su acento;  
y del vivo sufrimiento,  
tanto suspiro exhalado,  
vagó como aroma alado  
de la flor de un sentimiento.

Ave de la selva, Rosa,  
que dormía cual las aves,  
despertó á los ecos suaves  
de la cántiga amorosa,

Oyó pulsar, melodiosa,  
la guitarra, y á sus sonos  
murmuraron sus pasiones,  
y, bardos que amor inspira,  
pulsando invisible lira  
contestaron sus canciones.

Del alero bajo el techo,  
donde su *prenda* se hallaba,  
hablándola el bardo estaba,  
sentado en su mismo lecho.  
¿Qué diría al vírgen pecho  
su labio, de amor beodo?  
¡Quién escucha de qué modo  
el ave enamora al ave!...  
El mundo tan sólo sabe  
que el corazón supo todo!

Cuando el ave dió la hora  
con el piar de su canto,  
y recogía su manto  
la noche al clarear la aurora,  
al ver el rayo que dora  
los horizontes lejanos,  
el cantor asió las manos  
de Rosa, y le dijo ¡adiós!...  
y los labios de los dos  
al partir fueron hermanos.

Las pupilas de su prenda  
se clavaron en sus ojos,  
y al parecer, con enojos,  
le siguieron tras la senda  
cuando soltando la rienda  
al potro, veloz partía.  
¡Tan pronto se despedía  
y en una noche tan corta!  
Para quien ama, ¿qué importa  
que la noche se haga día?

Así murmuraba Rosa  
llena de justos agravios,

y en la lira de sus labios  
gemía el alma celosa,  
como cuerda temblorosa  
que pulsara el desencanto.  
Un ave mezcló su canto  
al ¡ay! de su corazón...  
¡Qué triste es una canción  
mezclada al eco del llanto!

Su amante, que no la oía,  
lanzado en veloz carrera,  
volaba por la pradera  
donde el alba sonreía:  
y al despuntar ese día,  
viéndose amado al amar,  
de placer quiso llorar,  
como en aquellas mañanas  
en que las verdes manzanas  
comenzaban á pintar.

#### IV

¡Ah! cuán venturosa el alma  
que vive amada y amando,  
y riendo y suspirando  
tranquila, alegre ó sin calma.  
¡Con qué afán muestra la palma,  
que cortó del pecho amante,  
al mundo cruel é inconstante  
que no le brindó venturas,  
y supo darle amarguras  
á beber á cada instante!

¡Con qué afanes indecibles  
florece sus alegrías,  
cual brotaron otros días  
desengaños é imposibles!  
¡Almas nobles y sensibles,  
tened la vida sujeta

á la pasión que os inquieta  
ó al mundo que habeis forjado!  
¡El dolor ha sido creado  
para el alma del poeta!

Vive feliz el cantor  
porque sabe que le aman,  
y en silencio le reclaman  
unos labios con ardor.  
Vive riendo del dolor  
que en otro tiempo sintiera,  
y la dicha, lisonjera,  
le dice que ría más ...  
¡No le hiera por detrás,  
algún día, no le hiera!

En su guitarra llorosa  
ya no se oyen tristes sonos,  
y sí esas blandas canciones  
de la pasión amorosa,  
de voz dulce y temblorosa,  
de *pie en cuarto*, concertado.  
Parece que ha retoñado,  
como el árbol su vihuela,  
y que de sus cuerdas vuela  
la tristeza del pasado.

Ya por la noche ó la tarde  
su amor y ventura canta,  
y la voz de su garganta  
de su soltura hace alarde.  
No brota débil, cobarde,  
quejumbrosa, adolorida,  
como el canto de partida  
del blanco cisne en los mares:  
ya no hay polen de pesares  
en las flores de su vida.

Visita á Rosa á menudo,  
á su amada que, impaciente,  
le guarda para su frente  
el beso del labio mudo;

el abrazo, el blando nudo  
que ata el alma de los dos...  
El, va con cantos en pos,  
y ¡adiós! le dice con cantos:  
ella, con sus besos santos  
le aguarda ... y le dice ¡adiós!

Un mismo destino mece  
la vida de esas dos vidas;  
y, árbol de ramas unidas,  
á un mismo tiempo florece.  
Si una siente, en la otra crece  
á la par el sentimiento;  
si una sufre, el sufrimiento  
en la otra se vuelve pena,  
que un sólo afán encadena  
corazón y pensamiento.

Pero muy pronto en oriente  
aborta la noche un día;  
lleno de melancolía  
nace el sol, tinta la frente.  
Suena la voz estridente  
del fusil en la montaña;  
contra los hombres se ensaña  
el odio vil, y la guerra  
gritos lanza á nuestra tierra  
de esterminio, en tierra extraña.

¡La patria os llama, paisanos!  
corred presto en su defensa;  
y volved ofensa á ofensa,  
con el látigo en las manos.  
Caines, nuestros hermanos  
del Paraguay embistieron  
á quienes patria les dieron  
cuando esclavitud lloraron,  
y honra y nombre mendigaron  
cuando vergüenza sufrieron!

En el batallón formado  
de montañeses, se alista,

apenas la ronda avista,  
en calidad de soldado,  
el cantor enamorado;  
y dejando amor y hogar  
está dispuesto á marchar  
tras el bélico estandarte,  
donde vaya, á cualquier parte,  
al desierto ó á la mar.

Fué cruel la despedida  
del recluta, muy cruel...  
vertió ella lágrimas; él  
sintió como si la vida  
estallase por la herida  
que abrió en su alma su pasión.  
Sonó un toque de oración;  
la noche se deslizaba  
y su frente se empapaba  
con sangre de un corazón ...

Con esa lumbre que appena,  
apagada y mortecina,  
la cresta de la colina  
la luna baña, serena,  
é ilumina aquella escena  
de dolor y de misterio,  
solemne como el salterio  
que en la bóveda retumba,  
callada como la tumba  
ó el ciprés del cementerio.

La noche, al fin, se diluye,  
y vuelta de su desmayo,  
la luz con su vivo rayo  
del mar del oriente fluye.  
Ni adiós dice el bardo, y huye  
del ideal de sus amores ...  
ya con bélicos ardores,  
al despuntar la mañana,  
suena en el cuartel la diana  
y redoblan los tambores.

Después ... suena la *llamada* ;  
y las pobres madres lloran,  
y las esposas imploran  
con el alma atribulada...  
y ya la tropa alistada  
vibra el clarín estridente ;  
y tras el coro doliente  
de cien madres argentinas,  
marcha y traspone colinas,  
paso á paso el *contingente*.

Va entre la gente de guerra  
marcando el paso, el cantor,  
que deja prendas de amor  
para pelear por su tierra.  
No bien se borra la sierra  
se abre el llano á su pasar ...  
¡ Ay ! quién sabe si á cantar  
vuelva las dulces mañanas  
en que las verdes manzanas  
comenzaban á pintar !

## V

Van corridos muchos meses  
desde el triste día aquel,  
en que solos, ella y él,  
se besaron muchas veces.  
Han cuajado ya las mieses,  
la algarroba amarillea,  
la jóven ave aletea  
en el *molle* y la *cicuta* ;  
la ya sazónada fruta  
el *quechupay* picotea.

Y es la hora en que los suaves  
ecos cesan de los nidos ;  
los gajos están caídos  
con el peso de las aves.

Hasta los acentos graves  
de la montaña han callado ...  
El primer golpe ha sonado  
de la campana en la torre...  
la sombra nocturna corre  
sobre las yerbas del prado.

A la morada de Rosa  
alguien llega y se detiene;  
de lejanas tierras viene;  
reposar quiere, y reposa,  
como sombra misteriosa,  
en las peñas del camino.  
Parece, desde que vino,  
que á nadie allí conociera,  
pues mira de una manera  
más que extraña el peregrino.

Pulsa una guitarra, luego,  
y en extranjera *tonada*,  
canta la ausencia llorada  
por un veterano ciego,  
víctima en la lid, del fuego,  
prisionero sin rescate;  
y al recordar de un combate,  
y al nombrar al Paraguay,  
rima el verso con un ¡ay!  
que no suena, sino late.

Es él !... el cantor agreste,  
que después de tantos años  
de luchas y desengaños,  
dejando la altiva hueste  
que á la bandera celeste  
coronó con la victoria,  
en pos de grata memoria,  
vuelve, por fin, á su tierra,  
pobre mártir de la guerra,  
á llorar su triste historia.

Peleó con patrio ardimiento  
aquel valiente serrano:



su traje de veterano  
luce arreos de sargento.  
Luchó en combates sin cuento  
por la honra de su bandera ;  
más de una vez la trinchera  
le abrió paso en la batalla,  
y reventó la metralla  
á sus piés, tonante y fiera.

Apenas el canto expira,  
y no bien escucha el nombre  
la aldeana, de aquel hombre,  
alza los ojos, y mira,  
y no sabe si delira  
al ver el adusto ceño  
del que un día fué su dueño,  
la imagen aparecida  
en las noches de su vida  
con el ropaje de un sueño.

Turbada quedó un instante  
la niña al saber quien era,  
como el que vé, y no espera  
lo que ha visto tan distante.  
En su corazón de amante  
redoblaron los latidos,  
y excitados sus sentidos  
de su amor en el exceso,  
voló á derramar su beso  
en unos labios queridos.

Largo tiempo le estrechó  
la niña con blando nudo.  
Sombrío, estático, mudo,  
el veterano quedó.  
Sorprendida, levantó  
la aldeana la vista inquieta ;  
miró el rostro del poeta,  
y con dolor infinito,  
al mirarle, lanzó un grito  
heridor, como saeta.

— Rosa! — dijo el cantor, — Rosa!... —  
al oír su voz...era ella!  
sola luz que dejó huella  
en su noche tenebrosa;  
imagen que no reposa  
en su existencia sombría;  
musa de extraña poesía,  
surgida de un sentimiento;  
lira que da al pensamiento  
notas de triste armonía.

— Ingrato: tú ni supiste,  
quien era yo, — dijo ella;  
y la sensible doncella  
vertió una lágrima triste.  
— Yo te ví; tu no me viste —  
añadió con voz ahogada;  
— yo en mis brazos, arrobada,  
te estreché; y tú inclemente  
me miraste indiferente:  
¡para tí ya no soy nada!

Convulso, trémulo, frío,  
quedó al instante el sargento;  
y en nervioso movimiento  
dió abrazo loco al vacío.  
— ¿Dónde estás, dónde, bien mio?...  
Yo ya no puedo mirarte,  
y te miro en cualquier parte! —  
dijo el pobre veterano,  
y llevó á su faz la mano  
que el sentimiento comparte.

Rosa corrió hacia él...y luego,  
clavó en sus ojos, los ojos,  
y en vez de luz, miró enojos,  
sombra en ellos, y nó fuego.  
— Tú no ves, te has vuelto ciego!  
¡Ya no eres, no eres el mismo!  
Vete, vete, que el abismo  
de la noche nos aleja! —

dijo ella, y amarga queja  
lanzó él de escepticismo.

—Mujer vil! mujer ingrata! —  
añadió él, rugiendo en ira;  
— mentira, fuiste, mentira!  
tu perjurio te delata!...  
No creas, nó, que me mata  
tu traición, que hórrida zumba!  
¡un pobre amor se derrumba  
cuando, ya enfermo del alma,  
va á buscar mi ser la calma  
en el seno de una tumba! —

Dijo, y partió, no escuchando  
una frase desdeñosa  
que de los labios de Rosa  
brotó, medio sollozando.  
De sombra se iba llenando,  
negra cual la mutua ofensa,  
la soledad muda, inmensa,  
de la tierra y de los cielos,  
y la hidra de los celos,  
surgió de la sombra densa.

¡Ay! del pobre veterano,  
á quien la engañosa suerte  
dió á beber licor de muerte  
en la copa de su mano!  
Su amor tornose humo vano,  
y fué su dicha, amargura;  
su sol es la noche obscura,  
y su hogar es el desierto,  
y su esperanza es un muerto  
que llora por sepultura!

¿Por qué, por qué no murió  
en la sangrienta batalla  
de Humaitá, do la metralla  
que en su frente rebotó,  
¡ay! para siempre cegó  
ojos y dichas del alma?...

Llena de espinas, la palma  
ciñe del mártir su frente,  
y halla en el vacío ambiente,  
y en lo intranquilo la calma!

Ya nada; ya nada espera,  
sino la eterna partida;  
que para él su triste vida,  
más que este mundo, es quimera.  
Va del monte á la pradera,  
de la loma al río va;  
y cuando perdido está,  
sin saber por do camina,  
le dice, al morder, la espina:  
—¡pobre ciego! por allá!...—

Sólo en la vida le queda  
un tesoro de consuelo:  
esa inspiración de cielo  
que en cada canto remeda  
como una ilusión que rueda  
de su sér en lo profundo,  
aunque el dolor iracundo  
devore sus alegrías,  
y llene todos los días  
de desengaños el mundo!

Por eso cuando desciende  
la tarde sobre la tierra  
y en el rancho de la sierra  
la luz del fogón se enciende;  
cuando se oye y no se entiende  
tanto adiós, tanto gemido  
del ave que vuelve al nido,  
de una guitarra argentina,  
cual paloma de una ruina  
vuela un *triste* dolorido.

Y es el *triste* una memoria  
de otro tiempo y otros años,  
sin sombras ni desengaños,  
reliquia de amor y gloria;

es una lúgubre historia  
que siempre quiere cantar,  
porque no puede olvidar  
aquellas dulces mañanas  
en que las verdes manzanas  
comenzaban á pintar...



## EN EL TEATRO

Dos años ya sin verte, vida mia,  
en tanto tiempo, ni una sola vez!  
dos años de mortal melancolía,  
de sinsabor, de olvido y de desdén!

Dos años ha que ¡adios! te dijo el alma,  
cansada por la tuya de luchar;  
dos años ha que yo perdí la calma,  
la dicha del espíritu y la paz!

Y te veo, por fin! y mi pupila,  
recorriendo del teatro, con afán,  
el círculo de luz que en torno oscila,  
en tí mujer, se vuelve á concentrar.

En un palco te encuentro; allí te miro,  
trémula y palpitante de emoción;  
y al escuchar á *Fausto*, tu suspiro  
brota al compás de su inspirada voz.

*Margarita*, la pobre Margarita,  
cae en los brazos, trémula de amor;  
y tu alma ardiente, de pasión se agita,  
hasta que baja rápido, el telón.

¡Y tú me miras, con afán doliente!...  
y mientras el aplauso crece más,  
tu pupila me abrasa en su torrente  
de pura y de celeste claridad.

Esa ha sido, esa ha sido nuestra historia  
en otro tiempo hermoso, que se fué...  
yo era tu Fausto, con amor de gloria,  
y tú mi Margarita... tú, mujer!

Contempla el drama, sin cesar, y llora!  
y suprime una escena...nada más...  
Yo respeté tu honor, mujer traidora!  
Fausto cristiano, y aprendí á llorar!

Te tuve entre mis brazos, como á *ella*;  
y al beber en la copa de tu amor,  
dejé á la meretriz por la doncella,  
porque lástima tuvo el corazón!

Compadecí, sin ruego, á la villana,  
que por ángel tomé, siendo mujer...;  
á la ramera estúpida y liviana  
que á otro diera lo que yo dejé...!

En vano me contemplas... Aunque lata,  
aún, con fiebre de amar, mi corazón,  
tu mirada, como antes, ya no mata,  
pues te veo con lástima, y no amor!

—Llora! como lloré por tí, vendido...  
Se levanta el telón tercera vez...  
la pobre Margarita ya ha caído...  
la mirada á la escena!... allí, mujer!—



## DESDE LEJOS

No pienses que en la tumba del olvido  
duerme el amor que un día te jurara,  
ni pienses que el torrente de la vida  
abre cauce en el valle de mi alma.

¡ Ah! si aún en tus ojos  
quedan algunas lágrimas,  
acuérdate,  
llorando gratitud á mi constancia,  
que encadené mi corazón al tuyo  
é hice á mi mente de tu amor esclava.

No pienses que en el humo de las tardes  
los pensamientos de mi vida vagan,  
ni que la mirra del amor derramo  
ante el ídolo vil de la falacia.

¡ Ah! si pensaste un día  
cuán triste es ser ingrata,  
acuérdate.  
un instante, siquiera, del que te ama,  
del mendigo infeliz de tus caricias,  
el que dejó en tu corazón su patria.

No pienses que he perdido el sentimiento  
si sabes que otro amor no me avasalla,  
ni que troqué la inspiración ardiente  
por la ambición que la fortuna sacia.

¡ Ah! si no has olvidado  
lo mucho que te amaba,  
acuérdate  
que el rayo me abrasó de tu mirada,  
y que en la fiebre de mi amor sin tregua  
no se apagaron en mi sér las ascuas.

No pienses ( si es que piensas algún día ),  
que he de guardar rencor dentro del alma,  
si quisieras borrarne de tu mente  
y si aún en tus sueños me olvidaras.

¡ Ah ! si no me crees noble,  
incapaz de venganzas,  
acuérdate

que yo á tu madre perdoné la infamia,  
cuando á los dos nos alejó por siempre,  
impasible á mis ruegos y á tus lágrimas.

## COMO Á TÍ

— Madre, madre, me parece  
hoy advertirte enojosa —  
Si la hija no obedece,  
negándose á ser su esposa.

— Es que no sé si le amo,  
pero algo en el alma siento... —  
¿No te alegra su reclamo  
y no te abrasa su acento?

— Madre, su voz me cautiva,  
pero el corazón resiste... —  
Tú le tratas muy esquiva  
y el pobre se va muy triste.

— ¿Y es por eso que te hieres?  
Dame un beso, madre mía! —  
Y un otro más si tu quieres...  
pero vence tu porfía.

— Si ya todo se pasó...  
tuí mala y torpe, confieso...  
pero... ayer le ví... me vió...  
y como á tí... le dí un beso! —



## EL FÉRETRO

Miraba, triste, la niña,  
cual si un pesar la mordiera,  
un féretro de madera  
que el carpintero labró.  
Su aspecto siempre sombrío,  
á pesar de sus labores,  
volvió espanto á sus dolores,  
y al tornar la vista, oró.

A cada instante, la niña,  
— ¿á quién servirá de lecho? —  
con el corazón maltrecho,  
repetía en su pavor.  
No pasó ni una semana,  
y la niña, que veía  
aquella tumba, moría  
abrasada por su amor.

Y ese féretro, fue el mismo  
que le destinó la suerte,  
su estrecho hogar en la muerte...  
¡quién lo pensara, Señor!...  
Sólo yo!... que nada extraño;  
yo, que guardo en la memoria  
de una otra tumba la historia,  
en que el muerto fué mi amor.

Yo, que mirando ese féretro,  
como ella, meditabundo,  
pensaba que en este mundo  
mentiras las glorias son ;

yo...que te amé, no sabiendo  
que, al morir de aquella suerte,  
fuera tu muerte mi muerte,  
mi tumba, tu corazón.

Yo, que creí que los muertos  
no eran sepulcro de vivos;  
yo, que tus besos cautivos  
ví que la muerte bebió,  
yo, que pensé que ese féretro  
para tí tan sólo era...  
y no que mi tumba fuera,  
al morir contigo, yo!

## A MI TERESA

*N'as-tu, donc pas, Seigneur, assez d'anges aux cieux ?*  
( V. Hugo ).

### I

Mi madre... mis hermanos...  
la que ya moribunda, sin palabra,  
á bendecirme levantó las manos...  
los compañeros del hogar querido,  
con quienes mis cariños repartía,  
todos se han ido ya... todos se han ido !  
Bajo la losa fría  
duermen, dispersos, en ingrato olvido,  
ese sueño, sin fin, que... no despierta  
ni ante el triste gemido,  
ni ante el hondo llamado del quebranto,  
ni ante el grito de ¡ madre !  
que á la ruín venganza  
convierte en una lágrima de llanto,  
y al moribundo ¡ adiós ! en esperanza !

Solo tú me quedabas en la vida,  
como un beso de estrella sobre el alma,  
en esa noche negra y estendida  
del cielo, sin fulgor, de mis tristezas,  
que vierte, en vez de luz, melancolía,  
que no tiene un oriente para aurora  
ni un ocaso, siquiera, para el día.

Solo tú me quedabas... y te fuiste!...  
sin darme ni un adiós, cuando mi alma,  
huérfana del hogar, sentía en calma,  
un algo de ilusión, aunque muy triste...  
pero siempre algo de ilusión, que vale  
para el que sufre, tanto,  
que se compra, aunque cueste lo que cueste,  
con el tesoro líquido del llanto!

## II

Los dos nacimos para amarnos siempre,  
como el ritmo á la cuerda de la lira,  
como el insomnio á la pasión inquieta,  
como la gloria al corazón que aspira,  
como el verde laurel ama al poeta,  
como el beso del labio al labio adora.

Aún yo no sabía  
que tú existieras para el alma mía;  
ni tú, paloma de sesgado vuelo,  
que tus veloces alas, para alzarte,  
tuvieran este corazón por cielo.  
Ninguno de los dos nos conocíamos,  
aunque los dos, como distinto ruido  
que la armonía con un ruido forma,  
que uniéndose producen un sonido;  
como lejanos ecos de dos aves,  
que el aire lleva con ligera planta,  
y complementan una misma nota  
cuando una llora y cuando la otra canta,  
cual forman un acorde  
el rumor de la hoja  
y la ola en el borde,  
el gemido del aura y el murmullo,  
así tu corazón y el alma mía,  
sin conocerse aún, eran dos ecos,  
notas dispersas, pero un solo arrullo.



Tal vez éramos notas  
de desigual acento,  
pero que unidas tienen su cadencia,  
como el amor unido á la inocencia;  
la antítesis, quizás, en sentimiento,  
las premisas contrarias de una idea,  
pero las dos con esa igual tendencia  
de reforzar un mismo pensamiento  
para encarnarlo más á la conciencia.

Cuando te conocí, tú no sabías  
definir el amor; no comprendías  
por qué solloza con ardor la lira,  
cómo esa llama brota  
del corazón en la candente pira  
é incendia á veces, pero no se agota.

Jugabas con el niño,  
como niño, también, indiferente  
á la mirada del doncel, avaro  
de tus dulces tesoros en cariño,  
de la mies de tu espíritu inocente.

Así te conocí; fué mi destino  
contigo hallarme un día,  
cuando vagaba errante y peregrino,  
proscrito de la gloria,  
ese reflejo de la patria mía  
que en cada corazón tiene su historia.

Yo era entonces un pobre  
soñador que sufría su castigo,  
un vencido sin gloria en la refriega;  
era menos aún...era un mendigo  
ó un pobre harapo con que el viento juega.  
Yo era entonces la nota más sentida  
de la tristeza que á morir provoca,  
era una sombra sobre estéril yermo,  
era un pedazo de algún alma loca  
ó de algún pobre corazón enfermo.

No sé por qué lloraba tanto, tanto,  
no sé lo que tenía,  
y en mi hondo desencanto  
no sé, siquiera, si al sentir, sentía!  
Pero sé que mis ojos  
lloraban, y lloraban, y que mi alma,  
la mártir de sus sueños hechos trizas,  
caminaba por sendas con abrojos  
ó eriales del amor hechos cenizas.

Así te vieron por la vez primera  
mis ojos anublados de tristura;  
así te contemplé, gota de estrella  
caída en una negra sepultura.  
Así te conocí, ala de vida,  
cuyo único anhelo  
era volar con mi alma entristecida  
por la azulada inmensidad del cielo!

Bendita tú, que descendiendo tanto,  
ángel de Dios, bajaste á mi conciencia,  
á compartir mis penas y mi llanto  
y á saborear el pan de mi existencia.  
Bendita tú, que en el fulgor tranquilo  
de tus pupilas suaves y dormidas  
me diste luz para alumbrar la senda  
por donde iban mis dichas abatidas,  
con hiel el labio y en los ojos venda.  
Bendita tú, que transformaste un día  
en sol la luna de mi noche triste,  
cuando ya la ilusión me despedía  
y escuchaba de la última esperanza  
ese adiós que la vida no resiste,  
y hasta la tumba, que es olvido, alcanza.  
Bendita tú, la dulce compañera  
ideal de mis desvelos,  
que en la noche glacial de mis dolores  
razgaste la cortina de los cielos,  
y con la luz de estrellas de tus ojos  
encendiste el fanal de los amores!

III

Brillaba el sol de alegre primavera:  
las flores desplegaban sus capullos  
á los besos del ángel de la noche;  
y el corazón, que es una flor que espera  
el rocío del alma y sus arrullos,  
abría, como un ósculo, su broche.

Hay un algo que inspira  
en esa era feliz que da las flores:  
en los árboles, nidos,  
palpitación de besos en la lira,  
risa en el labio y en el pecho amores.  
Pero algo más había  
que palpar el corazón hacia  
del bardo melancólico y sentido;  
algo en el aire, que llegó á mi oído,  
que en una onda de amor repercutía,  
de mi alma en la triste sepultura  
y á mi pobre cadáver repetía:  
Oh Lázaro, levanta!  
rasga el sudario de tu triste pena,  
toma tu lira de poeta y canta,  
en consonantes de oro  
la postrera ilusión que tu alma llena!  
Yo me llamo *esperanza*, y te despierto,  
cadáver insepulto de tus sueños,  
*amor*, me llamo y en tu ser me vierto,  
me llamo *beso*, y en tu labio ardiente  
vengo á depositar de los ensueños  
en cascada de cielos el torrente!

Así me dijo, y al chispear la aurora  
de mi noche de muerte,  
me levanté de mi sepulcro, vivo,  
á bendecir la suerte,  
que tantas veces desgarró mi pecho,  
que tantas veces me arrastró cautivo.

Los triunfos del amor! del amor santo!  
que, con la fe de mi piedad cristiana,  
dentro del corazón le guardo un canto,  
de estrofa celestial, aún siendo humana!

¡ Amor! ¡ amor! en tus sonrisas late  
aura de vida, pero no de fosa,  
voz que levanta y que jamás abate,  
llama voraz, sin palidez de rosa.  
Cuando la soledad del alma ansiosa  
va en pos de un corazón que la haga hermana,  
tú desgarras, amor, su triste noche  
con tu foco de luz de la mañana!  
Tú transformas en cielo con estrellas  
el vacío sin luz del pensamiento;  
y, como nimbo sideral, las huellas  
dejas en el calor del sentimiento!

#### IV

Desde la vez primera  
que te vieron mis ojos, adormidos,  
sentí mi triste corazón opreso  
deshacerse en latidos;  
sentí como hervidero de pasiones,  
que al agitarse, loco, nos inquieta,  
y escuché como arrullo de ilusiones  
en mis noches de luto,  
hermanas de mis noches de poeta.

Crecí que fuera otra ilusión del alma  
cual tantas ilusiones hechas trizas,  
como tantos ensueños hecho humo,  
como tanta esperanza hecha cenizas.  
Busqué la soledad... pero en mi frente  
aparecía, sin cesar, llorando,  
la imagen de tu amor, que estaba ausente,  
como si me llamara en su gemido,  
como si fuera un pájaro del cielo  
que quisiera mi alma para nido!

¡ Siempre en mi corazón ! á toda hora...  
 en el insomnio de mi mudo lecho,  
 y en la noche y aurora  
 del mundo de mi pecho !  
 ¡ Siempre dentro de mí !... Como la hebra  
 del sol radiante que el cristal traspasa,  
 el rayo de tu amor llega, se quiebra,  
 en el cristal de mi alma trasparente,  
 pero penetra al fin, pero al fin pasa,  
 encendiendo los cirios del santuario  
 do la esperanza, que es la madre, llora  
 al pié de mi ilusión en su Calvario !

¡ Por eso yo te amé ! luz de mi vida  
 que en un cielo nacida  
 para saciar mi anhelo,  
 te perdiste apagada en otro cielo !  
 Por eso yo te amé, sueño de un alma  
 desconsolada y yerta,  
 que ante un rayo de luz de la fortuna  
 á la vida del beso se despierta  
 como el infante cándido en la cuna !

Por eso es que aún siento,  
 cuando recuerdo de esa luz que inflama,  
 arder como volcán mi pensamiento  
 y entre cenizas renacer la llama !  
 Y por eso mi frente  
 de un infierno voraz es el compendio ;  
 y por eso la idea que germina  
 es un rayo candente  
 que jamás ilumina  
 sin producir incendio !

V

¡ Mujer á quien amé ! te quise tanto  
 que aún mi triste corazón rebosa  
 de ese dolor que no mitiga el llanto,  
 y que vive grabado en nuestras almas

como cifra de olvido en una losa.  
Llegué á amarte con hondo desvario...  
cuando no te miraban mis pupilas,  
en torno yo sentía  
la ráfaga de hielo del vacío  
unida á mi tenaz melancolía.  
Llegué á amarte ... como aman en la noche  
las flores de los campos al rocío,  
el cielo á la divina  
estrella que lo inflama,  
y el pájaro que llora  
al ángel que abre el cáliz de la aurora.  
Y, siempre en ascensión, la ígnea llama  
iba subiendo al corazón, subiendo;  
y esas mis ansias comparé yo un día  
al delirio con que aman las pasiones  
al crimen que delata,  
y al cruel afán con que la muerte adora  
á la daga que hiere vengadora  
y á la segur que mata!

Y mi amor fué más grande y más profundo  
cuando á la luz de tus pupilas bellas  
miré crearse de tu amor un mundo,  
y en tu frente leí escrito ese himno  
del corazón que bebe luz de estrellas.  
Fué más grande mi amor, más concentrado,  
cuando en tu labio de color de rosa,  
manantial de los ósculos del niño,  
confundida á la cántiga amorosa  
sentí vibrar la oda del cariño.

¡Cómo latía con ardor tu pecho  
al suave afán de la pasión primera,  
cuando yo te clavaba la pupila,  
triste como dolor que nada espera  
y como luz de cirios intranquila!  
¡Cómo tu terso rostro se encendía,  
llenándose de cándidos sonrojos,  
cuando mi alma risueña te veía  
con la máscara triste de los ojos!...

¡A qué hablar al candor y la inocencia  
si la mundana voz le mueve enojos!  
¡á qué entregar á la palabra humana  
un sentimiento que se vuelve esencia!  
¡á qué confiar á una terrena frase  
el secreto del alma enamorada,  
si lo que el labio cuando más silencia  
lo escucha el corazón en la mirada!

¡Cuán feliz era, entonces, con la gloria  
de haberte amado tanto,  
de haberte acariciado en la memoria  
en mis noches de sueños ó de llanto!

Hoy que el halago de tu ser no siento,  
hoy que el dolor de nuevo se apodera  
de mi abatido y triste pensamiento,  
por mirarte como antes, qué no diera!  
¡Todo!... si dado fuera  
arraigarse al pasado, que no existe,  
por una sola frase  
de ese todo que tú me prometiste!

Gratos instantes de otras horas bellas,  
cuál cintilsia aún en mis recuerdos  
con más intensa luz que mil estrellas!  
¡Cuán feliz era entonces yo á tu lado!  
cómo entonces amaba yo la vida,  
por tí, pedazo del amor trinchado,  
por tí, recuerdo de ilusión perdida!

Por tí pensaba desdeñar mis penas,  
dar el adiós postrero á mis dolores  
y romper estas miseras cadenas  
que me atan á la vida y sus rigores.  
Por tí pensaba exterminar la duda  
que me lleva y arrastra al desencanto,  
quemar el libro, abandonar la ciencia,  
ahogar mis gritos, contener mi llanto

y proclamar lo ideal en la conciencia.  
Por tí pensaba alzarme del abismo  
en alas del amor con fuerza suma,  
y arrojar de mi alma este ateísmo  
que con su faz escuálida me abruma;  
y con la fe del corazón creyente,  
esperar lo que espera  
el niño, y el mendigo y el demente,  
la virtud que vacila y desespera  
y el crimen triunfador que se arrepiente!  
¡Y yo, que había en mi ilusión jurado  
por tí ser bueno y perdonarlo todo;  
decir á mis pasiones que no hiervan,  
dar el nombre de lodo  
á lo que tu dijeras que es del lango,  
y doblar mis rodillas ante aquello  
que tú llamaras de celeste rango  
ó que de Dios tuviera algún destello!  
¡Y yo, que había jurado  
seguir de tu alma el afanoso anhelo,  
atravesar contigo la existencia  
y contigo volar después al cielo,  
abierto á la ansiedad del pecho humano,  
volcar la inmensidad en la conciencia,  
reconocer á Dios y ser cristiano!!

Y tú, en cambio, tan noble, tan sincera,  
me prometiste ser mi compañera;  
conmigo dividir todas las horas  
de triunfo ó desaliento,  
de inquietud ó de calma,  
de lucha, de fatiga ó de contento.

En cambio me juraste  
darme cuanto tuvieras y yo ansiara...  
hasta tu corazón, vaso de esencia,  
y entregarme tu espíritu en el ara,  
y rendirme en un beso tu inocencia  
cuando tu velo en el altar quedara,  
y temblando en los frescos azahares  
en rocío de flores, tus pesares.



VI

¡Que todo fuera sueño fugitivo!  
 que todo fuera del destino halago  
 para mentir á un corazón cautivo  
 con engañosa predicción de mago!  
 ¡Que no me queden ya sino mirajes  
 de los gratos ensueños de otras horas;  
 que mis dichas de ayer fueran celajes,  
 que en noches se trocaran mis auroras!  
 ¡Que la callada nieve del olvido  
 nos aleje del árbol que encontramos  
 y lleve con sus copos nuestro nido!

¡Que cuando más te amara te perdiera,  
 y que ese Dios que juntos adoramos  
 entre los dos un túmulo entreabriera,  
 entre los dos cabara  
 ese abismo terrible que separa  
 al corazón del corazón, por siempre,  
 que transforma en ¡jamás! nuestra quimera,  
 que dice al alma ¡nunca!  
 cuando le grita el corazón: ¡espera!

¡Que se acabara todo!...  
 ¡que se concluya con la carne el cielo;  
 que lo azul se haga lodo,  
 y el beso, y el fulgor de la pupila,  
 y el candor, ese velo  
 del templo de Isis que la virgen guarda,  
 la virtud, la hermosura!...  
 y que al caer la tapa  
 de la negra y hambrienta sepultura,  
 de donde nada escapa,  
 el ruido que hace y que á olvidar provoca,  
 diga ¡adiós! al adiós de nuestra boca!

¡Y que no haya siquiera,  
al lado de la tumba que devora,  
ni compasión para el dolor que espera,  
ni soledad para el amor que llora!  
¡Que la parca insensible todo pida:  
del que lleva sus sueños con su vida,  
y deje del que amó sólo el tormento,  
y haga en el fondo de su sér, que clama,  
fuego al recuerdo que su sér inflama,  
nieve para olvidar al pensamiento!

Cuando tu la llevaste  
¡oh parca avara de la dicha ajena  
que en el suspiro moribundo gozas!  
el recuerdo en mi espíritu dejaste,  
como en la tumba dejas á la hiena  
y al buho graznador sobre las fosas!

Me dejaste el recuerdo que asesina  
y mi amor te llevaste, despiadada!  
Y después... te gozaste en su ruina,  
te burlaste y reíste  
de mi llanto y mi queja prolongada,  
de mi sollozo entrecortado y triste!

¡Que esa fuera tu obra,  
vendida mercenaria  
al no ser de las tumbas!... que esa fuera  
tu hazaña vil ¡oh hiena del olvido!  
que tienes al *dies iræ* por plegaria  
y á la risa del alma por gemido!

¡Que á ella, que era un ángel, te llevaras,  
que á mi pobre Teresa prefirieras;  
y á mí, que soy harapo, me dejaras;  
á mí, que te imploré que no te fueras,  
sin llevarme, cádaver á su tumba  
con su triste cadáver abrazado;  
sin hacerme despojo, y lodo, y cieno,  
antes de arrebatarla de mi lado,  
haciéndola espirar con tu veneno!

Y que te la llevaras cuando estaba  
lejos de ella, creyéndola dichosa;  
creyendo que afanosa  
y feliz me aguardaba;  
creyendo que bebía los suspiros  
de mi ausencia ya larga,  
y no sintiendo en una noche amarga  
el diente matador de los vampiros!

¡Que yo nada supiera!...  
que ella no me dijera que sufría,  
que no oyese su queja lastimera,  
ni su triste agonía;  
que ni al instante de morir la viera!  
Y que yo que su alma conocía,  
no escuchara el alán de su quebranto,  
ni el eco matador de sus dolores,  
ni el acento, siquiera, de ese llanto  
con que daba el ¡adiós! á sus amores.

¡Perdón!... ¡perdón!... mi muerta idolatrada  
si con la ausencia provoqué al destino...  
si de mí mismo haciéndome verdugo,  
al clavarte el puñal fui mi asesino!  
¡Perdón! te pido... si perdona el hombre  
al que mata sabiendo... y no lo sabe...  
perdón! te pido del amor en nombre!  
de rodillas, perdón!... si perdón cabe!

Cuando á solas medito  
en nuestro amor que deshojó la ausencia,  
leo la enormidad de mi delito  
en la rugosa faz de mi conciencia!  
oigo que el grito de tu llanto zumba  
dentro del corazón que no te olvida;  
siento que brota de tu misma tumba  
como plegaria á la venganza unida!

¡Haces bien!... no perdonas, alma mía,  
porque perdón no alcanza  
tamaño alevosía...  
no el crimen que asesina la esperanza,

sino el crimen que enmienda lo pasado,  
el que cierra la tumba principiada,  
no el que pone en la tumba ya cabada,  
la cruz de su pecado!

## VII

¡Teresa! duermes en paz! Si hay otra vida;  
si es verdad que la tumba  
no es el fin de la mísera existencia,  
donde el alma hecha polvo se derrumba;  
si es verdad este afán de la conciencia,  
y si es una mentira este ateísmo  
que consume mi ser y qué le arrastra  
pausadamente al misterioso abismo;  
si tú, siendo la noche,  
te has transformado en día,  
acuérdate de mí, que tanto lloro,  
acuérdate, materia sin sentido,  
que aun así yo te adoro,  
que aun así yo te quiero,  
que aun siendo lodo, y nada más que lodo,  
á todos mis ensueños te prefiero,  
pues siendo nada, para mí eres todo!

Acuérdate de mí, si no es mentira!...  
y cuando triste el corazón te invoque,  
y cuando el linde de la pena toque,  
cuéntame con amor dónde te has ido,  
y dime que estás viva,  
y dime que es ausencia  
lo que el alma repite que es olvido,  
y muéstrame lo eterno que cautiva  
y salpica de astros mi conciencia!...

## VIII

¡Teresa! duermes en paz! Yo ya te dejo  
porque en vano llamé... y estás callada!...

astro apagado, que los ojos ciegas,  
¡adiós! de tí me alejo!

Ya me voy para siempre ...  
ya sé que todo es ilusión! mentira!...  
polvo de mariposa  
el *más allá* con que el amor delira!...  
¡Mentira, ese soñar del alma ansiosa!  
¡hasta la religión, de los recuerdos  
concluye al borde de la muda fosa!

¡Adiós! ¡adiós! La noche funeraria  
viene á depositar sobre tu losa,  
en húmedo rocío, su plegaria.  
¡Adiós! yo ya me alejo  
de este sepulcro que robó mi calma...  
¡Adiós! aquí te dejo  
lo único que tiene y que conserva  
el poeta, que tanto te ha querido:  
la flor de los recuerdos de su alma  
adornando tu cruz, que impone olvido!



# CADENAS ROTAS

ODA CON MOTIVO DE LA LIBERTAD DE LOS ESCLAVOS  
DEL BRASIL

*Oid el ruido de rotas cadenas*

## I

· Bardo de las tristezas inmortales,  
el de la lira de las cuerdas de oro,  
que viertes, á raudales,  
en tus cantos los ecos de tu lloro ;  
que en los sepulcros de tu fe perdida  
como el ave de Isaac revoloteas,  
esparciendo en cada himno de la vida,  
con gemido de cisne, tus ideas :  
levanta, como ayer, tu pensamiento,  
cobra nervio de bronce en tus dolores,  
bebe en tus mismas lágrimas aliento ;  
y en vez de humedecer con sus vapores  
la losa de ese túmulo que encierra  
al ángel celestial de tus amores,  
cubierto con el polvo de la tierra,  
toma tu lira de poeta, y vierte  
un himno á la mañana,  
y en gigante tu espíritu convierte,  
tributo de la fe republicana !

De aguda pena en la mazmorra estrecha  
no es llorar tu destino,  
con eco *becqueriano*,  
en dulce verso ó cincelada endecha,

si naciste argentino!  
Oye la voz del pensamiento humano;  
la *Libertad* te llama;  
siente que el corazón entumecido  
de la patria se inflama,  
y dí: — ¡patria! — en tu canto,  
ardiente como el rayo,  
y maldice tu llanto!  
y grita: — ¡Libertad! — ... y adora á Mayo!

Vuelve tus ojos hacia un lado, y mira:  
los Andes! sí, los Andes!  
el altar de la patria redentora,  
á cuyo pié tu corazón se inspira,  
y embriagado de anhelos siempre grandes  
en cada pulsación es una lira.  
Allí el coloso está donde el guerrero  
retó al león caduco,  
guarecido en las cuevas de Numancia;  
allí donde templó su patrio acero  
el Leonidas audaz de Chacabuco  
en las grutas del cóndor altanero!  
Allí el Andes está, siempre gigante,  
albergando en su seno el torbellino,  
que agita el corazón del mar de Atlante,  
y hundido siempre en su sopor de piedra,  
con la vista en el llano,  
como si meditara en el destino  
del mundo americano!

Pedestal de las glorias argentinas  
que en los llanos del Maipo te reclinás;  
en este día de entusiasmo santo,  
en que palpita el pensamiento libre,  
te pido que mi canto  
con los recuerdos de tu gloria vibre!

## II

América feliz! ya redimida  
del extranjero yugo,



que amarrara tu carne y tu conciencia,  
y del airado ceño del verdugo  
te conocí en mi infancia,  
cantando el himno de la patria, en coro,  
y dando al aire el pabellón sagrado  
que el cañón saludó con resonancia  
al rodar tras de sí, como empujado!  
La espada fraticida  
taló las heredades de la patria,  
luego no más, al alborear la vida,  
sin ser la hiriente lanza de Pelco  
que ante el muro troyano  
un pecho busca do asestar su golpe,  
como Nerón una cabeza sola  
para matar un mundo con su mano!  
No era, América! ese tu deseo  
después de la explosión de Chacabuco  
y el incendio voraz de San Mateo.  
Si ardiendo en ira el corazón, luchabas,  
luchabas como joven inesperto,  
ansiosa de plantear instituciones,  
ante tu grande porvenir abierto;  
y en Ramirez, Artigas y Carreras,  
Lautaros de la noble democracia  
con los arranques de la edad del niño,  
encontraste, tu misma, las barreras  
para alzar sobre púrpura y armiño  
el trono de la vieja aristocracia,  
pues que al sonar las dianas del combate,  
vencedor ó vencido el combatiente,  
de la frente caían las coronas,  
y brotaban laureles en la frente!

Y en un día de duelo  
recuerdo que la sombra  
del fantasma de Atila  
cubrió la faz del argentino cielo,  
llenando de sollozos hasta el alma  
de la cándida virgen intranquila,  
que de gratos recuerdos bajo el peso,  
aguardaba, impaciente,  
sobre sus labios el materno beso

y el ósculo de amor sobre su frente.  
Fué aquél triste día,  
que alejado el hermano del hermano  
por civiles querellas,  
Caín airado su puñal blandía,  
hasta esa noche de terrible espanto  
en que vertían suaves las estrellas  
con su luz los raudales de su llanto,  
iluminando tristes en *Barracas*  
dos mil muertos vendidos á la gloria,  
el labio mudo... pero aún suspenso  
en el labio el acento de victoria!...

Triste ese día fué, triste y sombrío :  
el vencido quedose en la batalla  
cadáver yerto y frío ;  
y el vencedor con cruel remordimiento  
del cañón se alejaba y la muralla,  
abatida la frente de vergüenza,  
triste, como esa noche, el pensamiento,  
y aún más triste el pabellón andino,  
que no ondea sus pliegues azulados  
si el argentino vence  
y el vencido también es argentino !

¡ Vencido y vencedor ! yo no maldigo  
vuestras luchas ardientes,  
que testimonio dan de que sois grandes,  
ni el estigma afrentoso del castigo  
cual rayo lanzo á vuestras nobles frentes.  
Pueblos amamantados por los Andes !  
no os ha de maldecir jamás la historia !  
Si habeis luchado con viril denuedo  
no fué tras de monárquicas grandezas :  
buscabais libertad, ébrios de gloria,  
no botín, ni conquistas, ni riquezas !  
que de intestinas lides, los furores,  
tras la pasión de los humanos seres,  
son como esas batallas interiores  
cuando opuestos deberes  
tienen por campo igual la inteligencia,

pero uno lleva al corazón por guía  
y el otro á la conciencia!

Es por eso que luego  
el soplo de la paz santa y bendita,  
de la civil hoguera apaga el fuego,  
y los dos combatientes legendarios  
al campo de las leyes se dan cita,  
plantando en él, cual símbolo bendito,  
la cruz de sus Calvarios!  
Y luego atando con gordiano nudo  
cuerpos y almas, corazón y mente,  
funden el bronce del cañón sañudo  
que voz diera á los bélicos ardores,  
y vacían el metal, y transformado  
sale del molde en hélices, cilindros,  
palancas y motores.

Rasga el arado el seno de la tierra,  
virgen vestida de rastrero trebol,  
y en ella el grano de la mies encierra,  
y Céres, la extranjera del Oriente,  
á la *colonia* llega de inmigrante,  
y el viento ríe en las espigas rubias,  
como la triste ausencia, cuando siente  
retornar á la playa al sér amante;  
cae el árbol al golpe repetido  
del hacha hiriente de nervuda mano,  
y huye el indio al sentir gemir el bosque  
que amara el Padre Sol, no conocido  
por la pelasga ninfa ó el silvano.  
Alzase el templo, erguido,  
el *rancho* al lado, convertido luego  
en alcázar romano,  
y en las antes agrestes heredades,  
como disperso colmenar, se funda  
la aldea tras la aldea,  
semilla de los pueblos y ciudades,  
donde luego, la ley alza su solio,  
la libertad es Dios, César la idea,  
y el pensamiento humano, Capitolio!

Y en fraternal unión la invicta América  
tiene la inspiración de agigantarse  
sobre la espalda colosal de un mundo;  
hacia la perfección adelantarse,  
ser la Roma, señora del destino,  
tener por César de Maipú al gigante,  
por Régulo y Catón al noble Washington,  
contemplar en los Andes su Apenino  
y en dilatado Tiber al Atlante!...  
Mas no la Roma que perdió á Cartago  
en el abismo lóbrego de Zāma  
y que en Atenas derrumbó la ciencia,  
mendigando oropeles á la fama;  
no la Cleopatra impura del estrago,  
prostituta del César, que en su lecho  
profana con su carne la conciencia,  
ebrios los lábios y desnudo el pecho,  
mientras ruge en Atila,  
como trueno, la bárbara sentencia!

Es la bendita paz que fecundiza  
la vastas soledades de la tierra  
lo que América ansía,  
unida á la igualdad que esteriliza  
el maldecido germen de la guerra,  
que da por fruto vil la tiranía;  
y ansía como un Franklin de la historia,  
con los hilos de acero de la idea,  
arrebatar á la tormenta airada  
el rayo de la gloria,  
en esa tempestad de sombra y luces  
que mueve la razón emancipada!

Por eso cuando llegan  
de la América libre á los oídos,  
de Rosas y de Francia  
los nombres maldecidos,  
los desdeña, con ira en su arrogancia,  
y, erguida con el ceño de su gloria,  
les niega sus sepulcros para tumba,  
y les dá, perdonando cuando mueren,  
el olvido por lápida mortuoria.

Les entrega, si falla, al ostracismo,  
y en su justo destierro  
les obliga á que se odien á sí mismo  
y á que en su negro corazón arrastren  
del acerado hierro  
la mísera cadena,  
y tengan por verdugo la conciencia,  
sus delitos impunes por condena,  
por patibulo infame la existencia,  
por expiación el grito de sus víctimas,  
por infierno el clamor de la inocencia!

Es que América es hija de sus padres,  
los descendientes del romano Tibre,  
los que murieron por no verla esclava,  
los que vivieron para verla libre.  
Y á la vez es la madre de sus hijos,  
la que abre el seno del hogar al hombre  
que se llama, con honra, ciudadano,  
no al que toma otro nombre  
y apostata del culto americano!

¡América! te nombra con orgullo  
un hijo de tu suelo  
que sintió tus caricias y tu arrullo,  
cuando mecías en su hogar la cuna  
con maternal anhelo!  
Te contempla y se abisma en tu grandeza,  
comparable á tus montes que sostienen  
en sus hombros graníticos el cielo.  
Y te contempla aún más abismado  
que en tu rica y feraz naturaleza  
cuando te ve que pasas, arrogante,  
ciñendo el gorro frigio en la cabeza,  
ante la muda tropa  
de los pueblos del Africa y del Asia,  
y aún con orgullo ante la libre Europa.  
Verdad, también, que á veces  
te mira, patria! con desdén la envidia  
y te acosa el reptil de la perfidia...  
Es verdad! ... tú jamás esclavizaste  
al débil en las lides,

y ni tu historia cuenta  
con Césares ni Cides,  
aunque tienes en Bolívar y Belgrano  
esa pujanza de león, de Alcides,  
y en San Martín, el héroe americano,  
al genio de Austerlitz, con más estrella;  
San Martín, que ha dejado como huella  
trazado el porvenir de cien naciones,  
el genio vencedor de la batalla  
que libertara dos generaciones,  
aunque para ello fuera necesario  
coronarse de espinas,  
ser Cristo de las almas argentinas  
y tener á los Andes por Calvario!

Bajo tu cielo, América!  
los olímpicos dioses de la guerra  
no ensordecen los llanos de la tierra  
con la furia veloz de sus bridones,  
ni con marciales músicas entona  
la sañuda Belona  
en el arpa de bronce sus canciones.  
No invocan tus guerreros  
de Tirteo los cantos ardorosos,  
ni afilan en el yunque de las hidras  
sus espadas de bronce y sus aceros;  
pues tienen en sus nobles arrebatos  
para luchar, los ruegos de la madre  
y la caricia de la esposa amada,  
aliento del hogar de Cochabamba,  
que da valor para esgrimir la espada...  
ruego santo de madres y de esposas  
que no es el lloro de la esclava de Hector  
ni el treno de la madre de Peleo,  
esos dos gladiadores indomables,  
émulos de la rabia de Alciónéo.

Si alguna vez en las airadas olas  
se oye del Plata un grito de pelea,  
fué porque en orfandad lloraba á solas,  
en la orilla argentina,  
su injusto y ominoso cautiverio

la pobre Cisplatina ;  
y fué porque otro día  
el noble Paraguay, gemelo suyo,  
encadenado y misero gemía,  
sufriendo el despotismo de un tirano,  
hasta que fué glorioso á socorrerle,  
hijo de Chacabuco, el noble hermano,  
aunque la sangre de Humaitá corriera  
y en su explosión Curupaití, muriendo,  
salpicara con sangre su bandera !

¡Chile ! Chile ! tu sólo te lanzaste  
como el Huno del Sud tras la conquista  
y del Inca el tesoro arrebataste,  
es verdad, con denuedo y valentía,  
pero usurpaste al fin innoblemente,  
ajeno al ruego del vencido ilustre  
y al dolor del hermano indiferente.  
Si justicia tuviste :  
¿ por qué quitaste la heredad ajena ?  
¿ por qué sembraste luto en los hogares ?...  
¡Guarte, viril matrona que venciste,  
tal vez un día arrastrarás cadena  
lejos del suelo de los patrios lares !  
y ¡ay ! de tí, si colérico, el castigo  
te obligara á pedir en puerta extraña  
un pedazo de pan como el mendigo !  
Mas no !...nunca la suerte en su demencia  
á tan atroz suplicio te condene,  
noble nación de reducida herencia  
que la ley del trabajo te mantiene  
como un Cristo amarrada á tu conciencia !  
Pueblo de Arauco ! es grande tu destino  
como el mar que aprisionan tus orillas :  
te sacude el oleaje de la ciencia  
y á los cielos te arrastra el torbellino !

¡ Y tú Brasil ! también !...guarda la espada  
amenazante siempre, siempre airada,  
con que osado pregonas la desgracia,  
no la fraternidad, hijo rebelde  
que negaste á tu madre,

la santa democracia!  
Recuerda, que á pesar de sus cadenas,  
una noche escapó del cautiverio  
la noble prisionera, libertada...  
Recuerda que se alza ensangrentada  
para abatir tu imperio  
la sombra de Ituzaingo en los confines,  
como el espectro abrumador de Macbeth  
en la orgía real de tus festines!

Perdón, si te ofendí! no fué mi intento  
herir al recordarte tu derrota,  
tu patrio sentimiento,  
ni traerte á la memoria  
el látigo de Alvear, que aún te azota.  
Perdón, si te ofendí! viril imperio,  
que si no ciñes en tu sien con gloria  
la corona triunfal de Chacabuco,  
arrastras, para pasmo de la historia,  
en tu manto un girón republicano  
de la enseña inmortal de Pernambuco,  
y un fragmento del paño que cubría  
la tumba de Martins, sacrificado  
en la siniestra noche de Bahía!

Para llenar con ecos inmortales  
el porvenir lejano,  
aún vibra de tu historia en los anales  
el *Grito de Ypiranga*,  
y el eco soberano  
de los himnos marciales  
de Cochran, domador del Océano!

### III

No mi modesta y olvidada lira,  
que llora cuando llora y cuando canta,  
porque hasta el himno en mi dolor se inspira,  
con flébiles acentos y expansiones



en tu loor entusiasta se desborde,  
 ¡oh Brasil! que has pasmado á las naciones,  
 despertando en el alma justiciera  
 de admiración un sentimiento acorde!  
 ¡Qué 'augusta se levanta tu bandera  
 desde entonces, coloso de la espada!  
 Ya con sagrado afán, no avergonzada,  
 te vé América entera!  
 De mirarte á los aires desplegada,  
 sin esas manchas que parecen cieno,  
 ya se siente orgullosa,  
 aunque no seas página azulada  
 del sueño de Moreno!  
 ¿Quién te inspiró esa idea tan gigante,  
 aún más grande que tu historia toda?  
 Quién sinó tú! que viertes en el mundo,  
 con acentos del Líbano, la oda  
 que abate la cerviz de los tiranos  
 y levanta del polvo al moribundo!

Te reconozco yá, numen que absorbe!...  
 ¡Libertad! ¡Libertad! genio del orbe  
 que en el labio de Cristo centelleas  
 y que eres en el cielo de las almas  
 la ronca tempestad de las ideas!  
 ¡Libertad! ... libertad! madre cristiana  
 que en la igualdad enseñas á tus hijos  
 la sublime oración de la mañana;  
 que llevas en tus labios  
 la verdad á la ciencia  
 é iluminas el alma de los sabios  
 y el eclipse solar de la conciencia!  
 El amor de los hombres es tu lema;  
 y sobre el corazón de cada pueblo,  
 con la sangre de mártires, que enluta,  
 escribes el poema  
 que comienza en la copa de cicuta  
 de Sócrates, filósofo del mundo,  
 y termina en la Cruz, de cuyos brazos  
 pende el cuerpo de Cristo moribundo!  
 ¡Libertad! ¡libertad! diosa indomable  
 que adoración demandas hora á hora

y si ves un apóstata execrable,  
con la revolución rasgas el cielo  
y arrancas los girones de su aurora  
para cubrir la humeante guillotina;  
y de Corday con la ira femenina,  
en Danton transformada,  
y la cuchilla de Marat, te hiergues  
rojo el labio, la frente ensangrentada!  
Y, aún sedienta de mayor venganza,  
llamas á César y Alejandro, y formas  
á Napoleón, que vence á la esperanza,  
y en Austerlitz, con su vibrante acero,  
la palanca de Arquímedes, transformas,  
tras rudo batallar, el orbe entero!

Imperio del Brasil! tu insultaste  
á la igualdad sagrada, con no vista  
saña un día; mas no necesitaste  
que la alma libertad te provocara  
á la lid con la daga del Sudista:  
supiste comprender, nación preclara,  
que al fin el grito del esclavo zumba  
atronando el oído de los reyes,  
y como una visión de media noche,  
surge la redención de cada tumba;  
que al fin del pueblo las sumisas greyes  
en falanges de libres se convierten,  
y que al soberbio empuje  
de la marea de sus iras todas,  
caen á tierra los tronos en astillas,  
el puñal vibra, la palabra ruge,  
y se derrumban, al sonar la hora  
los viejos Escoriales y Bastillas!

#### IV

Prestadme ¡oh Musas! vuestro numen santo  
y el tono vibrador de la epopeya  
con que exhumais á Illión en su sepulcro,

como el sabio las ruinas de Pompeya.  
Dadme del vate gibelino el eco  
potente y soberano  
que vibra en su *Comedia*,  
ó el acento postrer de la tragedia  
en que espiraba el cisne lusitano...  
¡ Yo quiero bendecir la ley augusta,  
que inspirada al calor de un alto ejemplo,  
hacer un Dios inmortal de la conciencia,  
de la virtud un templo  
y un culto de la humana inteligencia !

Esa ley quiere bendecir mi alma !  
porque apaga de América la tea  
del incendio voraz, las iras calma,  
hace trizas los suyos de la idea,  
declara LIBRE AL HOMBRE !...  
Esa ley ! esa ley !... ¿ cuál es su nombre ?  
¡ Se llama libertad !... ¡ Bendita sea !

Esa ley ! esa ley !... Eternamente  
será el sublime salmo de tu vida,  
y el incienso del ara de tus Códigos ;  
esa ley con que, pródigos,  
del pueblo los augustos mandatarios  
la igualdad de los hombres establecen,  
y en los altares de la vieja diosa  
el holocausto del amor ofrecen.  
Esa ley, que recuerda  
del Evangelio la doctrina santa,  
es la verde esmeralda de tu gloria,  
el alto pedestal que te levanta  
¡ oh Brasil ! á las cumbres de la historia !

Congreso brasileño !  
yo te saludo desbordante el alma  
de admiración á tu sagrado empeño,  
y te ofrezco en mi canto humilde palma !  
Te saludo con júbilo cristiano,  
porque abres con tu ley las anchas puertas  
del corazón al pensamiento humano,  
y levantas la Cruz de los recuerdos

sobre el sepulcro de tus razas muertas.  
Proclamas la igualdad entre los hombres,  
y confundes los nombres  
con que el orgullo vano diferencia  
la condición del servidor y el amo  
en la vida que se abre á la conciencia;  
y escuchando del túmulo el reclamo  
á tanta vanidad, tantos errores,  
proclamas la igualdad entre los vivos  
ya se llamen esclavos ó señores,  
como aquella igualdad entre los muertos,  
ya vivan como César en alcázares  
ó moren como Job en los desiertos,  
que al fin, bajo la losa funeraria,  
entre dos esqueletos no se sabe  
si el rey es éste, ó es aquél el paria.

Es más grande tu ley, ilustre Imperio,  
cuando la diste tú, sin que el esclavo,  
que mendigó favores en el ceño,  
siempre airado y adusto de su dueño,  
te pidiera dejar su cautiverio.  
Esclavos del Brasil! tú no comprendes  
sumido en el no ser de la existencia,  
que la luz del espíritu es la misma,  
que es libre el alma, y libre la conciencia,  
que el corazón sin libertad no late  
cuando en la negra esclavitud se abisma,  
que no hay mundo sin lid de inteligencia,  
ni esperanza de cielo sin combate!

Mas el noble Congreso brasileño  
te da la libertad, que no demandas,  
y te despierta de enervante sueño;  
y en las horas nefandas  
de tu ignorancia, entrégate el tesoro,  
y — toma — te repite, — eres su dueño, —  
y acalla las protestas con el oro...  
*¡ Cien millones, y todo se resuelve!*  
y de la culpa de nacer se absuelve  
al miserable *fruto* que se espende!...

¡ Bendita seas, libertad que compras,  
y más bendita la ambición que vende!!

Imperio del Brasil!... otra vez ¡salve!  
ya no hay esclavos en tu libre suelo...  
ya parece que el ángel de la vida  
te convidara á remontarte al cielo!  
¡Qué otra gloria mayor, en tu arrogancia,  
si al hombre llamas hombre,  
y solo das el nombre  
de esclavo á la ignorancia!

Qué otra gloria más grande, y alta y pura  
que borrar el baldón de tu corona,  
y alzarte de tu misma sepultura,  
como Lázaro un día,  
á la voz secular del Amazona!  
Con tu ley evitaste tu caída  
á la derrota vergonzosa unida,  
porque hay un pueblo redentor que sigue  
huellas de libertad de polo á polo,  
y así como Catón sacude el manto,  
con ira, ante una lágrima de llanto  
de un esclavo siquiera, de uno sólo!  
Y ¡ay! si enceguecido  
¡oh Brasil! te llamara por tu nombre,  
al tribunal de la conciencia libre,  
en defensa de un hombre!  
Y ¡hay! si en ese instante no rompieras  
sus yugos carceleros,  
porque al guiar sus bélicos caballos,  
con la venganza en la veloz carroza,  
en hembras convirtiera tus vasallos  
y en armas de suicidio tus aceros!  
En vano tus legiones  
al chasquido del látigo lanzaran  
el fiero proyectil de sus cañones;  
en vano tu soberbio poderío  
y el oro de tus arcas... ¡todo en vano!...  
las tumbas mercenarias de Darío  
tienen miedo á un cadáver espartano!...  
Primero prefirieran en su fuga

perecer en las cálidas arenas  
del Asia vil, que contemplar ¡cobardes!  
desde la rada del Piréo á Atenas!

Salve! á tus leyes, á tu gloria, salve!  
¡honor á tu progreso y á tu ciencia!  
¡loor á Dios, al alma y la conciencia!  
Y salve, á tí! monarca  
ilustre del Brasil, Pedro II...  
que, como nuevo Cicerón, mereces  
que te llamen el padre de tu mundo,  
pues cual celoso y cual invicto padre,  
no á tu patria, despótico, envileces,  
tu Patria, que es tu hija, y es tu madre!

## V

República! un modesto ciudadano,  
libre como tus leyes  
en las urnas del pueblo soberano,  
con oración demócrata y sencilla  
doblega en tus altares la rodilla.  
Penitente del sueño de su alma,  
viene en pos de sus santas oraciones  
á consagrarte en su piedad su palma,  
y con su lira triste, sus canciones.  
Diosa del corazón! madre Argentina!  
que eres en los altares de los libres  
el ángel de la América latina!  
es grande tu milagro, y yo te incienso:  
¡¡ YA NO HAY ESCLAVOS EN LA NOBLE AMÉRICA !!  
y es el humano porvenir inmenso!

Deja, entonces, que al pié de tus altares,  
donde hay palmas de luz para la gloria,  
para el martir los cantos seculares,  
para el heroe la mirra de la historia  
y eterna execración para el tirano,  
bendiga en mis plegarias al Imperio,  
en su primer albor republicano!

Junio de 1888.

# ATLÁNTIDA

## I

El pensamiento humano  
es un nimbo de luz de mil estrellas,  
que en las noches siniestras de lo arcano  
deja el polvo de soles de sus huellas.

Cuanto más densa obscuridad de cielo,  
más el fanal del astro centellea;  
cuanto más lucha el alma con su anhelo,  
y en su hambre de Ugolino,  
á sí misma, insaciable, se devora,  
más y más brilla el astro de la idea,  
que al rasgar la tiniebla del ocaso,  
dando un beso al oriente,  
á la virgen despierta de la aurora,  
con guirnaldas de rayos en la frente.

Y es que el genio del hombre  
necesita, en la lucha que no humilla,  
para que al mundo asombre,  
tinieblas en el alma,  
la duda, que es la sombra donde brilla,  
el infortunio, que es laurel y palma,  
la envidia, que es su arena de combate,  
y nunca al pecho luchador inmuta;  
después...destierro, decepción y sangre,  
y veneno, y cadenas, y cicuta...  
y luego muerte, que se llama gloria,  
y sepultura ruin en el osario  
cubierto de cadáveres, la historia!

Aquel se llama Sócrates y apura  
licor de vida cada vez que toma  
en sus manos la copa de amargura;  
Cristo, aquel otro, que avergüenza al mundo;  
y á Roma, con ejemplo nunca visto,  
por sí algún día, si la muerte asoma,  
morir no sabe como muere Cristo  
y muere como Roma!...

Y este último es Colón, el visionario,  
incapaz de abortar ninguna hazaña;  
el harapiento soñador, mendigo  
de Génova, su patria, la inclemente,  
que dando gloria á España  
dió baldón á su patria y dió castigo;  
aquel demente que tornó demente  
del último confin del océano,  
con el — Sea! — genésico en la boca,  
con un mundo en la mano!

## II

Siete siglos hacía  
que la Hisperia del Cid en cautiverio,  
á la sombra del regio minarete  
y la torre de ardientes azulejos,  
sin su perdida libertad yacía.  
La joven hija del romano imperio  
en su infeliz letargo y su desmayo  
ya vibrar no sentía  
en Asturias la espada de Pelayo;  
el trasparente Deva  
no arrastraba la sangre musulmana  
que bañara los pies del monte Auseba;  
de Covadonga en el recinto obscuro  
no rugía la fiera castellana;  
ni con voces agudas, ágrias, roncadas,  
latir el heroe hacía  
el corazón del llano de Simancas.



España esclavizada se reía  
y su perdida libertad lloraba,  
con todas esas lágrimas de sangre  
que vierte el rojo sol de Andalucía,  
sumida en la viudez, entre los brazos  
muelles y voluptuosos del Califa,  
contemplando la tumba  
del héroe de Tarifa,  
nuevo Aquiles latino,  
que fué, matando á su hijo por su patria,  
émulo sin rival de Colatino!

Pero Isabel nació, la egregia infanta,  
ligada á la fortuna,  
que arremetió con varonil encono  
en la cruzada santa,  
á las mil huestes de la media luna,  
y alzó de nuevo el mancillado trono!  
Tremenda fué la lid de tantos siglos!  
pero España, por fin, cuando la hora  
sonó de la venganza más cruënta,  
corrió á las tiendas de la gente mora,  
en su carroza bélica empujada  
por el soplo voraz de la tormenta!  
Las turbas de Boabdil en cien combates  
dispersas fueron por la hueste altiva,  
sin resistir ni un día á los embates  
de la noble cautiva,  
que, rompiendo sus yugos carceleros,  
hizo de ellos flamígeros aceros  
con que avivar la ardiente llamarada  
y el sacro fuego de volcán que ardía  
en el santuario inmenso de Granada.

Hela de nuevo libre y soberana  
con la corona real sobre su frente  
y á su espalda la túnica romana!  
Hela otra vez, como antes, imponente  
con su ceño de diosa,  
después de siglos de vergüenza y lloro  
al negro borde de su misma fosa!  
Cuán grande se presenta ante la historia

la matrona infeliz que sufrió tanto  
desde la noche aquella, sin memoria,  
noche de duelo y llanto,  
en que el alarbe con su rudo ariete  
bañó de sangre el pecho castellano  
en la afrentosa lid de Guadalete,  
tumba de España y del poder cristiano!  
¡Y la figura de Isabel, que absorbe  
con tanta hazaña y colosal grandeza,  
la admiración del orbe!  
Isabel! Isabel! aún resuena  
en tu loor el salmo de la fama,  
mezclado al son de aquel clarín guerrero,  
espanto de Zoraida, la agarena;  
aún se oye tu grito de pelea,  
y la voz que te aclama  
biznieta de la estirpe de Alarico  
nacida para madre de una idea!

### III

Pero no es, Isabel, la noble gloria  
de tumbar de la Alhambra los baluartes,  
redimiendo á tu patria esclavizada,  
el más limpio blasón de tu memoria;  
no es la empresa gigante de tu espada,  
tu fé profunda, tu virtud austera,  
lo que más te levanta ante la historia...  
Es Colón! es Colón, que desespera  
soñando en la esperanza de otro mundo,  
la nueva gloria que tu gloria espera.

Allí viene! allí viene!...Es un mendigo  
que tiene hambre pero pan no quiere,  
que siente frío, y no demanda abrigo...  
Isabel! Isabel!...Colón se muere....  
y á tus plantas implora,  
con ese triste acento  
con que la ciencia despreciada llora,  
si en la sien se retuerce el pensamiento!

Cuántos años de angustia,  
de insomnios, y de dudas y de ensueños  
no han aleteado en esa frente mustia,  
caldeada por la hoguera de sus sueños!  
Cuántas veces el genio delirante,  
cansado de luchar con la pobreza,  
no anhelara extinguir hasta los rastros  
de la idea que ardía en su cabeza  
como encendido torbellino de astros!

Imposible luchar con la serpiente  
sintiendo el hambre del vedado fruto,  
á menos que se llene nuestra frente  
con ese eclipse de razón del bruto!  
Satanás, es la ciencia,  
el angel tentador que al hombre aleja  
del Paraíso de su sueño eterno,  
y caba en la conciencia  
el abismo de llamas de su infierno.

Galileo ha sentido que la tierra  
del espacio es viajera peregrina,  
y aunque la infame abjuración pronuncia,  
siente que marcha siempre y que camina,  
y aunque desmienta el labio  
jamás la mente abjura lo que enuncia.  
Jordano Bruno confirmó la ciencia,  
el fin del hombre y su destino eterno,  
y aquella Inquisición de la conciencia  
le preparó un infierno,  
y en el fulgor de la sangrienta tea  
cuando la llama con ardor le abrasa,  
el cuerpo quema, pero no la idea.  
Apóstoles de Cristo fueron ellos,  
pues como él, al mirar en lontananza  
de la verdad sublime los destellos,  
en la noche siniestra del martirio  
á las sombras tiñeron de esperanza.  
Así también Colón, siendo uno solo,  
lucha á su siglo con viril acento,  
y en Rávena convence,  
aunque triste prosterna el pensamiento

ante el Concilio, que amenaza y vence  
con esa fè ruín, que no batalla  
y ofrece hogueras, ciega é impotente,  
si la razón no calla  
al vibrar del relámpago en la frente!

¡Siempre la noche tras la luz del día,  
la sombra en la quietud del océano;  
siempre el error, como cobarde harpía,  
siguiendo el rastro al pensamiento humano!  
y siempre el hombre combatiendo al hombre,  
el alma, siempre, combatiendo al alma;  
no hay un laurel jamás para el que lidia,  
para el genio jamás hay una palma!  
Ya lo sabes, Colón!...de nuevo torna  
humilde nauta de la mar en calma,  
y al soplo de la ráfaga suave  
cobra salud en tu demencia suma,  
y sepulta tu sueño turbulento  
entre los tumbos de albicante espuma,  
para que se haga espuma con el viento

Pero no!...no te humilla  
la teológica ciencia,  
ni la saña del vulgo te mancilla,  
ni el desprecio cobarde de los reyes,  
ni el diente de la envidia y la indigencia.  
Cuando abatido tu ánimo valiente,  
al peso de algún triste desaliento,  
agobiada la frente,  
creías que dudaba el pensamiento,  
con la ilusión de una esperanza á solas,  
ibas al borde de la mar inmensa  
á perder la mirada entre las olas,  
y oyendo en las eternas sinfonías  
del misterioso mar algún relato,  
— hay otro mundo, más allá — decías,  
como el divino soñador de Engina,  
siglos antes dijera,  
pensativo, sentado en la ruína  
que acariciaba la ola plañidera,  
El cielo de tu siglo era pequeño,

Colón, para abarcar los horizontes  
de tu divino sueño !  
Más nada importa, que la fé sagrada  
de la sublime convicción amplía  
la estrechez al espíritu marcada,  
y la idea, con luz de pleno día,  
como un cometa sideral describe  
la inmensa curva que señala el rumbo  
á la altiva razón emancipada.  
El alma de tu siglo, transformada,  
al calor de una lid, en sus anhelos,  
dormida entre los lauros de Granada,  
llegó, por fin, con ambición de gloria,  
á soñar otro mundo en otros cielos ;  
é Isabel embriagada en la victoria,  
al oír el relato del marino,  
llena de convicción, pensó un instante  
que tenía en sus manos al destino,  
y tres naves le dió para que fuera  
á clavar su bandera  
en la espalda revuelta del Atlante !

## IV

La mar estaba en calma,  
y en el confín lejano  
el cielo sonreía como el alma.  
Con gallardo vaivén y lento paso,  
avanzaban las regias carabelas,  
con la proa al ocaso,  
sueñas al aire las turgentes velas.

Se pierden poco á poco y desvanecen  
en la línea indecisa de las olas  
los montes y las selvas que guarnecen  
las costas españolas.  
Llega la tarde, y la pupila incierta  
contempla sólo en la extensión del cielo  
la inmensidad á la mirada abierta,

y allá á lo lejos, algo que se agita  
como los humos del hogar distante,  
donde el niño inocente  
sonríe, mientras llora  
penas de ausencia el corazón amante.  
Luego la noche llega,  
y el marinero audaz desde la proa  
á Dios invoca y por sus hijos ruega,  
mientras la nave con desdén avanza  
y la brisa nocturna,  
como armonioso canto de poeta  
en la hora nupcial, brinda esperanza.

¿Adónde ván las naves,  
que airozas y gallardas se menean,  
y que las brisas pérfidas  
con su soplo espolean? !  
¿Adónde ván? ... Un día  
y un otro día corre  
y con pasmoso vértigo arrastradas  
se lanzan de la mar á los confines,  
las velas á los vientos desplegadas.  
¿Adónde ván? ... Con rumbo al occidente,  
donde falto de tierra, va á volcarse  
veloz el mar, en catarata hirviente,  
arrastrando en su férvida corriente  
pedazos de bajeles,  
naves volcadas, restos del naufragio,  
que, en su rabia sin nombre,  
lleva como laureles  
de sus eternas luchas con el hombre!

¡Ay! del marino audaz! ay de las naves,  
que en empresa tan ruda y temeraria  
veloces van, en dirección al caos.  
¡Ay! del mísero nauta  
que en pos de la codicia, que es la muerte,  
el vellocino de oro va buscando,  
como loco é intrépido argonauta  
lanzado á los azares de la suerte!  
¿Qué fuerza misteriosa

le impele siempre á continuar sin rumbos,  
sin temer la enojosa  
saña del viento, que levanta tumbos  
de chispeantes espumas,  
y que despierta al huracán dormido  
bajo el tul impalpable de las brumas?  
— ¡ Adelante ! ¡ adelante ! —  
desde la debil prora,  
grita siempre el marino,  
cuando á inquietarse empieza el mar Atlante,  
sacudiendo sus crines de coloso  
al soplo de titán del torbellino !

¡ Adelante ! ¡ adelante !... impío grito  
del corazón beodo, sin conciencia,  
que tiene ante sus ojos lo infinito,  
y por todo refugio  
un debil leño, que al capricho cede  
de la razón perdida en la demencia !  
¡ Adelante ! ¡ adelante !...  
y las frágiles naves del marino  
se deslizan, corriendo en el oleaje  
como blancas visiones de un miraje  
en el fondo siniestro del destino.

## V

Siempre esa doble inmensidad de cielo  
y de mar, confundidos á lo lejos,  
donde la luz del sol en hebras de oro  
traza el círculo azul de sus reflejos.  
Arriba, estrellas que palpitan tristes  
en las noches serenas ;  
abajo, los rumores del oleaje  
en el arpa sutil de las sirenas ;  
y en el confin lejano,  
donde corre á estrellarse el océano  
palpitante de cólera salvaje,  
la vestidura de flotantes tules,  
los cendales azules  
de un mundo sepultado en el arcano !

Delirio, nada más! sueño de una hora,  
fantástica visión, silueta inmensa  
que el bello sol de una esperanza dora  
y la frente disipa cuando piensa!  
Cielo y mar! nada más! lejanas brumas,  
silenciosos rumores,  
gemidos de las sombras que se agitan,  
sonrisas de la ola en las espumas,  
cantares de sirena en los albores,  
y en la tarde esas franjas misteriosas,  
que, en el delirio de la fe, semejan  
las playas de una tierra  
tapizada de nardos y de rosas.  
Esperanza con mezcla de delirio,  
gratos instantes en que sueña el alma,  
horas negras pobladas de martirio,  
sombria laxitud, noches sin calma,  
todo en hirviente vértigo se agita  
en el fondo del sér que afirma y duda,  
todo en la mente y corazón palpita,  
y en polvorosa danza  
á los ojos del genio se aparece  
como enjambre que hacina la esperanza!  
— Hay otro mundo! — sin cesar, murmura;  
y en las horas de triste desaliento,  
serenidad mostrando, el remo apura,  
suelta las velas cuando sopla el viento  
y guiando el timón al occidente  
mueve las naves en la linfa pura,  
y corta las espumas del torrente.

## VI

Muchos días pasaron,  
y, sin cesar, las naves, impelidas  
por un secreto anhelo,  
volaban en la mar como perdidas  
aves de paso en la extensión del cielo.



Ya no eran suaves brisas  
ni ráfagas sutiles,  
las que alzaban los tumbos de las olas,  
arrullando la espuma con sonrisas  
y canciones gentiles.  
Eran rachas de viento  
del septentrión bajadas  
las que, de cuando en cuando,  
agitaban el líquido elemento,  
convocando mareas á su bando.

Hay algo en el océano  
de grande, misterioso é imponente,  
como en el pecho humano,  
cuando la tempestad está cercana  
y se oye en cada onda del ambiente  
el anuncio de su ira soberana.  
El alma, como el mar, cuando es la hora  
de la pasión, la cólera ó el crimen,  
no rugen ni batallan,  
sino sumidas en silencio gimen,  
y después de gemir recién estallan.

Tal aquella mañana  
aconteció, cuando el audaz marino  
clavando la pupila  
en la extensión lejana,  
soñaba en las caricias del destino  
mirando al cielo azul, la mar tranquila,  
Fascinaciones ópticas del alma  
del marinero audaz! Aquella calma  
es la calma letárgica que miente,  
en el instante mismo  
en que está por sentir, ciego, demente,  
en el alma las furias del abismo  
y el calor del relámpago en la frente!  
Llega la tempestad!... retumba el trueno,  
se inquieta el mar, y las veleras naves  
sin rumbo corren, con el ala abierta,  
como tímidas aves  
que al soplo del pampero embravecido

surcan errantes la extensión desierta,  
dejando hasta su nido.

¡Qué grande, qué soberbia, qué imponente  
es sobre el mar la tempestad sin freno,  
circuida de relámpagos la frente,  
teniendo por aliento la catástrofe,  
por pulsación el retumbar del trueno!  
¡Con qué furia indomable  
los elementos batallando rugen  
cuando se rasga el cielo, antes sereno,  
y hasta los ejes de la tierra crugen!  
Y el mar... el mar... el colosal gigante  
de armadura de espumas,  
que como el caos, ante el *fiat*, brama,  
y que tiene el fragor de cien diluvios  
para insultar á Dios!... que se derrama  
en el lecho de rocas de la tierra,  
que mueve el mundo, que sus playas barre,  
que nunca se halla en paz y siempre en guerra.

## VII

Y sobre ese océano, tan rugiente  
como el alma de Otelo,  
celoso de sentir sobre sus hombros  
algo más que la bóveda del cielo,  
las intrépidas naves avanzaban  
con gallardo vaivén y movimiento,  
como si se burlaran de las iras  
del colosal océano turbulento,  
como si, desdeñando sus enojos,  
al fulgor del relámpago que mata,  
quisieran, cual beodos, tambaleando,  
ir á perderse entre horizontes rojos  
y abismarse en su hirviente catarata!

¡Quién puede contenerlas ni un instante  
si el genio con la idea las dirige,  
Eneas domador de las tormentas

que las fuerzas del mundo ordena y rige!  
En vano el mar erguido las empuja,  
arrastra, abofetea,  
como monstruo rabioso y erizado!  
Es en vano que ruja  
ó lance al aire con salvaje grito  
los ayes del pampero encadenado!...  
Que el genio es un segundo Prometeo,  
como el Titán del Cáucaso, amarrado  
á la roca fatal de su deseo.

¿Qué importan á Colón las tempestades  
si el rayo de la gloria le ha cegado,  
si sabe que se acerca ya la hora,  
y en el ancho panteón de las edades  
sobre su tumba dormirá la aurora  
y el cielo llorará sus soledades?...  
La lid está empeñada,  
y más que miedo fuera  
hacer virar las naves al oriente,  
arriando la bandera  
porque está el enemigo frente á frente!  
Torpeza fuera, indigna,  
volver la espalda al porvenir cercano...  
— ¡Adelante! ¡adelante! — es su consigna...  
¡y que siga bramando el océano!

Primero perecer entre las olas  
movidas por los raudos elementos  
ó volar, como debil hojarasca,  
sobre el ala revuelta de los vientos;  
beber hasta las heces  
la verde copa de la amarga espuma,  
y no retroceder!... mil y mil veces!...  
Primero hallar sepulcro,  
cubierto por el paño de la bruma,  
en la ancha soledad del mar de Atlante,  
que tornar á las costas españolas,  
á ser la burla de la plebe torpe,  
con la mancha en la frente,  
y la vergüenza y el baldón, á solas,  
de cobarde retándole y demente!

Venga otra vez la tempestad! retumbe  
el horrisono trueno,  
airado el viento entre las jarcias zumbe,  
el cárdeno relámpago despida  
la nube fiera, y de su roto seno  
con saetas de luz mate la vida!  
Alcese el mar con fragoroso grito,  
y lance, entre el hervor de la batalla,  
su alarido de guerra á lo infinito;  
rásguese el cielo, choquen las estrellas,  
y en diluvio de luz y fuego caigan  
sobre el mundo en cenizas de centellas:  
y quiébreñse también los ferreos brazos  
que la tierra sostienen  
y en el espacio inmenso  
el equilibrio universal mantienen!...  
Por nada el genio en la batalla cede  
ni un palmo de su gloria,  
grande como su sombra ante la historia!  
Colón no retrocede,  
guiado por la idea,  
en su empresa gigante!...  
Si Dios, para crear, exclama: — ¡Sea! —  
para vencer, Colón, dice: — ¡Adelante! —

Mas ¿qué siniestro afán devora el alma,  
cual si el ángel callado de la muerte  
le ofreciera sus brazos  
para que duerma en calma?...

El varón esforzado, que la ira  
jamás temió del oleaje recio,  
siente en su alma dudas, y suspira;  
aquél que con desprecio  
miró cosas, y pueblos, y monarcas,  
y mar, y tempestades,  
negras noches, siniestras claridades,  
siente un momento de ansiedad sombría,  
y la duda, esa hiena de la frente,  
vuelve á entonar su áspera elegía.

La envidia y la ignorancia, siempre hermanos!  
serpientes que en la cuna,  
como Hércules, no pudo  
exterminar el genio entre sus manos!  
¿Por qué vivís, si á vuestro vil aliento  
se infecta el aire puro de la vida,  
y no cuaja la flor del pensamiento?  
¿Por qué vivís para asediar al hombre,  
disipando su sueño más querido,  
y hasta la tumba le seguís, airadas,  
para borrar las letras de su nombre,  
cuando sobran el tiempo y el olvido?...

Colón! Colón! la envidia y la ignorancia  
te acosan otra vez, sobre los mares,  
para abatir tu espíritu á pesares.  
La una viene á tí con la sonrisa  
temblorosa en los labios,  
fría como el puñal ó el estileto,  
más llevando en su pecho sus agravios,  
rabia en el corazón, ira de Hamleto;  
la otra es un Goliath enegrecido,  
el genio destructor de Torquemada,  
que saluda con místico alarido  
de la hoguera la ardiente llamarada!

Colón! Colón! comienza la batalla...  
guarda tu luz y entre las sombras calla!...  
alerta! oh genio! empiezan á seguirte!...  
la una busca la luz para extinguirla,  
la otra busca la sombra para herirte!

Y tú, siempre soñando,  
no miras en redor! á nada temes!  
ni á la ira del mar alborotado,  
ni á la plebe brutal, que está bramando...  
¿En qué piensas?... ¿qué viste en lontananza?...  
¿la realidad de un sueño despertado,  
ó el engaño falaz de una esperanza?...  
¿Por qué no vuelves hacia atrás los ojos  
y los clavas, ardientes y anhelantes,  
en los lejanos horizontes rojos?...

¿Qué ha visto tu pupila soñadora  
en el denso nublado de las brumas,  
teñidas por los rayos de la aurora?...

Colón! Colón! tu rostro se demuda;  
vibra el rayo en tus ojos, y tu frente  
parece que se abre  
y que arroja el cadáver de su duda!...  
¿Tiemblas de nuevo?... ¿Sientes miedo, acaso?...  
¿vuelves los ojos, tímido, al ocaso?...  
Tu pupila se ensancha poco á poco,  
absorbiendo los rayos de la tarde!...  
En verdad, en verdad... eras un loco...  
¿loco?... no! que tú piensas!...  
piensas y tiemblas al pensar!... cobarde!..

Cobarde!... y sin embargo  
de la plebe no escuchas la amenaza...  
Cobarde! indiferente,  
sumido en tu letargo,  
ni tu miedo ó tu cólera rechaza  
la traidora cuchilla... ¡pero hay llanto  
en tus ojos, marino!...  
y se encienden y apagan tus pupilas...  
Tus brazos tiemblan, y tu labio mudo  
se entreabre, se agita...  
Yo no sé si en tu pecho  
tu corazón de tempestad palpita!  
Avanzas, retrocedes...  
¡estás ebrio! y olvidas que eres hombre!  
te increpan, te mancillan, y no sabes  
ni lavar las afrentas á tu nombre!...  
¿Dónde vés?... ¿á la proa?  
¿empuñas el timón, vuelves la espalda  
al sol, cede tu empeño?...  
Lo que pasó por tí sólo fué sueño...  
No!... tú desde la popa  
piensas solo en tu Atlántida  
y desdeñas á Europa!  
Es de león tu ceño,  
tu aspecto de corsario!...  
la voz se anuda en tu garganta... callas

porque no puedes más! y al fin estallas  
con alarido de salvaje en guerra!...  
¡Te reconozco, loco visionario!  
¡masa de tempestad, ya hallaste un mundo  
donde estallar!... un mundo!...

TIERRA! TIERRA!!

## VIII

Salve Colón! atleta de la historia,  
que bajo el manto espeso  
de cuatro siglos de inmortal memoria,  
te yergues, como el genio del progreso,  
la frente iluminada  
por la corona de astros de la gloria!

Peregrino del genio! ya triunfaste,  
perdido en la embriaguez de tu demencia!  
— ¡tierra! — dijiste, y al decir, rasgaste  
el velo de los siglos con tu ciencia;  
y arrancando en el ámbito profundo  
sus secretos al mar, que agita Eolo,  
añadiste otro mundo al viejo mundo,  
haciendo de los dos un mundo solo!

El tiempo, en sus siniestras veleidades,  
con mano despiadada desmorona  
las Babels, y borra hasta su nombre...  
pueblos, reyes, deidades,  
todo se abisma y hunde... sólo he visto  
vivir dos muertos, sólo dos... un hombre,  
un hombre, que eres tú, y un Dios, que es Cristo!







A. Q.

---

# FLORES DEL AIRE

POESÍAS INÉDITAS



( Dice en los originales: " Composiciones para  
ser corregidas y dadas recién á la estampa " , ,



## SOBRE LA CUMBRE

Sobre la cumbre de la montaña,  
donde la niebla sale del suelo,  
donde el huanaco lame sus crías,  
é ignotos pacen llamas y ciervos,

hay un redondo lago dormido  
de aguas de lluvia, limpio y sereno,  
do se retratan solo bicornes  
frentes lanosas y verdes cielos.

En sus riberas no borda el junco  
ni se arman nidos, ni empollan huevos,  
ni nauta implume, por eso mismo,  
varó en la playa de islas de berros.

Jamás un ave rizó sus linfas,  
picando el agua, volando al sesgo,  
ni grupos blancos de melancólicas  
garzas cruzaron gráciles cuellos,

porque este lago vive en la cima  
callado y solo, desde otro tiempo,  
sobre los campos, sobre las aves,  
sobre las garzas, sobre los vuelos.

La ignota fuente tiene su historia,  
como las cosas todas del cerro,  
que nadie sabe, porque á las cumbres  
nuestros cantores jamás subieron.

Yo ví una noche de plena luna  
á dos rumiantes, con gran misterio,  
llegar al lago, y ví agitarse  
las quietas linfas, presas de sueño;

y parecióme que un rostro huraño  
de humanas formas surgió de dentro,  
y habló como hablan las soledades,  
en raro quichua que yo no entiendo.

Luego volvióse de nuevo espuma,  
y dos relinchos al aire dieron  
los misteriosos brutos insomnes,  
guardias perdidas del campamento,

y á largo trote la senda toman,  
y á lo empinado suben del cerro,  
y desde la agria, saliente peña  
miran y miran á todos vientos.

Al otro día, los cazadores  
llegan y bajan sus aparejos,  
y el rastro observan de dos huanacos,  
de esos que alzaron el campamento,

y me contaron que en ese lago  
de aguas de lluvias, do ví aquello,  
el *Llastay* mora, mal enemigo  
de hondas y *libes*, padre del cerro.

Y al ver los rastros de las manadas  
que amarillean allá muy lejos,  
los cazadores la mala orilla  
del lago dejan, dormido y quieto,

de aquella fuente que está en las cimas  
ignota y sola, desde otros tiempos,  
sobre los campos, sobre las aves,  
sobre las garzas, sobre los vuelos.

Tucumán, Octubre de 1898.

## YO SOY DE AQUELLOS ...

Yo soy de aquellos bardos andinos  
de los cantares de mis guitarras;  
de esos que saben hablar las lenguas  
de los alisos de la montaña.

Yo soy de aquellos que sin el rancho  
de los faldeos no tienen casa;  
de esos que saben por los meleros  
que es *atamiski* cuanto se canta.

Yo soy de aquellos que aman los bosques  
oyendo el ruido que hacen las hachas,  
de esos que quieren los cuatro horcones  
del no envidiado techo de paja.

Yo soy de aquellos que aguijonean  
rejas y bueyes con una flauta;  
de esos que espigan en los trigales  
todas las risas de las aldeanas.

Yo soy de aquellos que en las vendimias  
gustan del oro que dan las parvas,  
y que con sangre de los lagares  
vengan desdenes de alguna ingrata.

Yo soy de aquellos á quienes placen  
las vidalitas tristes y hurañas;  
de esos que lucen en sus sombreros  
de ala quebrada, ramos de albahacas.

Yo soy de aquellos que en alta noche  
tocan al alma de las guitarras,  
de esos que rompen sueño y secreto  
con una letra para la amada.

Yo soy de aquellos que hacen cuartetos  
con nemorosas voces cuitadas;  
de esos que riman gemir de urpilas  
con parloteos de las calandrias.

Yo soy de aquellos á quienes dicen  
los soñadores de la montaña:  
Yo soy de aquellos que se cobijan  
bajo la sombra de un vuelo de águila.

# EL GENIO DEL ANCONQUIJA

(Fantasía)

LEÍDA EN UNA VELADA LITERARIA

## I

Está tendido el Genio de las cumbres  
al pié del Anconquijs,  
con los ojos clavados en las rocas  
y la mano en la frente pensativa.

Cada arruga profunda de su rostro  
es un siglo de vida;  
nació con la erupción de la montaña,  
de pié sobre el granito de las cimas.

Sus cabellos, teñidos por el rayo,  
caen en su espalda nivea,  
y en su pecho de rocas, donde el trueno  
mil y mil veces estrelló sus iras.

Alma de Otelo, corazón de Macbeth,  
pasiones infinitas,  
amor de tempestad, sacudimientos  
de la tierra nerviosa y convulsiva;

Lo que sueña la noche que se duerme  
en las tiendas andinas;  
lo que forja el peñón inaccesible;  
lo que engendran lo alto y lo que abisma;

Eso, que en las montañas ciclopéas,  
se palpa y no se mira;  
la grandeza en el monte; lo infinito  
coronando las nieves de las cimas:

Todo, todo es la esencia de ese Génio,  
que las fuerzas hacina...  
No hay écos de la tórtola en su labio,  
ni rayos de la luna en su pupila.

Es el alma latente del granito,  
la savia de la vida;  
fuerza y materia pensadora y libre  
el Genio de las rocas eruptivas.

.....

La noche se diluye, y la tiniebla  
besa luces del día...  
Está tendido el Genio de las cumbres  
al pié del Anconquiya.

## II

Fué breve aquella noche y misteriosa  
como una despedida;  
en el nido, ese gérmen de los vuelos,  
algo, que extraña el águila, palpita.

La noche, de crespones de tiniebla  
en la faz mortecina,  
fué una creación informe del insomnio,  
digno sepulcro del pasado día.

No ha cerrado sus ojos un instante  
el Genio de las cimas:  
el aire de la noche le ha contado  
desde el árbol la historia de sus risas.

Gritos de libertad, sublimes dianas  
de patria redimida



se han asido á sus rígidos cabellos  
y han sonado con músicas divinas.

Tucumán! Veinticuatro de Setiembre,  
en luminosa liga!. .  
grito dos veces redentor y santo,  
condensación de glorias argentinas!

La montaña ha temblado, como tiembla  
el alma del suicida...  
Está tendido el Genio de las cumbres  
al pie del Anconquijs...

### III

De su gruta de rocas saltó un condor,  
y el ala entumecida  
por la noche callada que le cierra  
los cielos que se le abren por el día,

Alargó; y arqueando el docil cuello,  
como á cuerdas de lira,  
repasó con el pico su plumage;  
y alzando el pié, de garras atrevidas,

Abrió la otra ala, se empinó un instante,  
chispearon sus pupilas,  
y al graznar de aquel cisne de la sierra  
se mecieron sus alas renegridas.

Ya está sobre el espacio, en noche insomne,  
mojando en luz purísima  
el terciopelo de sus alas quietas,  
que abrillanta la estrella que agoniza.

Ya está sobre el espacio, y vaga, vaga  
en los cielos sin vías:  
es que le falta el Sol que le dá rumbos,  
y hiere luz de estrella su retina.

Como dormido en éxtasis de cielo,  
ya las alas no agita;  
suspéndese un instante en las alturas,  
el cuello arquea, y súbito domina

La llanura de bosques de ceibos,  
de laureles y *tipas*,  
que, negra y sin rumor, se le aparece  
como inmensa Necrópolis de ruinas.

Baja, y baja, frustrados sus anhelos,  
lentamente de arriba,  
el luchador gigante de las alas,  
soldado inútil, sin la luz del día,

Y en un peñón saliente del *mogote*  
asiéntase aturdida  
esa visión dantesca de la noche,  
más negra y misteriosa que un enigma.

#### IV

— Tú velabas, también, como yo velo?...  
tú tampoco dormías?...  
Dijo aquel Genio secular tendido  
al pie del Anconquiya.

— Mancha en la sombra, allí te me apareces,  
como la idea mía,  
negra y confusa, de contornos blancos,  
cual la noche en las nieves de la cima.

— Tú velabas también?... ¡qué de tus vuelos!  
Lo tuyo es lo de arriba!  
La inmensidad dá el aire á tus pulmones;  
tus nervios tienen plumas renegridas!

— Tú velabas también?... el ala pliegas,  
desmayada, intranquila...

Está enferma la roca en que te asientas,  
y el abismo hasta sí la precipita.

— El peñón, como en vértigo, ha rodado,  
y en lo hondo palpita  
el corazón de esta montaña abrupta  
con fuerza misteriosa y convulsiva.

— Son su sangre arterial, esas que corren,  
las aguas cristalinas,  
que enarcan en su cauce sus torrentes  
con las gotas de nieves derretidas...

— Tú velabas también?...

Lanzó un graznido  
el condor de las cimas;  
y el Genio enmudeció, siempre tendido  
al pie del Anconquijs...

## V

¿Quién llega hasta el Titán de la montaña,  
con voces atrevidas?...  
¿Quién le interrumpe al aclarar la aurora,  
con la miel de los sonos de la cítara?

Es de diosa su porte; trae laureles  
de las selvas nativas,  
y coronas de luz de cien estrellas  
el arco ciñen de su sien olímpica.

La envuelven, como en gasa transparente,  
crepúsculos del día;  
viste el azul y blanco de los cielos,  
color de las banderas argentinas.

Nacida con el heroe americano,  
holló la tiranía;  
en su paso triunfal sembró victorias,  
y un mundo germinó de las semillas.

Crecida en Yapeyú, junto al guerrero  
de las selvas indígenas,  
fue la gemela de sus grandes triunfos,  
el eco de su diana enardecida.

Y la que áurea copa, en Mayo insigne,  
del Plata en las orillas,  
con el licor chispeante de sus olas  
brindara por la patria redimida.

La que enseñó á la América agobiada  
á acallar elegías;  
á alzar los himnos de los pueblos libres,  
á cantar glorias y á pulsar las liras.

La que al bravo león, nunca domado,  
arrastrara á la liza,  
y desgarrara con nerviosa mano  
pendones y estandartes de Castilla!

La que diciendo: Sea! — fué la Patria!  
victoriosa y altiva,  
tan señora del Sol de su bandera,  
como sierva del Sol que la ilumina!

## VI

— ¿Quién eres tú ¿qué es lo que quieres? dime.  
Insomne estoy hasta el rayar del alba,  
y el condor, descendido de los cielos,  
vela también allí, quietas las alas.

— Yo soy la Libertad, que alzo el bronce  
al héroe vencedor de la batalla,  
yo, la que sé la historia de tus rocas,  
la epopeya inmortal que te amamanta.

Graznó el condor, oyendo lo que oyera;  
y el Genio, cual si entonces despertara

de su insomne sopor, volvió los ojos  
á la piedra do el ave se posaba,

Cual si á las rocas escuchar quisiera,  
en su eterno mutismo, una palabra,  
ó leer en el ceño del granito  
el íntimo pensar de la montaña.

— Eres la Libertad!... dijo de pronto;  
eras tu!... ¡y qué hiciste de mi raza?...  
La sangre que vertió hierva en las peñas,  
y á ese granito endureció la rabia!

— La vió caer el condor, y él, entonces,  
que libre en otros días la mirara,  
voló á los Andes á llorar su pena,  
y su nido á labrar en otra patria.

— Dime, ¡oh genio del mundo americano!  
visión de la libertad: ¿dónde te hallabas  
cuando mis hijos, sin llorar caían  
por tu nombre en los campos de batalla?

— Ni una palabra tuya á sus oídos  
llegó jamás... ¡y en tanto tú alentabas!...  
Libre corria el Paraná tranquilo  
á derramar caricias en el Plata!

Dijo nervioso, y la rugosa frente  
en las rocas golpeó, como si ansiara  
matar un pensamiento de su cráneo  
ó estrellar una idea de su alma.

.....

— Yo tus razas vengué... ¡y tú me imprecas!...  
Ese condor lo vió, cuando en la falda  
del Andes inmortal grité: ¡victoria!  
y Chacabuco fué... ¡quién dió la espada?...

— No sabes de tu insomnio!... ¡lo recuerda!  
¡El corazón de Tucumán te llama!

« Manuel Belgrano » ! — suena en tus oídos !...  
¡ te ensordeció el cañon de la batalla !

— Hoy... — Sí, sí ! 24 de Setiembre,  
vengador de los nietos de tu raza !  
Tú, lo olvidabas yá, y el Sol se puso  
incendiando de gloria tus montañas !  
.....

## VII

Lo oyó la Aurora, y aplaudió al oirlo  
con la frase meliflua de sus auras,  
y el enjambre de oro de sus voces,  
robadas á los picos y gargantas.

Se abre el Oriente como flor de fuego,  
y acallando las músicas aladas,  
grita el monstruo pujante del *Ingenio*,  
y el despierto trabajo se levanta.

El primer rayo de la luz fecunda  
la simiente del hombre en la labranza.  
¡ Felices de los pueblos que han hollado  
con el surco sus campos de batalla !

En el suelo regado por la sangre  
del patricio inmortal, la verde caña,  
como laurel de paz, brota y retoña,  
más orgullosa que la esteril palma.

Place más á la tumba de los heroes  
que mustia yedra, la fecunda planta ;  
y más que casi muerta siempre-viva  
la espiga que pregoná sus hazañas !

Bendita de la fuerza, si ella crea,  
y bendita la obra de la espada !  
la una es el candado del granero,  
y la otra la llave que lo guarda !

Do la fecunda mies espiga el oro  
la madre Libertad se muestra avara;  
fué hija del sudor de nobles frentes,  
vástago de virtud, — la democracia!

Como la Cruz, es el arado símbolo  
de sacrificio y redención humana:  
es el uno el madero del trabajo,  
y la otra el madero de las almas!  
.....

### VIII

Cuando ya el día en los espacios reina,  
desvanécese el cuadro en la montaña;  
y del Genio en la cumbre inaccesible  
la imponente silueta se destaca;

Y, confundido con su ser, el monte,  
saluda á Tucumán con su palabra:  
risa en el árbol, en las alas silvos,  
canto en el ave, y en los ríos dianas!

El condor no se posa ya en la peña,  
y están nubes y truenos bajo su ala:  
¡es que dejó la tierra por los cielos  
y vá á contar á Dios nuestras hazañas!

La Libertad, sonámbula de glorias,  
se fué de aquí para una tierra ingrata  
á decir á las olas del Pacífico  
que ya no besen con amor sus playas.

Mas antes de partir, ósculo inmenso  
dió en la frente de bronce de la estatua  
que alzó *La Ciudadela*, y reanimola  
con el beso candente de su alma!

¡Bendito el héroe que nos dió bandera  
bienes, y gloria, y Libertad, y Patria!...  
¡Siempre te aclamarán, Manuel Belgrano,  
los labios de esta tierra tucumana!





## LA MADRID

28 DE NOVIEMBRE  
1795 - 1895

Ni un monumento se alza á su memoria,  
ni ha modelado el bronce su figura...  
No importa á La Madrid! tiene en la historia  
de los héroes de Roma la estatura.

La epopeya sus líneas contornea  
sobre el rojizo fondo de una aurora,  
remedo del fulgor de la pelea;  
la muchedumbre, con pasión, le adora;  
la leyenda del pueblo le sublima:  
aprendieron su nombre las llanuras  
y el pico inaccesible de la cima.

Con sangre suya se amasó su tierra;  
en cien combates esgrimió su brazo  
la espada de la guerra.  
Donde suena un clarín, allí se halla;  
donde va La Madrid, truena su reto,  
y tras él el fragor de la batalla!

Brioso, impaciente, audaz y temerario  
en empresas sin nombre,  
aquel hombre en las lides no era un hombre,  
y sí el tipo del héroe legendario.  
Amaba la batalla, como el cóndor  
el fulgor que enceguece sus pupilas;  
fiebre sentía en la obligada tregua  
de las horas tranquilas.  
Era de esa falange de los grandes  
que armó la libertad de medio mundo,

de aquellos que templaron sus acceros  
en el yunque de rocas de los Andes;  
de aquellos lidiadores altaneros,  
á quienes el destino nunca abate  
en su grande misión en esta tierra;  
para quienes la vida era el combate  
y el ruido del cañón el grato acorde  
de la música humeante de la guerra.  
Era de aquellos héroes que dormían,  
como en su tienda, bajo el recio fuego,  
tipos de la leyenda americana,  
Lavalle, La Madrid, Pringles, Dorrego!

¡Plaza al atleta de las lides, plaza!  
Espartano de espíritu y de fuerza,  
es la fibra salvaje de su suelo  
y el nervio poderoso de su raza.  
Truena en la lid, y su cortante sable  
el ala del relámpago parece;  
como un fuerte, es su alma inexpugnable,  
y entre el fragor de los combates crece.  
¿Dónde está el enemigo?...  
eso saber le basta... y á la lucha!  
Si ejército no tiene,  
no importa á La Madrid: cuenta consigo!  
Jamás la voz de rendición escucha  
ni de cien, ni de mil... no tiene linde  
el valor de este héroe legendario,  
y responde á la voz del adversario:  
«La Madrid, no se rinde!...»

Como esas piedras de escrituras varias,  
que recuerdan las glorias fenecidas  
y hazañas legendarias,  
lleno su cuerpo está de hondas heridas,  
letras de sangre que escribió en su pecho  
la punta de la lanza,  
la espada sanguinosa  
y el casco de metralla,  
que rebotó en su frente sudorosa  
para dejar memorias indelebles  
de un día de batalla!

¿Quién no admiró en su tierra su osadía  
y su bravura indómita y salvaje,  
cuando su sable redentor blandía,  
sembrando el miedo en el opuesto campo  
y encendiendo en los suyos el coraje?  
¿Quién no miró cien veces al caudillo  
á la Muerte retar, y brazo á brazo  
pelear con ella, la garganta asirle  
y clavarle en el pecho su cuchillo?  
En la porfiada lid era el primero:  
más de una vez, en desigual combate,  
vibró su lanza y chispó su acero.  
Si el desmayo sentíase en sus filas,  
al débil alentaba, y entre el humo  
del cañón fragoroso  
chispeaban sus pupilas;  
y asiendo con sus manos  
su bandera, tronaba impetuoso:  
« á la carga! á la carga! veteranos! »

Veinte veces cayó, sangrando el pecho,  
y el temerario vencedor, vencido,  
el corazón maltrecho,  
la pupila siniestra,  
el labio seco, sin sudor la frente,  
aún mueve su diestra;  
y cuando ya parece que agoniza,  
y fiebre sepulcral su sien embarga,  
el moribundo La Madrid aún truena:  
« ¡ á la carga! ¡ á la carga! »

Lo llamó la batalla  
con el ronco vocear de sus cañones;  
y el héroe fué, y desafió al tirano,  
y luchó, león nativo, con leones.  
Lo vieron las legiones  
bisoñas de Belgrano  
y los tercios de acero  
de aquel Gran Capitán de capitanes;  
y La Madrid ni un día fué segundo,  
pues que en brío y valor venció al primero.  
Pudo Lavalle, que pasmara á un mundo,

en bríos igualarle  
y en ímpetus vencerle;  
pudo en sagrado fuego  
su espíritu incendiarle,  
de Lavalle la víctima, Dorrego,  
y pudo, también, Pringles, el puntano,  
pasmarle en el momento  
en que salvó su honor y su bandera  
hundiéndose con ella en el oceano:  
mas ¿quién, osado, competirle puede  
en hazañas sin cuento,  
y en audacia y bravura?...  
¿quién lo podrá, cuando la Muerte misma  
abrió cien veces y cerró otras ciento  
para él la merecida sepultura?...

¿Quién seguirá al teniente de dragones  
de *Tambo Nuevo* en la pasmosa empresa,  
y quién, como él, audaz, podrá hacer presa  
de soldados, banderas y pendones?  
Tan solo La Madrid, el temerario,  
que aún vencido pelea,  
y en Sipe-Sipe en el desastre rudo,  
sable en mano, abre paso á Necochea;  
el héroe cuyo pecho fué el escudo  
cuando el patricio ejército buscaba  
tras la derrota el natural refugio;  
solo el que pudo, con puñal en mano,  
hacer guardar silencio  
al tonante cañón de Vilcapugio.

Nació para vivir de la pelea,  
más por instinto, por pasión, por índole,  
que por ver redimida alguna idea.  
Amó la libertad, pero salvaje,  
como el ala del cóndor,  
cirniéndose en lo azul sin vasallaje.  
Llenó su alma el grito sonoro  
del clarín de los Andes,  
y corrió presuroso  
á formar en las bélicas legiones,  
vengadoras de pueblos y naciones.

Cuando portando redención y gloria  
las armas de la patria  
cruzaron sus fronteras,  
sembrando en el camino la victoria,  
hasta el Alto-Perú llevó en sus manos  
las flamantes banderas,  
y la batalla saludó tres veces  
á la idea argentina  
en el llano y la sierra,  
en Tarija, Uturango y en Culpina,  
dejando allí memorias indelebles  
la estirpe de los *gauchos* de esta tierra.

Cuando libre la patria, cruel tirano  
avasalló este suelo,  
llenando de vergüenza  
el mundo americano  
y de tristeza el sonreir del cielo,  
como Lavalle, La Madrid empuña  
la espada salvadora,  
y entre los dos emprenden  
la vencida campaña redentora,  
y ecos de libertad los aires hienden.  
En la noche terrible del Cuarenta,  
él agitó la tempestad del Norte,  
negra y brillante en la desgracia cruenta;  
mas el destino disipó sus sueños,  
y surgiendo, cual bárbaro caribe,  
la figura siniestra y sanguinaria  
del implacable Oribe,  
la que argentina fué, sangre unitaria,  
el rostro de los déspotas salpica,  
y por el suelo rueda  
la cabeza de Cubas,  
y está clavado en sanguinosa pica  
el pensamiento audaz de Avellaneda!

Fueron de La Madrid altos anhelos  
ver lejos servidumbres, tiranías,  
á su tierra acercándose á los cielos  
para hacer de sus noches claros dias.  
La sangre de sus venas

se derramó doquier, y fué fecunda:  
se rompieron las bárbaras cadenas;  
de los hombres del pueblo  
cayó en Caseros la brutal coyunda;  
y el Plata que gimiera en otras horas,  
escuchando en la barca del proscripto  
el lastimero llanto,  
con la argentina voz de cien auroras,  
viéndose libre, levantó su canto!

.....

¡Héroe de Tucumán! ¡yo te saludo,  
perínclito guerrero de la patria,  
con el acento de mi lira, rudo!  
Corte laureles para orlar tu frente  
el pueblo que te aclama;  
teja guirnaldas de nativas flores  
la mano de doncella de la Fama;  
suene el río en tu loor; el aire libre,  
con la voz del clarín, cante tu hazaña,  
dianas de triunfo la palabra vibre,  
hágase oda el corazón; doblegue  
su cabeza de nieve la montaña!

## NOCHE BUENA

Tras de la diurna faena,  
brille en los rostros la risa...  
Ea! muchachos, á prisa!  
que esta noche es Noche buena!

Para el Niño, los juguetes  
para Belén el hossana...  
ya vocéa la campana  
y revientan los cohetes.

Lo que elija, lo que escoja  
cada cual, tendrá en la fiesta;  
ha fermentado en la siesta  
el buen molle... ¡habrá alhoja!

Todo abundante, y á rodo;  
canto y letras con esceso:  
habrá gargantas para eso,  
y guitarras para todo.

A hacernos dar tentaciones  
irán los novios un rato;  
bailarán la cueca, el gato,  
y se dirán *relaciones*.

Habrá contrapunto y lidia  
de dos bravos guitarreros;  
va de por medio la envidia,  
pues ambos se creen primeros.

Diz que será el Nacimiento  
el tema de obligación...  
El Niño estará contento  
oyendo tanta canción.

Bailarán nietos y abuelos,  
viejos y viejas, también;  
luego un coro de chicuelos,  
pastorcillos de Belén...

Dirá en quichua una alabanza  
el Cacique convertido,  
y al Niño recién nacido  
ofrecerá flecha y lanza.

Trayendo mirras y alhagos,  
un canto y una plegaria,  
con la estrella solitaria  
llegarán los Reyes Magos.  
.....

Tras de la diurna faena,  
brille en los rostros la risa...  
Ea! muchachos, á prisa,  
que esta noche es Noche buena.

25 de Mayo de 1896.



## TUCUMÁN

Es grande y bella la extensión desierta  
de la llanura de la patria mía.  
De tréboles cubierta  
la Pampa dilatada, estéril, fría, —  
huérfana muda que heredó el silencio  
de todas las edades, —  
tiene tan solo en la aridez del día,  
cuando silva el *ñandú*, sus tempestades.  
El Chaco tropical, enmarañado,  
que á los hogares del trabajo asecha,  
guarda todo el encono del pasado,  
y bajo el arco de sus selvas vírgenes  
aguzar el toba la traidora flecha.  
Misiones mutilada,  
entre lianas la mística Misiones,  
entona salmos de David, postrada,  
y repite confusas oraciones  
sobre sacros escombros  
doblando la rodilla, y soportando  
el peso de tres siglos en sus hombros.  
Soberbio el Paraná, rompe otras tierras  
para abrirse camino;  
y corriendo con trueno soberano  
le arrastra, aguijoneándole el destino  
á ahogarse en el férvido Oceano.  
Después los campos que el arado rasga,  
do el oro de las parvas de las trillas  
engendra prole innúmera de grano  
que el labrador divide por gavillas;  
do avasallado suelo  
rinde su fruto á las tremantes quillas,  
que dejan al clarear roseas estelas,  
y parten con el alma del colono  
en las hinchadas velas.

Pero es más bella la región andina,  
el misterioso hogar de la grandeza  
de la tierra argentina,  
donde al soplo de vida de la cumbre  
surgiera la inmortal naturaleza  
en la cuna de armiño de su lumbré.  
Soñando eternamente en las alturas,  
la tierra se incorpora y se levanta;  
y en calcinadas moles  
haciendo firme planta,  
estira el cuello la nublosa cima,  
y su frente, espaciándose entre soles,  
al fondo de los cielos se sublima.  
Cirio la besa con su luz dormida;  
Júpiter apacible y Vénus riendo  
la envían su lejana despedida;  
y la Paloma Sideral, batiendo  
el ala silenciosa,  
pica al pasar las perlas de la nieve,  
y sigue su carrera luminosa.

La Magestad del Ande  
levanta el pensamiento á las esferas,  
y hace soñar en lo alto y en lo grande,  
en la voz de unos bélicos clarines,  
en una tierra amada, sin fronteras,  
en una patria inmensa, sin confines.

¿Quién que escaló las cumbres no ha sentido  
indefinible sensación en su alma,  
cual si aspirar le fuera dado al hombre  
del infinito la procera palma?  
¿Quién no sintió en su espíritu un anhelo  
de libertad sin nombre,  
al ver flotar la pequeñez del mundo  
en la soberbia inmensidad del cielo?  
¡Qué vértigo creciente el de la altura  
sobre la última peña silenciosa!  
¡cuántos sueños alados de ventura  
junto al nido del águila gloriosa!  
¡y qué fruición extraña  
al sentirse crecer, como en la tarde

la sombra colosal de la montaña!  
Mirar de lo alto, dominar lo bajo;  
sentir que se agiganta la conciencia;  
contemplar en lo hondo y lo profundo  
á su planta agitarse la existencia  
y derramarse el mundo!...

Oprimiendo la tierra  
con su apiñada mole de granito, —  
salvaje de la estirpe de los montes, —  
se iergue el Aconquija á lo infinito,  
avasallando espacios y horizontes.  
Cien humildes colinas, ataviadas  
de verde pompa, besan  
la planta del titán, arrodilladas,  
que ante monarca tal caber no puede,  
en la ambición de la gentil colina,  
emulación al grande,  
si tiene por rival el Famatina,  
el poderoso vástago del Ande.

En sus hondas, inquietas soledades  
caminan y andan insepultos siglos;  
y en tropel rumoroso, las edades.  
La arista vertical del regio monte,  
el alto pico que á los cielos toca  
y el atrayente abismo,  
obra son de la tierra airada y loca  
en horas del supremo cataclismo.  
La mole despeñada á lo profundo,  
el mogote de tímpanos de hielo,  
tienen su historia en la creación del mundo,  
y su sangrienta página en el cielo.

Hay vida en el recinto misterioso  
del monte de las cimas congeladas.  
Inmenso laberinto de quebradas  
enmaraña las formas del coloso.  
Del copo de la nieve, brota el eco  
de la ola desnuda del torrente;  
de entre las grietas de la roca nace  
el ala infatigable y reluciente.

Sobre el peñasco mudo  
se aparece el rumiante de la altura,  
dando á los aires el relincho agudo.  
Siempre atento el oído,  
la indómita vicuña  
de la nieve que cae escucha el ruido,  
ó el saltar, por las rápidas pendientes,  
ó verticales flancos del abismo,  
de audaces ciervos de ramosas frentes.  
Al descender á la mitad del monte  
calla el silencio de la cumbre enhiesta,  
y en el sonante guayacán estalla  
de hojas y nidos festival orquesta,  
y el clamor despeñado del torrente  
se escucha como el ay! de la batalla,  
ó ya de Musas invisibles se oye  
el argentino coro,  
cuando el heraldo de la aurora toca  
con trompetas de luz dianas de oro.

Por la llanura de los bosques vela,  
con su yelmo de nieve el Aconquija,  
cual ciclopeo germano centinela.  
Por sobre dilatada y verde alfombra  
de encadenadas selvas de laureles,  
naturaleza abrupta de la cumbre  
paséase, si hay sol, buscando sombra,  
si hace frío en lo azur, buscando lumbre.  
Y en las noches ardientes,  
plácele oír el querelloso acento  
de ondisonantes aguas y torrentes,  
ó acariciando voluptuosa idea,  
besar la nubil flor de los ecibos,  
roja como los labios  
de la mujer hebrea.

Ah! cómo se desborda en lontananza,  
cual un mar de esperanza  
ceñido por sus playas de arreboles,  
la vida tropical en este suelo  
de los ardientes soles!

¡Cómo dispara el arco de su cielo,  
al vago pestañar de las estrellas,  
dardos de oro, cual celeste lluvia  
de alígeras centellas!

Todo fecunda, nace, brota, efluvia  
en este emporio de la luz celeste,  
donde alza sus tiendas de verdura  
en el bosque estival, añosa hueste.  
Todo surge feraz, y vive, y cunde  
en la cima, en el monte, en la espesura.  
Nada que no sea germen vigoroso  
de la creación del mundo americano  
en sus formas de atleta ó de coloso.  
Nada de campo estéril, ni de llano  
de verde cespéd ó de humilde planta:  
sobre la tierra que la luz inunda,  
salvaje, enmarañada y estupenda  
la tucumana selva se levanta!

No nació para virgen,  
ni para orlar de castos azahares  
el arco ardiente de su sien de amante,  
la tierra de los bosques seculares,  
lasciva, apasionada y lujuriente.  
En los delirios de su fiebre loca  
sueña con un impúdico Himenéo,  
que espumante le brinda  
la rebotante copa del deseo  
con el nectar de púrpura y de guinda.  
Voluptuosos amores  
la arrastran, con el pecho desceñido,  
á la embriagante orgía de sus flores.  
Para este ángel caído  
no hay más afán que el que el afán enciende,  
no hay más pasión que las pasiones locas,  
no hay más amor que aquel amor que prende  
el incendio en la pira de las bocas!

Por eso, cuando asoma Primavera,  
la demanda una gruta solitaria  
para amar como ninfa...  
y labra con tupida enredadera

la gruta del amor, hospitalaria,  
sobre el murmullo de la clara linfa;  
y al nacer de las hojas y botones  
se estremece febril la tierra toda,  
con el temblor del harpa de aureos sonos,  
soñando en los laureles de la oda;  
y cuando el sol la envía de soslayo  
en cada ardiente claridad un beso  
y una mirada de oro en cada rayo,  
el ascua de la fiebre la ilumina,  
y convulsa, en su tálamo de flores,  
rinde su pubertad de Proserpina.

Mezclado al polvo de la luz del día  
se arremolina el polen fecundante,  
y en la enramada de la selva umbría  
viste al árbol de traje campesino  
con la pompa del iris deslumbrante.  
Flores lilas y rosas  
de noche cunden, cual posado enjambre  
de quietas mariposas.  
Cuaja la flor, y fecundante crea  
la esfera de oro ó tornasol racimo  
que el pájaro insaciable picotéa.  
Cae la semilla del salvaje fruto,  
y esclavizada tierra paga al bosque  
con seres de esmeralda su tributo;  
y el cielo, enamorado de sus flores,  
ansioso de poseerlas,  
dá al ángel de la lluvia  
la copa cristalina de sus perlas.

Todo es gigante en la fecunda tierra  
adorada del Sol. El alta sierra  
inunda sus praderas de verdura,  
enviando en el caudal de cada río  
la inextinguible vida de la altura,  
el luminoso germen del vacío.  
¡Qué espléndidos vergeles!  
¡qué grande y qué soberbia la espesura  
de la autóctona tribu de laureles!  
Cómo arde encendida

la sangre, que es la vida del follaje,  
en este harem de lujuriente vida,  
do se embriagan con hálito salvaje  
de botones abiertos, los sultanes  
de la selva sin luz, — los guayacanes !

¡ Salve oh bosques del trópico esplendente !  
¿ Qué Fauno audaz ó poderosa mano  
despeñó de la cumbre ese torrente  
de verdes copas, en caudal inmenso,  
desbordándose en hojas por el llano ?  
¿ Qué Numen creador abrió la entraña  
del infecundo suelo,  
y arropada en sus bosques y sus selvas  
arrancó de su seno la montaña ?  
¿ Qué Genio secular prendió en el cielo,  
como el alma de fuego de la vida,  
el sol ardiente del cenit profundo,  
y concentró en la tierra entumecida  
toda la fuerza muscular del mundo ?

Ese sol ! ese sol ! aureo tesoro  
de calor y de luz, — moja el espacio  
con intangibles lágrimas de oro,  
y pinta en vagas y en azules telas  
paisajes de carmin y de topacio,  
ó escenas del oriente en acuarelas.  
¿ En que cielo dejó, cual deja en este  
mas luminosos rastros,  
cual si fuera el espacio en que camina  
el reino de la estrella matutina  
ó el campo de batalla de los astros ?...

Por él, la nubil tierra tucumana  
alienta al germen, y fecunda crea  
en la hora nupcial de la mañana.  
Por él, endeble tallo altivo crece,  
y, cual crestón de yelmo,  
su copa verde - obscura al viento mece.  
El pinta el ala y la canción da al nido,  
tiñe á las flores de cambiantes rojos,  
brinda esmeraldas al laurel nacido,

y el negro y el azul presta á los ojos.  
El sangra el pecho del adusto monte,  
al nacer de los cálidos estíos,  
y con las perlas del rocío llena  
la arteria palpitante de los ríos;  
y el alza hasta los cielos la cadena  
rumorosa de olas encrespadas,  
y á la tormenta desde rotas nubes  
vuelca en lluvia de límpidas cascadas.

Doquier la vida en explosión ardiente  
en este Eden, sin culpa, concentrada!  
Aves, cantos y flores;  
el murmullo del místico torrente,  
y el himno de la selva inmaculada  
del rubio amanecer á los fulgores!

Allá Escaba, la criolla tucumana,  
la guitarrera de flexible talle,  
sabe, porque le ha dicho la mañana,  
los secretos del valle:  
el porqué brilla el iris en la altura  
cual olivo de luz, mientras el río,  
como vivo que busca sepultura,  
se abalanza á lo hondo y lo vacío,  
y al caer en hirviente catarata  
perpetuamente en el abismo suena  
como trueno de plata!  
Retratando en su linfa los follajes  
corre el Marapa entre las verdes frondas,  
ya violento y audaz, ya en dulce calma,  
gimiendo en el regazo de sus ondas  
con el lamento de un dolor del alma.  
Emula de los tristes,  
sobre el batido escollo quieta sueña  
la garza silenciosa,  
como lirio de marmol en la peña.  
Canta sueños de amor en las orillas  
la montañés calandria voluptuosa,  
y solo calla si las alas bate  
esa alárabe turba bulliciosa



del verde, barranquero *calancate*,  
Con festoneado traje campesino  
de tréboles en flor, Tafi nos llama,  
en su pompa feraz de valle andino,  
cuando sol estival al cielo inflama.  
Brindan la cumbre, su panal de hielo;  
la argentea copa de sus rios, perlas;  
cantos y nidos la florida rama;  
y alzando su cabeza á lo infinito,  
amamanta la vida de sus campos  
el Ñuñorco de pechos de granito.  
Suelta la cabellera de sus ondas,  
el indígena Lules  
corre cantando clásicos recuerdos  
de los montes azules.  
Viaja el Salí, del labrador amado,  
bordeando ásperas sierras,  
y al derramarse en la llanura empapa  
acuchilladas tierras.  
San Javier, desde lo alto de sus montes,  
ofrece á la mirada  
la amplitud de los vastos horizontes  
de la tierra á sus plantas derramada.  
¡Qué espléndido, qué hermoso de la altura  
mirar cual se suceden en la falda  
montes, lomas, colinas,  
como un mar congelado de esmeralda  
inundando una Nínive de ruinas!

Salve tierra del Sol! — Siempre te alumbre  
el astro de la vida,  
encendiendo el fanal del alta cumbre,  
y desvolviendo con sus rayos de oro  
el hinchado botón. Cunda atrevida  
la planta secular de hachada selva,  
y á integrar, codiciosa, su tesoro  
la tropical naturaleza vuelva.  
Reine otra vez la sombra en la espesura;  
con el verde contraste, y con el rojo  
de las flores del aire la blancura.  
Cuelgue el panal la abeja del ramaje;  
el *tucu-tucu* por la noche brille

como botón de estrella en el follaje;  
y vuela negra, blanca, azul y rosa,  
el alma de la flor, la mariposa.  
El *tarco* ostente sus vistosas lilas;  
la enredadera teja fuerte muro,  
y en las selvas tranquilas  
labre su nido el cardenal, seguro,  
beba la corza en manantial de plata,  
y aduéñense de nuevo de las copas  
la hurraca montaraz y la *charata*.

Salve tierra del Sol! brille en tu cielo,  
cual via láctea, el esplendor del arte,  
y al alma llena de Sagrado anhelo  
y noble INSPIRACIÓN, para cantarte.  
Pródiga sé con la INSPIRADA mente,  
e inúndala de Sol, para que rinda  
las risas de tu Oriente,  
ó al menos un crepúsculo la brinda  
para que alce los himnos de tu Ocaso,  
en las noches tranquilas y calladas,  
con el fulgor escaso  
de estrellas apagadas...

17 de Enero de 1898.

## LOS MENHIRES

*A Eduardo A. Holmberg*

Solitarios, imponentes,  
en las árduas cordilleras  
donde el hirsuto Nuñorco  
viste plumaje de nieblas,  
se alzan de pié los Menhires,  
los dos gemelos de piedra,  
hablando á las soledades  
en un idioma sin lengua.  
Más viejos que las Pirámides,  
violadas urnas de déspotas,  
los obeliscos nativos,  
entre el aullar de las fieras,  
obra fueron de las razas  
sin ley, corona ó diadema,  
sometidas al imperio  
de la gran Naturaleza.  
Del soberbio Nuevo Mundo  
los seculares atletas  
de la edad del gliptodonte,  
arraigados en la tierra,  
cual dos momias de granito  
de dos grandes razas muertas,  
siempre rígidos, provocan  
á los siglos del planeta  
y á las edades del mundo,  
que amasando la materia  
dieron vida al Aconquija,  
petreo fósil de mil vértebras.  
No han caído los Menhires

al embate de las fuerzas  
que levantaron abismos  
sepultando cordilleras,  
ni partió sus duros pechos,  
ni destroncó sus cabezas  
el hacha de los relámpagos  
del diluvio sin riberas,  
que, con su mole de mares  
barrió al pasar, la existencia.  
Cien veces los cataclismos  
les bajaran, les subieran,  
les arrastraran al llano,  
les trepáran á la sierra;  
más no mordieron el polvo,  
desplomados por la fuerza,  
los Goliat de la prehistoria,  
á cuyas plantas soberbias  
sangraba el mamouth herido,  
por el sílex de las flechas.  
Están de pié, pregonando  
la secular existencia  
de este viejo Nuevo Mundo,  
con sus grandes epopeyas.  
Trepados en lo más alto,  
yerguen rígidas cabezas,  
y con ojos sin pupilas,  
mirando á un Norte de nieblas,  
á través de las distancias  
espían, con ánsia eterna,  
las ruinas de Tiahuanaco,  
sus antiguas compañeras,  
ú orillas del Titicaca  
leen sus memorias de piedra.  
¡Salve, oh restos megalíticos  
de la niñez de la América,  
que hablais, mudos, de los siglos  
con la rugiente elocuencia  
del Iguazú de los bosques,  
caído torrente de perlas  
en la frente de Misiones  
para bautizar mi tierra!  
¡Salve, Menhires! — autóctonos

de las viejas cordilleras,  
Faraones de granito  
de vuestro imperio de sierras,  
que aún imponeis sobre ruinas  
vuestra dura ley de piedra !

Tucumán, Diciembre 22 de 1894.



## EL CRESPÍN

*A Ricardo Risch*

Pájaro inquieto y errante,  
que saltas de rama en rama,  
yo sé á quien tu pico llama  
al piar fiel y constante;  
sé tus dolores de amante  
y el misterio de tu canto;  
sé que padeces de encanto  
porque al hado lo pediste;  
sé que por ser ave triste  
has renunciado á tu llanto.

Me han dicho las *arirumas*  
lo que crees que nadie sabe:  
sé, Crespín, que no eres ave,  
aunque te vistas de plumas.  
En vano es que te consumas  
en tu silencio sin fin,  
que en uno y otro confin,  
do quiera que se te nombre,  
se sabrá que hay almas de hombre  
en cuerpos de ave, Crespín.

Lo que en el mundo sufriste  
fué tan cruel, que al relatar  
tus penas, quiso llorar  
una *ariruma* de triste,  
pues me dijo que naciste  
en la copa de unas talas,  
dando por plumas tus galas,

tus sollozos por mutismo,  
por cielo libre tu abismo,  
y tus cadenas por alas.

Para el recuerdo son santas  
las notas de tu tormento:  
son ayes sin ay! al viento  
las dos sílabas que cantas.  
Te posas y te levantas,  
saltas entre hojas y flores,  
y al silenciar tus dolores  
dás á las tardes serenas,  
en consonantes de penas  
los versos de tus amores.

Crespin te quiso deveras,  
como las aguas al cauce,  
como la copa del sauce  
al aire de las praderas.  
No eras ave, vírgen eras,  
ojos verdes y traviesos,  
boca incitante de excesos,  
perla de todos los brèches,  
sueño de todas las noches,  
alma de todos los besos.

Y tú, sencilla aldëana,  
á su amor correspondías,  
queriendo á quien tú querías,  
como el ramaje á la liana,  
como la corza serrana  
quiere al gemir de sus fuentes,  
y á las ramas de las frentes  
quiera la hembra del venado,  
y á las matas del collado  
el trepador de pendientes.

Ah! cuán aleve el destino  
que te lo vino á llevar!  
Se han borrado en el *latar*  
los rastros de su camino.  
La rama cruel del espino



cien veces dijo al morderte :  
— es la senda de la muerte,  
niña, la senda que tomas ;  
aquí lloran las palomas,  
hojas secas de la suerte...

Dejó un día su cabaña  
Crespín, y en suaves querellas,  
trazó en los *aibes* sus huellas  
su dulce flauta de caña.  
Solo, llegó á la montaña,  
y las sendas se perdieron  
de aquellos cantos que fueron  
su despedida del mundo,  
pues ni lo alto ó lo profundo  
jamás del pastor supieron.

Ya no surcan sus arados,  
ociosos, sus bueyes pacen,  
y estériles hierbas nacen  
en sus rastrojos cercados.  
Dos labios enamorados  
ya para siempre enmudecen,  
y en un alma crecen, crecen,  
como en las eras, abrojos,  
y en los cielos de dos ojos  
solo noches aparecen.

Crespín ! — clama en la espesura,  
y Crespín ! — dice un acento,  
y quien responde es el viento  
con sílabas de amargura.  
De pronto vé la figura  
de animado ser extraño,  
de rostro fiero y huraño,  
que le increpa : — ¿ por qué lloras,  
por qué vanamente imploras,  
si yo soy tu desengaño ?...

— Madre Tierra ! tú lo sabes...  
dijo, al oirla, la triste :  
dí, Madre, en donde le viste ?...

— Pregúntaselo á las aves...  
— Si yo no entiendo los suaves  
idiomas en que habla el nido.  
— ¿ Quiéres oír en su gemido  
el secreto de su canto?  
¿ quieres niña, ser encanto,  
y hablar á tu bien perdido?...

La niña al punto accedió,  
y desgarrando su ropa,  
de un tala subió á la copa,  
y en ave se transformó;  
y apenas el pico abrió,  
al dar su canto primero  
dijo en eco lastimero:  
*Cres-pín!* — y *Cres-pín!* — gritando,  
va por las selvas buscando  
su perdido compañero.

Pájaro inquieto y errante,  
que saltas de rama en rama,  
yo sé á quien tu pico llama  
al pïar fiel y constante;  
sé tus dolores de amante  
y el misterio de tu canto;  
sé que padeces de encanto  
porque al hado lo pediste;  
sé que por ser ave triste  
has renunciado á tu llanto.

Julio 8 de 1900.

## A MERCEDES PUJATO CRESPO

Para alumbrar las rutas del Oceano  
con su esfera simbólica apagada,  
las tres banderas que labró tu mano  
tres soles dan á la Platense Armada.

Su fuego al alma de la quilla exhorte,  
estruendos prenda en las tonantes bocas,  
y el roble nacional las olas corte,  
envuelto en su capuz de blancas tocas.

Bajo su luz ecuatorial de gloria  
no medre la aterida golondrina:  
segue sus alas al gritar Victoria,  
en las jarcias el águila Marina.

Patagónico mar de gozo estalla  
tus banderas al ver sobre sus moles.  
Que en el dia sin sol de la batalla  
omnipotentes brillen sus tres soles.

Mayo de 1901.



## QUILMES

Escalonadas, rígidas trincheras,  
líneas de rabia de la antigua zaña,  
es cuanto queda al pié de la montaña  
de la ciudad de corazón de fieras.  
Silencio, nada más, tras las hileras  
de pirca, que rugieran tanta hazaña,  
muros que aún retan al poder de España  
con el clamor de sus callados mueras.  
Quilmes! baluarte de heroísmo humano,  
tumba gloriosa de mis indios, pira  
de inmolación del mundo americano:  
Con rudo estruendo cantará la lira  
tu salvaje suicidio de Froyano  
y la explosión sangrienta de tu ira.



## A URQUIZA

### Y SU MONUMENTO

Soy el himno que te canta,  
¡oh perínclito entreriano!  
sin maldecir al tirano  
al bendecir tu obra santa.  
De la tumba te levanta  
ya la historia justiciera,  
y tu figura altanera  
toma el bronce en los crisoles,  
como el oro de los soles  
la de sol en tu bandera.

La torpe dága asesina  
que manchó tu sacro asilo,  
punzó tu gloria, sin filo,  
como el abrojo ó la espina;  
que en esta tierra argentina  
no hay soledad sin mañana,  
y á veces cobra el hosanna  
la magestad de la gloria,  
y el fierro se hace victoria,  
y el bronce se vuelve diana.

¡Qué de extraño que durmieras  
tanto tiempo, silencioso,  
si el tiempo forma al coloso,  
y al tiempo las primaveras!  
Ni qué de extraño que oyeras  
rumor de ira en tu lecho,  
si nadie tiene derecho

de dar con un Nuevo Mundo,  
ni de hundir en lo profundo  
un viejo mundo desecho!

Se escucha en nocturnas calmas  
como un armonioso grito:  
llora Mármol, el proscrito,  
lloran en coro las almas.  
Se han secado nuestras palmas,  
nuestra oliva se ha secado,  
¡y los hombres han clamado,  
y nuestros nobles abuelos  
han imprecado á los cielos  
y han maldecido... y llorado.

Paz! Lavalle!... veteranos  
invencibles!... ni su acento  
trae siquiera el vago viento  
de los confines lejanos.  
El fierro de los tiranos  
cruge en la carne, y desgarrar,  
la virtud se vuelve garra,  
la honra se torna en mancilla,  
el corvo sable, en cuchilla,  
la dulce lira, en guitarra.

¿Por qué ¡Patria! te querellas,  
mezcla de indiana y león,  
si añadiste en tu pendón  
nuevo sol á las estrellas?  
El Maipo besa tus huellas,  
canta el Rímac tu proeza,  
¡y tu rindes la cabeza,  
soberana de la gloria,  
cuando se cansa la historia  
de ponderar tu grandeza!

Mas ya tu sable fulgura  
¡oh Urquiza! entre la sombra!  
Tu nombre, no bien se nombra,  
crecer hace en estatura  
al hombre, ruín hechura,



al pueblo, montón de cosas :  
que quien abre tantas fosas,  
que quien dilata el desierto,  
que quien manda á tanto muerto  
es Don Juan Manuel de Rosas !

« Pueblos ! — dice tu proclama —  
« si el tirano la obra ha sido  
« de vosotros, ha nacido  
« el Salvador que os aclama !  
« Rosas ! la patria reclama  
« su grande herencia de ayer,  
« pues no puede escarnio ser  
« de tus crueles albedríos,  
« y las lanzas de Entre Rios  
« derribarán tu poder. »

Con ardor la lucha encara,  
— que el clarín voceando está —  
el hijo del Iberá  
con su pica de tacuara.  
Pecho á pecho, y cara á cara  
vá á lidiar contra su suerte,  
donde el lloro no se vierte,  
donde más el fierro vibre,  
que nadie fue nunca libre  
si no se alió con la muerte.

Entre Rios y Corrientes !...  
las dos sólas en la liza !...  
sólas nó... tres con Urquiza,  
hombre — legión de valientes.  
Rabia destila á torrentes  
Rosas, mas hosco que artero,  
y afrentando al brasilero,  
y al oriental maldiciendo,  
aviva al rayo, y cundiendo  
van las chispas del pampero.

Ya relinchan los bridones,  
ya el clarín grita : ¡ adelante !

y ya, con marcial talante,  
baten marcha las legiones.  
Nervio, puño, corazones,  
son Diaz, Lopez, Galan;  
y van La Madrid, Pirán,  
y para dar más acento  
al cañón, Mitre y Sarmiento  
con espada y pluma ván.

El Paraná su corriente  
docil domina y dilata,  
y quieta senda de plata  
ofrece á la invicta gente,  
porque sabe que en su fuente  
abrevarán por millares  
nuevos pueblos, nuevos lares,  
y porque extraños navíos  
le han hablado de otros ríos  
que andan libres por los mares.

Y después... después Caseros!  
¡resurrección y caída,  
soplo de muerte y de vida  
que arremolina luceros!  
Y luego un mar de lanceros  
frente al cañon que retumba;  
y cuando ya el eco zumba  
de triunfo, y el Sol se ensancha,  
para ahorrarnos una mancha  
Chilavert busca una tumba!

Buenos Aires, cuerpo enfermo,  
con su gran alma de Mayo,  
fué en un ciclo de desmayo  
la Cleopatra de Palermo.  
Mas ya retoña su yermo,  
brioso empuje de otra edad:  
¡Libres! clama la Ciudad,  
y ¡libres! gritan las dianas,  
y repican las campanas  
en las torres: ¡libertad!

Vences, y haces ciudadano  
al cantor del *tabapuy*;  
que no hay del Plata á Jujuy  
más plomo ó fierro tirano,  
que el de Franklin, artesano,  
y el de Jorge en la maraña;  
y para colmar tu zaña,  
Moisés te haces de la tierra,  
y en los yelmos de la guerra  
trama y urde paz la araña.

Nuevo Profeta, á tu raza  
das la Ley Santa y suprema,  
ley sin rigor, ni anatema,  
que linde fecundo traza,  
y á las edades enlaza  
la grandeza de este suelo;  
pues cuando con vivo anhelo  
la Magna Carta juraste,  
las doce Tablas dictaste,  
y el maná cayó del cielo.

Muerto de eterna memoria!  
sobre sólido cimiento  
ya se alza tu monumento  
como obelisco de gloria.  
Desde la Plaza Victoria,  
que á Belgrano inmortaliza,  
desde el Parque de la liza,  
desde el Retiro y el Once:  
Saludad, heroes de bronce,  
á Justo José de Urquiza!

Junio de 1901.



## EL SAPO Y EL URUBÚ

Invitados á unas fiestas en el Cielo  
son el Sapo y Urubú (1) de largo vuelo.  
« Oh compadre! me han contado que vá á irse  
á las fiestas », — dijo el Cuervo, por reirse.  
« Sí, mi amigo, — dice el Sapo, muy ufano, —  
« Ir mañana he decidido, bien temprano.  
« Más que todo una ascensión me es necesaria,  
« que hartó sufro con mi vida sedentaria.  
« A seguirle me dispongo, pero cuento  
« con que lleve, bien templado, su instrumento. »  
« Tengo lista mi vihuela, — dijo el Cuervo; —  
« y usted cuente, mi Don Sapo, con un siervo;  
« mas su bombo precisamos en la fiesta,  
« el tum tum acompasado de la orquesta. »  
El buen Cuervo, con luciente, negro traje  
está listo de mañana para el viaje.  
« Buenos días; » « que los tenga; tome asiento,  
« dijo el Sapo, — deje á un lado su instrumento.  
« Usted sabe que yo marchó dulcemente...  
« si le place partiré primeramente. »  
Y metiose, sin ser visto, en la vihuela.  
A la hora el Urubú con ella vuela.  
Cuando llega, le interrogan los del cielo  
por el Sapo y otras cosas de este suelo.  
« Vaya! vaya! imaginabais, — les contesta, —  
« que aquel joven asistiera á vuestra fiesta  
« por vivísimo que fuera su deseo,  
« cuando es largo para el Cuervo este paseo?  
« Si en la tierra ni cien saltos aventura,

(1) Cuervo negro.

«¿es posible que remonte tal altura?»  
Lo cual dicho, su vihuela deja á un lado,  
ocupando su lugar de convidado.  
De improviso deja el Sapo su escondite,  
y aparece muy finchado en el convite.  
Gran asombro en la asamblea! Baila y canta  
con el trémolo fugaz de su garganta.  
Cuando acaba, todo el mundo victoréa,  
y es el mimo del aplauso en la asamblea.  
Canta el Cuervo y habla el Cuervo; mientras dura  
su discurso, el ardidoso se apresura  
á ocultarse nuevamente en la guitarra,  
pues termina ya la célica fanfarra.  
Baja el Cuervo del empireo firmamento,  
mas ya sabe quién hospeda en su instrumento.  
¡Como nunca, la venganza es oportuna!  
Cuando pasa por debajo de la Luna,  
de improviso la vihuela vuelca y baja,  
escapando por la boca de la caja  
el viajero de los aires y del cielo  
sin más alas que sus patas para el vuelo.  
De las nubes cae el Sapo, como cosa,  
y así grita con palabra lastimosa:  
«No en vosotras, piedras, rocas, dé mi pecho!  
oh arenas! preparadme vuestro lecho!»  
Malicioso el Urubú cuando suplica,--  
«¡es tan rápido su vuelo,--le replica,--  
y seguro al mismo tiempo, mi compadre,  
que sin duda fue un águila su madre!»  
.....  
Cuenta el Sapo que las manchas de su lomo  
le salieron con su caída como un plomo;  
pero niega que esta historia ya muy vieja  
tener pueda su estibada moraleja.

Agosto 14, 1900.

## EN LA SIERRA

(VIAJANDO AL DIQUE SAN ROQUE)

¿Para quién estas pálidas flores alejandrinas,  
que si no dan perfume, no punzan con espinas?  
¿A quién gloriar las rimas, sin vanales retoques?  
¿Al genio de las sierras, amontonando bloques  
para mirarse grande, como un hacinamiento  
de ideas, dando vida de luz á un pensamiento?  
¿A la quebrada, al río, yaravi tributario  
del mar de muertas penas de Bamba solitario?  
¿Ó al genio del trabajo, que se arma de piqueta,  
y que anda sobre rieles, como un grande profeta,  
y que arremete al monte, y que le abre la entraña  
con un túnel, si es fuerza rendir á la montaña,  
y hacer lo que no hicieron con ella las edades,  
ni el hosco torbellino de roncadas tempestades?  
¿A quién rendir la lira?... La montaña se abisma  
en su altivez de autóctono: se gloria á sí misma.  
¡Cantad al genio humano, cuando crea, fecundo!  
El genio es un satélite más grande que su mundo.  
Grave y solemne avanza la máquina de acero.  
En sus entrañas hierven los soles de Febrero.  
Autómata camina, con magestuoso impulso,  
cuando late en sus ejes el tic-tac de su pulso.  
Con grandes resoplidos de mónstruo fatigado,  
sube faldeando, y trepa la cuesta del collado,  
mordiendo, cuando corre, los rieles del camino,  
para no caer de espaldas, como un ágil alpino.  
Un crótalo que escapa de labradoras turbas,  
parece cuando sigue las eses de las curvas.  
Medrosa, con su silbo cortado y estridente,

— ¡voy! dice á cada vuelta de la áspera pendiente, bordeando los abismos, por evitar los choques con las agrias aristas y los enormes bloques. Deslízase en las faldas, se escurre en la meseta, pisando firmemente, como un soberbio atleta. En báquicos vaivenes, á un lado toma y otro; vacila, tiembla, corre, como indomable potro, y en su ojo de ciclope se fijan, desaparecen cuestras, hoyas, abismos, paladines que crecen, se deforman y abaten, y rondas de mogotes, que pasan, van y vienen, como andantes Quijotes. Debajo suena el río. La sirte rugidora, dolorida al batirse con las rocas, implora; pero es la voz del alba, la frase de la tarde, el rezo de la noche, con religioso alarde, en medio de las mudas soledades desiertas, de tanta ruina informe, de tantas cosas muertas. Y la máquina llega, triunfante, al borde mismo del piélago de lianas del infranqueable abismo, y por el riel tendido sobre la abierta fauce su fimbria de vapores de nuevo se abre cauce, y en tierra firme asienta la planta vencedora, esa armazón que humea crespúsculos de aurora. Y sigue, y corre y vuela por los abruptos flancos de la erizada sierra, y con girones blancos de tules impalpables cubre las desnudeces de las raras esfinges que tallaron las creces sobre el rebelde cuarzo. De pronto cae un monte sobre la cuesta, y cierra del fondo el horizonte, como una tela inmóvil de verde fantasía, cortando las azules claridades del día. El férreo caminante siente sofocaciones mirándose cercado; respiran sus pulmones el aire enrarecido que viene del ocaso; sus válvulas se abren, y soplan, paso á paso, y el músculo agitando del émbolo potente, trepando va la escala de la áspera pendiente, hasta que al rudo empuje de su potencia ciega de nuevo corre, vuela, y al frenesí se entrega y vomitando fiebres el cráter de los rieles, con su llameante é ignea corona de laureles, estrella contra el monte su masa de tormenta



y pasa por la noche del túnel, como cruenta  
oleada de turbiones, y al sol que le da un beso  
saluda con sus iris de paz y de progreso!  
Ya está del otro lado!... ¡triunfar es su destino!  
Ya sale como un César, del aureo Palatino!  
Ya se le ve, impasible, domar sin sobresalto  
los dorsos del granito, las jibas del basalto!  
Se ensancha el horizonte; las gigantescas moles  
dan paso á las purpureas brigadas de los soles.  
El llano nuevamente se extiende á la distancia;  
de sus floridas hierbas deleita la fragancia.  
Se mira una planicie, que recortan las faldas  
con entrantes figuras de suaves esmeraldas.  
Pero es un llano terso, de amplísimo reflejo,  
como salina inmensa, como luna de espejo.  
Se diría que el vértigo simula aquel paisaje,  
y que á la cornea asalta la ilusión de un miraje,  
pues bajo las arcadas de un cielo de escarlata  
riela un campo de vivas lentejuelas de plata;  
un campo ilimitado, que se mueve y trepida,  
como suelos que sufren paroxismos de vida;  
como convulsas tierras que sienten los fragores  
de un minuto de muerte, rodando los temblores.  
Surcan el horizonte, con vario movimiento,  
líneas y grupos de alas, como cosas del viento.  
Garzas, flamencos, cisnes, en un confuso vuelo,  
trazan largas elipses cuando bajan al suelo,  
y al deslizar sus formas de lanchas, se reflejan,  
y como rastro efímero glaucas be cortas dejan.  
Vocea el tren. Su grito no es áspero, es sonoro:  
á magestad de plata, vibrantes cuernas de oro,  
cual cumple al caballero de los ciclos feudales,  
rindiendo con sus trompas cien cánticos triunfales.  
Delante tiene un Sahara, con esfumadas rivas  
para domar las furias de las aguas cautivas;  
al Méris de la sierra, la flor de los esteros,  
con sus vencidas sirtes de ríos prisioneros!  
Al Dique! ¡*Salve ex aqua!* — que el porvenir pregona  
de esta armoniosa y cara beldad sanavirona!  
El dique es digno tema de victorioso canto;  
no de la lira triste del valle del acanto,  
sino de la de bronce, del campo de las lises,

de la de duro roble de Eneas y de Ulises;  
pues que si el dios del Ponto supiera de esta fuente,  
para agitar sus linfas portara su tridente.  
Más ya la proclamara, desde gélida huaca,  
el Viracocha indiano rival del Titicaca.  
El Dique es el gran vaso de las comarcas yermas,  
la copa rebosante de las tierras enfermas.  
Sus aguas crían gérmenes de yemas y retoños,  
y al empapar las hazas florecen los otoños.  
Por ellas cuajan odas los botones febriles,  
y el ave dice salmos con flautas y añafles.  
Primavera es más joven, debajo de los sauces,  
cuando besan sus plantas los rebosantes cauces.  
Se visten las praderas con los razos del césped,  
y Ceres, rubia y puer, llega de dulce huesped.  
Padre del pan, el trigo, da en tierra acuchillada:  
pueblo de parvas funda sobre la hosca Tablada.  
En torno de la docta, de los reales blasones,  
dignas de escudo gótico, con castillo y leones,  
otras Córdoba surgen, con sabia de ombú crecen,  
y como un par de Abriles, retoñan y florecen:  
árbol de la justicia planta, izando bandera,  
el don Luis del Progreso, sin don Luis de Cabrera.

Marzo 8 902.

## QUO VADIS?

### I — PETRONIO

*Arbiter Elegantie* del Romano  
Imperio de monstruosa fantasía,  
Petronio, con olímpica osadía,  
Ondea en el rellujo cortesano.

Lepidio de impurezas, el Pagano,  
Se envilece, y agranda y desafía,  
Y con rosas y besos de la orgía  
Corona el triunfo del amor cristiano.

Con él, en el soberbio Palatino,  
Cuando vence á las Musas, Tigelino,  
El arte de las Galias se desploma;

Y mientras adormecen á Vinicio  
Sus gladiolos, desángrase el Patricio,  
Y en el mármol de Eúnice, muere Roma.

### II — VINICIO

Legionario de amor, lleva Vinicio  
De Afrodita el blasón de la perfidia;  
Y arrobado en las carnes de Nigidia,  
La ligia pubertad le mata el juicio.

Crispinilla le arrastra al precipicio,  
Rubria le hace estremecer de envidia;  
Y el rehén, aunque nubil, en la lidia,  
Ni el peplo suelta, ni se rinde al vicio.

Corre á Ostrianum, febril, el augustano,  
Y vé lo inmenso del amor cristiano,  
Lo criminal, de su pasión estigia;

Y entre rojo fulgor de las hogueras  
Y el aullar de bitinios y de fieras,  
Cristo le entrega el corazón de Ligia.

### III — LIGIA

Carne de rosas; desnudez que á Actea  
Llenó de inspiración; diosa Calina;  
Címbalo real del amador; Sabina,  
Escapada al raptor de la presea.

Flor de luto en la charca de Popea,  
Lirio de Hebrón del huerto de Gracina,  
Red que en el lance de la fé divina  
Tendiera el pescador de Galilea.

Se estremece la chusma delirante  
Al mirarla en el circo; y el gigante  
Ursus, Goliat de inspiración, la auxilia;

Y libre del feroz, bicornes toro,  
Intacto lleva el virginal tesoro  
A rendirlo en las nupcias de Sicilia.

### IV — NERÓN

Engendro del poder y la conquista,  
Soberano del crimen y la injuria,  
Inaudito flamin de la Lemuria,  
Spintrio y Coribante moralista;

Baco de syrma trágica de artista,  
Hércules de la Musa y de la Furia,

Fue Nerón en su ciclo de lujuria  
Imperator de orgías de amatista.

Bajo la ferrea potestad pagana  
Del matricida Almeón, la fé cristiana  
Arde en Transtiber con oculto medro;

Y al rodar el triclinio del Quirite,  
El ¡ *Ave Cesar!* calla, y se repite  
El *Christus regnat!* del Apostol Pedro.

V — CHILO CHILONIDES

Jamás la delación en otro labio  
Infundió más cruel desasosiego.  
Fango que apesta, por ser fango griego,  
En el estoico y desvalido sabio.

El avivó de la Semaxü el fuego,  
Ante tanto desdén en desagravio;  
Y aguijoneó su criminal resabio  
La púrpura triunfal del palaciego.

Mas le habla un mástil con doliente grito,  
Y el Aquiles del miedo, su delito  
Enrostra al César, y la fé pregona.

¿Qué le importa morir si Ilauco ha muerto?  
Pablo de Tarso el criminal ha abierto  
Las puertas de la luz. ¡Cristo perdona!

VI — PEDRO

Pedro, el Pastor, tras de su grey camina,  
Y ella tiene al Rabí por su Vicario.  
El dice: ¡ví al Señor! — y hacia el Calvario  
Las angustiadas plebes encamina.

¡ Vence ! — es la grande voz que le coamina ;  
¡ Vencer á Roma ! se repite á diario ;  
Y se lanza á la lucha, el visionario,  
Sin más legiones que su fé divina.

! ¡ A las fieras ! ¡ al circo ! ¡ á la victoria !  
¡ Los gemidos son cánticos de gloria !  
Grita el Cesar de Dios al Antecristo.

Y haciendo amar su Cruz al moribundo,  
Clama ¿ Quo Vadis ? — y conquista el mundo,  
Antes que vuelva á conquistarlo el Cristo !

Catamarca, Octubre 10 de 1901.

## ALODIO

Un tacu de doradas opulencias  
hablando de beber;  
un obeso yuchán que ofrece lanas  
incitando á tejer.

Un rancho que sesteá bajo el tala,  
desafiando al calor;  
pendientes del alero, con sus chayas,  
la flauta y el tambor.

Una quinchada bóveda de fiemo  
guardando con rigor  
á la pintada prole, perseguida  
por Juan, el cazador.

Un zarzo cuyas magras abundancias  
denuncia el quechupay;  
un horno cón olor á pan tostado  
de índico patay.

Un cabrero, rondín de la majada,  
con lujo de ladrar;  
un asno leñador, que ramonea  
la broza del latar.

Una pumpuna que la gota de agua  
llora junto al jagüel;  
la liebre que en tres pies anda sin ruido  
atisbando al lebel.

Un quililo cerril, que desafina  
tocando su violín;  
la chuña, que mojona con sus gritos  
el desierto sin fin.

Y polutos cambujos del alodio,  
un hombre, una mujer;  
tres pequeños salvajes argentinos  
venidos para ser,

Que no tienen más patria que su rancho,  
más amo que su sol,  
ni tienen más bandera que la sombra  
del chañar y el mistol.

Junio 1902.



## MANI

Cora es hija del Cacique,  
señor de cumbres y llanos.  
Cora anda triste, muy triste;  
muchas veces ha llorado.  
En vano á Cora se ofrecen  
pieles y plumas de pájaros,  
brazaletes y collares  
y vinchas de guacamayo.  
En balde alaba la tribu  
á la doncella en sus cantos;  
en balde la flor del aire  
vuelca perfume á su paso  
y sendas de idilios abre  
su armonioso cuerpo indiano.  
Cora anda triste. Lo saben  
dos negros ojos huraños,  
de esos que ven en las gramas  
de la corza el leve rastro.  
Vá á ser madre!... no lo ignora  
el viejo cacique airado,  
quien en un día de rabia,  
sin más armas que sus manos,  
cortó á la puma la lengua,  
porque en su rugir extraño  
dijo cosas que á las flores  
agrestes ruborizaron.  
Padre é hija bajo el toldo  
mudos se ven largo rato:  
la niña baja la frente,  
cuelga el cacique su arco.  
« Quién osó?... ¿cuál es su nombre?... »

clamó, al fin, el padre airado.  
«Nadie! nadie!» ella responde,  
responde con timbre claro  
la corza sin compañero,  
que sólo vió en el remanso,  
al beber sus claras linfas,  
esfumarse su retrato.  
Vengadora daga empuña  
el cacique deshonorado.  
Clavarla en el seno impuro,  
cual en la cierva ó huanaco,  
y ver teñido de rojo  
el puber cuerpo bronceado,  
tal es su intento salvaje,  
tal de su ira el reclamo.  
Mas de pronto se aparece,  
haciendo ruidos estraños,  
un indio de heroico aspecto,  
marcial porte y rostro blanco.  
«No mates á la inocente  
dulce urpila de tus campos,  
que á labrar su hechizo nido  
no la ayudó ningun pájaro.»  
Y desapareció en la niebla  
el caballero encantado.  
Cora fue madre de Mani,  
la niña que murió al año,  
del mal que marchita al lirio  
y á la azucena y al cardo.  
Bajo el toldo del curaca  
Pachamama entre los brazos  
tiene á la niña dormida  
con el sueño negro y largo.  
Cual es práctica en la tribu,  
con chicha se riega y llanto  
diariamente la alpatauca  
de aquel corazón de un año.  
Nació un día sobre el túmulo  
un recto y carnoso tallo,  
como recuerdo de vida  
para ser copa y ser arbol.  
La planta creció, dió fruto,

y dos aves lo picaron,  
y ebrias, en copas y ramas,  
dijeron no oidos cantos,  
como si hubieran bebido  
del sueño que brinda el *taco*.  
Cabó el cacique la tierra  
por ver el germen del arbol,  
y halló á Mani convertida  
en un tubérculo blanco,  
el sabroso y nuevo fruto  
del hambriento pueblo indiano.  
Lloró el arbol, lloró mucho,  
el arbol sigue llorando,  
y las cántaras se llenan  
con las aguas de su llanto,  
y la *guariba* se bebe  
por la tribu en el verano,  
cuando cumple doce lunas  
á que vino el indio blanco,  
y á que Cora llamó suyo  
á aquel corazón de un año.

Junio de 1902.



## EL PUESTERO

— Ave María! — Bendito  
el Señor por siempre sea! —  
— Véndenos ¡oh buen puestero,  
que el sol á ladearse empieza,  
aquella cabra, ó su cria,  
ó la espumosa cordera  
que está balando, cortada  
del hato, ó aquella oveja.

— Dan las ubres de esa cabra  
de leche una jarra llena,  
y es tan mansa, que las huahuas  
de mañanita la ordeñan.  
Es la cabrilla del *schulco*,  
y el cordero nació hembra.  
En cuanto á la oveja, es *Illa*,  
y gusta cortadas hierbas.  
Es la dueña del ganado  
que el estanciero apacienta;  
es la madre de las crias  
que balan tras las ovejas.  
Cardos nacieran y abrojos  
en vez de pastos, sin ella,  
y el misérrimo ojo de agua  
se agotara con la seca.  
Los padres, con gula esteril,  
desdeñaran á las hembras,  
y en el inutil chiquero  
no balaran las corderas.  
Cada año vendría en menos

el multiplico en la hacienda,  
y en la esquila se notaran,  
por los vellones, las mermas.  
¡Y á qué pensar en urdiembres,  
ni en añil para las telas!  
¡y adiós sueros, y cuajadas,  
y quesillos y manteca!  
¡Caramba, sí se pondría  
maula el tiempo! ¡y que opulenta  
boda tendrían los pájaros,  
que andan graznando sin presa,  
y despuntan por el pico  
del mogote, dando vueltas!  
Y luego daños y pestes:  
que el ganado se despeña;  
que el zorro hace de las suyas;  
que otra vez el león se ceba;  
que el vigilante cabrero  
de mal de puna se enferma;  
que el animal come nío;  
que muere de tembladera;  
que sobrevienen flacura,  
peste de sarna y tristeza.  
¡Vender la *Illa*, tan luego!...  
deshacerme de mi vieja...  
y sembrar en las campiñas  
flores de luto y de penas!

## LO QUE DICE LA FLAUTA

Lo que dice la flauta de caña  
en su dulce tonada zahareña.  
es un rico desgaire de notas,  
una lauta expansión de la breña.

Sus sonidos, sin metro ni rima,  
articulan alegres dolores,  
cuando cuentan en son de vidalas  
inmaturas cosechas de amores.

Si la amada está cerca, la flauta  
da un « ¿me quieres? » de suaves encantos,  
y al faraute del viento le entrega  
un ramito de notas y cantos.

Y si lejos, para eso hay zorzales  
que se mueren con fiebre de rimas,  
y á sus tiorbas sujetan las almas  
con un hilo de penas y grimas.

Ya celebra las tres lunaciones  
de la era floral del verano,  
que al alcor de espartosas enjoya  
y de cítiso al verde altozano.

Ya al indemne ganado, que pasta  
otëando de tarde el regato,  
y á las crias que en coro berrean,  
por sus ubres clamando en el hato.

Ya á la umbrótica selva, que canta  
en la rama que dio sus congojas,  
y en la pompa del brote descíñe  
sus guiñapos de pálidas hojas.

Ya al ubérrimo carmen que brinda  
su cosecha de frutos opimos,  
y que cuenta las noches alegres  
por las cestas de brunos racimos.

Tales cosas celebra la flauta  
en sus frases de cinco palabras,  
y otras muchas del hato renuente  
y del vulgo de ovejas y cabras.

Tales cosas murmura de tarde  
en melódico acento sin coro,  
hasta el orto de Vésper, que llora  
en la cumbre su lágrima de oro.

Agosto de 1902.



## EL RIO

Yo he regado con tristezas  
las linfas de ese torrente.  
Por eso es que gime el rio  
al pasar, tan blandamente.

Yo he contado á sus orillas  
la historia de mis dolores.  
Por eso llevan sus olas  
marchitas hojas de amores.

Yo he meditado en mi suerte  
al ver su corriente inquieta.  
Por eso arde en cada ola  
una rima de poeta.

Yo he visto que nunca vuelve  
la mobil linfa que avanza.  
Por eso el rio murmura  
que se vá con mi esperanza.

He oido á las calandrias  
cantar junto á sus riberas.  
Por eso parece un canto  
el gemir de mis quimeras.

Yo he visto que nunca cesan  
de hablar entre sí las olas.  
Por eso es que ama la playa  
penas que se aman á solas.

Cuartetas de un otro rio  
yo he trazado en sus arenas.

Por eso hay playas distantes  
que lloran las mismas penas.

Yo con mi harpa lo he cantado  
cuando se cubre de brumas.  
Por eso ciñen sus olas  
el laurel de sus espumas.

## NOSTALGIA

No sé por qué me lleno de tristeza  
al pensar que están lejos mis montañas,  
por qué siento nostalgia de otro suelo  
en esta quieta inmensidad del Plata.

Se me viene á la mente lo que es alto,  
lo que hasta el cielo mismo se levanta;  
lo que siempre de pie, mira de arriba,  
lo que solo es hollado por las águilas.

Se me viene á la mente mi Aconquija,  
dominando la tierra dilatada,  
desdeñoso del reto de los llanos  
y del grito impotente de la Pampa.

Y me parece que el inmenso río,  
por presentarse monte á mi nostalgia,  
quisiera levantarse en la marea  
á tocar las estrellas con sus aguas.



## EL MONTE

El Monte es una Biblia. La han escrito  
los profetas de edades sin edades,  
empapando en las foscas tempestades  
la pluma de algún cóndor infinito.  
De un Noe muerde el ancla de granito  
las agrias, sin rival profundidades,  
y en medio de la mar de soledades  
del difunto linage cunde el grito.  
Los picos de las cumbres congeladas  
son mugeres de Lot, petrificadas,  
junto á Gomorra, que asoló el invierno;  
y el Mogote, patriarca de los grandes,  
parece el Jeremías de los Andes  
llorando en una Sión de hielo eterno.

Buenos Aires, 26 de Julio 1901.



## CALCHILQUINA

A desgranar las gavillas  
y hollar parbas,  
con el sol,  
van los mozos á las trillas :  
« alégrate corazón ».

El tordo madruga en vano  
con sus planes  
de hurtador,  
sin que un pico toque un grano  
hasta la puesta del sol.

Corre por los capilares  
del racimo  
tornasol,  
la sangre de los lagares :  
alégrate corazón.

Muñequen los maizales,  
y en el rancho  
ya se habló  
de humitas y de tamales,  
hasta la puesta de sol.

Las tuscas brindan aromas,  
y ya el corpus  
floreció  
en los tarcos de las lomas :  
alégrate corazón.

Por los agrestes senderos  
huecos troncos  
de timbó  
van golpeando los meleros  
hasta la puesta de sol.

Todas las hierbas florecen,  
dá sus frutos  
el mistol,  
los tardos olivos crecen:  
alégrate corazón.

Las cabras en la montaña  
y el buey siguen  
al pastor,  
si toca flauta de caña  
hasta la puesta de sol.

De los cóndores salvaron  
los terneros;  
solo dos  
vaquillonas devoraron:  
alégrate corazón.

Por eso cantando pasa  
por los campos  
el pastor,  
y alegre vuelve á su casa  
cuando ya se pone el sol.

Buenos tiempos, mejor año!  
muchas lluvias,  
poco sol,  
ricos mostos, ningún daño:  
alégrate corazón.



## LOS RETAMOS

Son amigos de las docas y las tunas  
los retamos, de las copas de abanicos,  
y agrupados en el lomo de las dunas  
reverdecen con los salmos de los picos.

Moradores del desierto, como orfebres  
en sus flores amarillas labran oros,  
y á su sombra se recuestan pardas liebres,  
distruidas con la charla de los loros.

En sus ramas se acarician las almitas,  
aves blancas, como copos de yuchanes;  
y se cuentan, con llorosas vidalitas  
los cacuies la leyenda de sus manes.

Cuando el viento los sacude, su gemido  
tiene el eco de las tristes orfandades;  
y en la quena melodiosa de algún nido  
toca el himno de las patrias soledades.

Setiembre de 1902.



## A GERÓN ETNÉO

REY DE SIRACUSA

Vencedor en la carrera de las Cuadrigas (Píndaro Pythica I) (\*)

¡Oh dulce lira de oro,  
de Apolón y de las Musas  
de negras trenzas, sin igual tesoro!  
Al ritmo de tus sonos  
la danza de las fiestas obedece  
y á tus ecos se hermanan las canciones,  
cuando el preludio que los coros guía  
en tus cuerdas vibrantes se estremece.

Tú, la punta de fuego sempiterno  
con que el rayo se arma,  
apagar sabes, con acento tierno.  
El águila triunfante  
deja que caigan graves  
sus alas voladoras,  
dormitando en el cetro del Tonante:  
el águila, la reina de las aves;  
y sobre su cabeza prominente,  
como gancho, corvada,  
difundes nube obscura  
que sus párpados cierra suavemente,  
y duerme, con el dorso levantado,  
subyugada á tu mágica dulzura.

Ablandas con tus coros  
Al indómito Marte

(\*) Escrita de acuerdo con las más fieles traducciones que el autor conoce.

y su espíritu al sueño se abandona;  
pues tus dardos sonoros,  
blandidos con el arte  
del hijo de Latona  
y de las dulces Musas de vitales  
senos fecundos, endulzar consiguen  
las almas de los dioses inmortales.

\*  
\* \*

Mas aquel que despierta el implacable  
odio de Jove sobre la ancha tierra  
y en el mar indomable,  
al oír á las Piérides se aterra.  
Tal á Tifeo, de las cien cabezas,  
acontece, enemigo  
de las Deidades, que en el fondo sufre  
del Tártaro espantable su castigo.  
En otros días recibió en su lecho  
sustento, por el antro de Silicia,  
y hoy su vellosa pecho  
oprimen las colinas, que acaricia  
la mar con sus espumas  
en Sicilia y en Cumas  
y el Etna, que á los cielos se sublima  
con sus moles gigantes  
y la enorme columna de su cima,  
nodriza de las nieves  
eternas y punzantes:  
el Etna, que vomita sin sosiego  
por sus rotas entrañas  
manantiales vivísimos de fuego.

\*  
\* \*

De sus rios de lava, en torbellinos  
de día negra nube  
al firmamento sube;  
mientras de noche la abrasada llama,  
arrastrando peñascos, estruendosa,  
en el marino llano se derrama.

Así, el monstruo Tifeo, de Vulcano  
lanza á los cielos las terribles fuentes:

prodigio que horroriza al ser humano  
que á verle se aproxima  
entre la obscuridad encadenado  
de la selvosa cima  
y el pie de Etna, do yace recostado  
en el punzante lecho que el dorso le lastima.

Séame dado á tí placerte ¡oh Jove!  
á quien rinde tributos  
de vasallage el monte, erguida frente  
de una tierra feraz en pingües frutos.

Nombre de Etna glorioso impuso al radio  
de una ciudad su fundador ilustre;  
y en el pítico estadio  
el heraldo con frases pregoneras  
á tal ciudad en alta voz dá fama,  
cuando heroe vencedor en las carreras  
de las cuadrigas á Gerón aclama.

\*  
\* \*

Con júbilo se siente el navegante  
si levando las anclas, hincha el viento  
las velas del bajel, y no distante  
del fausto retornar mira el momento.  
Desde hoy esta victoria,  
sus famosas cuadrigas y corceles,  
á Etna prometen gloria,  
y en el delirio del festín, las Musas  
en su loor derrocharán laureles.

¡Oh Febo! que amas la Castalia fuente:  
grato á tu corazón mi voto cunda  
en bienes, indulgente  
rey de la errante Delos y de Licia;  
y á esta en heroes fecunda  
tierra, tu potestad sea propicia.

\*  
\* \*

Cualquier proeza de virtud humana  
de los Dioses emana;

y no son otra cosa que su esencia  
los sabios, los valientes,  
y aquellos que dominan á las gentes  
con su armoniosa lengua y su elocuencia.

A mí, que rendir quiero mi alabanza  
á Gerón, me sonríe la esperanza  
de que á mi mano sobre  
fuerza para arrojar lejos del campo  
de batalla la flecha  
de la punta de cobre,  
y de que venza, con vigor lanzándola,  
á todos mis rivales en la brecha.

¡Con su rico caudal siempre crecido,  
continua dicha el porvenir le traiga  
y de sus penas el perpetuo olvido!

\* \* \*

Llamará á su memoria  
el recuerdo de bélicas hazañas  
y de arduas campañas  
con brio sostenidas y con gloria,  
de las deidades bajo leal amparo,  
y de cuyos favores ningún griego  
mostróse más avaro.

Poco ha que dolorido combatiera  
cual Filoctetes, y rival osado,  
con frase lisongera,  
su envidiada amistad ha mendigado.

\* \* \*

Fama es que heroes iguales  
á dioses inmortales  
llevar convienen, en edad distante,  
al ulcerado flechador de Lemnos,  
el hijo de Peante.  
Él fue quien arrasara,  
fin poniendo al asedio del heleno,  
la gran ciudad de Príamo preclara;  
y aunque exhausto de cuerpo y flajelado,  
para suceso tal lo elije el hado.

¡Que de igual modo las deidades velen  
sobre la suerte del monarca Etnéo,  
el porvenir obscuro le revelen  
y colmen su más íntimo deseo!  
Escúchame también ¡oh Musa amiga!  
al cantar la cuadriga  
del alcazar real de Dinomenes:  
que nunca es para el hijo  
ajeno regocijo  
el lauro ver en las paternas sienes.



Grato al Etnico rey, ¡oh Musa! inspira  
roble canto á mi lira.  
Bajo el auspicio de Gerón se abrieran,  
para aquel, los cimientos  
de la nueva ciudad, en donde imperan  
la augusta libertad, hija de dioses,  
y del Hilio los sabios mandamientos.

Los vástagos de Pánfilo  
y de Heráclidas reyes,  
que en el Taigeto viven y florecen,  
siempre sujetos á las dorias leyes  
del venerado Egimios permanecen.  
El Pindo fue su cuna,  
y dejando sus lares se establecen  
en Amicla, que labra su fortuna;  
y, gloriosos vecinos  
del Tindáride audaz de blancos potros,  
ensanchan con sus armas sus destinos.

¡Oh Jove! que dás fin á la más ruda  
é improba faena:  
haz que limpio renombre  
ciudadanos y reyes del Almena  
conquisten ante el hombre!  
Mediante tus favores,  
el noble soberano que confía  
al hijo una ciudad, justos loores  
de su nación escuche,  
conviértase en su guía

y por su paz y su concordia luche!  
¡Oh hijo de Saturno!  
¡Préstame oído paternal! Concede  
que el lidiador Fenicio  
sobre sus costas sosegado quede,  
y que se eche de menos  
el bélico clanglor de los Tirrenos.  
Básteles recordar los trances crueles  
de Cumas, y el ultraje à sus bajeles,  
cuando el bravo adalid Siracusano,  
desde la borda de sus raudas naves,  
arrojó al oceano  
à la guerrera juventud contraria,  
de ajeno yugo liberando à Grecia  
y de suerte precaria.



Si mi lira ensalzara  
el pérsico desastre en Salamina,  
la gratitud de Atenas conquistara.  
Cantaría de Esparta  
su varonil denuedo  
al pie del Citeron, poniendo en fuga  
al de los curvos arcos, fuerte Medo.  
De Dinomenes à la prole ensalzo,  
cabe la orilla del undoso Himera,  
porque sus bravos hijos confundieron  
à la enemiga multitud guerrera.



Si abundantes hazañas  
encierras al hablar en frase breve,  
ofrecerás un reducido blanco  
à la crítica aleve.  
La hartura, sin tardanza,  
la más vivaz curiosidad embota,  
y de bellas proezas la alabanza  
el corazón del envidioso azota.  
Mas entre envidia y compasión, prefiere  
à la primera, y los gloriosos hechos  
à la reunida multitud refiere.  
A tu pueblo, sin mengua



de la justicia guía, y en el yunque  
de severa verdad forja tu lengua.

Lo que de tí proceda es siempre grave,  
aunque trivial parezca en ocasiones.  
Obrares bien ó mal, tendrás testigos  
fidedignos de todas tus acciones.  
Conserve tu carácter su nobleza;  
y si volar en alas de la Fama  
aspiras, tu riqueza  
en torno tuyo liberal derrama.

Acaricia y halaga  
la adulación: Su víctima no te haga.  
Lo que en la tumba á perdurar empieza  
á historiadores y á poetas dice  
del heroe fenecido la grandeza.

\*  
\* \*

Jamás perecerá la generosa  
virtud de Creso. Por do quier se estiende  
la fama de Falárides, odiosa,  
quien ferreo toro para el martir prende.  
La blanda lira en el festín vibrando  
con acentos sonoros,  
no asociará su nombre  
á la armonía de infantiles coros.

\*  
\* \*

Es la virtud por norma, lo primero;  
el nombre esclarecido, lo segundo.  
Quien de uno y otro bien se posesiona,  
para sus sienes teje en este mundo  
la más preciada y singular corona.

Julio 25 de 1902.



## CORITA

Gárrulo tordo, trovador cruceño,  
fue la dulce Corita,  
ave de aurina plumazón el pecho,  
y de almete de añil la cabecita.

La trajo de su hidrópica comarca  
un colla boliviano,  
que al caminar cantando, le decía  
su quejumbroso yaraví serrano.

El pájaro escuchó muy tristes cosas,  
que daban grima y pena,  
en esa lengua parecida al quichua  
que habla cantando la doliente quena.

Sobre el hombro del rudo caminante  
iba siempre Corita,  
y con sus alas le golpeaba el rostro  
cuando dejaba de cantar su cuita;

O si el indio la coca paladeaba,  
entreabría su pico,  
y con un aletear de mariposa  
piaba por gustar del acullico.

¡Pobre Corita! de la fe pagada  
del intonso cambujo!  
Por tres dineros, al llegar á un pueblo,  
á esclavitud tirana la redujo.

Eran suyas también, prendas queridas  
de las largas derrotas,  
las que se iban... el poncho, las alforjas,  
el tirador de nutria, las ojotas!...

En una soledad abrumadora  
una jaula de alambre;  
y el príncipe de tiorbas y de flautas,  
plañendo, y sin sentir ni sed, ni hambre.

¡Cómo lloró de la nativa selva  
los múltiples encantos!  
el ramage funámbulo del nido,  
donde la brisa le enseñó sus cantos!

La amplitud azulosa de su cielo,  
qué libre recorriera,  
aspirando el perfume de los aires,  
y haciendo de cada hora una quimera!

Por eso, si soplaba aturbonado  
un divago elemento,  
como aguja magnética clavaba  
su pico al norte, en dirección al viento,

Por si algún eco grato le viniera  
de la patria lejana:  
un acento, un rumor, una memoria  
de la yungueña tierra boliviana.

Más al sentirse sólo, dando al aire  
su rica melopea,  
saltando improvisaba nuevos cantos  
con la facunda labia de una almea.

\*

Nunca plañó mas triste que una tarde,...  
nunca plañó mas triste...  
Occiduo sol sus coruscantes gemas  
depositaba en el sangriento quiste.

Invitaba á cantar la hora aquella  
en su serena calma;  
que cuando más dormida está la tarde,  
despierta más la soledad del alma.

Y es que también desde la calle vino  
á sonar en su oído

la lengua de otro tordo, la que hablara  
la madre suya en el paterno nido;

Y piaba, diciendo que viniera,  
clamando que llegara  
esa voz de matico, que en la nueva  
patria de su dolor le fue tan cara.

¡ Si imaginó que aquella voz traía  
á su jaula un ataque!...  
¡ y ya creía picotear la coca  
y aspirar el olor del esturague!

¡ Si apareciöse á la ilusión de su alma  
de ave sin congojas  
el montón verdequeante de sus bosques  
con sus vistosos oropeles de hojas!

Si al pobre nido que labró su pico  
en la rama desnuda  
oyó pedirle su calor de macho  
y el par de huevos de su hembra viuda!

\*

Cada bandada su lenguaje tiene  
su tonada cada ave;  
cada armonioso pico su querella,  
cada garganta su distinta clave.

Aquella voz que de la calle vino,  
en maternal concento  
prorrumpió, cuando el pájaro enjaulado  
confió su carta de reclamo al viento.

Traía el colla boliviano nueva  
mercancia de cantos...  
sus manos desolaron muchos nidos,  
trepando copas, derribando acantos.

Creyó seguro el maternal arranque  
negociar con usura,  
y á casa de Corita encaminose  
con su alada porción de desventura.

Fue tocante el encuentro no previsto  
de las aves canoras.  
Los tordos largo rato murmuraron,  
como cansandas quenas payadoras.

Se dirían mil cosas en su lengua  
de nemorosos rijos;  
que si las madres de las aves lloran  
una rima nupcial dicen los hijos.

No quiso el dueño del matico hacerse  
de la madre de Cora.  
Por compartir la soledad del hijo  
la adolorida boliviana implora.

Llegó la hora de partir. No era  
canto, sino lamento  
lo que su pico balbució... Los collas  
egoistas no tienen sentimiento.

El trance fue más cruel para el cautivo.  
Para las almas, lima,  
y no para los hierros, es el canto,  
Marsellesa del pájaro en la cima.

— Se va la madre;... la prisión no es vida!...  
canta el pájaro, y muere...  
que el último ay! con su flechar de silex  
su corazón de yaraví le hiere.

En la jaula extranjera sólo restan  
fenecidos anhelos,  
y un rítmico montón de plumas de oro  
en medio de luctuosos terciopelos.

La pobre Cora es un clamor helado  
de los yungueños nidos...  
una ocarina indígena callada,  
una chayera flauta sin sonidos.

## LA TOMA DEL PUCARÁ (1)

Es un nueve de Julio. Mucha nieve  
en las quilmeñas atalayas llueve.  
Los picos centellean en los aires  
cual cimborios cubiertos de alboaires.

De la llanura sobre mondo predio,  
inexpugnable al más furente asedio,  
un morro se destaca, coronado  
por trincheras de lasca del pasado.  
Baluarte de indomados aledaños,  
se resiste al embate de los años,  
como que alzó la fortaleza regia  
del Pucará la incásica estrategia,  
en otra edad sobre sangriento risco,  
hoy de la dula silencioso aprisco.

Veinticinco indiecitos en el llano  
al morro, que domina el castellano,  
asedian con indómita bravura,  
y se proponen asaltar la altura.  
Infantes de palmeta y silabario,  
conmemoran el patrio aniversario.  
Ha tiempo combinóse aquel ataque,  
que al mundo colonial pondría en jaque.  
Aportaría cada cual su cuota  
para adquirir su arreo de patriota:  
pantalón de dril blanco, á la rodilla,  
alto quepí, celeste chaquetilla  
y sable de latón, fusil de caña  
para pelear con el león de España...

(1) Fortaleza indígena.

Al general de división un ojo  
falta, y el gefe de brigada es cojo, —  
que perdieron, batiendo á la conquista,  
éste la pierna, el general la vista.  
Para lanzarse á redimir la plaza  
que el infantil ejército amenaza,  
se espera el toque del clarín guerrero  
y los redobles del tambor de cuero.

Un halo polieromo surge y crece,  
y en el orto febeo resplandece,  
y colora la cúspide nublosa  
con una larga pincelada rosa.  
Gritan los capitanes: — ¡á la carga! —  
y creciente elación al pecho embarga,  
y arremeten infantes y ginetes,  
y revientan petardos y cohetes,  
simulando el fragor de la batalla  
y el tronar del fusil y la metralla.

En ágiles despliegues de guerrillas,  
por tortuosos senderos y cuchillas,  
garbosos trepan, con los cuerpos gachos,  
el cónico mogote los muchachos,  
y en marcha baladral corren y saltan,  
y las pircas indígenas asaltan,  
y las abaten con mohinos gritos,  
y dan á los serranos indiecitos  
el nombre bautismal de paladines,  
con su chorro de gloria, los clarines!  
Al calchaquino vencedor aclama  
el maestro de escuela en su proclama,  
y, en ardorosa alocución, la historia  
de un mundo cuenta, con feliz memoria;  
y cada vez que nombra á los hispanos,  
una ruidosa aclamación de manos  
dice que un triunfo nuestro rememora;  
y cuando con voz tímida perora  
las juveniles expansiones crecen,  
y los hurras y vivas le aturdecen.  
— El himno nacional!... dice un acento.  
La tumultuosa voz del regimiento



repite — ¡ el himno ! — y la callosa mano  
de intonso guitarrero barbicano  
el salmo patrio de las glorias mayas  
arranca al instrumento de las chayas.  
Aquel « oid mortales », se cantara  
con la ferviente inspiración del ara,  
tras la tormenta, con el alma á flote,  
por gentes tales, sobre aquel mogote,  
en la olvidada, calchaquina zona,  
y al campurriano són de una bordona !...  
De la última roca se desprende  
inmenso el sol, y por su curva asciende  
como una hostia de luz, que lentamente  
se alza en la misa diurna del oriente.  
El simulacro terminó. En hileras  
bajaron por las rápidas laderas,  
á toque de tambor, los asaltantes.  
Con fugaces discursos las distantes  
campanas celebraban á sus majos,  
batiendo, como locas, los badajos.  
El quilmeño hormigueaba, y el bilicha  
en las aldeas de aguardiente y chicha,  
y bermejeaban sobre un fondo de hojas  
sangrientos ponchos, pañoletas rojas,  
como airones de alegres cardenales  
ardiendo en el nidal de los nopales...

Enero de 1903.



## CUECA

Un olor de albahacas llena la estancia;  
en contrapunto lidian coplas de amores,  
y loca muchachuela, ramo de flores,  
se para frente al mozo, con arrogancia.

El bravo guitarrero su tinto escancia,  
y hace volar su letra, que dá rubores,  
y pañuelito al aire los amadores,  
y cimbrios de talle con elegancia.

Y «pasa al otro lado» flor de la loma,  
que de asolearte tanto te has vuelto seca,  
y has perdido, queriendo, toda tu aroma;

Y dé vuelta la moza como una rueca,  
y «barato»! -- y chispee picante broma,  
que una cueca se muere sin otra cueca.

Enero de 1903.



## LA SECA

Bajo el parral, sentados á la mesa  
el Cura y yo, hablamos breve rato  
de campurrianos temas, de las frutas,  
de la cosecha próxima y del hato.

— Mal año, — dijo el Cura, — el fenecido,  
y peor el que alumbra: no se amansa  
el tiempo indocil, ni al sonar las doce  
el viento norte de soplar se cansa.

Vuelan alto las brunas golondrinas,  
en loca montonera, y nunca ralas;  
no silva el suri, ni sacude el aire  
con los blandos plumeros de sus alas;

Calla la chuña; la plateada luna  
en su halo duerme, y el Ñuñorco truena;  
la nube de la cumbre, diluida,  
sus niveos algodones escarmena.

En cambio, como el año es riguroso,  
y se tuestan las frutas con los soles,  
la viña medra que es primor, y jugos  
de oro dan sus racimos tornasoles.

Donde lo veis, este parral promete  
diez cargas; y los póbres campesinos,  
faltos de reses, y manteca, y quesos,  
buscarán su desquite con los vinos.

Quiera Dios que, pasada la vendimia,  
haga la luna con radiados lampos,

olor de lluvia traiga el sud, y aplaquen  
su larga sed los asoleados campos.

En las higueras los breveros lloran  
su no aplacada gula, y los zorzales  
la semilla del sauco no florido,  
con bucólicos metros desiguales.

Con sus pezuñas escarbando en torno  
de la vertiente, el ganado pasa,  
y el agua que borbota en los helechos  
ó no puede brotar, ó fluye escasa.

Con flores de cardones se alimentan,  
las vacas, y con ulvas y con tunas;  
y la cabruna grey su rastro imprime  
en el hato reseco de las dunas.

La gazuza á las flácidas ovejas  
hace dejar la añora sin sustento,  
y una senda de lana en los latares  
guía al pastor que va en su seguimiento.

Ocioso pace el bucy. Resguarda el cerco  
en lugar de labranzas, añojales;  
caen al suelo los frutos inmaturos  
del durazno en los secos oquedales.

Negra linea de cóndores camina,  
y por su arco descende con falacia,  
y un clamor becerril á las exhaustas  
madres advierte la común desgracia.

Los ven las vacas descender, y en guarda  
se ponen con sus cuernos; pero alientos  
para agredir ó rechazar les falta  
al fatídico ejército de hambrientos.

Mientras la inundación cubre la Pampa,  
de nuestros rios está seco el cauce,  
y envuelto en lutos amarillos gime  
sobre la margen arenosa del sauce.

¡Paciencia, buen Señor! Oye á tu Norte  
cual te implora con frases compasivas.  
Que de las torres el clamor te mueva,  
cuando sus bronces baten rogativas! —

Enero/1903.





## LA REINA-MORA

Cuando cantas, Reina-mora,  
con matutino derroche,  
se hace más corta la noche  
porque se alarga la aurora.

Cuando ensayas por la siesta  
pico y garganta de artista,  
tu árbol ¡oh gran flautista!  
á las doce está de fiesta.

Si murmuras tus amores  
ó dices tu desencanto,  
es el chorro de tu canto  
cual serpentina de flores.

Tanta miel en cada nota  
tiene el panal de tu arte,  
que el halcón, por escucharte,  
suspense en el aire flota.

Cuando hieres tus violines  
te aclaman en los sauzales  
una corte de zorzaes  
y una turba de crespines.

Las calandrias, en conflicto,  
se oponen á que te aclamen;  
mas en público certamen,  
unánime veredicto,

Premia con votos discretos,  
en la justa desigual,

con la rosa natural  
tus eróticos sonetos;

Que brilla en la selva umbría  
tu canto, cuando ha sonado,  
astro de rimas, rodeado,  
por un halo de armonía.

Febrero de 1903.

## PÁGINA ROJA

Facundo, en los ejidos de la villa,  
se alberga bajo un tala.  
El Tigre de los Llanos menosprecia  
los coloniales lujos de la sala.

Clava á su lado la ferrada lanza,  
temida en la derrota;  
y el trapo federal, color de sangre,  
sobre su carpa de guerrero flota.

Una docena de unitarios, yace  
en la cuadra, en capilla,  
aguardando con fúnebres insomnios  
que reverbere el sol en la cuchilla.

Un grupo de doncellas se encamina  
tras sus padres y hermanos...  
viene á implorar conmutación ó gracia  
del insaciable Tigre de los Llanos.

Se apresuran las vírgenes, en la hora  
infausta de su suerte...  
Las coloradas hordas las reciben  
con su canción de « Religión ó Muerte ».

Y el alma de las vírgenes se llena  
de indefinible espanto...  
sangrientas telas los soldados visten  
y sangre pide aquel maldito canto.

Y al pasar de una carpa á otra carpa,  
ó de un cubil al otro,

dan con el general de la barbarie,  
sentado en el apero de su potro.

La impresión que le hiciera el femenino  
encuentro inesperado,  
no se pudo leer en el semblante  
hosco y glacial del general barbado.

Mas no relampaguearon sus pequeñas  
pupilas de serpiente,  
ni su atávica rabia de llanero  
le hizo dar, sin querer, diente con diente.

Después de un breve rato de silencio,  
mortal para las bellas,  
habla Facundo con melosa frase,  
infundiendo confianza á las doncellas.

Tanta beldad pondera. A una y otra  
por su turno interroga,  
En tan fausta ocasión las damas tocan  
el corazón sin fondo de Quiroga.

— ¿Cómo negarme á femenino ruego? —  
el general contesta,  
— ¿si perdonar es tan humano y facil,  
y si ser duro y cruel es lo que cuesta? —

Mas no acabó de terminar la frase,  
cuando nutrida y larga,  
entre inflamada y repentina nube,  
tronó en el aire la fatal descarga.

Es tarde! es tarde yá! — dice Facundo,  
sereno é impasible...  
Las doncellas, saliendo de su carpa,  
lanzan un grito de sorpresa, horrible!

Por las campiñas desoladas corren,  
tapándose los ojos...  
Temen ver palpar la carne suya  
en el montón de fúnebres despojos.

Recién cuando penetran á la villa,  
recobran los sentidos...  
se fue ya el zafio general riojano,  
y le reemplaza el cuervo en los ejidos.

Mas vueltas de su espanto, aún en horas  
ven de sueño profundo  
el trapo federal, el fosco cuervo,  
y el impasible rostro de Facundo.

Febrero de 1933.



## NÓ!—

### EL GRITO DE LA RAZA

Los castellanos salvan los últimos escollos,  
en lucha desigual;  
los indios se desbandan, tocando sus pingollos,  
porque no pueden más.

Y en la torre de piedra resístese el Curaca  
con épico valor,  
que no es la fortaleza mal sitio para huaca,  
si vence el español.

Insultan á los suyos, y motejan de viles,  
porque huyen de la lid,  
tres indias que no cejan, tres bravas yocaviles  
de Juan de Calchaquí.

El enemigo llega, con repetidas cargas  
al índico torreón,  
y la silbosa flecha, golpeando en las adargas,  
no inmuta al vencedor.

Cae el viejo Curaca. La bala ha traspasado  
su cota de algodón.  
Las indomables indias pelean á su lado,  
hasta que se hunde el sol.

La sombra va trepando, como una ola de muerte,  
las gradas del talud.  
Al indio agonizante mutilan en el fuerte  
los heroes de la cruz,

Y á las porfiadas hembras en las humeantes ruinas  
intiman rendición;  
pero en sublime arranque las fieras heroínas  
respóndenles que nó!

Y ya cuando los blancos á asirlas con su mano  
de los cabellos van,  
escupen la mejilla del gefe castellano,  
por insultarlo más.

Descarga atronadora, quemando sus melenas,  
reprime su altivez,  
y fluye torrentosa la sangre de sus venas  
en su cobriza piel.

Muy cerca está una roca, y un precipicio luego  
que corta el Pucará,  
fosca sima en que anda, sobre onagro de fuego,  
por la noche el Supay.

La roca es un refugio, y en el abismo obscuro  
está la salvación.  
Las inmórtales trepan al plinto, y su conjuro  
pronuncian, á una voz;

Y dándose un abrazo de eterna despedida  
se lanzan al cubil  
del genio de la sombra, legando con su vida  
su gloria á Calchaquí!

El inaudito lance de la rendida plaza  
confunde al español,  
y más, cuando repiten los gritos de la raza,  
desde los fondos: nó...! —



## EN UN ALBUM

Así como las nieves de la sierra  
En caudalosos ríos se desatan,  
Y agitan, en un día de Pampero,  
En el Estuario su diluvio de aguas:  
Así, todas las nieves de la vida  
En ríos de dolor al mundo bajan,  
Y en el Estuario de la Historia encrespan  
La diluvial marca de su nada.

Setiembre de 1903.



## A UN POETA LAUREADO

Damián, Damián: el aurea copa vuelca  
en el altar de aquel que en Xanto lava  
la rubia cabellera, y dí su nombre  
en libación profusa,  
Que yo he oído á vocinglera Fama  
tu triunfo dar al viento, y nota pía  
de tu sonoro labio unirse al himno  
del coro de Helicon.

Desde la cima de tu ideal, en oda  
que las celestes Piérides labraran,  
derramas el caudal ondisonante  
de cristiana armonía.  
Tus cantos son como fugaces mieles,  
y beber en la linfa de tus versos  
muy más me place que en alegre cuba  
de Lesbos y de Scío.

Cantas á Roma, y la segur Albana,  
y al rumor de tu cólera, Citera  
refrena el vuelo de sus blancas cisnes  
porque una Madre llora.  
Cantas á Marte, y con ferrada silva  
su casco rompes, su taja te espada;  
y á los pies de tu Cruz devoto ofreces  
vil y pagano fierro.

Luego traspones la columna de Hércules;  
mirra quemas en Palos, señalando  
la estela de la nao, que en la onda salta  
como el herido toro;

Y loas á tu Cruz en tierra Indiana,  
que el liburno bajel del gran Cristobal  
remolcando llevose á playa Hisperia  
á redondear el orbe.

Temple tu lira el armonioso Apolo,  
risas te brinden las aquivas Gracias  
y sus formas olímpicas la reina  
de Paphos y de Gnido.  
Y otra vez canta ¡oh Dafnis de las Islas!  
que en cambio te daré blanda zampona,  
cual la de nueve voces de Menalcas,  
grata á Pan y las Driades.

No crepitante mar, ni negros vientos  
tu Musa cante, fulminando su ira;  
que en quietas linfas moduló sus odas  
Divo cisne de Ofanto.  
Dí las glorias de Priapo y de Ceres,  
y loa de la Paz opímos frutos,  
mientras la araña en los ferrados yelmos  
trame su leve tela.

Tu sonante laúd inspiren siempre  
la armipotente Andina, patria tuya,  
el argentino Sol de tu bandera  
y las tumbas heráldicas.  
A Febo canta, á la turgente espiga,  
al caprípede sátiro festivo,  
á la aldeana, color de miel hiblea  
y á los bueyes humeantes.

Virgen torrente, así, nazca tu oda,  
truene tu inspiración, y se desborde,  
y en heleno caudal se precipite  
desde el Andes al Plata.  
Crezca el laurel para ofrecerte sombra,  
déllico gajo adorne tus cabellos,  
y en alas de tu Númen te levantes  
glorioso, hasta los astros.

Agosto de 1898.

## ATARI!....

*Mamaita huañocheranco*

— *Atari, atari!* mi madre,—  
gritó el pequeño huanaco,  
en su agorero relincho  
agudos alertas dando.  
El aire de las yaretas  
algo le dijo de extraño,  
algo que nunca supieron  
sunchos, y salvias y cardos.  
— Mira, mira allá muy lejos,—  
dijo, trepando un peñasco,  
y recorriendo una á una  
las sendas de los collados.  
Luego oyó vagar un ruido,  
como un confuso aletazo,  
como el gotear en las grutas  
del humedal del Ambato,  
como el caer de la nieve  
sobre las hojas del payco.  
Brilló en la senda un escudo,  
cual ojo de agua en los pastos,  
y como escama de estrellas  
brillaron yelmos y cascos.  
No eran las armas del indio,  
ni sus vistosos penachos,  
de grises plumas de suri,  
ni sus cetros venerados,  
ni sus arreos de pieles

aquello que vió el huanaco :  
ni resplandece el Llastay,  
ni hay Supays de rostro blanco.  
— Ya suben, suben y suben, —  
ligerito, al trote largo,  
dijo el teke nuevo y un relincho  
lanzó agudo, dando un salto.  
— Calla, calla, oh hijo mio !  
no delates nuestro campo  
á los dientes de la llama  
y á los cuernos del venado.  
Flor de cardón estás viendo ;  
vén á gustar de mis pastos —  
Y aparecieron de súbito,  
interrumpiendo aquel diálogo,  
los ardientes Viracochas,  
como legión de relámpagos,  
é hirieron sus arcabuces  
á la madre del huanaco.  
— Huye !, huye ! teke, teke, —  
dijo el rumiante expirando,  
y por sendas ignoradas,  
por mesetas y collados,  
corrió, gritando el pequeño :  
— *A mi madre la mataron !* —

Cuentan hasta hoy que en las cumbres,  
donde pacen los huanacos,  
que al hallarse el indio sólo,  
como un clamor del pasado,  
murmura el agua que brota,  
dicen la peña y el árbol,  
y el aire, si solo hay cielo :  
— *A mi madre la mataron !*

## LA MAYA

Imitación de Tennyson.

Que os despertéis es preciso,  
y que me llameis temprano,  
temprano, madre querida;  
mañana será el más grato,  
será el día más dichoso  
de todo el alegre año,  
de todo este año nuevo  
madre, el más lleno de halagos,  
el más placentero día,  
porque voy á ser, ya claro,  
reina del Mayo, mi madre,  
voy á ser reina del Mayo.

Se ven muchos ojos negros,  
dicen todos; pero en vano  
cual los míos tan brillantes,  
se hallarán entre ojos tantos:  
ahí están Carolina,  
María, llenas de halagos,  
Catalina y Margarita;  
pero no hay en estos prados  
cual la de Alicía belleza;  
así es que yo me proclamo  
reina del Mayo, mi madre,  
voy á ser reina del Mayo.

Durante toda la noche  
tan hondamente descanso,

que no despertaré, madre,  
si no es bien fuerte el llamado  
al despuntar de la aurora;  
tengo que hacer muchos ramos  
de flores y de pimpollos,  
y que tejer con mis manos  
las más vistosas guirnaldas,  
porque voy á ser ya claro  
reine del Mayo, mi madre,  
vov á ser reina del Mayo.

Cuando yendo valle arriba  
á casa guiaba mi paso  
¿á quién pensais que yo viera,  
sinó á Robín, apoyado  
sobre el puente del camino,  
debajo del avellano?  
Sin duda recordaría  
que mis ojos lo miraron  
ayer tan heladamente;  
mas voy á ser, sin embargo,  
reina del Mayo, mi madre,  
voy á ser reina del Mayo.

Tal vez me tomó por sombra,  
porque iba toda de blanco,  
y sin murmurar palabra,  
tan rápida como el rayo,  
pasé por donde se hallaba.  
Dicen todos, murmurando,  
que de crueldad hago alarde,  
y que á insensible me llamo;  
mas no importa lo que digan;  
voy á ser en todo caso  
reina del Mayo, mi madre,  
voy á ser reina del Mayo.

Dicen que Robín se muere  
de amor, por mí desdeñado,  
mas todo eso es imposible;  
dicen que en dias amargos  
le abruma la pesadumbre:



mas ¿qué me importa su daño?  
No habrán de faltarme nunca  
en la comarca muchachos  
más intrépidos que aquel  
que me llenen de reclamos:  
yo voy á ser reina, madre,  
voy á ser reina del Mayo.

Llevaré de compañera,  
mañana á los verdes campos,  
a mi cara, pequeña Effie,  
y vos habeis de encontraros  
entre nosotros, mi madre,  
para que veais cuando el mando  
de reina se me confiera,  
pues vendrán de cortesanos,  
desde lejos, los zagales  
á ver la fiesta del año.  
Voy á ser reina, mi madre,  
voy á ser reina del Mayo.

La madre selva ha tejido  
los ramages de su tallo,  
formando undosa glorieta,  
y en las acequias del prado  
la cardámina olorosa  
florece en menudos ramos;  
la humilde yerba — centella,  
como fuego está brillando  
en las cabernas oscuras  
y en medio de los pantanos.  
Voy á ser reina, mi madre,  
voy á ser reina del Mayo.

Fresco viento de la noche  
va y viene susurrando,  
y suavemente sopla  
sobre las hierbas del campo;  
y al pasar sobre los valles,  
los dulces, dichosos astros,  
parece que se avivaran  
con resplandores más claros.

No caerá una gota de agua  
durante ese día largo.

Voy á ser reina, mi madre,  
voy á ser reina del Mayo.

Pues despertar es preciso,  
y que me llameis temprano,  
temprano, madre querida;  
mañana será el más grato,  
será el día más dichoso  
del alegre nuevo año,  
de todo este año nuevo,  
madre, el mas lleno de halagos,  
el más placentero día,  
porque voy á ser, ya claro,  
reina del Mayo, mi madre,  
voy á ser reina del Mayo.

## LA VÍSPERA DE AÑO NUEVO

Sí llamadme bien temprano,  
si despertais, madre amada,  
pues quiero al sol esplendente  
de Año Nuevo ver cual se alza.  
Es el último Año Nuevo  
que se mostrará á mis ansias.  
Después podeis colocarme  
en la honda fosa mundana  
del obscuro cementerio,  
y dejarme allí olvidada.

Esta tarde ví ponerse  
al sol envuelto en su grana;  
se puso, al buen Año Viejo  
dando por siempre la espalda,  
al feliz tiempo pasado,  
y á toda la paz de mi alma.  
Y el Año Nuevo se acerca,  
y no he de admirar las galas  
del endrino florecido,  
del arbol de verdes ramas.

En Mayo último tejimos  
de flores una guirnalda:  
fue un dia de jolgorio;  
en las verdes hondonadas,  
debajo del blanco espino,  
aclamóseme la Maya:  
en el bosque de avellanos  
y en el rio, fue la danza,  
hasta que la Osa Mayor  
luciera sobre las fábricas.

No hay flores en los collados,  
con hielo el cristal se empaña:  
vivir quiero hasta que vuelvan  
ay! las campanillas blancas.  
Deseo que se derrita  
la nieve, y otra vez nazca  
el sol con sus resplandores.  
¡Son tan crecientes mis ansias  
por ver una flor, siquiera,  
antes de ser sepultada!

Atareada la corneja  
en hacer nido, en las ramas  
graznará de olmo gigante;  
el frailecillo sus arias  
ensayará en los barbechos,  
y sobre las olas canas  
volverán las golondrinas  
en estío, y solitaria  
en tanto estaré yo, madre,  
consumiéndome en la nada.

Por la mañana temprano  
sobre la vieja ventana  
brillará de la parroquia  
el sol, y sobre mi lápida,  
antes que los rojos gallos  
den su canto en la montaña.  
cuando en el lecho caliente  
esteis al sueño entregada  
y todo el mundo se halle  
reposando en dulce calma.

Cuando hayan vuelto las flores,  
no me vereis, madre amada,  
vagar ya por las campiñas,  
del crepúsculo á la escasa,  
muriente luz, cuando el viento  
estival barre las áridas,  
yermas campiñas, y besan  
con fresco aliento á las plantas

del aveno, á las enéas,  
y á las verdes espadañas.

Me enterrareis, madre mía,  
á la sombra hospitalaria  
del blanco espino, y vendreis  
una que otra mañana  
á ver mi humilde sepulcro.  
No quedareis olvidada  
por mí, madre; he de sentiros  
cuando pase vuestra planta  
sobre mi fría cabeza,  
hollando la hermosa grama.

Fuí caprichosa y rebelde;  
pero vengo hoy en demanda  
de perdon; besadme, madre,  
y perdonadme mis faltas  
antes de que yo me muera.  
¡Oh no lloreis! — la desgracia  
no os agobie; mi pérdida  
no os atlija, madre amada,  
pues fuera de mí teneis  
una otra hija que os ama.

Si es posible, madre mía,  
he de dejar mi morada;  
y aunque no podais mirarme,  
veré vuestra faz tan cara;  
y aunque no me sea dado  
murmurar una palabra,  
cuanto digais he de oiros:  
yo he de seguir vuestras plantas  
cuanto mas lejos me viereis,  
creyendome á la distancia.

Buenas noches, madre mia!  
buenas noches! Cuando haya  
dicholas ay! para siempre,  
y me veais transportada  
más allá de los umbrales,  
no consintais que mi hermana

Elle venga á visitarme,  
antes que la hierba nazca  
so mi tumba. Mejor hija  
será ella que yo, y más grata.

.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....

Buenas noches, madre mía.  
Despertadme antes que nazca  
el día. Toda la noche  
yazgo sin sueño, y al alba  
me duermo; pero quisiera  
ver salir al sol sin mancha  
sobre el alegre Nuevo Año;  
y si el sueño no os embarga,  
recordadme bien temprano,  
bien temprano, madre amada.

### CONCLUSIÓN

Pensé morir mucho antes  
y aun mi vida no se acaba,  
y oigo el balar del cordero  
que en estas campiñas pasta.  
Recuerdo cuán tristemente  
nació la primer mañana  
del año! Creía entonces  
morir antes que llegaran  
las pálidas campanillas,  
y ya las violetas se alzan.

Dulce es la nueva violeta,  
medio escondida en las gramas,  
y todavía más dulce  
me parece cuando balan  
los jóvenes corderillos,  
aquí en el lecho postrada:  
bello es cuanto nos circunda,  
y son las flores muy gayas,  
más que á la vida, á la muerte,  
quiero en mi anhelo de marcha.

Parecíame al principio,  
tan penoso la luz diáfana  
no veo más del sol, y ahora  
duro es dejar la jornada;  
la voluntad, no obstante,  
de nuestro Señor se haga.  
Mas pasaré poco tiempo  
sin la libertad ansiada,  
y el buen hombre, el sacerdote,  
paz me brinda en sus palabras.

¡Sean benditos su canto,  
y sus cabellos de plata!  
¡bendita sea su vida,  
hasta que á hallarme se vaya!  
Oh! que caigan bendiciones  
sobre esa tan noble alma  
y su plateada cabeza!  
Mil veces cuando se hallaba  
de hinojos junto á mi lecho,  
le bendije en mis plegarias!

No oí del perro el aullido  
ni del grillo la voz áspera;  
mi fin á sido anunciado  
de una manera más grata  
cuando la aurora las sombras  
á ahuyentar comenzaba.  
Sentaos junto al lecho, madre,  
y al otro lado Effie cara.

Vuestras manos en las mías  
y oid mi fin cual se presagia.

Durante aquella de Marzo  
borrascosa madrugada,  
escuché que desde lo alto  
los ángeles me llamaban :  
era al ponerse la luna :  
por densas sombras opacas  
se hallaba envuelta la tierra :  
se oyó el susurrar del aura,  
y parecióme que un ángel  
hizo un llamado á mi alma.

Por que estando bien despierta,  
me puse á pensar en ambas ;  
en vos y Effie, pareciéndome  
que os vi en el hogar sentadas,  
y con vestidos de luto.  
Nadie mi silla ocupaba,  
Rogué, entonces, por vosotros  
resigneme, y una extraña  
música sentí acercarse  
del viento traída en alas.

Yo escuchaba atentamente,  
creyéndome alucinada.  
Oyose una voz, entonces,  
que me dijo unas palabras ;  
mas no pude comprenderlas ;  
estremecióse mi alma  
de gozo, y oí de nuevo  
salvando más la distancia,  
la música que venía  
del viento traída en alas.

Estabais durmiendo, y dije :  
— « Esta música tan grata  
es para mí, no para ellas » ;  
y si tres veces estalla  
tomarela por presagio.  
Sonó de nuevo la sacra



armonía de los cielos,  
y llegó hasta mi ventura.  
Remóntase luego á lo alto  
y entre los astros se apaga.

Creo, pues, á no dudarlo,  
que mi muerte está cercana.  
De no errar estoy segura,  
Sé que esa música santa  
siguió el camino de arriba,  
que irá á recorrer mi alma.  
Lo que es yo, no sentiría  
morir hoy mismo; á mi amada  
y pobre madre consuela,  
cuando yo, Effie, muerto haya.

¡Oh, mirad! el sol ya sale;  
está el cielo tinto en llamas;  
vivísimos resplandores  
iluminan las campañas.  
No he discurrir por estas  
cual lo hiciera otras mañanas.  
Otras manos que las mías  
han de coger, cuando se abran,  
las bellas silvestres flores  
que al valle cubren y esmaltan.

¡Oh cuan dulce y cuan extraño  
parece que la palabra  
dicha ahora, pueda hallarse  
más allá del sol que abrasa,  
antes que el día termine,  
alla en la eterna morada  
del alma sincera y justa!  
¿Y por qué nos es tan cara  
la vida? por qué la muerte  
tanto y tanto nos espanta?

Vivir por siempre en aquella  
morada celeste y sacra;  
allí esperar poco tiempo  
hasta que vos y Effie vayan:

yacer en la luz de Dios,  
como yazgo en vuestras faldas!...  
Allí no asecha el malvado;  
reposa allí quien se cansa.

Marzo de 1899

# EL EJÉRCITO DE LOS ANDES

CANTO LAUREADO  
EN EL CERTAMEN HISPANO - AMERICANO  
QUE LA ACADEMIA LITERARIA DEL PLATA  
CELEBRÓ EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES  
EL 30 DE AGOSTO DE 1903



# CONCURSO HISPANO-AMERICANO

DE LA

## ACADEMIA LITERARIA DEL PLATA

Buenos Aires, Agosto 31 de 1903

### VEREDICTO DEL JURADO:

• El Jurado ha adjudicado el PREMIO á la poesía cuyo lema es: **CANTE LA MUSA NACIONAL, Y CON ACENTO ARGENTINO, LAS HAZAÑAS DE NUESTROS MAYORES**, no solamente por encontrarla superior, en su género, á todas las demás composiciones presentadas, sino por tener ella misma verdadero valor literario, por la belleza de las ideas, la galanura del estilo y la armonía de la versificación en que está escrita.

Hay en las descripciones del cuadro, en que se bosquejan los preparativos de la expedición libertadora en los campos del Plumerillo, graciosa naturalidad en la composición, riqueza en el colorido, propiedad en todos los detalles y mucho sabor regional, verdadero sentimiento nacional en todo su conjunto ».

Firmado: — CAMILO M. JORDÁN, S. J. — DR. SANTIAGO I. O' FARREL — DR. ERNESTO E. PADILLA — DR. INDALECIO GÓMEZ — INGENIERO JUAN DE LA CRUZ PUIG.



AL  
SEÑOR MINISTRO DE LA GUERRA  
CORONEL PABLO RICHERI,  
QUE OFRECÍO EL BRONCE ARTÍSTICO  
«LA PAZ Y EL TRABAJO», CON  
EL CUAL FUE PREMIADA  
ESTA OBRA, DEDICA SU  
CANTO EL AUTOR,  
A. Q.





## EL EJÉRCITO DE LOS ANDES

*Cante la musa nacional, y con acento argentino,  
las hazañas de nuestros mayores.*

Su plan de cóndor, de tan vasto aliento,  
el Misionero silencioso fragua.  
No son valla los Andes á su intento,  
ni la rugiente inmensidad del agua.  
Inca Yupanki tramontó la sierra,  
y Villac Humu con Almagro el Viejo  
vadearon las nieves, sojuzgando  
la del Promauca poderosa tierra,  
de espadas y de yelmos al reflejo.  
Y sobre el mar Pacífico, Pizarro  
entregó á los tritones del abismo,  
sin freno y brida, su velero carro,  
sintiéndose espantado de sí mismo.  
La Cordillera en cada invierno espesa  
sus aluviones de perpetuos hielos,  
y en cada tempestad el mar ensancha  
su no sujeto límite iracundo ;  
que aquella escala cielos y más cielos,  
y el agua precipita su avalancha  
sobre la curva tropical del mundo.  
Y el Misionero silencioso calla,  
y en la andina ciudad retiene el día  
de su primera y su triunfal batalla,  
que no es hora propicia para el golpe  
la de un pálido sol de mediodía.

A laborar aprisa, y sin sociego,  
en el callado invierno sin alarmas :

al fúsil hierro someter al fuego,  
y convertirlo en vengadoras armas;  
á no dar tregua en la ciudad patricia,  
ni en el parque y taller del Plumerillo,  
á la fragua, al batán, al yunque, al molde,  
á la aguja, á la lezna y al martillo.  
Y á maniobrar de sol á sol. Mendoza,  
con pie seguro en sus movibles valles,  
es un gran campamento; vivaquean  
cambujos y libertos en sus calles;  
los cholos de reveldes alardean,  
cantan contra su rey, y de las viñas  
en odres beben los cuadrienios jugos,  
y en las dulces miradas de las niñas  
uncen de nuevo los odiados yugos.  
— ¡ Todo el mundo á caballo, y en campaña! —  
truenan un clamor de la argentina tierra;  
y todo el mundo se alza contra España  
con el dilema — ¡ independencia ó guerra!  
El bravo montañés, el heredero  
de los dolores de la extinta raza,  
en atizar los odios contra el godo,  
en franca rebelión, es el primero.  
Su varonil espíritu rechaza  
dominaciones, servidumbres... ¡ todo  
ó nada! — quiere en el natal refugio  
de sus bohíos, que el rencor le abruma...  
¡ y á borrar el baldón de Vilcapugio,  
y á vengar la vergüenza de Ayohuma!  
De valle en valle la noticia cunde  
que el Salvador apareció en Mendoza,  
y por llanos y sierras se difunde;  
y entre el continuo circular del mate,  
junto al fogón de la ignorada choza,  
las mentas hablan de un triunfal combate.  
¡ Y adios Castilla con sus bravos godos,  
alféreces, justicias, regidores,  
impuestos, alcabalas y tributos,  
y forzados servicios y rigores,  
monopolios de oficios y de frutos,  
y cuanto grana y cuanto espiga el suelo  
para fomento de las arcas reales!

¡Y adios fueros de doctos y de usías,  
fernandinos escudos y blasones,  
prebendas senoriales, regalías,  
tapadas, y tenorios y balcones!  
¡Y adios, oh linajudo castellano,  
que seda y raso y damasquinos gastas!  
¡Y el poncho valga, el barragán indiano  
la patria urdimbre y el hechizo lienzo,  
que ya proclama la igualdad de castas  
el criollo sableador de San Lorenzo!

En ciudades, y villas y campañas,  
con un ir y venir de gratas nuevas,  
mozos, viejos, paquetes y paisanos  
se empiezan á alistar para las levas,  
jurando no amainar en la batida  
de obligado desquite á los hispanos.

Con voz tonante, en el villorio, el cura,  
á la sombra del tala centenario,  
á la patria proclama, da lectura,  
reuniendo en asamblea al vecindario;  
y al estallar la exclamación, un mozo,  
que en las filas patrióticas milita  
y en arengar al pueblo se ejercita,  
arrebataando aquel papel, se lleva  
el viril documento en que palpita  
el alma joven de una raza nueva,  
y entrando á la cercana pulpería  
vuélvense, el pueblo una hermandad de amigos,  
una constante vidalita, el día,  
la noche, un largo retrucar de obligos.

Desde Jujuy notábase y las Punas  
un indemne, insumiso movimiento,  
que á la región andina sacudía  
el vórtice de un grande pensamiento  
con los nuevos ideales y fortunas.

Los de Salta y Jujuy bajan del Norte  
montados en los briosos redomones  
del gaucho Güemes, con airoso porte,  
á un quejumbroso yaraví arreglando  
el metro de las bélicas canciones.  
A la mitad de su camino alcanzan

al tucumano, que con firme empeño  
abandona su obraje en los laureles  
y sus sulcos de caña; al santiagueño,  
que no lleva otro avío que sus ojos,  
atisbadores de la huyente abeja  
que labra en troncos de simbol sus mieles;  
tras ellos van los criollos del Ambato,  
gastando el lujo de sus ponchos rojos,  
y encomendando, al clarear el día,  
el multiplico semestral del hato,  
la suerte de sus hijos á María;  
y luego sigue el perspicaz riojano,  
que al tranco salva las llanuras secas,  
al desamparo de su cielo glauco,  
silbando gatos, tarareando cuecas  
de las vendimias de su dulce Arauco;  
y el cordobés audaz, que en su tonada,  
alardeadora de sus doctas luces,  
se pinta con sus mañas de paisano,  
viaja á la par del corredor puntano,  
insigne en las batidas de avestruces.  
Y aquella romería se encamina  
á la ubertosa tierra de alamedas,  
do medra el enviciado carolina,  
do el olivo y la vid se dan abrazos,  
y la morera mueve con sus brazos,  
la rueca de oro del telar de sedas.

¡Salve oh raza de heroicos montañeses!  
mohinos y aguerridos luchadores,  
ya azoten vuestra carne los reveses,  
ó la lid os aclame vencedores!  
Por vosotros culmina la existencia  
de esta gran patria de las patrias todas;  
vuestro brazo labró la independencia,  
y, como estatua colosal de Rodas,  
la eligie secular de nuestra gloria,  
para que fuese en los futuros tiempos  
el grande monolito de la historia!  
Para tanto luchar, y caer luchando,  
para tanto vencer, y ser vencido,  
desde Mayo triunfal hasta Ayacucho,

es relegaros al ingrato olvido  
compensar tan mirílicas hazañas  
con el mísero bronce de Falucho,  
cuando sobra metal en las montañas!

Por todos los caminos y las sendas  
arriba van los insurgentes,  
é invade los cuarteles de la villa  
indomeñable multitud de gentes,  
las que dejando el arrapiezo gaucho,  
el burdo poncho y el sombrero aludo,  
se visten con los bélicos arreos,  
que laboraron las gentiles manos;  
y al retribuir el militar saludo  
ostentan en los parques y paseos  
su apostura marcial de veteranos.

Sus soldados, por cientos y por miles  
el Misionero silencioso cuenta,  
y en las tendidas líneas y desfiles  
mira aumentar su ejército, á medida  
que su fé en la victoria se acrecienta,  
y el día llega de lanzar su gente  
á la grande, invencible arremetida,  
precipitando sobre el otro lado  
de espadas y de sables un torrente,  
que correrá sonante y desbordado,  
á la luz incendiaria del Antuco,  
buscando al Maipo para ser su afluente,  
después de abrirse cauce en Chacabuco!

¡Cuál latiría el íntimo sensorio  
del silencioso Capitán rebelde  
al mirar realizarse « su secreto »,  
que el orbe fustigara de ilusorio,  
si saliera á la luz enorme y grande,  
de tan magnas y vastas proporciones  
cual su gigante obstáculo del Ande,  
la colosal vallada de aledaños,  
que confunde y separa las naciones,  
repartiendo los siglos y los años.  
¡Y qué mundo de raras emociones  
no describiera su imborrable curva  
en derredor del sol de sus anhelos,

al contemplar la cintilante turba  
de los fulgentes astros de los cielos,  
que en su triste soñar de peregrino  
en la patria infeliz de sus abuelos,  
le hablarían de Dios, y su justicia,  
de la lucha, y su obscuro desenlace,  
el mundo colonial que se desquicia  
y del mundo de América que nace!

¡Paso al invicto Capitán y ¡plaza!  
á los bisoños tercios que le siguen,  
y que fusil al hombro y sable en mano  
el gran ideal de libertad persiguen  
para todas las patrias oprimidas  
á lo largo del suelo americano!

La disciplina ingénita transforma  
al montañés intonso en veterano,  
á la mesnada rústica en milicia;  
y á toque de tambor en línea forma  
la zafia y grande división patricia,  
que al rumor de ardorosas clarinadas  
camina y anda, evoluciona y mueve  
su mar de bayonetas afiladas.

¡Cómo al patriota espíritu conmueve  
é inspira aquel ejército formado  
de un día al otro, con genial empeño,  
en la historia del mundo destinado  
á realizar la idealidad de un sueño!  
¡Vadear los ríos, ascender montañas,  
salvar desfiladeros, repitiendo  
del Africano y Corso las hazañas;  
convulsionar las oprimidas tierras;  
dominar horizontes y confines,  
caminando por rutas de victoria  
el puñado de heroicos paladines  
que llegan á codearse con la gloria:  
izar el blanco y el celeste trapo  
en la torre del gótico castillo,  
entregando á las plebes, hecho harapo  
el pabellón, de rojo y amarillo, —  
el glorioso y simbólico estandarte  
del honor, de la fe, de la aventura,  
de la guerra, la náutica y el arte;

llegar del mar á la extensión undosa,  
y de argonauta en una frágil quilla,  
medirse con la mar estrepitosa,  
y apresar, y dar caza diariamente  
á los veleros barcos de Castilla,  
aunque se oponga la tormenta al frente ;  
ir, y bajar en la lejana orilla,  
donde se duermen los incaicos soles,  
y abrirse paso, mutilando yelmos,  
mellando espadas y quebrando lanzas  
por entre muchedumbres de españoles,  
para tomar la victoriosa senda  
de las nuevas fortunas y esperanzas ;  
y avanzar por la arena y por la nieve,  
y levantar la blanquecina tienda  
sobre el panal del congelado pico,  
y en el gran humedal del Apurimac  
y en la hidrópica selva del matico,  
dormirse con el sueño de las dianas,  
y aparecerse la visión del Rimac,  
cuando la noble y colonial matrona,  
al grito victorial de sus campanas,  
deshoja el mirto de su real corona ;  
cortar la línea equinoccial á sable,  
y aventurarse á Guayaquil y Quito,  
y dominar, en día memorable,  
con su bandera desplegada al viento,  
la cónica atalaya de granito  
del deslavado Chimborazo, que hunde  
su aturbonada sien, que el rayo azota,  
en el piélago azul del firmamento !...  
Ah !... parece imposible tanta hazaña,  
al meditar que el gaucho es el que vence,  
y es el vencido nuestra madre España !...  
la nieta de Alarico, engendradora  
de los Carlos, Felipes é Isabeles,  
la venerada y secular señora  
que, al andar victoriosa por el mundo,  
para besar su planta se inclinaron  
las copas de los mirtos y laureles !  
Mas la trompeta de la diva Clío  
llena de salmos el azul profundo,

y en la inmensa elación de tanta gloria,  
en su carrera se detiene el mundo  
para oír la gran década de historia!...

Pasa el invierno frígido y brumoso,  
y ostenta la aterida Cordillera  
su espléndida canicie de coloso.  
La mira el Misionero silencioso  
circunscribir el límpido horizonte,  
y anonadado al verse tan pequeño  
midiendo su estatura y la del monte,  
murmura sin cesar: « esa montaña  
no me ha dejado conciliar el sueño! »

El día de la marcha contra España  
se va acercando, ¡ memorable día!  
Ya quema el sol de la argentina tierra,  
enjoyando la era labrantía;  
ya derrama su lágrima de duelo,  
en el indigo pico de la sierra  
el rubro Vesper de araucano cielo;  
ya en el peñasco enjalbegado y yermo  
la luna brilla, y por la noche oculta  
su faz doliente de fetiche enfermo  
ó de finada vírgen insepulta.

Ya se siente en el patrio campamento  
del Plumerillo, en el risueño valle,  
un grande y obstinado movimiento,  
hervir de gentes y chocar de espadas,  
y, galopando en su piafante potro,  
anda anunciando el oficial Lavalle  
que comienzan las clásicas jornadas,

La histórica ciudad del Misionero,  
como garrida almea se engalana,  
y al aire lanza su canglor guerrero,  
que al despuntar de una feliz mañana,  
abriendo calles el clarín resuena,  
y la tupida multitud 'renuente  
las avenidas y los parques llena,  
con desgaire triunfal de independiente.  
¡ Loor al invicto Ejército del Ande,  
que en culminante acción de pic se pone,  
y á la viril insinuación del Grande



el basáltico dorso del planeta  
con belicosa majestad traspone!

Como Belgrano en Tucumán obrando,  
sumiso á Dios y á sus secretos juicios,  
juran los regimientos de patricios  
la bandera triunfal del Continente,  
insignia de las clásicas escenas,  
á cuya grata sombra se cobijan,  
la libertad para espaciar su frente,  
la esclavitud para romper cadenas!

En aquel grande, inolvidable día  
cayó la bendición á nuestro suelo,  
y proclamó la muchedumbre loca  
su fe en el triunfo y en el Dios del cielo  
con el facundo grito de su boca.

Respondieron tambores y clarines  
por seis mil silenciosos corazones,  
y el nombre de la Patria fué llevado  
por el viento á los últimos confines,  
palpitando en las sacras oraciones.  
Mas las campanas de las torres callan,  
y no como en los días de victoria  
con jubiloso repicar estallan,  
cantando triunfos y gritando gloria:  
y es que corren, con ruido estrepitoso,  
detrás del escuadrón de pica y lanza,  
fundidas en cureñas y cañones  
por fray Luis, el artífice ardidoso,  
Arquímides del parque y la maestranza.

Ha llegado Condarco, el ingenioso  
fabricante de pólvora y batanes,  
que rema con el fuego y con el agua;  
el iniciado en los secretos planes,  
nocturno rastreador de soledades,  
á la luz del blandón del Aconcagua,  
y en medio de las foscas tempestades.  
El español alzó su campamento,  
y al sud descende la engañada hueste,  
veloz y arrolladora como el viento, —  
que el vil pehuenche Necuñán la lleva,  
falaz secreto revelando al blanco,  
hasta el Planchón en la heredada gleba.

La previsión científica del genio  
ni en el detalle de un suceso falla;  
y el Grande anuncia con reloj en mano  
el día y el lugar de la batalla,  
la hora de su triunfo, y el minuto  
de redención del orbe americano.  
Conocedor de los andinos planes  
del invencible ejército de Cuyo,  
Pueyrredón exclamaba: — ¡Todo, todo  
al cálculo responde; el triunfo es suyo!...  
sólo que Dios ... sólo que Dios sea godo!...

Era una aurina claridad. Enero  
en la afilada bayoneta ardía  
y en las espadas de bruñido acero.  
Y era un largo silencio emocionante  
de mar dormido en crepitante calma,  
de esas que suelen preceder al trueno  
y á la proterva tempestad del alma,  
cuando rompió la tregua de la vida  
el ronco acento del cañón andino,  
que daba la señal de la partida  
al inmortal ejército argentino.  
¿Quién es aquel á quien la turba aclama  
con explosión de vítores triunfales?...  
¡Escrito está su nombre en los anales  
de medio Mundo! — ¡SAN MARTÍN se llama! —  
el héroe de las drúidicas Misiones,  
alto y fornido, como atleta griego,  
cuya frente enigmática y serena  
se insuflaba en su mundo de visiones  
sobre una inmensa tempestad de fuego;  
el ronco Capitán de tez morena,  
de aguileña nariz y negros ojos,  
los que, á la sombra fiel de sus pestañas,  
abarcaban las patrias lejanías,  
miraban á través de las montañas!  
En su mula, enjaezada á la chilena,  
de pie firme y de criollas energías,  
al tranco marcha. Cubre su melena  
el típico falucho; gran capote  
azul turquí, botonadura gualda,

ribeteado con vivos encarnados,  
su pecho envuelve y musciosa espalda;  
su diestra empuña el coruscante sable,  
que apunta á los altísimos nevados;  
calza á su pie la granadera bota  
que á la rodilla da; ciñe en su taco  
la nazarena de estrellado bronce  
con que pica á su potro en la derrota  
del enemigo, cuando le abren claros  
las recias cargas del Octavo y Once.  
Al lado del gigante Misionero  
va, conduciendo el militar tesoro,  
Zenteno, el ascendido tabernero.  
Del Estado Mayor gloria y decoro,  
O'Higgins marcha, en el momento aciago  
para su Chile, que Marcó avasalla,  
á despertar el alma de Santiago  
con la diana triunfal de la batalla.  
Las Heras va también, el gran Las Heras,  
empuje de los choques resonantes,  
que rompe cuadros, desbarata hileras  
con su aguerrido pelotón de infantes.  
A la vanguardia de sus tropas, sigue  
Soler, el iniciado del Cerrito,  
el primero en trepar con osadía  
las empinadas cuestas de granito.  
Lleva á la grupa de las mulas, Plaza,  
para hacerse escuchar, la artillería,  
Temístocles del trueno y la amenaza.  
Crámer y Conde, con marcial talante,  
guían al Siete, iniciador de acciones;  
Portus y Freyre, á la Legión volante  
de audaces coraceros y dragones.  
Mandan á los hercúleos granaderos,  
á cuyo galopar tiembla y chispea  
la tierra, en polvorosos entreveros,  
Escalada, Zapiola, Necochea,  
y Melián, Olazábal y Lavalle,  
el que al frente de rápidas patrullas  
corre á probar el temple de su corbo  
en los agrios ribazos de Achapullas.

Y aquella armada multitud guerrera

andando, andando, poco á poco sube  
á la patria del águila altanera,  
á la tierra del cóndor y la nube,  
cual si su intento gigantesco fuera  
dominar la amplitud del Continente  
desde la última roca de granito,  
interrogar el cielo frente á frente,  
y sondear la intención del infinito!...

¡La Libertad en vuestra acción confía,  
anónimos soldados argentinos,  
preclaros héroes de la Patria mía!

Desde el Estrecho al Ecuador lejano,  
con la fe de su gloria y sus destinos,  
que el misterioso porvenir escuda,  
una mitad del mundo americano  
al puñado de Apóstoles saluda!

Catamarca, R. A. — Junio 4 de 1903.

Á LA INDEPENDENCIA  
DE AMÉRICA

ODA PREMIADA  
EN EL CERTAMEN CONTINENTAL  
CELEBRADO POR LA BIBLIOTECA DE LA PLATA  
EL 25 DE MAYO DE 1901



## Á LA INDEPENDENCIA DE AMÉRICA

*La libertad del orbe americano  
es la obra culminante de los siglos  
es el destino del linaje humano.*

Fenece un siglo y otro siglo nace  
al fragor de dos grandes convulsiones  
la que derriba imperios, en la orgía  
de locas y cesáreas ambiciones,  
la que arrastra á las fieles muchedumbres  
por senderos fecundos, y las guía  
al Sinaí de las andinas cumbres.

La desatada tempestad de Francia  
se cierne más allá de sus fronteras;  
y cuando el rayo asolador estalla,  
las imperiales águilas guerreras,  
aleteando, sacuden su plumaje  
sobre el humeante campo de batalla,  
con famélico júbilo salvaje.

Al resplandor de la encendida tea  
á su gálica yegua el Corso clava  
la espuela de oro, y con espada en mano  
se lanza á la carrera y pisotea,  
vencedor y soberbio é inhumano,  
ajenas y opulentas heredades,  
rompiendo el testamento de los siglos,  
como árbitro del tiempo y las edades.

La soberana madre de los Cides  
oyó también el relinchar agudo

de la rebelde, encabritada yegua,  
que con sus cascos abolló el escudo  
de Roncesvalles y las duras lides  
de siete siglos de pelear sin tregua.

La brindó sus campiñas de verdura,  
donde paciera el mauritano potro  
de los difuntos reyes de Granada;  
mas la bestia, en su indómita bravura,  
rompió el vallado, penetrando un día  
á la clásica selva consagrada,  
devorando en marañas y vergeles,  
bestia cansada de mascar el heno,  
los más verdes retoños de laureles.

Lanzó su grito de venganza Iberia;  
clamó la tierra en espantable trueno,  
moviendo el alma de la vieja Hesperia;  
y la indefensa Junta de Sevilla  
honor y rey en restaurar se afana;  
y el león insumiso de Castilla,  
afilando en la tierra gaditana  
la despiadada garra carnicera,  
dió en el virgen é indocil espinazo  
del centauro impetuoso su zarpazo,  
deteniendo al jinete en su carrera.

Pero en aquel instante del supremo  
y magno esfuerzo de la madre España,  
en el lejano y vorticoso extremo  
del mar de Atlante, con tonante zaña,  
túrbida y hosca tempestad encrespa  
con indiano rugir las glaucas olas,  
que arrastran y que empujan carabelas  
con despojos de glorias españolas,  
y á bordo traen, bajo las rotas velas,  
destronados virreyes; capitanes  
vencidos en la lid; inquisidores  
de hábitos blancos y siniestros planes;  
arzobispos, alféreces, oidores;  
alcaldes graves, cabildantes mudos;  
vacías cajas reales; abatidas  
banderas fieles; clásicos escudos  
de bronce, con leones abollados  
y torres asaltadas y rendidas,



y un grande acinamiento de magnates,  
con blasones y cruces de Santiago,  
que fugan con sus lares y penates...

¿Qué ocurre tras la mar, en Occidente,  
en los ricos antípodas lejanos,  
y en la tierra sumisa y obediente  
al cetro de los reyes castellanos?...

¡Es que del caos peninsular un mundo  
altivo surge, juvenil y fuerte,  
injertando la rama de la vida  
en el árbol estéril de la muerte!

¡Es que con propias y con libres manos  
se arranca ligaduras y cadenas,  
y en horas de arrebatos soberanos  
arroja de sus hombros musculosos

el flotante sudario de sus penas,  
la mordaza de su alma y de su boca,  
y la yedra punzante de su frente  
de Juno, arrebolada de centellas,

que altiva espacia y poderosa toca  
en las nivosas cumbres las estrellas!

¡Y es que al sonar la hora, en el occiduo  
palenque de la lucha gigantea  
de redención, de porvenir y gloria,  
sin mendigar auxilio ni socorro,  
desde el Istmo al Estrecho se pasea,  
con indiano coturno y frigio gorro,  
soberbia y codiciosa, la Victoria!

## II

Nació rebelde nuestro Nuevo Mundo,  
y rebelde creció. Su adolescencia  
fue la inquietud sin tregua y sin segundo  
en cada pulsación de la existencia.

Sus naves quema, y con audacia suma,  
el extremeño Hernán, por entre miles  
de zempoalas y aztecas, se encamina  
á la Corte imperial de Moctezuma;  
y por entre quichés y zutujiles,

bogataes y tunjas, que combaten,  
Alvarado y Quesada los tambores  
de la conquista de sus tierras baten.  
Por entre Huascar y Atahualpa, cruza  
Francisco de Pizarro, y en el Cuzco  
el incásico cetro desmenuza.  
Sobre odios, ambiciones y zizañas  
se funda y consolida el poderío  
del cesareo señor de las Españas;  
y luego atizan la animada hoguera  
el capitán avaro, que enarbola  
de la civil discordia la bandera,  
y el hijo de la tierra, que por noble  
y santo ideal de libertad se inmola.  
El incendio inicial cundió en Huarina,  
y en la azteca región prendió los fuegos  
el hijo de la indígena Marina.  
El ardoroso guaraní dos veces  
rebeldes planes en silencio fragua.  
Truená Gonzalo en Popayán; subleva  
Contreras á la inquieta Nicaragua,  
y Aguirre incendia, rencoroso y fiero  
como un alud, la granadina gleba.  
Lanza el yunga de ojota el agorero  
grito de libertad, fecundo grito,  
en Cochabamba y Potosí, cundiendo  
la larga voz del sacrificio en Quito.  
Antequera fulmina en las Misiones  
á la teocracia comunal, muriendo,  
como mueren los clásicos varones,  
con Juan de Mena; y la enlutada huérfana  
de fiesta viste y de placer se embriaga,  
porque su fé proclama en el cadalso,  
resplandeciente de heroísmo, Arteaga.  
Túpac Amáru, el valeroso indiano,  
amotinando las nativas hordas,  
intenta reconstruir el peruviano  
imperio de los Incas. El Socorro,  
tras el rumor de agitaciones sordas,  
despliega el estandarte comunero,  
y la angustiada plebe se conjura  
contra el adusto y egoísta ibero.

En medio de la sorna y de la calma  
de la era colonial abrumadora,  
se oye la voz ingénita de un alma  
que los nuevos ideales atesora,  
y que prende en la frente de la noche  
las róseas claridades de la aurora.  
Es la voz de las patrias, que en un labio,  
lleno de grande inspiración, estalla,  
empujando á los hombres y á los pueblos  
á los campos lustrales de batalla.  
Es la voz, poderosa como trueno,  
de la fé, del honor y de la suerte,  
que escucharon Bolívar y Moreno,  
San Martín, y Nariño y Rocafuerte...  
Es la voz palpitante de Miranda,  
del legendario Apóstol, cuyo verbo  
como vieja parábola se agranda  
con la incipiente redención del siervo, —  
del audaz caraqueño, cuya fama  
pregronan y proclaman en su mundo  
la calcinada boca del Pichincha,  
la sirte diluvial del Tequendama!

Llega del Septentrión la buena nueva:  
la voz de Maryland y de Virginia:  
del noble puritano, que renueva  
los votos de su ideal, y que en el salmo  
canta su soledad; del firme cuáquero,  
que conquista su tierra palmo á palmo  
para la innata libertad; y llega,  
tras rudo batallar, y sin enojos,  
la redentora y bíblica palabra  
del fuerte leñador de azules ojos,  
que al estrellar su bélica bandera  
la firme unión de los estados labra, —  
palabra de las libres, pregonera  
de la incipiente fé republicana,  
que proclama á la faz de nuestra tierra  
como en un día, para el bien fecundo,  
por un fardo de té, paga Inglaterra  
con una colosal porción de mundo!

## III

Los vientos de la vida, largos vientos  
de la fecunda década de gloria,  
comienzan á soplar, y sus acentos  
llenan de noble magestad la historia.  
¡Con qué fruición las oprimidas almas  
escuchan el rumor de ese aire vago  
que da fin al silencio de las calmas  
y preludia la lucha y el estrago,  
clamoreando en las ramas y en las hojas  
ansiadas libertades, redenciones,  
tras dos ciclos de oprobio y de congojas,  
como dos formidables maldiciones!

El criollo sabe que esta hispana tierra  
es la suya, y son suyos la montaña,  
el despeñado río de la sierra,  
que infecundo, se pierde en la maraña;  
y sabe que la Pampa le convida  
á vivir en sus verdes extensiones,  
cuando el viento le trae á sus oídos  
el salmo de la tierra prometida,  
como un himno triunfal de bendiciones;  
sabe que el bosque de garridas frondas  
la acción reclama de su esteril mano;  
que al velero bajel llaman las ondas  
para llevar y repartir el grano;  
y sabe que las hierbas de los prados,  
que el tardo buey con avidez despunta,  
anuncian la labor de los arados  
y la faena de la humeante yunta.  
Pero no sabe lo que es Patria; ignora  
cuán dulce es el afecto que nos ata  
á la tierra y solar en que nacimos,  
que todas nuestras dichas atesora,  
y nuestro amor y nuestra fe dilata.  
La Patria no es el suelo, únicamente,  
ni el azulado techo que la cubre:  
Patria es la tierra cara á nuestra mente  
y á nuestro corazón; tierra sin amos,

do no medra el rencor ni la zizaña,  
sin Santo Oficio y sin herejes; tierra,  
que por ser nuestra y por ser libre, amamos,  
cuando la deja para siempre España!

El amor á la Patria es sentimiento  
que un día ú otro nuestro ser proclama,  
y que tiene raíz en la existencia,  
como el amor del pájaro á la rama  
y el cariño del bruto á la querencia.  
Sin ese amor, las turbas se disgregan,  
y en su esteril afán de cada día,  
en busca del ideal en vano bregan,  
pues que cabe á los huérfanos de patria  
la suerte de la errante judería.

Los vientos de la vida que han soplado  
en la extensión austral del Nuevo Mundo  
repiten Patria y Libertad!... La hora  
del genésico *fiat* ha sonado,  
y ya brilla la chispa redentora,  
como fuego que cunde en el presente,  
angustiando las sombras del pasado!...

¿Quién dá el fecundo y agorero grito,  
que agita las pampeanas soledades  
y que enciende en las cumbres de granito  
el rayo de las foscas tempestades?  
¿que en el marasmo de la fe, provoca  
las iras de la suerte y el destino,  
para torcer el rumbo de la estrella  
resplandeciente del poder latino?  
¿que á un tiempo tempestad é iris, sella  
la alianza de los pueblos, á los ojos  
de Europa absorta, que en su mano tiene  
el rayo asolador de los enojos?  
¿que mueve y desafía la venganza  
que jugaron las plebes coronadas  
sobre las biblias de la Santa Alianza?  
¿que lanza sobre huestes imperiales,  
soberbias é invencibles, oleadas  
de cholos, convertidos en soldados,  
de gauchos, que se vuelven mariscales,  
y de negros, en blancos transformados?  
¿que precipita al genio de Misiones

á la sangrada tierra de las huacas,  
y funde en una sola las espadas  
de San Martín y el hijo de Caracas?...  
¿Quién reta al invencible caballero  
de terciopelo y yelmo reluciente,  
duro en la lid cual su armazón de acero,  
sin que jamás la fuerza armipotente  
de su brazo durísimo se agote,  
caballero sin miedo, que realiza  
inauditas hazañas de Quijote?  
¿Quién á tanto se atreve, y á la liza  
al mundo precipita? ¿Quién tamaña  
provocación pronuncia, y arremete  
contra la ferrea potestad de España?  
¡ Los nietos del audaz aventurero,  
los esforzados hijos del hidalgo,  
del noble y extinguido caballero!  
¡ Buenos Aires! el pueblo de los grandes  
empujes sobrehumanos de la historia,  
cuyo *Grito de Mayo* repercute  
en la mar, en la Pampa y en los Andes,  
como largo alarido de victoria!

#### IV

¡ De pié los pueblos y las razas todas,  
para volver por el honor humano!  
¡ A derruir los castillos y pagodas  
del servilismo y de los dioses falsos,  
y á voltear con atrevida mano  
Inquisición, picotas y cadalsos!  
¡ Desde la horca de La Paz, bien dijo  
el valeroso criollo ajusticiado,  
cuando al verdugo de su fe maldijo,  
que «cundiría el encendido fuego»,  
como cundió la ráfaga de incendio  
desde la horca del hispano Riego!  
Los ardorosos gritos redentores  
arrancarán del alma de la tierra

impurezas de zañas y rencores,  
inyectándole el germen de las cosas,  
como arranca el turbión, que no se aplaca,  
del alma de las olas tumultuosas  
el lodo de la mar, en la resaca.

¡A las armas los gauchos argentinos,  
y los rotos de Arauco y los cambujos  
de la tierra asolada por Pezuela,  
los mulatos de Lima y los ladinos  
llaneros de la heroica Venezuela !

• ¡Ya brotan en sus suelos las espadas,  
para armar á los héroes redentores  
en las grandes y clásicas jornadas !

¡Ya afrontan los períncelitos guerreros  
la lid, y al redoblar de los tambores,  
se lanzan á las bélicas cruzadas,  
chispeando el corazón y los aceros !

¡Ya montan en sus potros indomables  
los altos y fornidos granaderos,  
que corren, á galope, por la tierra,  
como torrente asolador de sables !...

No importa, nó, que en el primer empuje,  
el brazo falto de acerado escudo,  
la revelada multitud sucumba,  
ni que sangre argentina ó caraqueña  
fluya en los campos del desastre rudo :  
¡la Libertad no muere !—para tumba  
del Idéal, la América es pequeña !

Sangriento será el choque, persistente  
y azarosa la acción, ruda la hazaña,  
que es el genio guerrero de la España  
el enemigo que se tiene al frente.

Entre victorias y desastres crueles  
la indiana tierra de Colón ha sido,  
y en horas de dolor, nuestros laureles  
como árboles enfermos han crecido.

De Buenos Aires al clamor fecundo  
de su día de Mayo, con altiva  
y pregonera voz, responde un mundo.  
Cantando de la fluminense riva  
su triunfo al viento, que al patricio exalta,  
y una diana, dos veces repetida,

toca el clarín de Tucumán y Salta;  
más el himno triunfal de la batalla,  
que enardeció las fibras de la vida,  
en Vilcapujio y en Ayohuma calla,  
y el ibero pendón del cruel Felipe  
ondea victorioso en la humareda  
de la pira infernal de Sipe-Sipe.

Lánzase Arauco á la natal cruzada,  
y al fulgor de las bélicas hogueras,  
resuenan en la tierra amedrantada  
los cascos de los potros de Carreras.  
Estalla en Quilo, Membrillar y Cucha  
la ronca tempestad que O'Higgins fragua;  
pero acalla los ecos de la lucha  
el espantable trueno de Rancagua;  
y al resurgir el viejo poderío,  
no se oye más acento que el nocturno,  
perezoso gemir del Bío-Bío.

Tocó á Bolivia y al Perú su turno  
de alzarse y sucumbir. Angulo alhaga  
con fácil triunfo á la animosa gente;  
mas al rendir su espada de insurgente,  
en lucha desigual, el Cuzco paga  
con sangre de sus hijos su tributo,  
y La Paz y Guamanga y Arequipa,  
por patria y libertad, visten de luto.

La turba de los odios y las iras  
la colombiana insurrección desata:  
desde la zona ecuatorial al norte,  
en humedad de sangre se dilata.  
Quito prende los fuegos de Mavorte  
en su atalaya colosal, dos veces.  
Nariño vence en Popayán, y en Pasto  
paga su triunfo al español, con creces,  
en la mañana del revés infausto.  
Del portentoso estuerzo giganteo  
pregonan las hazañas inmortales  
Taguanes, Maturín y San Mateo,  
y corre en Puerta, Cumaná y Aragua  
la sangre de los heroes á raudales;  
y cual si Dios, mediando en aquel lance  
devastador, se hubiera conjurado



con el destino, á su poder sujeto,  
el suelo tiembla, y en el negro trance  
desplómase Caracas, y sepulta  
á los libres la fiel Barquisimeto.

V

Cundió en las filas de laalzada gente  
el frío enervador del desaliento,  
y desmayó la fé del insurgente  
al oír que tronaba el escarmiento.  
Por donde quiera la insegura suerte  
blandió sobre su frente la guadaña,  
y condenó al desastre y á la muerte  
lo que siendo ideal, no fuera mengua,  
lo que siendo verdad, no fuera España.  
Mas en la hora en que calló la lengua  
de la tierra dos veces sojuzgada,  
con la consigna del futuro surgen  
dos hombres, dos tendencias, dos acciones,  
dos fuerzas encarnadas del destino;  
las almas de las dos revoluciones;  
los dos grandes atletas de la historia;  
los dos rivales de la magna empresa,  
que se reparten una sola gloria.  
Trepan ambos fragosas cordilleras,  
bordean precipicios y volcanes,  
y en las cumbres caóticas de hielo,  
revelando el enigma de sus planes,  
despliegan y consagran sus banderas,  
haciendo que las toque y bese el cielo;  
y de la cima al descender al valle,  
en Chacabuco, Boyacá gloriosos,  
á golpe de Victoria se abren calle,  
para cruzar el mundo, los colosos.  
Con sus flámulas rojas iluminan  
el Pichincha, Aconcagua y Cotopaxi  
las sendas por donde andan y caminan;  
y al siniestro estentor de sus fragores,

y bajo el arco de su ardiente lava,  
saludan los dos genios redentores  
libre á la tierra que naciera esclava.  
En el Alto Uruguay creció el primero,  
y en los palmares solitarios, tuvo  
al indio sin hogar por compañero.  
Nació el segundo en opulenta villa,  
y modeló su genio en la arrogancia  
de los viejos hidalgos de Castilla.  
Grave, solemne y silencioso, el uno,  
combina con metódica constancia  
su plan, en las calladas soledades.  
Inquieto, altivo y ambicioso, el otro,  
ama el ruido banal de las ciudades,  
el festín, los aplausos y la hartura;  
y sobre el sacro alcor de los plebeyos,  
en el ítaló suelo de la gloria,  
la libertad de medio mundo jura,  
para ser el Bolívar de su historia.  
Es el uno el raudal que, silencioso,  
juntando muchas aguas, se dilata,  
para volverse río caudaloso: —  
Paraná que acaricia las riberas,  
y se transforma en anchuroso Plata.  
Es el otro el torrente despeñado,  
que desciende por ásperas laderas,  
y las campiñas á su paso huella,  
acuchillando la extensión del llano:—  
Orinoco rebelde, que atropella  
las tumultuosas olas del oceano.  
El uno es el deber; es la conciencia  
puesta en acción, cuando el peligro asoma;  
es la fuerza leal de la existencia,  
pugnando en una edad que se desploma.  
El otro es la ambición; es la codicia  
de ageno bien, que insomne se amenece  
junto al lecho mortuorio de infecundo  
y empobrecido siglo, que fenece,  
dejando en sus memorias el secreto  
de redimir y libertar un mundo.  
San Martín es el núcleo de la vida,  
la ley de gravedad de la victoria;

Bolívar es el alma difundida  
de todas las grandezas de la gloria.

Seguido de sus zafios granaderos  
de lazo y bota, San Martín traspone  
los montes de los agrios derroteros,  
y en tierra de araucanos desenvaina  
su sable, y al empuje de los gauchos  
el español en Chacabuco amaina,  
corriéndose á los llanos mal ferido,  
para rendir de nuevo en las riberas  
del Maipo, en el horrífico entrevero,  
sus vistosos pendones y banderas,  
su espada de invencible caballero.  
Con febril entusiasmo, y al alhago  
de los nuevos ideales y destinos,  
repican las campanas de Santiago,  
dando al aire los triunfos argentinos.  
Flota en las naves de Cochrane y Blanco  
la bandera de azul; la mar se calla  
al sentirla pasar sobre sus olas,  
y el día de la náutica batalla,  
sepulta las armadas españolas.  
Chilenos y argentinos, en la tierra  
del Inca desembarcan, y se mueven  
de las desiertas playas á la sierra.  
Cunde la grande insurrección. Trujillo  
arma el heroico brazo de los leales  
al juramento de su fiel caudillo.  
Los pasos vencedores de Arenales  
resuenan desde Huaylas á Guamanga,  
y vence en Pasco el aguerrido criollo  
y el runa flechador de ojota y tanga.

También cruza Bolívar las montañas,  
y al descender el Sogomado, el valle  
siempre verde celebra sus hazañas.  
Su nombre al mundo Boyacá proclama;  
enzalza en Carabobo su victoria  
el clarín sonoro de la fama,  
y en Bomboná y Pichincha, — do la espada  
de Sucre abre la senda de la gloria,  
que remataba, por Junín pasando,  
en la campal y la final jornada.

Al guerriero del Sud atrajo el norte  
con misterioso imán, para entregarle  
el cetro real de la limeña corte;  
al guerrero del norte precipita  
á la común batalla de Ayacucho  
de Guayaquil la memorable cita.

Las dos almas gemelas y rivales  
se buscan y se encuentran bajo el arco  
de las añosas selvas tropicales,  
donde el ardiente sol de sus banderas  
tiene más brillo, y con sus rayos traza  
la línea equinoccial de las quimeras,  
que divide los triunfos de la raza.  
Se concentran las dos revoluciones,  
y un mismo viento redentor agita  
los patrios estandartes y pendones.  
Colombianos, chilenos y argentinos  
en la hora solemne, pero ingrata  
del sacrificio estéril de una gloria,  
confían á Bolívar sus destinos,  
y caminan, batiendo los tambores,  
con paso redoblado á la victoria...  
mientras el Grande se retira solo,  
sólo como las águilas del cerro,  
mudo, como un secreto, de la escena,  
sintiendo no llevar á su destierro  
el último eslabón de la cadena!...

## VI

¡Cuán grande fué el prodigio afortunado,  
que obraron nuestros heroes y patriotas!  
¡Cuán fecundo el esfuerzo realizado,  
entre continuos triunfos y derrotas!...  
¡Qué tiempos, qué pasado, qué varones,  
qué briosas y constantes voluntades,  
qué animosos y firmes corazones,  
qué derroche sin fin de heroicidades!...  
¿A cuáles héroes celebrar primero,

si á todos animó, por donde quiera,  
igual valor en el combate fiero?...

La redención del orbe americano  
es la obra culminante de los siglos  
en el destino del linaje humano.  
Para todas las razas de la tierra  
ábrese libre y anchuroso un mundo,  
que hacia la luz camina, hacia el fecundo  
porvenir, reservado á las que luchan,  
y, excentos de resábios y egoismos,  
la leal palabra del futuro escuchan.  
Europa en nuestras playas se derrama,  
la Europa de los viejos atavismos,  
de las plebes y príncipes feudales,  
que sucumbe agobiada bajo el peso  
de los vetustos tronos imperiales.

Triunfante democracia en nuestro suelo  
proclama la igualdad niveladora,  
y colma de las gentes el anhelo  
lo inmenso de su sombra bienhechora.  
Se pueblan de ciudades opulentas  
las rumorosas playas de los mares,  
y al progreso se entregan, al amparo  
de los nativos dioses tutelares.  
Día á día las hachas arrinconan  
los bosques y las selvas seculares,  
y mar auriverdeante de labranzas  
la paz impone á la revuelta villa,  
y al calor de fecundas esperanzas,  
nace un pueblo feliz en cada trilla.  
Ya no vive en la pampa ilimitada  
el salvaje pehuenche, que en otrora  
dominara el confin con su emplumada  
flecha y arrojadiza voleadora.

En las verdes y abiertas extensiones  
la cornígera grey pasta y procrea,  
y en todas las mutables estaciones  
el preciado cereal cunde y verdea.  
Ya no corren ociosos los torrentes  
y los ríos, llevando al oceano  
mensajes de las cúpides silentes:  
como arterias de vida, los canales

dan alimento á la aridez del llano,  
y el cóncavo bajel surca las linfas,  
llevando las especies á otras tierras,  
al soplo de los vientos otoñales.  
En las risueñas faldas de las sierras  
y en los lautos ribazos convecinos,  
se multiplican los renuentes hatos,  
medra la vid de los alegres vinos,  
y el cano algodónar cunde y prospera  
sobre aquedales de bravíos matos,  
y se carga el olivo, y dá dos veces  
su negro fruto la lechosa higuera.

Por doquiera las artes se difunden  
con briosa inspiración y nuevas rimas,  
y las estrofas de las odas cunden  
como las flores de los varios climas.  
Con clásica forminge, Heredia y Bello  
las sirtes cantan y la ardiente zona  
que abraza el sol de tropical destello;  
y en pindárico són, Olmedo entona  
himnos al triunfo de la lid, y al bravo  
guerrero americano, que liberta  
en un combate nuestro mundo esclavo.  
Echeverría puebla la desierta  
soledad de la pampa con su lira,  
y es el alma gloriosa de la Patria  
la parnáside Musa que le inspira.  
Y Andrade, el soberano de la estrofa,  
con la verba triunfante de sus silvas,  
á los caducos siglos apostrofa,  
de pie sobre su mundo de visiones,  
anunciando á las razas del futuro  
« la eterna comunión de las naciones. »

## Á LA PAZ EN AMÉRICA

Lema: De pequeña estatura es al principio  
la discordia; mas crece, y en los cielos  
alirma su cabeza, y con su planta  
hollando el mundo de dañar no cesa.

ILIADA, Lib. IV :

### I

¡Oh dulce Paz! ¡oh numen sempiterno,  
que presides y rijes el Destino,  
y á la Abundancia, de colmado cuerno,  
los frutos brindas que cogió tu diestra  
en las hazas del globo peregrino!  
¡Oh gloriosa, inmortal protagonista  
de la tragedia de los verdes myrtos,  
en la cual Aristófanes celebra  
de tu imperio de amor la reconquista  
cuando el audaz Tryptheo te requiebra  
con sacros himnos, al surgir radiante  
del obscuro cubil en que la Guerra  
te aprisionó, para vocear triunfante  
por la extensión de la sumisa tierra!  
Tú das soles y días á lo arcano,  
y lunas á sus noches mortecinas.  
Tú las distantes playas avecinas,  
poblando de bajeles el oceano;  
tu borras las fronteras que la espada

amojonó con humeantes ruinas,  
y aproximas, vinculas y confundes  
tribus, pueblos y razas; tú, la idea  
de la fraterna comunión del hombre  
anuncias, pronosticas y difundes,  
y al homicida hierro amontonado  
en corvo arado y trilladora fundes.  
A tu amparo prolífico florecen  
los exangües imperios, y ciudades  
nuevas se fundan, y muradas crecen  
con la sávia vital de las edades.  
Por tí los pueblos de diverso origen  
se acercan y se abrazan sin desdoro,  
y por pactos reciprocos se rijen.  
Tú en los cercados las opimas mieses  
haces cundir, en bendiciones de oro,  
y brios das al labrador, que aumenta  
el grato bienestar de los hogares,  
y de la prole los afectos santos,  
colmando los graneros, acrecienta.  
Tú rijes el hilado, y los telares  
pones en manos de la buena anciana,  
que, cantando, escarmena por la tarde  
rico vellón, de abrigadora lana.  
¡Oh dulce Paz! — impera en este suelo,  
que el gran Cristóbal descubriera un día,  
y, serena, recorre nuestro cielo,  
cual Véspero triunfal. Pródiga sea  
en bienes mil tu poderosa mano,  
y tu voz, dulce como miel hiblea,  
haciéndose escuchar, en fuga ponga  
á la Discordia, de furor insano,  
que, moviendo á los hombres á la guerra,  
en sangre baña y de vergüenza cubre  
el pecho y rostro de la indiana tierra.  
¡Y qué!... tres siglos las profundas huellas  
del dolor no han dejado en nuestra historia?...  
¿Se agotará en estériles querellas  
la sávia de la tierra colombiana,  
manchando las olivas de su gloria  
con la sangre de Abel? ¿Siempre profana  
é impenitente, clamará á los cielos



por una era de paz y de ventura,  
y golpeará las tumbas en que duermen  
largo sueño inmortal nuestros abuelos,  
de no logradas dichas en procura?...  
¿Para qué fuimos libres y rompimos,  
en dura lid, el ominoso yugo,  
si la Furia, de pecho inexorable  
sería sin cesar nuestro verdugo,  
y empuñaría en nuestra propia tierra,  
para oprimirnos, nuestro propio sable?  
¿Para qué consagramos como á diosa  
de perennal é inextinguible gracia,  
erigiéndole altar, á la gloriosa  
madre del porvenir, la Democracia,  
si á su nombre se encienden las pasiones,  
las que cual olas de la mar piscosa,  
azotan los más firmes corazones?  
¿Qué bien reportan las mentidas leyes  
que la igualdad proclaman, si el más fuerte,  
venciendo, impera en las sumisas patrias  
sin reyes, sojuzgadas por cien reyes?  
¿Para qué congregamos á los hombres  
en torno de mentidos ideales,  
jurando la concordia, si en seguida,  
por una larga sucesión de males  
trocáramos la herencia de la vida?  
¿Para qué, para qué tantas banales  
palabras en las bocas é intenciones  
falaces en las almas, si nacieron  
enfermas, desde el ser, nuestras naciones,  
y en el génesis mismo de su historia,  
al ver la luz del mundo, sucumbieron,  
amortajadas en su propia gloria?...  
¿Qué madre tales hijas engendrara?  
¿En qué senos mamaron tanto encono  
é ignífero despecho? Tan preclara  
no fue la alcurnia de la madre España,  
engendradora de varones grandes,  
para abortar tanta ira, cuanta zaña,  
en la zona mundial de nuestros Andes?...  
¿O es que arde en sus arterias la enconada  
y vengativa sangre del Segundo

Felipe, que en el Rímac incendiara,  
con su infernal Inquisición, el mundo,  
sujeto á su terrífico dominio,  
prosternado de hinojos ante el ara  
del implacable dios del exterminio?...  
¿O es que la cruz del misionero errante  
dejó en su altar á la deidad sangrienta  
de Moctezuma, y su poder infausto,  
la que oculta en el alma de la noche,  
y como el hosco Catequil triunfante,  
rige la vida y la menguada suerte,  
pidiendo sangre adulta en holocausto,  
guerra sin fin, desolación y muerte?...  
Si al ver á nuestra América, tan fuerte,  
túrbida y débil en fraterna liza,  
á veces imagino que la Furia,  
moradora del caos, fué su nodriza  
en sus noches de báquica lemuria!...

## II

*Tablas de sangre* son nuestros anales,  
cual bautizara el Juvenal Indarte  
á su libro de hojas infernales.  
Los grandes capitanes, los hidalgos,  
que con los brios del sangriento Marte  
enviara España á subyugar un mundo,  
en los suyos del indio amontonaron  
el combustible que encendió su choza  
y la pirhua misérrima del fundo.  
Al golpe del acero que destroza  
rueda el indio vencido en el combate;  
y en nombre de la cruz y de Fernando,  
la muerte, y nada más, es el rescate  
que ofrecen á las turbas conquistadas  
los Francisco, los Diego y los Hernando.  
Moctezuma, Atahualpa, Anacoona  
Lautaro, Tucapel, Manco, rendidos  
caen á los pies de la genial matrona  
que dilató la curva de la esfera,

sumisos ó vencidos en la lidia  
de siglo y medio, sanguinosa y fiera,  
por la espada, el terror ó la perfidia.  
Desde el confín de Anahuac al Estrecho  
brotó roja y humeante, á borbotones,  
la noble sangre del cobrizo pecho,  
corriendo por los predios, como un río  
dantesco de insepultas maldiciones.  
Por la senda de cantos y de flores  
que serpeaban por la verde falda  
ó abriera el yaraví de los amores  
en las cóncavas selvas de esmeralda,  
seguido de su impúdica milicia,  
caminaba el Señor de torbos ojos,  
guiado por la pasión de su codicia,  
á su lanza confiando sus enojos.  
Iba el perro de presa abriendo calle  
al castellano y delataba al indio,  
que se escurría descendiendo al valle.  
Pálido y ojeroso amanecía  
el sol del Inca en la nublosa cumbre,  
y, andando por la tarde en los nevados,  
besando al oración, se despedía,  
ansioso de morir, por no dar lumbre  
á sus fieles imperios desolados.  
Viracocha su faz resplandeciente  
apagaba en el sacro Titicaca,  
tan caro al aymará; y en la silente  
cumbre del Antis, el Pillán sin freno,  
que con selectas vírgenes se aplaca,  
forjaba el hacha con que hiere al mundo,  
en el yunque flamígero del trueno.  
La Madre Tierra, con dolor profundo,  
dejó oír en las roncadas tempestades  
el clamor de su horrísimo lamento,  
que la venganza por doquier proclama:  
la Madre Tierra que alargó sustento,  
al indio alegre y á la suelta llama.  
Nada quedó de pié: pueblos, ciudades,  
fortalezas, pagodas y murallas,  
miseras y opulentas heredades, —  
todo rodó en pedazos por el suelo,

al siniestro fragor de las batallas:  
que al chocar, en su vértigo de zaña,  
el mundo de Colón con otro mundo,  
dió en el pecho ferrado de la España!  
De tanto herir y de cortar la espada  
se melló de Cortés y de Pizarro,  
de Soto, de Alvarado y de Quesada,  
de Almagro, á quien no rinde la fatiga,  
de Rojas y Valdivia, infortunados,  
andantes caballeros de loriga  
y yelmos de crestones emplumados  
del siglo de la hazaña de Lepanto,  
que, en el nombre de Carlos y de Cristo,  
con toledano fierro acuchillaban  
al mundo infiel que desmayó de espanto!  
Si la conquista avasalló la tierra  
y despobló las índicas regiones,  
en la era colonial ardió la guerra  
al soplo de inauditas ambiciones.  
Ya no es el indio, que en la tumba calla,  
ó en las minas agota su existencia  
quien sucumbe en el campo de batalla:  
es el blanco, enemigo de su raza,  
el que al partirse la saqueada herencia,  
se hiere, se mutila y despedaza:  
son el hidalgo y noble aventurero  
los que miden la espada con la espada,  
y acero oponen al contrario acero.  
Como sangriento y vengativo azote  
en las plazas de Méjico y de Lima  
funcionaban la horca y el garrote,  
sin infundir pavor, ó miedo ó grima;  
y andaba por las calles la nobleza,  
con firme pie y universal asombro,  
tocándose de diario la cabeza,  
por saber si se erguía sobre el hombro.  
Arrasan y derrocan y asesinan  
la guerra, la asonada, los motines  
y el cobarde puñal en noche oscura;  
y el regio Baltasar de los festines  
en la sangrada Babilonia caba  
la inmensa y tenebrosa sepultura.

Ni su rey, ni su Dios doman la ira  
 del caballero; ni el terror conjura  
 al desenfreno; ni el perdón apaga  
 la estigia llama de la humeante pira.  
 La Discordia, que, cruel porta en sus manos  
 la señal de la lucha y los embates,  
 el duro corazón de los hispanos  
 en penetrantes ecos animaba  
 á lanzarse á los hórridos combates.  
 Y retembló, la tierra, cual si Jove  
 la rociara con sangre desde lo alto,  
 como el día en que el teucro á las aquivas  
 naves llevó su temerario asalto.  
 De Gonzalo Pizarro ardió en la mente  
 la suprema ambición, no refrenada,  
 y desplegó bandera de insurgente  
 desenvainando la rebelde espada,  
 que infundiera el pavor y la derrota,  
 la espada vencedora de Huarina,  
 en la campal Xaquixaguana rota.  
 Francisco Carvajal quema los reales  
 pendones, con enfática osadía,  
 y seduce y arrastra á los leales  
 el guerrero de Bávena y Pavía.  
 Ardió en Perú la rebelion primera;  
 y dió el Cuzco, desleal y amotinado,  
 el grito secular de independencia,  
 que el curaca de Tinta repitiera,  
 proclamando ante el mundo conjurado  
 de las futuras patrias la existencia.  
 Para abatir y subyugar las frentes  
 mas tarde fueron en dos largos siglos,  
 el terror y el patíbulo impotentes,  
 los que sólo abortaron los vestiglos  
 de la Anarquía, que sangró las venas  
 del corazón de las inermes greyes,  
 en la lucha tenaz de cada día  
 entre audiencias, cabildos y virreyes,  
 mitayos de la gleba, encomenderos,  
 alguaciles, justicias y prelados,  
 alféreces del rey y caballeros.  
 De lenguas y de pechos enconados,

de reyertas, intrigas y madejas  
y sangriento motín fué la Colonia,  
y de damascos, bellas y tenorios,  
y de balcones y doradas rejas.  
Y entre tanto egoismo y opulencia,  
entre tanto reato y desenfreno,  
el noble criollo, de la tierra el hijo  
sin heredad, sublima su conciencia!  
¡Y á fundar la República! — se dijo;  
y al grito audaz de ¡libertad! se lanza,  
maldiciendo las torpes servidumbres,  
en busca de la luz y la esperanza!  
¡Y á caballo la América, y los cascos  
redentores resuenen en las cumbres!...  
y pues que libre quiere ser la tierra,  
y romper sus cadenas y sus yugos,  
¡en campaña! á la gloria, y á la guerra!  
y á fundar tantas patrias, como pueblos  
sojuzgan y amordazan los verdugos!...  
¡Qué larga, y qué terrible es en la historia  
la lucha de oprimidos y opresores!  
¡cuánta sangre costó cada victoria,  
y cuanto esfuerzo y memorable hazaña  
no obraron en la lid nuestros mayores  
al pelear cuerpo á cuerpo con España,  
la madre de las razas varoniles,  
repitiendo proezas no cantadas,  
dignas sólo de un Hector y un Aquiles!  
Mas no cundió la Paz en las alzadas  
y libres muchedumbres de la América,  
que, sus santos ideales proclamando,  
se aventuraron en la lid homérica;  
pues que fueron estériles, y mucho  
las heridas de Maipo y Carabobo,  
la fiera cuchillada de Ayacucho.  
Cada libre es el fuego no apagado  
del vivo incendio que arderá mañana,  
como cada ola es un rumor callado  
de embravecida tempestad cercana.  
El pecho aventurado en el sangriento  
campo de redención, en lid fraterna  
continúa probando su ardimiento,

cual si todos los hados dispusiesen  
 que la extinguida lucha fuera eterna,  
 y sin fin tanto estoico sufrimiento;  
 sin saber que en el áspero camino  
 de la vida, sembrado de rigores,  
 el que sabe sufrir vence al destino,  
 y aprenden á esperar los vencedores.  
 En los suelos sin sol del egoismo  
 y la ambición individual, no medran  
 la virtud y la fé y el heroismo.  
 Quién enciende en el suelo americano  
 la lucha estéril, y, con vil cinismo,  
 á las plebes empuja á la pelea,  
 contra la patria levantó la mano,  
 y su rostro de diosa abofetea;  
 y quien reta á la Patria, y quien la hiere,  
 purga este mal, como Beltrán del Bornio,  
 en el noveno anillo de Alighiere.  
 Prole infecunda de cruel tirano  
 son la ira del pueblo y el encono;  
 las civiles querellas y reyertas,  
 hijas espureas de maldito padre,  
 que se adueñara de usurpado trono.  
 Abuela dé la gloria, y dulce madre  
 del Orden es la libertad sagrada,  
 con tan magnos esfuerzos conseguida,  
 y á fuerza de proezas conquistada.  
 La Discordia y la Furia asoladoras  
 enjendran muchedumbres oprimidas  
 á los pies de las castas opresoras.  
 Hechura fiel del Paraguay es Francia;  
 la sediciosa chusma á Melgarejo  
 da sus votos con cínica jactancia;  
 Lopez, que caba á su nación las fosas,  
 de la patria abyección es el reflejo,  
 é hijo del crimen de Navarro es Rosas.  
 Profético, Sarmiento repetía,  
 al sucumbir el federal caudillo,  
 « no has muerto, no, ni morirás, Facundo ! », —  
 y en verdad que Facundo, todavía,  
 muerto, vive, con lanza y con cintillo,  
 y corre en su alazán por nuestro mundo !

## III

La Guerra y la Anarquía derribaron  
los más grandes poderes, y á su paso  
florecentes imperios asolaron,  
cuya estrella apagose para siempre,  
como astro que no vuelve de su ocaso.  
Grecia, en su propia senectud se abisma,  
y, sumida en discordias sin segundo,  
cae vencida en la lid consigo misma,  
y sus despojos se reparte el mundo.  
Esparta lucha con la ilustre Atenas,  
pelea Atenas con la fuerte Esparta,  
y al greco mundo desangró las venas  
Tebas, rápida y briosa como Ificles;  
y al macedonio y al romano, fácil  
fue rendir con falanges y legiones  
las patrias de Leonidas y Pericles.  
Y Roma, la nación de las naciones,  
vencedora vencida de la historia,  
envejeció en las lides, y no supo  
ni resistir, ni perecer con gloria;  
y al caer de su trono vacilante  
volaron, sin volver al Palatino,  
las águilas inmensas del Tonante,  
que Priamo admirara, y que dormían  
en la cima triunfal del Aventino.  
Las tierras que otras veces el aqueo  
acuchillara, en las fraternas luchas  
ardieron con rojiso centelleo,  
y la guerra asoló la siempre verde  
guirnalda de islas de la mar de Jonia.  
Sangró, despedazado por sí mismo,  
el corazón de Europa en la Polonia,  
y á las plantas del Cesar de la Galia  
la espada de Austerlitz abrió el abismo  
á los reyes vencidos, repitiendo  
la tragedia del Cesar de Farsalia.  
Y si tales poderes sucumbieron,  
heridos por el hacha del destino,



¿cuál no será nuestra terrible suerte,  
 si en la primer jornada de la vida  
 recorremos las sendas de la muerte?  
 ¿si andamos con espíritu mezquino  
 y la carne asaetada por las lides,  
 y con la mente enferma y dolorida,  
 cuando tiene el aliento y la pujanza  
 del indomable corazón de Alcides?  
 ¿si vivimos cebando la injusticia  
 del mundo envejecido, que codicia  
 la juventud del orbe americano,  
 y en cada guerra estéril nos prepara,  
 no un destronado infante de Castilla,  
 sino un nuevo y audaz Maximiliano,  
 con la elegía real de otro Zorrilla?...  
 ¡Y que medren el odio y la venganza,  
 cundiendo sin cesar, como las vides  
 que á cada nueva poda más frondosas  
 crecen, en vicio y vastedad ganando,  
 al soplo de las siestas calurosas,  
 que al tarco visten con su tul de lilas  
 y pintan los capullos de las rosas!  
 ¡Que en las ricas y fértiles comarcas  
 de nuestro mundo, la anarquía nuncien  
 las hiladoras y veraces Parcas,  
 y el fallo cruel del porvenir pronuncien!  
 Ay!... es que el mal á la ambición se aduna,  
 y el mundo de Colón, cuanto mas crece  
 con los años y siglos en fortuna  
 y poder, tanto más se empequeñece;  
 y cuanto más nuestro destino asoma,  
 el presente, agobiado por su culpa,  
 en brazos del pasado se desploma:  
 que los heroes de esfuerzos giganteos  
 legaron sus hazañas y sus glorias  
 á una estirpe menguada de pigmeos,  
 como heredó la Génova sumisa  
 las altiveces de sus grandes Dorias!  
 Las turbas claman por su gran legado  
 de honor, de libertad y de justicia,  
 y el revoltoso pueblo amotinado  
 turba la paz y la nación desquicia:

la potestad de quien gobierna exige  
orden y sumisión, y del ajeno  
destino y bien en árbitro se erije;  
y no acierta el espíritu sereno,  
en esta doble pretensión alterna,  
si el pueblo es el que manda para el pueblo,  
ó si el gobierno para sí gobierna.  
¡Y van corridos ya tres largos siglos  
de discordia obstinada y persistente!...  
¡Y que aun no podamos arrancarnos  
tanta falaz idea de la mente!...  
¡Y que aún, delirando con grandezas,  
y peleando por ellas, conservemos  
en la sangre arterial las impurezas!...  
¡Que no podamos recordar, sin mengua,  
nuestro pasado, de victoria tanta,  
porque ata el presente nuestra lengua,  
y un fantasma de muerte nos impone  
callar, si el labio enardecido, canta!  
Ah!... que la historia fiel, que nos abrumba  
con su constante y perdurable grito,  
sólo puede escribirse con la pluma  
del ala corva de Satán maldito!...  
¡Toque al imperio de la Paz su turno! —  
y no Palas, de manto rozagante,  
que ciñe la loriga del Saturno  
y sus fulgentes armas, los crinados  
caballos guie, y desde el carro espante  
á las gentes, con gritos iracundos,  
hallando las orillas del Atlante,  
que circunscriben estos nuevos mundos!  
¡Triunfe la unión, y la concordia impere  
en los suelos queridos y en la tierra  
donde siempre se vive, y no se muere,  
y es crimen de los crímenes la guerra!  
Pero reine esa Paz que dignifica,  
que enaltece, estimula y nunca agobia:  
no la quietud, que el miedo santifica,  
ni el silencio oprobioso de Varsovia,  
ni el mutismo letal de los desiertos,  
que cobran voz si á la barbarie aclaman:  
porque sólo los dioses y los muertos

la eterna paz de los sepulcros aman!...  
 Leves urdimbres las arañas tramen  
 en las armas, que labran nuestra ruina,  
 y empolvecidos yazgan; y carcoma  
 al bronce arrinconado la patina.  
 En dulce paz, la tierra se serene,  
 y la nube pluviosa, en la alborada  
 bajo la gloria de los dioses truene,  
 desangrándose en límpida cascada.  
 Embriagados, los ríos se derramen  
 por las tierras feraces, y los hatos,  
 rumiando hierbas, por la tarde clamen.  
 Sea pingüe lo inmenso del desierto;  
 cunda el risueño citiso en los prados;  
 entregue la pradera su tesoro,  
 y ciñanse de gozo los collados.  
 Venza el tiempo abundante en las cuadrigas,  
 y el año ostente su corona de oro,  
 como si fuera el rey de las espigas.  
 ¡Al trabajo la América! — que asoma  
 el astro redentor en el Oriente,  
 enviándole en sus rayos matutinos,  
 con un beso de sol para su frente,  
 el mensaje de luz de sus destinos!  
 ¡Arriba, los que luchan sin desmayo,  
 y conquistan la oliva en la pelea,  
 y bajo el cielo de su fé salmodian!  
 ¡Y adelante los genios de la idea,  
 quienes, con Franklin, vencedor del rayo,  
 la frase cosmogónica parodian  
 de la luz y la vida: ¡la Paz sea!

Abril de 1901.



## A JUAN DÍAZ DE SOLÍS <sup>1</sup>

TEMA DE S. M. ALFONSO XIII

Lema: *Tu Rey me manda que la voz levante,  
¡ oh Díaz de Solís ! y que te cante.*

Al genio de la España, tan fecundo  
en la paz y en la guerra,  
la suerte cupo de voltear el mundo,  
redondeando, en un génesis de gloria,  
con un grito de ¡ tierra ! nuestra tierra,  
con un orbe de historia, nuestra historia.

Bajo la acción ingente de su mano  
los vínculos secretos de las cosas  
desató el Oceano ;  
y, coronada con las nuevas Indias,  
surgió de entre las linfas estruendosas,  
con talla colosal, la hija de Urano ;  
y Colón, hasta Iberia remolcando  
el nuevo Ophir, que á su cabeza absorbe,  
para probar la redondez del mundo,  
á los pies de Isabel y de Fernando  
hace rodar el orbe !

Aquel Atlante, que al vocear de Eolo  
arrojaba á las ribas castellanas  
los helados nenúfares del polo  
y restos de naufragios, como diurnos

1) Composición que debió ser presentada en el Certámen Literario de 1901 - en la ciudad de Buenos Aires, - año en que murió su autor.

trofeos de sus iras soberanas;  
que jugaba, insumiso y agitado  
con quillas y con proras lusitanas,  
sacudiendo sus crines  
de ecuoreo leviatán encabritado;  
que al báratro rugiente  
de los nublosos y últimos confines  
empujaba al bajel que daba un paso  
más allá de la línea de occidente,  
trazada por los soles del ocaso;  
aquel Oceano que guardó el secreto  
por tantos siglos, y animó en las aguas  
de Atlántida insepulta el esqueleto,  
fue el inmenso y fluctísono escenario  
del alma de las tierras españolas,  
que ya cansada de vencer al moro  
y de anexarse imperios,  
va á medirse tres siglos con las olas,  
para usurparle nuevos hemisferios,  
fundando en ellas sus Castillas de Oro.

Las gallardas y frágiles carenas  
que obraron en la mar prodigio tanto,  
y amasaron más tarde  
las musulmanas aguas de Lepanto,  
el Destino de España  
á bordo llevarán, para volverlo  
remozado en la luz de la campaña.  
Será la mar su arena de combate  
en lo futuro; que la mar se estrella  
en playa Iberia con glorioso embate,  
y empieza en Pálos la indecisa huella  
abierta por las naves colombianas  
en la glauca planicie  
que conduce á las costas antillanas.  
En vano su tridente  
empuñará Neptuno tormentoso,  
para agitar la inquieta superficie  
de sus grandes y líquidos estados;  
y el del odre rugiente,  
Eolo, en balde, soltará los negros  
vientos desenfrenados;

ni el doloso gemido de las niñas  
de la alma Tétis, moverá los pechos  
que se aventuran en las canas linfas:  
los clásicos varones  
que enderezan las quillas á occidente,  
van en busca de nuevas extensiones,  
luchando frente á frente  
con mareas, tormentas y aquilones.  
Les llama un mundo de esplendentes zonas,  
y el viento del camino  
hinchará sin cesar las pardas lonas  
de las naves iberas, conducidas  
por el genio latino,  
anheloso de hallar en otro mundo  
su mundo de grandezas fenecidas.

Diego Méndez, en indica piragua,  
á la Española se aventura, y corta  
desde Jamaica la quietud del agua,  
que le lleva en la cresta del oleage,  
sosegada y absorta.  
Pisa Alonso de Ojeda tierra firme  
en unión á Vespucio,  
atravesando el golfo de las Perlas,  
como su nombre, seductor y lucio;  
y atracando á la playa su canoa,  
gentil y hospitalaria les ofrece  
su fronda tropical, Cuquibacoa.  
Niño, se interna en Cumaná, la tierra  
en donde el rico bananero crece;  
y á las aguas del Paria,  
el atrevido Guerra  
se lanza en carabela temeraria.  
Vicente Yañez toca  
San Agustín, en las costañas faldas,  
y, bebiendo agua dulce, reconoce,  
del turbulento Marañón la boca,  
y en las sedientas zonas  
azota con sus remos las espaldas  
del formidable padre de los rios,  
el trifauce Amazonas.  
Bastidas, el Rodrigo,

desata de la entena  
la vela de su nave, y busca abrigo  
en las cuencas del blando Magdalena.  
El índico oceano  
sondea Vasco, el poderoso Gama,  
que oyó más tarde al cisne lusitano,  
llevado por sus alas victoriosas  
al turbio mar del amarillo Brama.  
Lepe se interna en las añosas selvas,  
subiendo por los rios, festoneados  
de lianas y floridas madreselvas,  
y en el edén frutal de los papayos,  
da con pueblos de corzas y venados  
y nemorosas tribus de embijados,  
parlantes papagayos.  
El temerario Nuñez de Balboa,  
aventurado en las indianas tierras,  
se postra de rodillas  
sobre el dorso nivoso de las sierras,  
cuando contemplan sus absortos ojos  
aquel mar sin orillas  
del Sud, que en playas los Inca deja  
la corona imperial de sus despojos,  
la veste sonora de su queja.  
Siguiendo los australes derroteros,  
que en el mar patagón trazan las iras  
pehuenches de los rápidos pamperos,  
Hernando Magallanes  
por la garganta del Estrecho cruza,  
culminando los náuticos afanes,  
al Pacífico mar, que redondea  
con sus aguas el mundo,  
y cual viviente Atila  
de todos los diluvios, pisotea  
un orbe, sumergido en lo profundo.

A ti ¡oh Juan Díaz de Solís! corsario  
del agua y de la gloria,  
te cupo la fortuna infortunada  
de dar con el Estuario  
del rio como mar, que hasta hoy te nombra  
en su turbida é inquieta marejada,



á tu esfumada sombra  
cantando los contrastes de tu suerte,  
con el himno triunfante de la vida,  
mezclado á la elegía de la muerte!

La inmensa costa que el Atlante baña,  
desde Honduras al Cabo Cisplatino,  
recuerda, fragorosa, alguna hazaña  
obrada por tu genio de marino.  
Compañero de Américo, de Yáñez  
y de Juan de la Cosa,  
llevando el faraón te aventuraste  
por la vía ignorada y estruendosa,  
y émulo de tus émulos,  
en tu larga Odisea te mostraste.  
Antecesor de Hernando,  
corriste en busca de ese mar abierto  
que soñó la avaricia de Fernando,  
á quien la gloria del imperio absorbe,  
para ir en derechura á la encantada  
Especería, en el confín del orbe;  
y si no dio tu nave diligente  
con el ignoto paso  
á los reinos fantásticos de oriente,  
recorriste hasta el Cáncer los oceanos,  
rodaste por las costas  
de los piscosos mares antillanos;  
descendiste á la tierra yucateca  
que el maya puebla, y contemplaste, absorto,  
el poderoso imperio del azteca,  
circuido de arreboles,  
que sacrifica al orto  
y diurna puesta de los almos soles;  
y rozando la playa  
en la que se alza la salvage tienda,  
el indio de Panuco  
te vio pasar, parado en su atalaya,  
como al gran Quetzalcóatl de su leyenda,  
ó al presentido Blanco de Tezcucó.

La ambición lusitana  
guió á Cabral á costa brasileña;

y usurpando á la tierra castellana  
pingües regiones, que encontró su genio,  
de los ardientes trópicos se adueña,  
y hace, artera y dolosa,  
su aparición en el mundial procenio.  
Y fue tan grande el orbe  
cuando Balboa dilató los mares,  
y Castilla, tan rica y generosa,  
que permitió, impasible, á las naciones  
dejar sus tierras y mudar sus lares,  
y hemisferio les dio sobre hemisferio,  
porque el mundo sobró para sus leones,  
y faltó el sol para alumbrar su imperio.

Mas la falaz y sórdida codicia  
de Portugal crecía con desdoro;  
y el ladrón de las Indias fue encontrado  
con el ajeno y secular tesoro  
más allá de la tierra del Dorado,  
con rumbo al rio de la blanca plata,  
que baña un orbe de filones de oro.  
Y por medir y por contar la herencia  
que dejará á su pueblo, vinculado  
con hechos sin igual á su existencia,  
el despojado Rey al gran Juan Díaz  
de Solís da una quilla,  
para que presto vaya  
á pasear la bandera de Castilla,  
á lo largo de Atlante,  
gemelo de ese mar que halló Balboa  
más allá de la linea en que chispea  
el sol ecuatorial, y de la playa  
de las tintóreas selvas de la boa,  
en donde el Amazonas, con estruendo  
de plebes angustiadas, clamea.

Isabel, la magnánima Señora,  
que con Granada dilató á Castilla,  
y en las Alhambras de la gente mora  
hizo flotar los bélicos pendones,  
y en el torreón de la rendida villa;  
la que ligó con su nupcial anillo,

más que dos corazones,  
 los dos pedazos de una patria sóla,  
 proclamando en el gótico castillo,  
 con el alma y la espada  
 la unidad y grandeza  
 de la tierra española.  
 en dos orbes inmensos dilatada;  
 la real protectora del marino,  
 que con su genio realizó el portento  
 de unir el globo en un común destino  
 el día del lustral descubrimiento:  
 Isabel, Isabel, fue nuevamente,  
 la salvación del mundo castellano,  
 enviando sus Pilotos á occidente  
 á limpiar de piratas el oceano.  
 Y muerta la gran Reina, su memoria  
 fue el alma del imperio;  
 y en el gran protocolo de la historia,  
 con la sangre de un hombre,  
 en el platense rio escriturose  
 la doble propiedad de un hemisferio  
 al dueño de su ser y de su nombre!

Tres naves surtas en San Lúcar, tienden  
 á los aires el túrgido velamen,  
 y el crespo llano de las aguas hienden;  
 y á su partida las canosas olas,  
 diciéndose españolas,  
 sus proras besan y sus quillas lamen.

A bordo de la nave capitana,  
 sucesor de Vespucio,  
 va Díaz de Solís, el gran Piloto,  
 portando la bandera castellana  
 por la pradera azul del mar ignoto.  
 Y vá, con Alarcón y con Marquina  
 en los otros bajeles, dando al aire  
 la canción de las roncadas tempestades,  
 la pléyade marina,  
 gloria y decoro de Sevilla y Gades;  
 y van con osadía,  
 los Ramírez, los Torres y los Puerto,

los Monte y los García,  
midiendo con sus almas de marinos  
la enorme soledad del mar abierto,  
en la hora inicial de los destinos  
del reducido mundo que descubre,  
y del inmenso mundo descubierto.

Les vio bajar en un flotante esquife,  
y continuar el viaje temerario  
con su ojo de ciclope, Tenerife,  
el inmovil Canario.

No amansó su soberbia  
el mar, que abofeteó las carabelas  
de Colón, sabedor de su secreto;  
y, sin cesar, inquieto,  
nervioso, tumultuario é iracundo,  
rompiendo entenas y rasgando velas,  
negaba al mundo la mitad del mundo.  
Pero á Solís, ni arredra, ni amedrenta  
la veleidosa furia del coloso;  
y vadea la mar y la tormenta,  
empuñando el timón con mano de oso,  
cuando hierve la ola tumultuosa,  
y le sube á los astros  
ó le baja y derrumba,  
amortajado en sábana espumosa,  
á la insondable y azulada tumba:  
que vanamente el aquilón se ensaña  
con la Ellida gloriosa  
de aquel vikingo del poder de España,  
que salta de ola en ola,  
como de peña en peña, por el lienzo  
vertical de la sima,  
el ciervo, en la montaña!

Llega luchando la valiente Armada  
al Cabo de San Roque, que acuchilla  
la pérvida y voluble marejada  
que besa con estruendo  
la brasileña, salvadora orilla;  
y toman rumbo sud los tres bateles,

y el viento de los trópicos sacude  
sus harapos, que flotan cual laureles  
de la lid temeraria;  
y doblan Cabo Frio y Cananea,  
y tocan el Janeiro y Candelaria,  
en donde la bandera hecha girones  
del rey Fernando de Aragón ondea,  
cual si fuera el pañuelo de la Gloria  
saludando la hazaña de un puñado  
de clásicos varones,  
soñada por el genio en la Medea.

Hasta que al fin ¡oh gran Solís! doblaste  
Santa María, y el hirviente vaso  
de dulces aguas, que semejan perlas,  
entre verdes riberas encontraste,  
y, sediento de gloria,  
te pusiste á beberlas!

La palabra triunfal de tu saciado  
labio brotó, para llenar la frase  
del génesis fecundo de lo creado,  
que un sólo y trino pensamiento encierra:  
Dios, á las sombras, dijo ¡luz! — y el día  
de muchos soles alumbró los cielos;  
dijo á los mares ¡tierra! —  
el genio, y con su mundo de Veragua  
coronó con un orbe sus anhelos;  
y tú clamaste en los espacios ¡agua! —  
y el Plata, desbordante de riqueza,  
surgió á los siglos, y tomó tu nombre,  
para unir tu grandeza á su grandeza!

¡Oh magno y sin rival descubrimiento  
el del Estuario, que á la mar avanza,  
y camina, en su enorme crecimiento,  
arrollando las playas que le cercan,  
con indómita y férvida pujanza!  
¡Oh portentoso hallazgo el de ese río,  
que te mordió, falaz, con su venganza,  
arrastrando á la costa tu falúa,

enarcado y bravío,  
cual si tuviera la emplumada sirte  
alma querándi y corazón charrúa!

¡ Oh nauta infortunado,  
que pagas con la carne de tus huesos  
el crimen sin perdón de haber hallado  
al Rio, que á dos playas repartía  
sus estériles besos,  
en una larga sucesión de noches,  
y á la invariable luz de un mismo día!  
El Paraná - guazú que en sus riberas  
no escuchó, desde niño, más arrullo  
que el secular aullido de las fieras,  
y el Uruguay, con su pringoroso orgullo  
de insumiso cacique de los rios,  
con ira te miraron, y en un vértigo  
de indianos desvaríos,  
llamaron al canibal, mitad indio,  
mitad ñandú de la pampeana dula,  
á que aplacase con la carne humeante  
del hombre blanco su salvage gula.  
¡ Y oh infortunados compañeros  
de Solís, de Alarcón y de Marquina,  
á quienes no fue dado  
fulminar á los buitres carniceros,  
que en la playa chandul de los acantos,  
en el *Sacrum convivium*  
conjuraban la furia de sus dioses,  
al son de danzas y al rumor de cantos!  
Pues en vano quisieran  
sus naves atracar, para salvarles,  
á la costa cruél, sin que las tardas,  
ferreas espadas esgrimir pudieran,  
ó atinasen á enviarles más auxilio  
que el inútil tronar de las lombardas!

No de otro modo Ulises, impotente;  
en Telepilo, desde anclada barca,  
vio devorar su gente  
al canibal Antífates, monarca  
del gigantesco lestrigón furente;

y así como, cortando las amarras,  
huyera el adalid de la Odisea  
á relatar su desventura á Circe,  
llenando de dolor la isla de Ea, —  
así, azotando los llorosos nautas  
las argentinas olas,  
portando desventuras é infortunios  
á bordo de sus naves de argonautas,  
retornan á las playas españolas,  
al fulgor de los tristes plenilunios.

Y Castilla esa madre generosa  
de los fuertes varones, que renombre  
supieron darle y magestad de diosa,  
al mirar en sus radas los despojos  
de tus bajeles ¡oh Solís! tu nombre  
enalteció, con justiciera lengua,  
y celebró con empañados ojos,  
que el llanto maternal jamas fue mengua.  
Pues, ¿qué gloria mayor caberte pudo  
que hallar el argentino  
Estuario, de tu vida y de tu muerte,  
que inmenso y anchuroso se dilata  
para enviar á tu mundo su tesoro,  
por la ruta triunfal de pura plata,  
en el raudo bajel cargado de oro?...  
Ya rasgaste ¡oh Piloto esclarecido!  
con tus huérfanas quillas el arcano,  
al dar con el Jordán desconocido,  
y al ofrendar al porvenir humano  
el tropel diluvial de las inquietas  
sirtes paranaenses y uruguayas,  
que arreadas por secretas  
ansias, se unen, se besan, se desposan  
en el tálamo ardiente de sus playas,  
que de simiente germinal rebosan.

Ya rindió su misterio  
la Tierra Prometida, que gemía  
estéril, en salvage cautiverio,  
y solo producía  
la vil gramínea que la corza tala

en la estación de brotes y renuevos,  
y empollaba los huevos  
del teru-teru y del ñandú, que acampa,  
con sus grises harapos de mendigo,  
junto al mísero toldo de la Pampa;  
ó vestía los tristes saucedales  
con ricas sedas de crujientes hojas,  
y enjoyaba el airón de los ceibales  
con zafia profusión de gemas rojas,  
como al cacique, que á su sombra vive,  
el coraquenque brinda,  
para dar magestad á su penacho,  
la pluma color guinda,  
con que rinde á la hembra  
en sus rijos dulcísimos de macho.

Ya el dominio afirmaste  
¡oh Solís! de tu augusto soberano,  
cerrando los caminos del oceano  
al atrevido navegante intruso,  
y en la tierra y las aguas dilataste  
del mar de Atlante, arrinconando al luso,  
el poder del imperio castellano.  
Ya echas llamada al porvenir humano  
con la voz argentina  
del clarín de tu Estuario,  
á la agena ambición poniendo coto;  
y al escuchar aquel clamor de triunfo  
el alma de los grandes se alborozó,  
y el polvo de tus glorias encamina  
á los hidalgos Sebastián Gaboto,  
Juan de Garay, y Pedro de Mendoza!

Ya reanima á la tierra descubierta  
el sol de España, redoblando el brillo  
del sol nativo, en la extensión abierta,  
que al beso de sus luces  
transformará la Pampa en amarillo  
mar de mieses cubierto,  
desvistiendo de plumas de avestruces  
al ala del desierto!



Ya la etrusca deidad de verde falda,  
 en el pomar de yemas y de frutas,  
 ceñirá la corona de esmeralda,  
 rindiendo á las selváticas é hirsutas  
 flores de la ribera;  
 la greca Ceres bordará con oro  
 el verde lienzo del telar del prado;  
 en el carmen triunfal, la Primavera  
 celebrará con odas  
 de parvas, las victorias del arado;  
 y en medio del bochorno de la siesta,  
 las maravillas de las tardas podas,  
 hurtando al árbol, guardará en su cesta.  
 Con su flamante sol, el aureo Enero  
 fecundará las férvidas labranzas,  
 y el muro del vallado  
 detendrá los furores del pampero,  
 de torvas y siniestras asechanzas;  
 y al tronar de la vida,  
 deshecha desde el cielo en bendiciones,  
 el alma de la tierra  
 para fecundas madres de naciones,  
 hará surgir y dilatar ciudades  
 en las viejas y mustias soledades  
 de las ociosas garzas sin oficio,  
 que se enfilaban, como blancas penas,  
 á vivir del gemido de las olas,  
 escarbando en la duna el desperdicio  
 misérrimo del Rio en las arenas.

En la playa argentina,  
 Buenos Aires se iergue y se levanta  
 con ramazón profusa, como planta  
 que crece en tallo con vigor de encina  
 y la ciudad patricia, dilatada  
 sobre una mar de trébol y de césped,  
 al grave son de sus cien liras canta  
 al genio del Progreso,  
 su agasajado huésped,  
 que derrocha en sus calles su tesoro  
 de acaudalado Creso,  
 y respira los aires, antes vírgenes,

empolvecidos de riqueza y oro.  
Al frente, la triunfal Montevideo,  
sobre lecho de flores,  
en su valiente pubertad alienta  
las ansias infinitas del deseo;  
y reclinada en los paternos lares  
sobre el raso oriental de sus alcores,  
se duerme viendo al mar, que no reposa,  
y que entona el cantar de los cantares  
á su adorada sulamita esposa.

¡Oh sombra de Solís! — bajo la arcada  
de un firmamento rubio, salpicado  
de zafiro y diamante  
con música sagrada,  
y en metro ondisonante,  
cantando, te saluda el emperlado,  
dulce mar de las trovas plañideras,  
cuya mole, de diario,  
embiste á la crinada  
y torva muchedumbre del Atlante  
con que á sus glaucas y líquedas praderas  
llegar no deja al imperioso Estuario.

No morirá tu nombre  
mientras palpita y hierva la fiel ola,  
que, con mensage fraternal camina  
de la Patria argentina á la española,  
de la Patria española á la argentina.

Las cervantinas musas de los pueblos  
de estirpe castellana,  
con sin rival concento,  
en tu loor ¡oh gran Solís! celebran  
en el día del magno alumbramiento,  
y en la fecha lustral de los progresos,  
su olimpiada, á la orilla de tu Río,  
que un puñado de tierra americana  
no te brindó, para cubrir tus huesos;  
y tu Rey, el efebo victorioso  
de la encantada tierra de los Cides,  
que une al presente la pasada gloria

en maridage santo,  
manda á mi Musa que en las gayas lides  
aspire á su laurel con este canto.

Agosto de 1904.



## DEL MISMO AUTOR

### ARQUEOLOGÍA AMERICANA

Antigüedades Calchaquies.....	Tucumán, 1896
La Poesía de las Tristezas.....	Tucumán, 1896
Calchaquí (Historia de la Conquista).....	Tucumán, 1897
Excursiones por Pomán y Tinogasta.....	Buenos Aires, 1897
Folk-lore Calchaquí.....	Buenos Aires, 1897
El Diablo en el Norte- Supay y Mikilo.....	Buenos Aires, 1898
Monumentos Megalíticos de Colalao.....	Buenos Aires, 1898
La Cruz y el Falo en Calchaquí.....	Buenos Aires, 1898
Ruinas de Aufama y la Ciénaga.....	Buenos Aires, 1899
Huayrapuca ó la madre del viento.....	Buenos Aires, 1899
La Coca, el Ttaco y la Apacheta.....	Tucumán, 1899
El Machi y la Medicina indígena.....	Tucumán, 1899
El Maíz y la Chicha.....	Tucumán, 1899
La Tierra fetiche y los Orkos.....	Tucumán, 1899
El Tincunacu.....	Tucumán, 1900
Símbolos Calchaquies.....	Catamarca, 1900
La Cruz en América.....	Buenos Aires, 1902
Cómo vestían los Calchaquies.....	Buenos Aires, 1901
Petroglifos.....	Buenos Aires 1901

### DERECHO

Delito y Pena Coments. del Cód. Pen. Argentino .	Córdoba, 1887
La Horca en la República Argentina.....	Buenos Aires, 1889
Sentencias y Autos.....	Tucumán, 1897
Defensas criminales y Civiles.....	Catamarca, 1903-1904
Proyecto de Cod. de Policía y Proc. Judiciales para	Tucumán, 1895
Proyecto de Ley Orgánica de los Tribunales de..	Tucumán, 1897
Proyecto de Código de Procd. de la Justicia de Paz.	Tucumán, 1897



# ÍNDICE

	Páginas
Párrafos de cartas .. ....	1

## FLORES DEL AIRE

Mi musa .. ....	1
El poeta .. ....	7
Noches de sombra ... ..	11
Flores del aire . ....	15
La autopsia .... ..	17
Celos salvajes .. ....	19
Cantar .... ..	27
El indio .. ....	29
Primavera y amor ... ..	37
Pro Ischia .... ..	39
En la aldea .... ..	43
En la soledad .. ....	45
Nocturno . ....	49
Idilio .... ..	51
La parásita .... ..	71
El ciprés . ....	73
Tristezas del hogar .. ....	77
Olvidame . ....	79
Íntima .... ..	81
¡Calla poeta! ... ..	83
Al caer las hojas .... ..	87
Adelante! . ....	89
Vuelve á tu aldea .... ..	91

	Páginas
La caridad . . . . .	95
El cantor de las montañas . . . . .	109
En el teatro . . . . .	131
Desde lejos . . . . .	133
Como á tí . . . . .	135
El féretro . . . . .	137
A mi Teresa . . . . .	139
Cadenas rotas . . . . .	155
Atlántida . . . . .	171

## POESÍAS INÉDITAS

Sobre la cumbre . . . . .	191
Yo soy de aquellos . . . . .	193
El Genio del Anconquija . . . . .	195
La Madrid . . . . .	205
Noche Buena . . . . .	211
Tucumán . . . . .	213
Los menhires . . . . .	223
El Crespín . . . . .	227
A Mercedes Pujato Crespo . . . . .	231
Quilmes . . . . .	233
A Urquiza y su monumento . . . . .	235
El sapo y el urubú . . . . .	241
En la sierra . . . . .	243
Quo vadis? . . . . .	247
Alodio . . . . .	251
Mani . . . . .	253
El puestero . . . . .	257
Lo que dice la flauta . . . . .	259
El río . . . . .	261
Nostalgia . . . . .	263
El monte . . . . .	265
Calchaquina . . . . .	267
Los retamos . . . . .	269
A Gerón Etnéo . . . . .	271
Corita . . . . .	279
La toma del Pucará . . . . .	283



	Páginas
Cueca . . . . .	287
La seca . . . . .	289
La reina-mora . . . . .	293
Página roja . . . . .	295
Nó! . . . . .	299
En un album . . . . .	301
A un poeta laureado . . . . .	303
Atari! . . . . .	305
La maya . . . . .	307
La víspera de Año Nuevo . . . . .	311
El Ejército de los Andes . . . . .	325
A la Independencia de América . . . . .	339
A la Paz en América . . . . .	355
A Juan Díaz de Solís . . . . .	369









